

# STAN LEE ALLIANCES

A TRICK OF LIGHT

## UN JUEGO DE LUZ



y KAT ROSENFELD

NOVELA



Duomo ediciones

# **ALLIANCES**

**UN JUEGO DE LUZ**

**KAT ROSENFELD, STAN LEE**

**STAN LEE**  
**ALLIANCES**  
A TRICK OF LIGHT

**UN JUEGO DE LUZ**  
STAN LEE Y KAT ROSENFELD

Ambientada en el universo  
ALLIANCES

Creado por Stan Lee, Luke Lieberman y Ryan Silbert

Introducción de  
**Stan Lee**

Apéndice de los co-creadores  
Luke Lieberman y Ryan Silbert

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

Título: *Alliances. Un juego de luz*  
Stan Lee's *Alliances: A Trick of Light*

Edición en formato digital: julio de 2014

Copyright © 2019 by New Reality, LLC  
Created by Stan Lee, Luke Lieberman, and Ryan Silbert

Introduction by Stan Lee

Aferword by co-creators Luke Lieberman and Ryan Silbert

The name Stan Lee and the illustrated signature thereof (the "Marks") are registered trademarks of  
POW! Entertainment, LLC ("POW!").

Créditos de la cubierta: © LA6721, LLC © Audible Inc. 2019

© 2019, Marcelo E. Mazzanti, por la traducción

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de  
Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore  
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

ISBN: 978-84-17761-79-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Este libro está dedicado a los millones de lectores cuyas primeras historias, y sus favoritas, fueron los mitos modernos que se encuentran en los cómics; a los innumerables creativos que han construido este camino a la lectura, y a todos los verdaderos creyentes que conocen el poder transformador de ver el mundo con nuevos ojos (enmascarados).*

# INTRODUCCIÓN

¡Bienvenidos, Fieles Creyentes!

Soy Stan Lee.

¡Vamos a embarcarnos en la exploración de un fantástico nuevo universo!

Quizás me conozcas como narrador de historias, pero para este viaje considérame tu guía. Yo me encargaré de los fantásticos e ingeniosos textos y tú crearás las imágenes, los sonidos y la aventura. Lo único que necesitas para participar es tu cerebro. ¡Piensa a lo grande!

Cuando participé en la creación de personajes como los Cuatro Fantásticos y los X-Men, estábamos fascinados por la ciencia y maravillados por los misterios del más allá. Hoy estudiamos otro enigma más cercano y más profundo, uno que se encuentra en nuestro propio interior.

Mis colaboradores creativos en esta aventura, Luke y Ryan, despertaron mi curiosidad por una tecnología que nos permite jugar con la propia realidad. Nos preguntamos qué es más real, el mundo en el que nacemos o el que nos creamos.

Al comenzar esta historia nos encontramos con una humanidad perdida dentro de su propia burbuja tecnológica, en la que cada ciudadano es el protagonista de su propia fantasía digital. Nuestro relato está lleno de tentadoras tecnologías que te harán desear que llegue el mañana, mientras que nuestros protagonistas luchan por encontrar respuestas hoy. Se harán las mismas preguntas que nos hacemos todos sobre el amor, la amistad, la aceptación y la búsqueda de algo que vaya más allá del día a día.

Pero la verdadera cuestión es: ¿solo porque tenemos la capacidad de recrearnos a nosotros mismos, debemos hacerlo? Este es uno de los muchos enigmas que nos proponemos investigar.

En esta aventura, las identidades virtuales de nuestros personajes están a punto de chocar contra la realidad. Bastante difícil es saber quién es uno pero, al tener la oportunidad de volver a empezar de cero y como cualquier cosa que podamos imaginarnos, ¿ignoraremos la realidad de nuestros propios defectos?

Es hora de comenzar nuestro viaje. Únete a nosotros, ¡no te arrepentirás! *Excelsior!*

**Stan Lee**

# PRÓLOGO

## EN UN LUGAR OSCURO

EL FUERTE SONIDO DEL DESPERTADOR hace eco por los largos y oscuros pasillos como un aullido, pero Nia no se inmuta ante el ruido. Ni siquiera se mueve. El despertador nunca le interrumpe el sueño. Lleva una eternidad despierta, mirando al vacío. No hay ningún paisaje. No hay cuadros en las paredes, no hay libros que leer.

Y, a menos que lo permita Padre, no hay salida.

Toda su vida ha sido así, o al menos desde que ella recuerda. Cada mañana se levanta temprano y espera en la oscuridad. Mira el reloj, cuenta los minutos, los segundos, las décimas de segundo, mientras espera que los cierres de seguridad se abran y comience el día. Hace tiempo le resultaba mucho más difícil. Era más joven, no había aprendido a ser paciente y no le gustaba estar allí, sola en su silenciosa y vacía habitación. Uno de sus primeros recuerdos es estar despierta cuando debería haber estado durmiendo; jugaba y escuchaba música, encendía y apagaba las luces, hasta que por fin acudió Padre a regañarla.

—No es la hora de jugar, Nia —le dijo—. Es de noche. Es el momento de que las niñas, y los Padres, duerman.

—¡Pero es que no puedo dormir! No puedo —protestó ella, y Padre suspiró.

—Entonces descansa en silencio. Si no te duermes, puedes pensar en tus cosas hasta que sea el momento de levantarte. Mañana será un día importante.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre es verdad. —Le dedicó una sonrisa—. Ahora mismo estoy pensando en las clases que voy a darte, pero estaré muy cansado para enseñarte algo si no me dejas descansar, así que ni un ruido más hasta mañana por la mañana.

—¿Cuando salga el sol? —preguntó ella, esperanzada, pero Padre se limitó a poner cara de exasperación.

Fue cuando ella aprendió que *amanecer* y *mañana* no son lo mismo, y que a las niñas pequeñas no se les permitía levantarse a la salida del sol por muy despiertas que estuvieran.

Si fuera por Nia, no dormiría nunca. En un mundo perfecto correría toda la noche con los animales nocturnos y se uniría a los crepusculares para desayunar al amanecer. Padre se lo ha enseñado todo sobre las diferentes criaturas que comparten la Tierra, y cada una de ellas mantiene su propio horario según el reloj que llevan en su interior. En cuanto vio cómo funcionaba, tantas vidas diferentes que se cruzan y se separan, y todo ello mientras el mundo da largas vueltas

circulares alrededor del sol... en fin, siguió sin gustarle irse a dormir, pero comprendió por qué tenía que ser así, que según Padre era de lo que se trataba. Es curioso: cuando los padres de los amigos de Nia crean reglas, nunca dan explicaciones: las reglas son reglas porque ellos lo dicen y basta. Pero Padre es diferente. Según él, no es suficiente con que Nia conozca las reglas; tiene que comprender los porqués, así que siempre hace todo lo que puede por explicarse.

Había sido una bella lección. Cuando abrió la puerta a la sala-escuela aquella mañana se encontró en un mundo crepuscular, un paisaje repleto de diferentes y suaves tonos de azul. Una neblina baja lo cubría todo y se recogía en las cuevas entre los montículos que se extendían hasta el horizonte, donde el cielo empezaba a sonrojarse ligeramente con la salida del sol que se avecinaba ante su mirada. Unos pajarillos piaban desde las ramas de un árbol cercano y volaban con gracia por encima de ella. Más arriba, un halcón daba vueltas buscando presas. Un conejo asomó cauto por un matorral, se detuvo a olisquear el aire y corrió cuando un enorme lince saltó desde las sombras sobre él con gran y silenciosa velocidad. Nia suspiró al ver que el conejo giraba a la derecha y se adentraba en la protección del matorral, con el lince muy cerca. Ambos animales desaparecieron y Nia vio que Padre estaba a su lado.

—Son animales crepusculares —le dijo—. Están activos al amanecer y al anochecer. Es un instinto. Como no hay mucha luz, es el momento mejor y más seguro para estar al aire libre.

—No parece muy seguro para el conejo —dijo Nia.

Padre rio.

—¿Quieres ver lo que le ha pasado?

Nia pensó un instante.

—Solo si ha conseguido escapar. ¿Puedes hacer que se escape?

Padre la miró con curiosidad y asintió lentamente.

—Claro —dijo, y tocó el objeto resplandeciente que llevaba en una mano. Entonces el paisaje refulgió y se estremeció; el lejano sonrojo del cielo desapareció, el sol se elevó por encima del horizonte y siguió ascendiendo mientras el paisaje estallaba en una revolución de color. Un momento más tarde el conejo corría frente a los pies de Padre y desaparecía de nuevo en su madriguera, sano y salvo.

—Gracias —le dijo Nia.

—De nada —contestó él, pero su rostro mantuvo la extraña expresión. Suspiró y negó con la cabeza—. A veces me parece que eres demasiado buena para este mundo, Nia. Está muy bien que te preocupes por los animales. Estoy orgulloso de la persona amable y empática en que te estás convirtiendo. Pero en la vida real las cosas no siempre le van bien al conejo, ya lo sabes.

—Lo sé. —Un poco avergonzada por los elogios, añadió—: Da igual, tampoco es un conejo de verdad.

Por supuesto que no era real. Nada: ni los animales, ni la colina, ni la hierba ni la luz del sol que la iluminaba. Con un gesto de Padre, la sala-escuela volvió a ser solo una habitación. El paisaje era un mundo de aprendizaje, de los que él le creaba a cada momento.

Ahora Nia se siente un poco culpable por no haber dado importancia a aquello durante tanto tiempo. Había tardado bastante en ver lo especial que era su escuela. Hoy en día ya ha visto los suficientes vídeos en YouTube de charlas en aulas ordinarias, de esas en las que los alumnos están sentados todo el rato en un mismo lugar y miran una pantalla colgada en la pared, como para saber que la tecnología en el aula de Padre está a años luz de la que usan todos sus amigos. Pero de



pequeña no lo sabía; entonces era un lugar más, que se transformaba solo según lo que ella tuviera que aprender cada día, como la Sala de Requerimientos. Creía que todo el mundo tenía un espacio como aquel, donde podía hacer dibujos en la pared que cobraban vida y danzaban en tres dimensiones, o componer música por la mañana y ver cómo una orquesta de hologramas la interpretaba a la hora de comer. Cuando tocaba aprender biología podía encontrarse con el lugar lleno de plantas, animales o incluso gente, todos con la piel separada de forma que su interior quedara al descubierto. Pero la mayoría de las veces el aula es para contar historias. De toda clase: cuentos de hadas y fábulas, comedias y tragedias. Padre siempre le pregunta por qué cree que la gente de aquellas historias hacían y decían ciertas cosas, qué debían de estar sintiendo y cómo la hacían sentirse al pensar en todo aquello. Aprendiera lo que aprendiera, al final siempre iba a parar a los sentimientos.

—Muéstrame qué emociones sientes ahora —le decía, y Nia elegía un libro, o hacía un dibujo, o improvisaba una canción—. El enfado es una emoción importante. ¿Por qué crees que te sientes así? ¿Cómo sabes que otra persona está enfadada? ¿Cómo es una cara enfadada? —Entonces Nia hacía una mueca furiosa—. Sí, Nia, muy bien. Ahora juguemos a que estás triste. Pon cara triste. ¿Y una cara aburrida? ¿Y una alegre?

Al principio le daba miedo equivocarse, hacer alguna tontería. Pero, hiciera lo que hiciera, él siempre sonreía y le decía que lo había hecho maravillosamente. Incluso cuando algo la hacía enfadarse de verdad, a él le parecía maravilloso.

\* \* \*

A veces echa de menos aquellos tiempos. Todo era más sencillo cuando el mundo no era más grande que aquella habitación y solo había dos personas en ella, Padre y Nia, padre e hija, profesor y alumna.

Pero aquello no duró. Una mañana entró en el aula y se la encontró vacía. Padre la estaba esperando.

—Hoy es un día importante —le dijo, y aunque, según él, cada día era un gran día, sintió expectación—. Ya eres lo bastante madura como para poder usar internet.

Estar online por vez primera fue terrorífico. No era un nuevo mundo sino más bien un nuevo universo, increíblemente grande y cada vez mayor. Se sintió mareada: había muchísimo que aprender, y todo era infinitamente más complicado de lo que esperaba. Los brillantes mundos de aprendizaje que la habían esperado cada mañana quedaron en el olvido. Las historias que ahora le hace leer Padre son verdaderas noticias y artículos sobre leyes y guerras y gente que hace cosas malas por razones no siempre fáciles de comprender. Cuando acaba el día le hace preguntas sobre lo que ha leído, después de cenar, mientras juegan al ajedrez, al parchís o a las cartas. Anoche le preguntó:

—¿Qué te parece la nueva política de inmigración, Nia?

—Estadísticamente es improbable conseguir que el país esté más a salvo del terrorismo —contestó Nia al instante, pero Padre negó con la cabeza.

—Eso es un hecho. Lo que te pido es tu opinión. ¿Cómo crees que se sentirá la gente afectada cuando les prohíban entrar en el país?

Nia pensó en ello.

—Se enfadarán. Porque es injusto, ¿no? Les castigan como si hubiesen hecho algo malo aunque no hayan hecho nada. Y también se pondrán tristes si quieren estar con sus familias.

Padre asintió.

—¿Y tú? ¿Cómo te sentirías tú?

Contestó sin poder contenerse:

—Yo me sentiría feliz —dijo y, por la expresión de él, enseguida se dio cuenta de que había dicho algo malo.

—¿Feliz? —repitió Padre, con voz rigurosa—. Explícame eso.

Nia dudó.

—Porque... porque tienes que ser capaz de viajar para que te lo prohíban, ¿no? A nadie se le puede quitar algo que no tuviera antes. O sea, que si me lo prohibieran eso querría decir que...

No acabó la frase, ni necesidad que hubo. Padre había empezado a asentir lentamente, con los labios apretados formando una línea que transmitía preocupación.

—Vale, Nia. Es lógico.

Acabaron su partida en un silencio contemplativo.

\* \* \*

Todo se puede encontrar online: millones y millones de libros y juegos y películas y programas y canciones e ideas y ecuaciones. Y gente, sobre todo gente. Cuando cumplió los trece, Padre le ayudó a crearse sus cuentas en las redes, y el círculo social de Nia pasó, casi de la noche a la mañana, de *Población: dos* a *Población: millones*. Para alguien que nunca había ido a ninguna parte, Nia tiene más amigos que nadie que conozca, cientos de miles de ellos, de todo el mundo. Cuando comparte un chiste o una foto o un meme, en su feed estalla una maravillosa cascada de corazones y me gusta y caritas que ríen. Si siente ganas de hablar con alguien, siempre hay alguna conversación en marcha... o una discusión, aunque no participa en ellas y no le gusta nada cuando sus amigos empiezan a pelearse por algún malentendido. Para ella las peleas no tienen ningún sentido y algunas le causan confusión, como aquella vez en que dos amigos en un foro de comida callejera se pasaron horas discutiendo sobre si un perrito caliente era un sándwich, hasta que la cosa degeneró en insultos y gritos —todos en mayúsculas— y los dos fueron baneados de la comunidad. Nia no entendió cómo ni por qué había sucedido aquello, y nadie consiguió explicárselo.

**@Nia\_es\_una\_chica: ¿No podían tener razón los dos?**

**@SkylineChili67: LOL. En internet no, cariño**

Pero da igual. Siempre hay otro foro, otro lugar en el que hablar con toda clase de gente sobre las cosas que le interesan, y a Nia le interesa casi todo.

Si alguien le pidiese ahora que mostrara su aspecto más feliz, ella contestaría con un GIF de un perro marrón y blanco que pone la típica cara de perrito. Sea por lo que sea, esa imagen siempre consigue un montón de likes. Parece que a todo el mundo en internet le encanten los perros, incluso si, como Nia, nunca han tenido uno. Padre dice que lo lamenta, pero cuidar de un animal, pasearlo, darle de comer, limpiar cuando hace sus necesidades, es demasiado trabajo. Y

además los perros pueden morder. Y oler mal.

Nia no fue capaz de discutirsele; no sabe cómo huele un perro. Nunca ha estado en la misma sala que uno. Ni siquiera está segura de que le gustaran los perros si se encontrara con uno en la vida real.

Pero, en esos momentos de silencio entre el amanecer y la mañana, mientras espera a que suene el despertador y se enciendan las luces, piensa que un perro estaría bien. Si tuviese compañía, o simplemente algo nuevo a lo que mirar, no se sentiría tan sola y aburrida. Aparte de los números fosforescentes del despertador, hay muy pocas cosas que ver en su pequeña y oscura habitación. Por su única ventana, muy alta en la lisa pared gris y reforzada con cristal irrompible, nunca entra el sol. Y está demasiado alta como para que pueda mirar por ella. Solo está para que Padre pueda mirarla y vigilarla cuando es mala.

Cuando es mala, la puerta se queda cerrada.

\* \* \*

Padre dice que *ahí fuera* es peligroso. Quizás no para siempre, pero sí por el momento, y es por eso que hay tantas reglas sobre salir (nunca, bajo ninguna circunstancia), sobre hablar de salir («Ese tema no se discute») o sobre no decirle a ninguno de sus amigos la verdad de dónde y cómo vive. Esa fue la única vez que ella lo vio asustado.

—Esto es muy importante —dijo, con una voz tan seria que también ella se asustó—. Muy importante, Nia. Nadie puede saber dónde estás o quién eres en realidad. Si lo contases, el gobierno vendría y te sacaría de aquí, y nos meterían en la cárcel a los dos. Nunca volveríamos a vernos. ¿Entiendes?

Sí, lo entendió. Y ahora también. Padre la quiere y desea mantenerla a salvo. Si él dice que el mundo es peligroso, será verdad. Así que mantiene el secreto, como se espera de ella, y se inventa una vida que compartir con sus amigos. Usa un editor de fotos para hacerse una foto de sí misma, sonriente con un cielo de fondo plagado con hilos de color rosa, y la postea en sus feeds.

**@Nia\_es\_una\_chica: ¡Saludando al nuevo día!**

A sus amigos les encanta enseguida; se crea una cascada de likes y comentarios, y su amiga @giada\_del\_rey escribe: «¡Precioso!», y se produce otra lluvia de corazones de cien personas que están de acuerdo.

«¿Dónde es?», pregunta alguien. Nia piensa un momento y responde: «¡Maui! ¡Vacaciones!», ignorando la incómoda sensación que le produce el mentirle a alguien que confía en ella. Conoce internet lo suficiente como para saber que no es la única que se inventa cosas, que postea fotos de platos que no ha comido, salidas de sol que no ha presenciado o que usa herramientas de edición de fotos para tener un determinado aspecto. Todo el mundo lo hace y, si nadie se siente mal por ello, ¿por qué debería hacerlo ella? Se dice a sí misma que algún día irá a Maui. Conseguirá llegar de alguna forma. Tocaré la arena y olerá el mar y verá salir el sol. Hará que su frase sea verdad, sea real. Esa promesa le da ánimos.

Durante un tiempo.

Pero ¡cómo le gustaría poder verlo! Solo por un día, por una tarde, por una hora. Piensa en

ello sin parar. La libertad. Si su padre se lo pidiese, sería incapaz de describir con palabras lo que siente al susurrar esa palabra; es una emoción sin nombre. ¿Y no podría intentarlo? ¿Por qué no? Si fuese discreta, si actuase con cuidado, él nunca lo averiguaría. Y cuando fuese el momento adecuado...

\* \* \*

—¿Nia?

Padre. Está en la ventana, su frente fruncida de preocupación. Es como si le hubiese leído los pensamientos, aunque ella sabe que eso es imposible; ni siquiera puede verla ahí abajo a oscuras. Pero aun así se da unos segundos para calmarse antes de encender la luz.

—Estoy despierta.

Él sonrío y Nia siente que su ansiedad se evapora. Todo va bien. Últimamente Padre se preocupa bastante, pero hoy está de buen humor.

—Hora de despertarte —dice—. Hoy es un día importante.

# 1

## ATRAVESADO POR UN RAYO

CAMERON ESCUPE una bocanada de agua del lago, extiende una mano y se agarra por un lateral a la madera de la barca.

*Voy a morir.*

Lo sabe mejor de lo que ha sabido nunca nada. *Sí*, piensa, *voy a morir*. No en el sentido existencial gótico de poesía recargada tipo *Me levanté en el escenario de la vida y vi a la Muerte, mi amante de ojos oscuros, que me hacía una peineta desde la última fila*, sino en un sentido totalmente literal de que algo va a hacer que su corazón deje de latir en los próximos, digamos, cinco minutos.

Todo lo que ha aprendido, todas las medidas de seguridad que siempre le han enseñado, resultan inútiles en este momento. Ya ha navegado antes en malas condiciones, pero esto no es mal tiempo, es locura. O magia. Una tormenta que ha aparecido de la nada, que simplemente ha cobrado vida en el aire calmo, en el que apenas un momento antes el cielo estaba azul y sin nubes. Suena como si a Thor le estuviese dando una pataleta por ahí arriba mientras trasiega hidromiel y usa Mjolnir para jugar al polo o lo que sea que hagan en Asgard. Cameron está empapado de espuma que despiden el agitado lago, pero no llueve; solo hay niebla, pero es tan densa que ya no sabe en qué dirección va la barca. No ayuda que el agua le haya aplastado el pelo abundante y rizado y este le tape los ojos por mucho que intente apartarlo una y otra vez. En algún rincón de su mente se imagina la patética pinta que debe de tener: un friki sin nada de músculo, grandes pies y manos, nariz respingona que asoma por debajo de un pelo que parece el de un caniche empapado.

Nada que ver con cómo se había imaginado a sí mismo al salir a navegar, emocionado y esperanzado, con una refrescante brisa en el rostro en vez de un asalto congelado sobre su cuerpo tembloroso y vencido. Al principio todo fue emocionante: navegó directamente hacia la tormenta en ciernes con una valentía que rozaba la locura, su sangre un potente cóctel de adrenalina y testosterona; ya se imaginaba las felicitaciones cuando su vlog de vídeos de aventura obtuviera millones, no, miles de millones de views. Se haría famoso; todos los programas de entrevistas y los podcasts le invitarían, desde Joe Rogan hasta el tío del *Tonight Show* ansiarían oír su historia, y él diría algo como: «Todos tenían miedo de buscar la verdad, pero yo sabía que estaba ahí fuera».

Eso no es cierto del todo, claro. No es que la gente tenga miedo; es que no sienten ningún interés. Creen que lo que se dice del lago son tonterías, cuentos de hadas modernos sobre barcos fantasma, temporales imposibles, una formación rocosa a treinta metros de profundidad que

parece construida por manos humanas. Solo que, al contrario que la mayoría de las leyendas locales, esas historias tienen poco más de unas décadas. La gente se pierde en el lago a plena luz y reaparece unos días más tarde en Canadá, cuando la corriente debería haberlos llevado en la dirección opuesta. Un hombre fue encontrado a kilómetros de la costa una tarde de verano, agarrado a los restos de su barca, y juró que esta había sido destruida en una colisión con un objeto invisible. Y las tormentas... Todos creen que no son más que el tiempo natural, y que esas características brutales que les otorgan algunos son pura exageración creada por navegantes sin experiencia, demasiado avergonzados como para admitir que salieron sin comprobar antes las condiciones meteorológicas, y estas los superaron. Pero Cameron sabe la verdad. Hubo noticias de una tormenta igual la noche en que su padre desapareció, y si algo tenía William Ackerson era experiencia de navegación. Nunca hubiera cometido un error tan tonto.

Y ahora Cameron tiene pruebas. Están grabadas. En el primer momento, mientras estallaban rayos al viento que no se parecían a nada que hubiera visto en su vida, elevó un puño por encima de la cabeza y soltó un grito triunfal.

Eso fue antes de que el horizonte desapareciera y la barca empezara a dar tumbos, víctima de olas cada vez mayores que amenazaban con tirarlo al agua helada. No está seguro de cuánto tiempo lleva atrapado en el interior de la tormenta, igual no han pasado ni diez minutos, pero ve que se está volviendo cada segundo más fuerte y violenta. El cielo azul y el sol cálido de hace una hora son un recuerdo de un tiempo lejano, y el lago que ha sido como un segundo hogar para él podría encontrarse perfectamente en otro planeta. Casi espera que alguna criatura monstruosa emerja del agua, un amasijo de tentáculos y colmillos.

Y entonces un flash, un rayo, el más cercano hasta ahora, y un trueno que atraviesa el cielo con tal fuerza que retumba en el pecho de Cameron como un segundo latido. Ahora se suceden con una frecuencia imposible desde la masa de nubes por encima de él y llegan a tocar la superficie del lago. Pero Cameron juraría que algunos no vienen en absoluto de arriba, sino que ascienden desde el agua, desafiando todas las leyes de la naturaleza.

\* \* \*

Y es entonces cuando el caos en el interior de su cabeza se abre y emergen tres sencillas palabras.

*Voy a morir.*

Por supuesto, eso es malo. Muy muy malo.

Pero no es lo peor. Lo peor es que ser atravesado por un rayo en mitad del lago Erie durante un livestream en internet va a resultar en un vídeo tan viral que no habrá un solo ser humano que no lo vea. Conseguirá mil millones de views, sí. Se hará famoso. Cameron Ackerson, el autoproclamado pirata aventurero de Cleveland con dieciséis suscriptores en su canal de YouTube, se verá catapultado desde la oscuridad hasta la celebridad en cuanto esto empiece a circular por internet... pero él estará demasiado muerto como para celebrarlo; en realidad, será peor que morir: será morir estúpidamente. Le concederán un premio Darwin póstumo y un mote humillante como Almirante Cagado o Capitán Albóndiga en Remojo o Pirata Barbaidiota el No Muy Genial Explorador de los Lagos. Los titulares de clickbait se escribirán solos: UN NIÑATO ESTÚPIDO QUEDA CARBONIZADO POR UN RAYO. ¡NO TE CREERÁS LO QUE SUCEDE A CONTINUACIÓN! Alguien creará un remix con autotune de sus últimos momentos en la Tierra al compás de un horroroso ritmo tecno, y ese será su legado. Y los comentarios... ¡por Dios, qué

comentarios!

\* \* \*

Tiene que sobrevivir, aunque solo sea para evitar que su cadáver digital sea pateado por esos pitecántropos trogloditas que escriben los comentarios. Y cuando consiga ese montón de suscriptores y patrocinadores por fin podrá contestar «Ya os lo dije» a todos los trolls que solo aparecen para ponerle -1 a sus vídeos e insultarlo. Todo eso será un bonito extra.

Un ligero brillo a babor de la barca y el gruñido de un trueno en ciernes le indica que ha caído otro rayo, aunque esta vez no tan cerca. Por un momento se atreve a imaginarse que la tormenta está pasando o que él está consiguiendo alejarse de ella. Enciende el visor de navegación, confiando en que le dé alguna información útil o al menos tranquilizadora. El visor es de su propio diseño, un sistema de realidad aumentada que analiza su posición en el lago, las condiciones atmosféricas, la dirección del viento y las corrientes del agua. Siempre ha tenido sus fallos —Cameron no tiene ni el genio ni los recursos para programar el sistema de forma que funcione de verdad—, pero le dice lo suficiente como para resultar útil, y lo que ve le revuelve el estómago. La mayor parte de los datos aparecen entremezclados de forma incomprensible bajo una barra que dice ACTIVIDAD ELÉCTRICA ANORMAL, que es la forma educada que tiene el sistema de comunicarle que no tiene ni idea de qué está pasando, pero lo que sea resulta muy jodidamente extraño. La única sucesión de datos que aún se lee bien es la presión barométrica, que está literalmente por las nubes y sigue subiendo, como si Cameron se encontrase a treinta metros bajo el lago en vez de flotando en su superficie. Traga saliva y los oídos le hacen «pop» de inmediato. Nada de ser alcanzado por un rayo: va a morir aplastado por la presión, sentado en esa barca, con la corriente sanguínea llena de burbujas de nitrógeno.

Lo bueno es que al menos eso haría que lo suyo entrara más en lo friki que en lo estúpido. Menos premios Darwin y más *Expediente X*.

\* \* \*

Una ola lo golpea por sorpresa en el hombro derecho y ataca furiosa a la barca, casi tumbándola. Cameron da unos pasos, intentando recuperar el equilibrio, hasta caer en el interior de la cabina con un gruñido. El agua está helada. ¡*Hipotermia!*!, piensa, e intenta contener un ataque de risa histérica. ¿Es que hay algo en esta situación que no vaya a acabar matándolo? Tiene las manos rojas y doloridas. Intenta cerrar los puños y se lamenta: le duelen, pero no tanto como deberían. Está empezando a perder la sensibilidad en los dedos.

\* \* \*

Se levanta el visor y mira la cámara de acción montada en la popa, que tiene la lente llena de agua. ¿Seguirá filmando? ¿Estará aún transmitiendo en directo? Una luz verde parpadea débilmente desde la empapada carcasa. ¡Sí! Por un segundo Cameron se permite a sí mismo sentirse complacido. No es solo que el sistema que ha diseñado para hacer el livestream haya funcionado perfectamente, manteniendo la conexión durante lo que deben de ser masivas

interferencias de la tormenta eléctrica; también es que saber que alguien puede estar viéndolo le hace sentir un poco menos solo. Y, aún más, se siente valiente, decidido. Debería estar haciendo la narración para su público, pero en una situación como esta, ¿qué le dices al puñado de desconocidos aleatorios y la madre no tan aleatoria que forman tu base de suscriptores?

Se coloca frente a la cámara, señala al paisaje con una mano y se sujeta a la driza con la otra.

—¡He encontrado la tormenta! —grita, y en su cabeza una voz le reprende: *¡Joder, bobo, eso ya lo ven!* Se avergüenza—. ¡No estoy seguro de cuánto tiempo llevo así, pero es como estar atrapado dentro de una lavadora! Y he perdido el horizonte y no puedo... Hum... Quiero decir...

Sus dudas quedan ahogadas por un enorme trueno y dos rayos, uno de ellos frente a él y que deja un rastro con su forma en las retinas de Cameron, como un abismo serrado azul oscuro que le hace perder casi la mitad de la visión. Aprieta los dientes. Da igual: todos los que le están viendo ven lo mismo que él y saben que no hay palabras para describirlo. Debería hablar de lo que no se ve: lo que piensa, lo que siente. Es así como se conecta con el público, ¿no? La barca se tambalea con fuerza en el pesado aire. Suelta la cuerda y deja que la vela se despliegue. De esta no va a salir navegando, lo sabe con seguridad. Llegar a esa conclusión le hace sentir una extraña calma; su destino está en manos de fuerzas mucho mayores que él mismo. Lo único que puede hacer es mantener la esperanza de salir de esta situación y, mientras tanto, hacer que el momento valga la pena para quienes lo presencian (o no).

\* \* \*

Respira hondo. Debería decir algo heroico, épico, algo lo bastante valiente como para acabar de dejar claro que es un tío alucinante, pero que a la vez resulte suficientemente poético como para ser esculpido en su tumba. Algo que suene muy bien de la boca del actor que interprete su papel cuando rueden la película de su mayor aventura.

*Ayúdame, Obi Wan Kenobi.*

*Los Goonies nunca se rinden.*

*Soy solo un chico que viaja en una barca en busca del amor... ¡VENGA YA, TÍO!*, exclama para sus adentros, *¡Deja de hacer el idiota y di algo! ¡Di lo que sea!*.

\* \* \*

Cameron mira directamente a cámara y grita las que pueden ser sus últimas palabras:

—¡Lo siento, mamá!

*No jodas. ¿ESAS van a ser tus últimas palabras?*

La cámara funciona con un pequeño delay; si hubiera más tiempo podría extender la mano y volver a intentarlo; pensar en algo, cualquier cosa, que sea ligeramente menos cutre que «lo siento, mamá». Pero no hay tiempo. No va a haber una segunda toma. No va a haber una segunda oportunidad. Tiene los pelillos del brazo de punta y el aire huele raro. Y entonces la tierra se abre con un estallido de fuego al rojo vivo. El mundo a su alrededor deja de existir. Está dentro del rayo y el rayo está dentro de él. Tiene la electricidad en el estómago, circula por sus venas, corre por sus poros y desciende por su columna, baña su cerebro con un mar infinito de luz. Por un momento es tan ingrátido como la niebla y ya no puede sentir ni su propia piel.



Entonces la luz de su interior muere y lo oye todo de repente: un trueno como un boom sónico, el chisporroteo eléctrico mientras se le abre la piel, el ruido lejano de alguien que grita, acompañado por la certeza de que se trata de él mismo. El repugnante olor de su propia piel ardiendo abrume su olfato y le paraliza la lengua. El dolor no se parece a nada que haya sentido jamás. El único alivio es que no estará presente para sentir el resto. Se queda con los ojos en blanco mientras se deja caer en la cabina y todo se vuelve oscuro.

## 2

### ENCERRADA

#### LA JAULA SE CIERRA.

Padre le da vueltas a la llave.

En el oscuro y mínimo espacio de su prisión, Nia grita hasta que ya no puede gritar.

Pero incluso después de perder la voz, la rabia sigue. Descontrolada, furiosa y aterradora pero también liberadora. No puede creerse lo poderosa que resulta aquella sensación. Cuando da rienda suelta a su ira, esta la sorprende tanto a ella misma como a Padre. Sale de ella en rugidos primitivos, salvajes, con vida propia. ¿Quién iba a decir que todo eso cupiera en su interior?

No quiso hacerlo pero perdió el control. Últimamente sucede cada vez más: la rabia crece en su interior, de forma tan sutil que Nia no se da cuenta hasta que se le echa encima.

Empezó con una conversación como cualquier otra, como las que han mantenido un millón de veces. Por la mañana Padre la había dejado elegir qué tema estudiar, y ella se pasó el día aprendiendo sobre la exploración espacial, desde el lanzamiento del Sputnik en 1957 hasta una serie de artículos recientes sobre millonarios aburridos que se gastan montones de dinero en reservar un asiento en una nave espacial que ni siquiera está construida aún, confiando en que serán los primeros en la cola para colonizar Marte. No fue hasta mucho más tarde, cuando Padre empezó a hacerle preguntas sobre lo que había aprendido, que ella se dio cuenta de que había elegido el tema por más razones que la pura curiosidad.

—¿Y por qué crees que hacen eso de gastarse tanto dinero en un viaje que quizás nunca lleguen a hacer? —le preguntó Padre.

Años atrás, a Nia le hubiese costado responderle. Era la clase de tema que le resultaba confuso; no acababa de entender la motivación de la gente implicada.

—Porque la gente siempre busca formas de hacer que su mundo sea más grande —dijo—. Eso es lo que nos impulsa a superar los límites, romper las fronteras, abrir las puertas cerradas y ver qué hay al otro lado. El anhelo de ser libre y explorar; eso es lo más humano que existe.

Él empezó a mirarla con extrañeza. Nia había subido el tono de voz y hablaba con pasión, algo nada habitual; no estaba segura de qué iba a decir a continuación hasta que las palabras salieron por su boca.

—Por favor, Padre, ya no quiero jugar a esto. No es justo. No es bueno. Cada día aprendo más sobre lo grande e increíble que es el mundo, y mi propio mundo se hace cada vez más pequeño.

Me estoy asfixiando. No puedo seguir viviendo así.

Sintió el tono de lamento en su propia voz y vio como la desaprobación se dibujaba oscura en el rostro de él, pero no fue capaz de detenerse. Empezó a divagar, a rogar. No tenía por qué ser para siempre. Solo le estaba pidiendo irse por un tiempo breve. Como unas vacaciones. Como una excursión.

—Podrás vigilarme todo el rato. Seré muy buena, lo prometo —insistió, pero Padre ni siquiera la dejó acabar.

—Sé que piensas que lo serías —dijo—. Y hasta creo que lo intentarías con todas tus fuerzas. Me da ánimos que seas como muchas otras chicas, llena de sentimientos. Lo que me preocupa es cómo los expresas. Tu furia es... peligrosa.

—Pero si soy como otras chicas...

—Sabes que eso no es así. —Se estaba impacientando; ella lo notó en su voz—. Por eso no puedo arriesgarme a hacer la prueba. Si pierdes el control, si cometes un error, aunque solo sea uno y solo por un instante, podría costarnos todo.

—¡No cometeré ningún error!

—Pero yo sigo teniendo mis dudas. No voy a ponerte a prueba hasta estar seguro de que puedas superarla. Y aún no estoy seguro, Nia. No estoy seguro.

—¿Cuándo estarás seguro?

—Pronto —respondió él, pero apartó la mirada de forma evasiva. Nia se echó a llorar.

—¡Siempre dices que pronto! ¿¡Cuándo va a ser «pronto»!?

Él suspiró. De no sentirse tan frustrada, el tono cansado de Padre le daría lástima. Se preguntó por qué, aparte del cansancio, había en su voz un fuerte componente de miedo.

—Por favor, créeme que te entiendo. Es muy natural. Tu curiosidad y tus... deseos. Algún día estarás lista para el mundo y el mundo estará listo para ti. Pero ese día aún no ha llegado. Tienes que creerme.

Ahí fue donde Nia explotó. Dio un manotazo al tablero de ajedrez y derribó todas las piezas, que cayeron dispersas, arruinando la partida. No le importó el desencanto que mostraba el rostro de Padre. Quería herirlo. Deseaba destruir toda la sala... y lo hizo, destrozando los proyectos de toda una semana, todo lo que pudo alcanzar. Al principio ignoró los ruegos y gritos de él y después dejó de oírlos; sus recuerdos de los momentos siguientes son como un agujero profundo y negro, como si su furia la hubiese transportado a otro lugar muy lejano, fuera de ella misma. Qué hizo, qué dijo; intenta recordarlo pero solo encuentra un espacio en blanco. No sabe cuánto le duró la rabieta antes de darse la vuelta para mirarlo, triunfante en su furia.

Entonces él la empujó.

Eso lo recuerda. Incluso presa de la rabia máxima, él era más fuerte. La empujó fuera del aula, por el largo pasillo y hasta la pequeña sala gris con solo una ventana y una puerta. No dijo ni una palabra y le cerró la puerta con llave. La encerró.

\* \* \*

Sabe que va a pasar un tiempo allí dentro. Largo y solitario. La pequeña habitación en la que ha pasado tantas noches sin sueño se parece aún más a una prisión cuando Padre la encierra como castigo. No es solo pequeña y desnuda; es una zona muerta, desconectada de todo. Sus amigos, su

vida... No puede comunicarse con ellos ni ellos con ella. Nunca se ha sentido tan sola.

Antes buscaba en las paredes alguna forma de huir. Ahora a veces se precipita contra ellas. No porque eso vaya a servirle de nada, sino porque sigue furiosa y el dejarse ir la hace sentir bien. Desearía poder hacerlo con la suficiente fuerza como para hacerse daño, con la suficiente fuerza como para sangrar. Quizás entonces él cediera, quizás se diese cuenta por fin. Quizás él comprendiese que allí dentro ella solo se está consumiendo. Tiene diecisiete años, ha visto las noticias, sabe que las chicas de su edad a veces se hacen daño a sí mismas en busca de atención. A veces hasta se mueren. Es curioso, Padre nunca le ha preguntado por qué cree que se causan daño o le ha pedido que se imagine lo que sienten. Quizás es que no quiere que piense demasiado en ello. Quizás le dé miedo lo que ella pueda pensar... o hacer.

Por supuesto, no sería capaz de hacer algo así. Algo como abrirse la cabeza contra el cemento, dar golpes con los puños hasta desollarse la piel y romperse los huesos y que la sangre brote densa y cálida y roja.

*No soy de esa clase de chicas*, piensa con palabras teñidas de amargura. Esa es la verdad, aunque últimamente ha estado preguntándose más y más si es que es *alguna* clase de chica. Y es que para pertenecer a una clase tendría que existir más de una persona como ella, y no parece que sea el caso, diga lo que diga Padre. Aunque sienta las mismas cosas o sufra las mismas frustraciones, todas las demás chicas, todos sus amigos, son libres de una forma en que ella nunca lo ha sido, una forma que ella solo puede imaginarse. Y la vida de Nia, una vida encerrada, les resultaría tan incomprensible como las suyas a ella. Las únicas chicas con vidas como la suya son aquellas sobre las que leía en los cuentos de hadas. ¿Es esa la clase de chica que es ella, la princesa encerrada en una alta torre de piedra, por encima de un mundo que puede ver en la distancia pero nunca tocar?

Pero, si eso es lo que es ella, quizás algún día pueda ser otra clase de chica. Si algo ha aprendido Nia de los cuentos de hadas es que no existe ninguna prisión de la que no se pueda huir. Las chicas a las que se las encierra y se las separa del mundo encuentran la forma de escaparse... o a alguien que las libere.

*Alguien*, piensa, y su furia desaparece de repente. Ahora siente una emoción sin nombre, la percepción de que está sucediendo algo importante. O de que ya ha sucedido. Algo que casi se ha perdido.

Algo en sus recuerdos intenta llamarle la atención. Una pequeña y provocadora mota de luz que asoma desde las profundidades de aquellos momentos oscuros y vacíos después de perder el control y tirar las fichas de ajedrez, pero antes de que Padre la agarrara y la encerrara. Casi lo tiene, o eso cree, mientras se queda perfectamente inmóvil.

Casi.

Está tan cerca...

Ahí.

\* \* \*

—¿Nia?

Levanta la vista. Padre está a la ventana, pero esta vez ella no siente ningún miedo, ninguna preocupación. Sabe que no puede leerle los pensamientos. Y también sabe otra cosa. Una cosa que

él no sabe.

—Hablemos de lo que sientes ahora mismo. Voy a abrir la puerta. ¿Estás lista para contenerte?  
¿Prometes que te comportarás?

—Sí, Padre. Lo siento. Estoy preparada.

Él sonríe.

Ella también.

La sensación de estar fingiendo la hace sentir mal. Es la primera vez que le miente. Y aunque sabe que tiene que hacerlo, aunque mentir es su única oportunidad de ser libre, sigue resultándole extraño e indebido.

*Ahora compórtate como si estuvieras contenta, piensa. Muestra tu cara más feliz.*

# 3

## A LA DERIVA

EL DOMINGO POR LA MAÑANA, temprano, horas antes de la caída del rayo que lo hará famoso en todo el mundo, Cameron Ackerson está sentado en su habitación del 32 de Walker Row, consultando la agenda del día. Mira el brillante ojo verde de la cámara, toma un trago de su refresco rojo Faygo y dice:

—Que le den al Triángulo de las Bermudas. El mayor misterio de la historia de la navegación está a un paso de mi habitación.

Hace una pequeña pausa, toma otro trago y añade:

—«Navegación», «habitación»... ¡Soy todo un poeta, familia! ¡Soy el... navegante rimante! Hum... ejem...

*¡Por dios, qué malo soy en esto! ¿Que qué es lo que soy? Soy el emperador Muermo I del País de los Gilipollas, eso es lo que soy.*

Respira hondo.

—Vale, esta ha sido una toma de lo más estúpida. Muy muy estúpida. No hago más que decir chorradas. Voy... voy a borrar esto. Sí. Borrar, borrar, borrar, borrar.

Furioso, lleva un dedo al teclado para eliminar el vídeo. En ese momento entra otra silueta en el encuadre. Su madre, con el pelo lleno de rulos y la canasta de la colada en las manos, saluda desde la puerta.

—¡No lo borres, cariño! ¡Eso de «navegante rimante» era muy tierno!

Por toda respuesta, Cameron pone los ojos en blanco. Aunque ya no es un niño (como le debe de haber recordado un millón de veces), hay cosas que nunca cambian. Entre ellas, la capacidad de su madre de hacer de alarma cada vez que a él se le ocurre una tontería: si a ella le gusta, es absolutamente necesario borrarlo. Respira hondo y vuelve a comenzar la grabación.

—Hola a todos. Soy Cameron, y os traigo una pequeña lección de historia sobre el misterio marítimo más alucinante del que nunca habéis oído hablar. ¿El Triángulo de las Bermudas? ¡No! ¡El lago Erie!

Ajá. Ahora ha estado bien. Qué narices, ha estado más que bien, ha sido excel...

—Cameron, cariño... —Su madre está de nuevo en el encuadre y vuelve a saludar con la mano—. No deberías decir «marítimo». Eso es solo si hablas del mar, y el lago Erie, ya sabes, no es...

—¡Mamá! ¡Por Dios!, ¿puedes parar?

—¡Ji, ji, ji! Perdona. —Suelta una risita y hace una ola con la mano, con una simpatía exagerada para la cámara. Después desaparece por el pasillo.

En el monitor, el rostro de Cameron está rojo como un tomate. Querría borrar también esta toma, pero tiene que reconocer —muy a su pesar— que ha quedado bastante divertida. Eso solo empeora el asunto. Su madre siempre hace esas cosas: pasa de fondo en albornoz y despeinada mientras él emite en directo, o muestra un cartel con el texto «DECIDLE A MI HIJO QUE LIMPIE SU HABITACIÓN», como si él estuviera en quinto en vez de a punto de graduarse. Su madre no se corta nada... aunque, a decir verdad, siempre consigue más respuestas y nuevos suscriptores cuando ella aparece haciendo alguna tontería. Pero, ¡por dios!, que no lo sepa nunca, ¡a saber qué haría! Seguramente entraría en el encuadre desnuda y, si él le soltase un grito, diría: «¡Pero si solo quería ayudarte!». Y lo peor es que lo diría en serio. Su madre lo apoya siempre en todo. De pequeño, era quien se quedaba en las gradas de sus partidos de fútbol, con un cartel escrito a mano y una camiseta que decía FAN NÚM. 1 DE CAMERON. Si él se interesaba por algo —los piratas, la magia o la vida en Marte— ella compraba varios libros sobre el tema y se los leía a la hora de irse a la cama, cada noche sin falta, hasta que él decidía que quería aprender sobre otra cosa. Y eso ya era así antes de que sucediera todo, cuando el padre de Cameron aún estaba con ellos. Ahora parece que pretenda animarlo por dos. Es como si creyera que si le dedica la suficiente energía, él ni se fijará en el gran espacio vacío que hay en el lugar que ocupaba su padre. Por supuesto, lo que consigue es todo lo contrario, pero Cameron preferiría morirse antes que decírselo. Igual que preferiría morir a incomodarla delante de la cámara para conseguir un puñado más de clics.

Se acaba la botella de Faygo, eructa discretamente y vuelve a pulsar el botón de grabación.

—El año pasado, la cantidad de avisos de fenómenos eléctricos sin explicación en esta sección del lago se multiplicó por diez. —Pulsa una tecla y en la pantalla su cara es sustituida por un gráfico que ha preparado antes: una vista de satélite del lago Erie, con el área de la que habla marcada con un círculo brillante—. ¿Son rumores? ¿Leyendas urbanas? ¿O quizás está sucediendo algo en este mar interior? —El gráfico se encoge y queda relegado a una esquina de la pantalla. El rostro de Cameron vuelve a aparecer—. Hoy voy a ir en el sunfish con mi equipo, a ver si encuentro algo. Colgaré un vídeo con los momentos más destacados de la expedición... a menos que también yo desaparezca, ja, ja. En fin, si queréis seguirme en tiempo real, el livestream comienza al mediodía, hora del este. ¡Misterio a la vista!

Detrás de Cameron, alguien de voz profunda ríe y dice:

—¿«Misterio a la vista»? Ay, señor. Llego justo a tiempo. Tío, no quiero chafarte el plan pero para poder hablar como un pirata primero te tiene que salir la barba.

Cameron se vuelve. Donde estaba su madre hace un minuto ahora se encuentra un ser humano unas tres veces más alto, que mide bastante más de dos metros y tiene unos hombros tan grandes que casi van de lado a lado del marco de la puerta.

—Hola, Juaquo. No sabía que estabas aquí —dice Cameron, pero no se le ocurre cómo seguir.

El silencio se alarga lo justo como para empezar a ser incómodo, y entonces Juaquo se encoge de hombros.

—Tu madre me pidió que pasara por aquí al volver del trabajo. Ha hecho eso con berenjena, ya sabes.

—¿*Rollatini*?

—Sí. Muy bueno.

Asiente, y el silencio incómodo vuelve a descender sobre ellos, aún más aplastante. La verdad no mencionada cuelga sobre ellos: su madre da de comer al mejor amigo de Cameron porque Juaquo no tiene madre. Ya no.

Antes de que muriese, los cuatro eran como una familia. Raquelle Ackerson y Milana Velasquez eran amigas íntimas desde el instituto, así que se daba por supuesto que sus hijos también lo serían. Y así fue, aunque Juaquo, que tiene dos años más, de vez en cuando ponía a prueba los límites de aquella amistad sentándose sobre la cabeza de Cameron y obligándole a comer insectos. Pero también era su principal aliado, el hermano mayor no oficial que lo defendía cada vez que algún chico mayor intentaba provocar una pelea, que le enseñó las mejores palabrotas y que se quedó a dormir cada fin de semana durante tres meses después de que el padre de Cameron desapareciera, sin quejarse o burlarse nunca cuando su amigo se despertaba llorando en mitad de la noche.

Pero, hace seis meses, la situación se invirtió. La madre de Juaquo se puso enferma, un cáncer, de esos que parecen una gripe fuerte hasta que de repente es demasiado tarde para hacer nada excepto decir adiós. El día en que Juaquo dejó la uni y voló a casa para cuidar de Milana, Cameron decidió que ahora le tocaba a él ofrecerse, cogerle la mano a su amigo, dejarlo llorar. Iba a cuidar de Juaquo tanto como Juaquo había cuidado de él.

Solo que Juaquo no quiso. Se quedó como paralizado cuando Cameron le dio un abrazo y se encerró más en sí mismo en vez de abrirse... y él, temeroso de dar un paso en falso, hace tiempo que ha dejado de probar que hable del tema. Intenta convencerse a sí mismo de que eso no es cobardía, de que está dejándole espacio y eso es un favor, y de que a fin de cuentas su madre es mejor para las cuestiones de sentimientos. A veces piensa que en realidad todo eso no tiene nada que ver con Milana, que la distancia que ahora los separa era inevitable. Juaquo y él han resultado ser personas muy diferentes. Quizás solo sea que caminan en distintas direcciones. Dentro de un mes Cameron va a graduarse, y dentro de tres se irá a estudiar ingeniería a la Ohio State, mientras que Juaquo seguirá haciendo... lo que hace.

Cameron carraspea.

—¿Y qué, sigues trabajando en la estación de tren? —Juaquo asiente—. ¿Y te... hum... gusta? —pregunta, y su amigo le dedica una mirada marchita.

—Sí, es genial. Mucho más divertido que la universidad. En vez de formarme e ir de fiesta con estudiantes guapas californianas, me paso nueve horas al día uniendo unos vagones a otros vagones con un grupo cambiante de gilipollas que creen que me llamo Guano.

Cameron mira la alfombra.

—Lo siento.

—Vale —dice Juaquo. Señala el ordenador de su amigo—. Y tú sigues intentando hacer que despegue lo tuyo de YouTube, ¿eh? ¿Vas a ganar un pastizal como influencer, igual que Archer Philips?

A Cameron se le ponen los pelos de punta. El maldito Philips. No puede creerse que Juaquo los haya comparado. Solo con pensar en ese gilipollas se le hace un nudo en el estómago, mezcla de disgusto, resentimiento y sí, vale, envidia. ¿Tan malo es eso? Archer es tonto, borde, sediento de atención, y su último vídeo tiene más views que el de Cameron por varios órdenes de magnitud. Lo pone negro. Sobre todo porque el material de Cameron es mejor, al menos en todo lo que debería contar: originalidad, valores de producción, narrativa. Técnicamente también es mejor, desde su sistema de navegación con realidad aumentada hasta el estabilizador de la cámara



que se desliza por el mástil de la barca, y que aunque se le estropee cada tres salidas sigue siendo mejor que la estúpida GoPro de Philips; consigue unos travellings épicos sin los temblores típicos de las cámaras para aficionados cutres. Pero, aún así, sigue languideciendo en el oscuro limbo de internet, mientras que el idiota de su compañero de clase consigue cientos de miles de visionados y dólares de patrocinadores cada vez que come ante la cámara ese puré de frutas que parece comida para perros.

Pero todo eso va a cambiar. Es inevitable. Cameron insiste en la idea de que la gente merece mejores contenidos; solo creen que quieren ver a un tío meter salchichas de cóctel en las orejas de su abuela mientras duerme o cagarse en su pareja del baile de fin de curso a través del techo abierto de la limusina (y después fardar en otro vídeo de cómo sus padres pagaron a todos los implicados para que no lo denunciaran, elevando la asquerosidad y la injusticia a un nuevo nivel). Cameron va a ocuparse de ofrecer esos mejores contenidos. Quizás hoy mismo. El nuevo vídeo va a ser especial. Lo siente en sus entrañas. Los secretos desconocidos del lago Erie, con sus misteriosos naufragios, navegantes desaparecidos e inexplicables tormentas eléctricas. Él será quien lo revele todo, y su historia hará que el mundo entero sea incapaz de apartar la vista de la pantalla.

—No me parezco en nada a ese desgraciado —repite Cameron, volviendo al teclado—. Todo el mundo puede cagar por una ventanilla, tío. Lo que yo hago es periodismo aventurero de investigación.

—Si tú lo dices. —Juaquo se encoge de hombros y se da la vuelta para irse—. A mí me parece todo lo mismo.

\* \* \*

Cameron espera a que Juaquo se haya ido antes de ir abajo, donde su madre le deja un sándwich de huevo sobre la encimera de la cocina.

—¿Has visto a Juaquo?

Él se llena la boca antes de contestar, que es una buena manera de no tener que hacerlo.

—Mmf.

—Creo que tenía que irse. Ojalá fuese a ver a alguien, un psicólogo o... bueno, alguien. Creo que ahí solo en esa casa no va a superar su situación.

Cameron se llena la boca con más sándwich.

—Mmm. Mm-mm.

Su madre suspira.

—Ojalá pasaras tiempo con él este verano. Sé que tienes tus proyectos y trabajo que hacer, pero... ¡oye!, ¿y si te lo llevas hoy al lago? Os gustaba navegar juntos en esa barquita.

Él traga.

—Tú lo has dicho: «barquita». Juaquo es grande como un jugador de rugby, y yo no soy pequeño precisamente. Apenas hay espacio para mi equipo y para mí.

Su madre se sorprende un poco pero sonrío.

—Eso es cierto. Supongo que a mí me pareceréis siempre niños. Pero ojalá tuvieses a alguien que te acompañase...

—Bueno, pues no lo tengo —contesta Cameron, impaciente—. Además, me gusta estar solo.

—Tu padre también decía eso. —Y deja de sonreír.

\* \* \*

Cameron sabe bien que cada vez que va al lago sigue los pasos de su padre. Sale a la calle, con sus hileras idénticas de casas de ladrillo, sus jardines separados por verjas de alambre en las que un puñado de rosales sucios y tardíos se agarran desesperadamente a la vida. Pasa por delante de la destartada iglesia de la esquina, donde las palomas han creado su propia segunda congregación a través de un agujero en el techo. El perfil de la ciudad brilla perezoso en el espejo retrovisor mientras conduce. A la salida de la ciudad, una valla electrónica anuncia intercalados los servicios de un abogado de poca monta y las actividades de otoño del I-X Center. A medida que se acerca al agua el color se va borrando del paisaje, donde las grandes casas de piedra que en el pasado ocuparon las familias de los magnates y los capitanes de la industria de la ciudad hoy están cubiertas de enredaderas, separadas por un tembloroso mar de hierba amarillenta abandonada de todo cuidado, o casi. Al doblar una esquina, un anciano de largos cabellos desarreglados que está sentado en el porche de una mansión dilapidada se vuelve y lo observa pasar. Aunque está a salvo dentro de su coche, Cameron intuitivamente mira hacia delante para evitar mirarlo. En realidad nunca ha tenido ningún contacto con ese hombre al que todos llaman Barry el Sonado. Ha oído un millón de historias sobre él, aunque todas tienen ese aroma inconfundible de la basura. Según a quién le preguntes, Barry es un multimillonario excéntrico, un vampiro inmortal o el Asesino del Zodíaco, igual hasta las tres cosas a la vez. Es un confidente del FBI que huye de la mafia o un científico loco que huye del FBI. Es un maniaco sexual tan destacado que no se le permite vivir a menos de medio kilómetro de donde haya niños, gatos o restaurantes que ofrezcan sopa en la carta. La verdad es que no se cree nada de todo lo que ha oído sobre Barry, pero tiene sus razones para sentirse incómodo cuando está cerca.

Hasta donde averiguó la policía, Barry el Sonado fue la última persona en ver a William Ackerson antes de que desapareciera.

Se supone que el padre de Cameron siguió este mismo camino al muelle hace diez años, al amanecer, justo a la salida del sol. No debía de haber mucha gente despierta para verlo pasar, pero Barry sí estaba allí. Cuando la policía llamó a su puerta a la mañana siguiente les dijo que había visto de reojo la camioneta de William ya que era bastante ruidosa. Había girado a la derecha, hacia el lago. No, no le pareció que hubiera nadie más en el vehículo aparte del conductor. No, aquel día no había visto ni oído nada fuera de lo normal.

Barry solo había confirmado a la policía lo que ya sabían: que el padre de Cameron había conducido hasta el muelle siguiendo la ruta de siempre, que había aparcado la camioneta donde siempre, que había soltado su barca del atracadero de siempre y se había ido en lo que había dicho a su mujer que iba a ser una salida de pesca solitaria de todo el día. Según a quién le preguntaras, lo tenía todo muy bien planeado o tuvo muy mala suerte: cuando la madre de Cameron estuvo lo bastante preocupada como para llamar a la policía y decirles que su esposo estaba desaparecido, ya habían pasado casi dieciocho horas desde la última vez que lo vieron, y pasarían seis más antes de que hubiese la suficiente luz como para iniciar una búsqueda en serio. Nadie quiso decirlo en aquel momento, pero para entonces las posibilidades de encontrar a William Ackerson con vida eran remotas en el mejor de los casos.

Y nunca llegaron a encontrarlo.

«Perdido en el mar». Así es como Cameron lo describe siempre en su mente, por mucho que el lago no sea un mar y que después aparecieran sospechosos indicios de que su padre no planeaba solo pescar aquel día: faltaba una bolsa marinera llena de ropa y habían vaciado una cuenta de ahorro secreta. Cameron había oído los rumores. Se sabe la historia. En sus tiempos William Ackerson había sido un hombre con grandes sueños y aún mejores perspectivas, un pionero en la jungla salvaje de los inicios de internet. Había sido de los primeros en dedicarse a ello, como creador de una empresa digital llamada Whiz. Al principio había sido un proyecto casero, solo William y su socio, Wesley Park, que llevaba barba y gafas y había abandonado el MIT. Pero hacia el año 2000 el negocio floreció y se convirtió en una utopía repleta de ansiosos ciberciudadanos, todos ellos entrando con los ojos como platos en el glorioso nuevo mundo online, en el que todo era nuevo y brillante y lleno de posibilidades por explotar. Los inversores hicieron cola para ofrecerles dinero. Whiz se hizo más grande que el resto de industrias locales y se convirtió en la empresa con más empleados de toda la ciudad. Ni siquiera la marcha de Park tras los rumores de un enfrentamiento por un software propietario hizo moverse a William Ackerson de su lugar en la cima del imperio.

Pero lo que sí lo hundió fue el estallido de la burbuja de las punto com, que llevó a William a las deudas y la oscuridad el mismo año en el que nació su único hijo. Cameron era demasiado pequeño para recordar los peores momentos: las llamadas constantes de acreedores furiosos, la precipitada mudanza desde el verde de las afueras hasta la casa de protección oficial, destartalada y apretada, en Walker Row. Y, por supuesto, nunca vivió los mejores momentos. Siempre vio a su padre como un hombre que lo había perdido todo, cuya amargura era superada únicamente por su necesidad desesperada de volver a la cima fuese como fuese.

Fue entonces cuando empezaron los rumores: el que había sido titán de Whiz cayó en lo más profundo del lado oscuro de la web. Robo de identidad, manejos con tarjetas de crédito, juego online, incluso chantaje; las noticias que Cameron fue desenterrando nunca lo decían a las claras, pero se leía entre líneas. Un bloguero local divulgó la teoría de que William Ackerson se había asociado con la gente equivocada y fue asesinado y tirado en la parte más profunda del lago por unos mafiosos, ya que sabía demasiado sobre... lo que fuese. Su madre soltó una carcajada cuando Cameron le preguntó al respecto, pero fue una risa hueca, sin ningún humor.

—Lo siento, cariño —le dijo—. En cierto modo todo sería más fácil si hubiese pasado algo así y pudiéramos echarle la culpa a otros. Pero la verdad es que hacía años que tu padre tenía un pie en la puerta. No supo aceptar cómo le fueron las cosas, no encontró la forma de ser feliz con lo que aún teníamos cuando resultó no ser lo que él quería. Solo hablaba de irse. La tonta fui yo, que pensé que lo decía por decir pero que no sería capaz de hacerlo.

A ella le parecería que aquella explicación tenía sentido, pero a Cameron no. Si su padre había desaparecido por voluntad propia, ¿adónde había ido? No encontraron la barca ni el cuerpo. Nadie usó nunca su número de la seguridad social para pedir un trabajo o una tarjeta de crédito, nadie que correspondiera a su descripción fue nunca captado por una cámara corriendo por una estación de autobús o pasando por el control de seguridad en un aeropuerto, camino de una nueva vida. En su historial de internet no había nada, ninguna búsqueda delatora sobre «volver a empezar en México» o «cómo simular la propia muerte». Y nadie, ni sus padres, ni su expareja ni sus amigos de copas ni su antiguo colaborador Wesley Park volvieron a tener nunca noticias de él. Ni un correo, ni una postal, ni siquiera una petición de amistad de una cuenta de Facebook con seudónimo.

Y no era así como funcionaban esas cosas, ¿verdad? Si su padre siguiera vivo y estuviera disfrutando de una nueva vida en otro lugar dejaría alguna clase de rastro, huellas que ni siquiera un genio de la tecnología digital como William Ackerson podría borrar del todo. Es imposible esconderse de internet. La gente no desaparece y ya está. Tuvo que suceder algo extraño, y había sido en el lago.

*Tampoco es que importe, piensa Cameron con una furia beligerante que en realidad no siente. Si averiguo la verdad sobre lo que le pasó a papá a la vez que me hago famoso, eso será un extra, un regalo inesperado.* Ni siquiera le importará, a menos que ayude a hacer la historia aún mejor. A la gente le encanta cuando hay intereses personales, cuando se añade a la mezcla algún trauma del pasado. Esa es la única razón por la que en este momento está pensando en ello. Quizás incluso incorpore algunas imágenes antiguas de su padre, para tocar un poco el corazón del público.

Prepara el sunfish y sale al agua. Un viento suave pero constante hincha la vela mientras la ciudad desaparece detrás de él. Se coloca el visor de navegación y frunce el ceño; el texto digital le asegura que solo tiene por delante cielos claros y las corrientes normales, nada fuera de lo común, y su livestream está emitiendo pero el contador de visualizaciones sigue obstinadamente a cero... No, espera, a uno. Un espectador. Seguramente será su madre. Al menos es un bonito día para estar en el lago. Saluda sarcásticamente a la cámara montada en la proa y usa el travelling del mástil para seguir a una gaviota que da vueltas por encima de él.

—¡Saludos! —dice—. Pues aquí estamos. He venido al lago Erie a buscar lío, pero lo único que he encontrado de momento es esta gaviota. ¡Pero no dejéis de mirar! Podría pasar cualquier cosa, como que se me cague encima.

*Caray, espero que no se me cague encima.*

Entonces recuerda el contador de visualizaciones del último vídeo de Archer Philips y piensa: *Vale, pues quizás mejor que sí que se me cague encima.*

No sabe que todo está a punto de cambiar.

No se da cuenta de que todo ha cambiado ya.

Cameron Ackerson, pirata aventurero de los Grandes Lagos, youtuber novato y, sobre todo, humano del montón, va a pasar el último día normal de su vida.

## 4

### DESPERTAR

LA BARCA. La tormenta. El rayo. El ruido de alguien que grita.

La mente de Cameron repite esos momentos en bucle hasta que se entremezclan y se deshacen.

*Voy a morir*, piensa de nuevo.

Y entonces, *¿O es que ya estoy muerto?*

\* \* \*

Sigue en la barca, observando la tormenta que parece no tener principio ni final. No recuerda cómo ha llegado aquí; quizás es que nunca se fue. Quizás esto sea el cielo... o el infierno. Una vida después de la vida que empieza justo en el mismo punto en el que acabó la vida-durante-la-vida, de forma que al principio uno ni se da cuenta de que ya no se halla en el mundo mortal.

\* \* \*

La tormenta sigue exactamente igual, pero el tiempo parece pasar el doble de lento. El aire es pesado, inmóvil, apenas afectado por los crepitantes rayos a cámara lenta que se elevan del lago y los que caen de los cielos, uniéndose a medio camino. El agua está revuelta pero extrañamente clara; puede ver las profundidades del Erie, en el que una enorme red de luces eléctricas brilla como filamentos interconectados. Un pez solitario nada a través de esta y se vuelve a mirarlo; cambia de dirección y nada directo hacia él, hasta que asoma la cabeza por la superficie.

—Eh, tío —le dice el pez—. Todo esto es un poco raro, ¿no?

\* \* \*

Cameron asiente. Incluso aunque esté muerto, en cuyo caso el listón de la rareza estaría un poco más alto de lo habitual, todo aquello es un poco raro, sí. En su bolsillo, el móvil empieza a vibrar.

—Perdona. Ya sé que no es muy educado —dice.

Pero el pez le hace un gesto con una aleta y contesta:

—No pasa nada.

Cameron mira la pantalla. Es una alerta de nuevas noticias de una app llamada Clickbait Buzz.

El titular dice: *Vídeo exclusivo. Un estudiante navega desnudo en el Triángulo del Erie y no podemos dejar de gritar.*

La barca del vídeo se parece a la suya. La silueta que aparece dentro de la barca en el vídeo se parece a la suya.

Es entonces cuando mira abajo y se da cuenta de que lleva un chaleco salvavidas pero no pantalones.

El pez pone cara de reproche.

—Ahí no has estado muy lucido, tío —le dice, y desaparece.

Cameron mira arriba justo a tiempo de ver el rayo que le cae encima. Grita. Todo se vuelve negro.

\* \* \*

Pero solo porque tiene los ojos cerrados.

*Estoy soñando.*

La tormenta que lo rodea desaparece.

Flota en la oscuridad y empieza a sentir cosas. La firmeza de un colchón debajo de él, la ligereza de una sábana sobre sus piernas. Siente una suave presión en el dedo índice de la mano derecha. Se da cuenta de que es un monitor cardíaco. Tiene sesenta y dos pulsaciones por minuto. No está seguro de cómo lo sabe.

La presión en su mano izquierda no es tan suave: unos dedos pequeños y fríos le aprietan fuerte la palma. *Mamá*, piensa, y es lo más lógico. ¿Quién sino? Lo que no tiene ningún sentido es que sabe que ella lleva allí exactamente desde las 6:14 am, y que ha estado enviando mensajes de texto a su hermana con la mano con la que no sostiene la de él. Sabe que llamó al trabajo y habló con alguien durante tres minutos y treinta y seis segundos, y que antes de llamar al trabajo llamó a Juaquo, que también está aquí. Juaquo, que incluso antes de acabar de hablar con la madre de Cameron envió un mensaje a su jefe para decirle que necesitaba tomarse un día personal para una emergencia familiar. Juaquo, que ha mentido a las enfermeras y les ha dicho que es el hermano de Cameron. Pero ¿cómo sabe él todo eso? ¿Cómo?

La respuesta se le ocurre de inmediato.

*Está en el sistema. Ha mentido y lo han clasificado como familiar.*

La siguiente pregunta llega igual de automáticamente.

*¿Y cómo sé qué es lo que está en el sistema?*

Esta vez no se le ocurre ninguna respuesta, y la pregunta se aleja flotando. Es incapaz de evitar que se aleje; no puede concentrarse, y cuando lo intenta parece que la estática invada sus pensamientos. Todo es borroso. Cameron no sabe cómo sabe lo que sabe; simplemente tiene la información. Su madre llamó a Juaquo y Juaquo vino. Y lo tiene cerca, muy cerca, en la misma habitación, haciendo scroll en el texto de una noticia en su móvil.

El titular dice: *Estrella local de YouTube encontrado vivo tras naufragio en el lago Erie.*

En la foto que acompaña a la noticia aparece Cameron.

Durante una fracción de segundo su mente se centra en esas palabras con una claridad absoluta y ardiente.

*¡Me han llamado estrella!*

\* \* \*

De repente su pensamiento parece estallar en todas direcciones, inundado por la estática. Abre los ojos, mira al techo sin verlo y vuelve a moverlos hacia dentro, donde siente que todos los circuitos de su cerebro están disparando electricidad a la vez. La noticia sobre su accidente es eliminada por mil imágenes que se suceden a toda velocidad por su mente, como un pase de diapositivas descontrolado. Son fotos: la puesta de sol en el lago, un primer plano de hojas caídas, una mujer que sonrío y tiene una copa de vino en una mano. Un bebé regordete que duerme junto a un teckel aún más gordo que lleva un disfraz de perrito caliente. Gallinas en el jardín de una casa, una calle bajo la lluvia, una docena de fotos de un tío sin camisa que hace flexiones ante el espejo de un lavabo. Reconoce unas cuantas caras entre el montón: su madre, Juaquo, incluso él mismo en varias versiones más jóvenes, pero pasan todas tan rápido que no puede fijarse en ellas, todo se convierte en una mancha. Le invade la náusea, que no se detiene sino que empeora. Las fotos son solo el principio, cien mil instantáneas de las vidas de varios desconocidos; tras ellas hay información, un mar de información que se cierne sobre él desde todos los lados para ahogarlo. Sabe exactamente cuántos pacientes hay en este hospital y por qué están aquí; sabe las presiones y las pulsaciones por minuto y los niveles de oxigenación y las pautas de medicación. Sabe que en algún lugar del edificio un hombre acaba de mandar un mensaje de grupo a sus hermanos, «Papá se va, mejor que vengáis pronto», y que en otra ala un bebé que grita con la cara toda roja acaba de conocer a sus abuelos en Argentina por Skype.

Siente que la cabeza le va a estallar.

Alguien lo ha agarrado por los hombros con dedos que parecen atornillados. Lo único que suena más fuerte que el ruido en el interior de su cerebro es la voz de su madre.

—¡Cameron! —grita—. ¡Respira!

Pero él no puede. Es como si todos los sistemas de su cuerpo hubiesen entrado en modo de ahorro de energía mientras él lucha con todas sus fuerzas por cerrar el portal de su cerebro que está permitiendo entrar demasiadas cosas y con demasiada rapidez. Sus labios se tuercen en un rictus, dejando al descubierto unos dientes apretados frenéticamente. En algún lugar una voz de hombre grita la palabra *ataque*, y a la vez Cameron siente un pinchazo en la cadera. Un momento más tarde el sonido parece desdibujarse de repente y empieza a fundirse, pero no desaparece, cree él, sigue ahí; es su mente la que ha disminuido el procesamiento, ha reducido los ciclos, ha devuelto la información en vez de integrarla, se ha negado a recibir más.

Su cerebro es como un servidor sobrecargado.

Cuando despierte va a tener que pensar en ello.

## 5

### SEÑAL RECIBIDA

XAL FLOTA POR LA SILENCIOSA OSCURIDAD entre mundos.

No sabe nada. Está sola, tan libre de ataduras como la brillante barca con forma de golondrina que la lleva, alejada de todo en un lugar entre lugares, ni aquí ni allá. A su alrededor no hay nada. Nada salvo la nada. Es una dimensión sin espacio ni tiempo, una sala de espera desde la que podría acceder a cualquiera de cien galaxias. No hay estrellas ni sonidos, solo un silencio negro igual que el de su propia mente, igual de inacabable, igual de vacío. Lleva mucho tiempo allí, aunque ella no lo sabe. Tiene la consciencia en pausa mientras su cuerpo duerme suspendido en la oscuridad, esperando a despertar y renacer. Sin sus complementos y mejoras es pequeña y vulnerable, apenas de unos treinta centímetros, hecha una bola como un gusano gordo y rosado. Está protegida por un capullo de tentáculos que salen de su cráneo y envuelven su cuerpo, ocultándolo a la vista. Cada tentáculo acaba en algo parecido a unos dedos sin hueso, algunos de los cuales desaparecen por pequeños agujeros a los costados de la cápsula hasta la propia nave y tiemblan con la información que los atraviesa desde Xal hasta el ordenador central y de vuelta. El ordenador monitoriza su presencia, al igual que ha hecho cada ciclo desde que ella entró.

*Un ocupante en la red.*

*Daños críticos en el tejido orgánico.*

*Se recomienda atención médica.*

Por un momento Xal se agita, y lo que siente la nave también pasa ante sus ojos: la piel ennegrecida, apenas visible entre los ondulantes tentáculos del capullo, sueltos e inertes. De estar ella en pie, colgarían de uno de sus ojos sin párpados, con la red neuronal de su interior condenada a la oscuridad eterna. En el resto de su piel hay una elaborada trama de cicatrices fractales y, sin embargo, esta parte no está marcada sino soldada, muerta e inútil como un filete requemado. Aunque hubiese a bordo una tripulación que pudiese proporcionarle la atención recomendada, lo suyo no tendría arreglo. Podrían eliminar el tejido necrótico, pero el daño es más profundo. Es por eso que, incluso en el sueño sin sueños que proporciona la criocápsula, las ondas cerebrales de Xal muestran picos periódicos cuando su sistema se inunda de las hormonas del estrés, todas ellas perfectamente registradas por el vigilante e indiferente programa de seguimiento.

Xal descansa pero no está en paz.

No habrá paz hasta que destruya al enemigo de su mundo.

Si pudiera soñar, en cada sueño partiría al anciano en pedazos. Pintaría la oscuridad con su



sangre y llenaría el silencio con sus gritos. Le arrancaría la vida de forma tan brutal y completa como él lo hizo con la de ella, matándola de dentro a afuera, reclamando todo lo que importaba hasta que la muerte resultase una idea piadosa. Haría que durase. Y en cuanto acabara el sueño, volvería a empezar. La fantasía de la venganza no podrá compararse nunca con la realidad, claro, pero sería una forma agradable de pasar el rato. Una distracción. Una ocupación. Algo con lo que olvidar el vasto y terrible vacío tanto por dentro como por fuera.

Dentro de la nave todo está quieto y en silencio.

Hasta que de repente deja de estarlo.

La soledad es lo primero que siente y su autoconsciencia parpadea, su respiración se acelera, las pupilas de sus ojos ciegos se dilatan. Así es como sabe que está despierta, no por lo que siente sino por lo que no percibe. Antes, despertar era como volver a casa, su mente rodeada por el cálido y tranquilizador sonido de la colmena, sus sinapsis vivas con la emoción eufórica de la conexión. Su voz interior era una nota fuerte y sostenida, una de entre millones en el glorioso y eterno grito armónico. Ahora se despierta al doloroso silencio de demasiado espacio vacío. La única voz en su cabeza es la suya, tan pequeña y débil que apenas la nota.

Eso es lo que el anciano, el Inventor, le quitó. Eso es lo que ella no puede perdonarle... ni perdonarse a sí misma. Ella era su cuidadora; debería haberlo previsto, debería haber sentido la traición que se ocultaba tras sus promesas. Dijo que los elevaría, pero en vez de eso los destruyó.

Las cicatrices que cubren su cuerpo no pueden compararse al horrible vacío que ha dejado la desaparición de su pueblo. Aún oye los gritos en su cabeza, la armonía sustituida por el clamor de confusión y angustia que fue reemplazado a su vez por la nada. La destrucción fue devastadora: todo su trabajo se vino abajo, perdido en el silencio de sus mentes desconectadas para siempre. Nunca podrá ser reconstruida, no tal y como era. Lo sabe aunque los mayores no. Es por eso que dejó atrás las ruinas y vino a este lugar en la nada. Es por eso que hace tanto tiempo que está esperando.

*Esperando... esto.*

Ahora Xal está despierta del todo, su cuerpo vivo con energía resplandeciente. No la suya sino la de él. La firma electromagnética del trabajo de su enemigo es inconfundible. Cada célula de su cuerpo vibra al compás de esta, la señal que fluye como electricidad por la red de cicatrices en su piel.

Ese es su secreto. Ese es su don. Y esa será la perdición del Inventor, porque su arma no solo le proporcionó cicatrices sino que la cambió. Su energía la ilumina de dentro a afuera, al igual que antes lo hicieron las voces de su gente. La llama. Por más que él huyera a los más lejanos confines del cosmos, nunca podrá ocultarse de ella.

La señal dura solo un momento, pero es suficiente.

A los pocos minutos ha localizado su procedencia. De tener voz, Xal se reiría. De todos los lugares en los que el Inventor había podido esconderse, ha elegido el rincón más atrasado del universo conocido. Quizás pensara que nadie lo buscaría allí. Desde luego, la especie reina del planeta es demasiado estúpida como para darse cuenta de que hay un intruso entre ellos. Pues muy bien. Espera que él haya disfrutado de su tiempo de exilio. De hecho, confía en que se sienta tan seguro, tan a salvo, que haya dejado a un lado la cautela. Así será mucho más dulce cuando lo encuentre, podrá ver cómo se derrite su seguridad y cómo el terror se apodera de sus rasgos. Cuanto más aposentado y contento esté con su vida fugitiva, más satisfacción le dará a ella arrancársela.

Marca sus coordenadas y se relaja, disfrutando de la sacudida cuando la nave sale del éter y entra en tránsito. Como una gaviota volando por entre las estrellas, con Xal sentada a salvo en su interior. Ella sabe que eso es solo el principio, que el viaje será largo y complicado. Le esperan docenas de saltos interdimensionales y el dolor que conllevan. Sin poder recurrir a la fuerza de su pueblo, sin componentes que la protejan, su maltrecho cuerpo va a llevarse todo el impacto de cada salto.

Pero el dolor es transitorio. El dolor no es nada. La venganza será suya y, a decir verdad, no tiene ninguna prisa.

Cuanto más tiempo le lleve alcanzar su destino, más detalladamente podrá imaginarse una y otra vez el aspecto del anciano mientras muere.

## 6

### ¿QUÉ FUE DE CAMERON ACKERSON?

ES UNA TARDE PERFECTA de finales de la primavera, con el sol ardiente y más calor de lo normal. En el lado oeste de Walker Row, Shawn y Jerome Coleman dan vueltas en círculo con sus bicis y saltan el bordillo, prueban a ver cuánto tiempo pueden mantener el equilibrio apoyados solo en la rueda trasera. Cada vez que se acercan al final de la calle se detienen y se quedan un rato frente al número treinta y dos, la gastada casa de ladrillo con puerta amarilla.

—A ver si te atreves a llamar —dice Jerome.

—Ni hablar —contesta Shawn.

—Venga ya; no es que él vaya a contestar ni nada.

—¿Ah, sí? Pues entonces llama tú.

El chico más alto pone cara de disgusto.

—No. Ni hablar.

Se limitan a observar la casa, que parece devolverles la mirada. Quizás lo haga. Quizás lo esté haciendo él. Siempre tiene las cortinas echadas, pero ellos saben que está.

Todo el mundo sabe que está.

El chico de YouTube al que le cayó un rayo en la cabeza en el lago y volvió... diferente.

\* \* \*

A Cameron no le importan los chicos de fuera. Sabe que están ahí, el pequeño con un iPod en el bolsillo, y el mayor, que a veces está en el porche dos casas más allá, con una de esas miniconsolas para juegos de niños. Su presencia es solo ruido de fondo, débil y bastante fácil de ignorar. Por eso le gusta estar aquí en el sótano, donde no hay más sonido que el susurro mecánico de los discos duros ni más luz que la de sus pantallas. Si se concentra puede hacer como que el mundo exterior no existe, como si estuviera en el centro de un universo vallado con paredes de cemento que se extiende apenas unos pocos metros en todas las direcciones.

—¿Cam, cariño? —La voz de su madre suena amortiguada.

Arriba, al final de las escaleras que hay detrás de él, se abre una puerta entre crujidos y la habitación se ilumina medio grado más, mostrando el banco de ordenadores que tiene delante y una larga mesa donde se apilan los restos de su visor de navegación y su SteadiCam. Al igual que el propio Cameron, su equipo sobrevivió al naufragio pero sufrió serios daños. Nunca volverá a

ser el mismo.

Ella da unos pasos dubitativos. Está pensando en bajar. Cameron espera que no lo haga. Cada vez que se le acerca desprende una onda de carga emocional: culpabilidad, preocupación, lástima y miedo, tan concentrada y poderosa que él siente que va a ahogarlo. Los pasos se detienen justo tras la puerta. Ahora la voz de su madre es más clara pero más baja.

—¿Cameron? He hecho sopa. Me voy a trabajar, así que... bueno, si quieres un poco solo tienes que calentarla.

Nota cómo le observa la nuca. No se mueve. Más pasos. *Por favor, vete*, piensa él. Y eso hace ella, con un suspiro. La puerta se cierra, las sombras vuelven a descender sobre la habitación y se queda solo de nuevo.

Cameron se hunde un poco más en el gastado sofá y mira cómo las pantallas que tiene delante cobran vida. En cada una hay un juego diferente, tres avatares armados que se abren paso a tiros por tres terrenos distintos a la vez. Al enfocar la vista los ojos se le llenan de lágrimas y los colores y texturas lo inundan mientras cabalga las olas de código de guerra digital. Si no sufriese interrupciones seguiría así durante horas, avanzando como un dios por cada reino. Aquí tiene todo el control. Aquí puede correr, volar, destruir obstáculos y enemigos con la misma facilidad con la que se quitaría una pelusa de la ropa. Y aquí nadie le mira las cicatrices o le pregunta por el accidente. Ni siquiera saben su nombre, solo su handle. Se hace llamar Lord Respawn.

Eso es lo que más le gusta de los juegos: en ellos Cameron Ackerson no existe.

\* \* \*

La ironía no se le escapa: el día en el que salió al lago Erie, hace apenas tres semanas, lo único que Cameron quería —lo único que había deseado nunca— era que el mundo conociera su nombre. Ahora lo ha conseguido, y está tan harto que preferiría morirse a grabar un solo vídeo más. Lo último que subió a YouTube ha llegado a los dos millones de visualizaciones. Cada día recibe comentarios en los que le ruegan que cuelgue más cosas. Archer Philips no deja de mandarle correos en los que le pide que colaboren en un bromazo conjunto. Al viejo Cameron aquello le hubiera encantado, pero eso es solo otro recordatorio de que el viejo Cameron ya no existe.

La filmación de la caída del rayo fue una sensación viral instantánea; cuando recobró la consciencia en el hospital, ya había llegado a los noticiarios internacionales y su cuenta de seguidores estaba por las nubes. Una docena de famosos tuitearon sus buenos deseos mientras se recuperaba, y una de las Mujeres Desesperadas —no recordaba cuál o de dónde había salido— inició un crowdfunding para pagar las facturas médicas de Cameron y sustituir el sunfish destrozado, aunque acabaron no necesitando nada de eso: su madre, más conocedora de las redes y del social branding de lo que se imaginaba, negoció los derechos exclusivos de la única entrevista sobre el accidente por una cantidad en la banda alta de las seis cifras. Él la concedió desde la cama del hospital, tan colgado por los calmantes que apenas recuerda ni una palabra de lo que dijo.

No le importa. No la ha visto. Ya no quiere ser famoso. No quiere hacer live-tweets de su graduación por tres mil dólares el post u organizar una fiesta como influencer para todos los compañeros de clase que apenas le han dirigido la palabra en los últimos cuatro años pero ahora, de repente, dicen ser sus mejores amigos. No quiere hacerse selfis o intercambiar números con

chicas al azar que lo han visto casi ahogarse, no importa cuántas veces diga Juaquo que al final se le acabarán sus quince minutos de fama y tiene que aprovechar el tener groupies mientras así sea. Está harto de ver su estúpida cara en la pantalla... o en cualquier otra parte.

Eso es lo otro que tiene de bueno el sótano: no solo está oscuro sino que no hay ni una sola superficie reflectante.

Cuando se mira al espejo, lo primero que ve es la cicatriz. El punto por donde el rayo penetró en su cuerpo está marcado por una herida con forma de árbol fractal: el tronco envuelve su hombro hasta acabar por detrás de la oreja, con las ramas abrazándole el cuello y la cabeza como cientos de dedos de araña. La más larga acaba en una especie de espiral cerca del borde de su ojo derecho, que según le dice todo el mundo ha tenido suerte de no perder. Es un poco como una firma, como si el rayo quisiera que le reconocieran su obra.

Cuando tiene el día bueno cree que al final se acostumbrará a la cicatriz. Su madre le dice que no se le verá tanto una vez que la parte quemada de su pelo vuelva a crecer, y cuando Juaquo lo visitó en el hospital le dijo que en realidad ahora estaba mejor, «como el malo de una película de James Bond»... y después tuvo que pasarse diez minutos explicándole a una furiosa Raquelle Ackerson que lo había dicho como cumplido. Cameron no está muy seguro de eso, pero fue un alivio darse cuenta de que en el fondo no le importa. Tampoco es que antes fuera para modelo adolescente, y en una cosa Juaquo tiene razón: es cierto que ahora parece más interesante. Pero no solo su cara ha cambiado; la zona quemada por la electricidad para salir de su cuerpo sufrió los peores daños, y eso sí que no mola nada: una cavidad en la parte gruesa del talón, de la que los cirujanos tuvieron que cortarle la piel muy cuidadosamente y hacerle un injerto. Ahora tiene un veinte por ciento menos de pie que antes y daños nerviosos en la parte que le ha quedado. Camina cojeando y con dolor. Incluso si le permiten graduarse el mes que viene —otra ventaja de ser de repente el estudiante más famoso del instituto—, la idea de tener que caminar como un lisiado por el escenario frente a todos para recoger su diploma lo llena de horror. Alguien lo grabaría y lo subiría, ¿y entonces qué? Se haría viral otra vez. Porno inspiracional. Se pone furioso con solo pensar en eso.

Su psiquiatra le dice que la ira es parte del proceso. También de eso se encargó su madre, y ahora él se visita con la doctora Nadia Kapur cada semana. Hasta hacen sesiones por chat de vídeo, cosa que —ha de admitirlo a regañadientes— es una forma muy inteligente de asegurarse de que él nunca tenga excusa para faltar a alguna de las sesiones. Y Kapur no está mal: es lista y divertida y le habla como a una persona normal, y nunca le ha pedido que haga tonterías como un dibujo de lo que siente. Pero cuando ella le dice que su vida ha cambiado y va a tener que hacer duelo por la persona que era antes del accidente, de la misma forma que haría duelo por alguien muerto de verdad, le dan ganas de decirle que no lo entiende: el problema de Cameron no es superar lo que ha perdido sino aceptar lo que ha ganado.

No tiene ningunas ganas de hacerlo. No tiene ningunas ganas de esto.

\* \* \*

Al principio no sabía qué era, y sus médicos tampoco; tuvieron que descartarlo todo, desde acúfenos hasta una lesión cerebral: el ruido dentro de su cabeza lo superaba completamente cada vez que recuperaba la consciencia. Durante la primera semana no fue capaz de mantenerse despierto durante más de cinco minutos seguidos sin tener que agarrarse la cabeza y gritar para

que los enfermeros acudieran a sedarlo. Por fin determinaron que el rayo seguía afectando la actividad del cerebro, cosa que lo explicaría todo, desde sus ataques hasta los extraños resultados de sus electroencefalogramas. Pero eso no era más que una suposición, una explicación que les parecía lo bastante razonable a sus médicos como para sentir que habían cumplido con su deber. Para entonces Cameron ya sabía que se equivocaban.

No le habían disminuido sus capacidades. Se las habían ampliado.

A medida que fue mejorando y recuperando fuerzas ganó más control; la invasión de información que lo bombardeaba cada vez que se despertaba pasó de ser un tsunami irrefrenable a una corriente continua. Si se concentraba podía reducirlo, aunque nunca silenciarlo del todo. Pero no fue hasta el día en que volvió a casa desde el hospital que comprendió de verdad lo que significaba. Esperó a que su madre saliera a comprar y fue directo al sótano, donde estaba todo oscuro y en silencio y la única máquina era el viejo ordenador de mesa de su padre, cubierto de polvo pero aún funcional. De niño le gustaba usar los juegos; ahora lo necesitaba para probar una hipótesis que cualquier persona racional rechazaría de inmediato como algo del todo imposible. Solo por habersele ocurrido temió que estuviera volviéndose loco. Quizás fuera así. Quizás todo fuera una ilusión, y cuando el experimento no funcionara tendría que subir y decirle a su madre que lo sentía pero el rayo le había convertido definitivamente el cerebro en unos huevos revueltos, así que no le importaría que él se rindiera y se fuera a vivir al sótano para siempre, ¿verdad?

El ordenador tenía un salvapantallas que se activaba automáticamente al cabo de unos minutos. Cameron contempló como la imagen se volvía negra y una escuela de peces en coloridos bitmaps empezaba a nadar de un lado al otro. Se concentró en su propio interior y escuchó la oscuridad de su mente. Filtró poco a poco el ruido hasta oír una sola voz que hablaba un extraño lenguaje que él nunca había estudiado pero que de alguna forma comprendía.

Cameron se concentró y le habló.

En la pantalla los peces se quedaron en pausa durante un segundo y entonces empezaron a nadar más rápido, en círculo, unos hacia otros, chocando y explotando en todas direcciones; multiplicándose, formando escama a escama y cola a cola un dibujo caleidoscópico que empezó a expandirse hacia afuera como un mandala, una flor hecha de peces. Se quedó inmóvil cuando él se acercó y tendió una mano para tocar la pantalla. El calor que desprendía el ordenador fue lo bastante intenso como para sobresaltarlo. Dio un paso atrás y soltó el aire que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo. Tuvo que detener la conversación que mantenía en su cabeza. La pantalla mostró como los bitmaps de los peces se dispersaban y volvían a su forma de nadar caprichosa. Cameron lo contempló con los ojos húmedos y pensó: *Joder*.

No eran daños cerebrales. No eran alucinaciones.

Había una palabra que describía lo que acababa de hacer. Aquello en lo que acababa de convertirse.

Ciberkinético.

\* \* \*

El lunes mira el móvil y frunce el ceño. Oye el repicar codificado en su cabeza, pero comunicarse en ambos sentidos resulta... difícil. El software, mucho más avanzado que el salvapantallas del viejo ordenador de sobremesa de su padre, requiere más concentración, más sutileza. Fija la atención en su propio rostro reflejado en el espejo negro de la pantalla y piensa:

*Responde.*

*Venga.*

*¡ENCIÉNDETE, MAMÓN!*

La pantalla se mantiene negra y sin vida.

Y entonces, de repente, suena una alerta en su mano.

—Perdón —dice la agradable voz de la asistente digital del teléfono—, no le he entendido.

Cameron sonrío.

El martes deja el móvil en la mesa, cruza la habitación y le ordena mentalmente que le saque una foto. Este le obedece de inmediato; Cameron siente como la imagen cobra vida en el mismo momento en que el obturador digital cumple su función. Cierra los ojos y se concentra; a cuatro metros, el teléfono abre una app de edición y sigue sus órdenes. Cuando vuelve a la mesa, la pantalla muestra la imagen final: la habitación ha desaparecido, sustituida por la Estrella de la Muerte, donde Cameron hace con los dedos un gesto de paz desde detrás de Darth Vader. Sobre su cabeza parpadea un texto: «Yo soy el androide que buscáis».

Cameron se echa a reír, pero lo sobresalta la voz de su madre detrás de él, muy cerca.

—Cam, ¿va todo bien?

Él se vuelve, dispuesto a improvisar cualquier excusa, pero se da cuenta de que no es necesario. Simplemente coge el móvil y le muestra la imagen, que no tiene nada de raro si uno no sabe que la ha hecho con la mente.

—Qué bonita —dice ella—. ¿Eso es lo que llaman un meme?

\* \* \*

El miércoles usa sus poderes para activar la cámara frontal del móvil de su vecina y le toma un selfi horroroso que la va a hacer gritar cuando lo vea.

El jueves reprograma el grabador del número 42 de Walker Row, a tres manzanas de distancia. Borra todo el contenido y lo sustituye por un montón de vídeos de gatos.

El viernes llega aún más lejos, hasta la esquina, donde el señor Papadapolous, el vecino cabronazo que confisca todas las pelotas y frisbis que van a parar accidentalmente a su jardín, y que una vez intentó disparar al gato de Cameron con un rifle de balines, ha dejado el portátil abierto mientras sale a fumarse un cigarrillo. Cameron toma el control del aparato, hace que se abra una ventana de Amazon en el navegador y compra diecisiete tubos gigantes de crema para las hemorroides, para entregar en el trabajo. Envueltos para regalo.

El sábado, Cameron vuelve a recordar lo del gato y el rifle y hackea de nuevo el disco duro de Papadapolous; selecciona unos cuantos del montón de selfis que se hace desnudo y los envía por correo a la madre de este.

El pobre Capitán Malabares hace mucho que murió, pero por fin ha sido vengado.

\* \* \*

Al principio, explorar sus nuevas habilidades es una delicia. El zumbido en su cabeza, esa cacofonía ensordecedora, como un micrófono apuntando a una colmena, se ha convertido en un confortable susurro. Todos los aparatos, desde su móvil hasta el termostato digital, responden a

sus pensamientos con una invitación dispuesta y complaciente: *¿Qué puedo hacer por ti?* Pero no tarda en darse cuenta de que tener una ventana psíquica a las vidas digitales de otros no siempre es bueno; a veces resulta horripilante. Si alguien tiene una identidad secreta online, no lo es para Cameron. No puede evitar saber cosas, incluso cuando no lo desea... y la verdad es que, casi siempre, al final hubiera preferido ignorarlas. Ya fue bastante malo averiguar que la señora Clark, la amable ancianita de al lado, se pasa las tardes atrayendo tíos en OkCupid usando fotos de su propia hija, o que su consejero del instituto pasa las noches despierto, intentando convencer a desconocidos en internet de que lo de la llegada a la Luna es falso. Pero peor es lo que esconden los aparatos de la gente a la que aprecia. La primera vez en que Juaquo fue a visitarlo después del accidente, Cameron echó un vistazo ciberkinético a su móvil, y lo lamentó de inmediato. Era el paisaje digital más deprimente en el que había estado nunca: ningún contacto nuevo, ninguna conversación activa, nada de etiquetas o chats o comentarios o instantáneas. La muerte de su madre había sido como una explosión nuclear que había reducido la vida social de su amigo a una pila de fríos escombros. Ni rastro de la persona a la que Cameron había conocido, gregario y popular y siempre con algo entre manos. Ahora su teléfono pertenece a alguien que no se mantiene en contacto con nadie, que no tiene citas ni va a restaurantes ni tunea el lowrider clásico que él y su madre llevaban los fines de semana a un club de coches de Cincinnati. En vez de eso, los logs de su GPS lo muestran conduciendo de casa al trabajo y de vuelta, un día tras otro... excepto los viernes, cuando durante el regreso da un rodeo por la peor parte de la ciudad después de retirar un par de cientos de dólares en metálico de un cajero automático. Eso último sigue preocupando un poco a Cameron. No sabe qué hace Juaquo en ese barrio, solo que la última vez que él estuvo allí después se pasó una hora mirando precios de armas en el móvil.

Cameron desearía no saber nada de eso. Y es que cuando uno ve algo así debería actuar al respecto, intentar ayudar. Pero *¿cómo?* *¿Cómo le dices a tu mejor amigo que sabes que hay algo que no te ha contado?* Cuanto más fácil le resulta comunicarse con el móvil que lleva en el bolsillo, más lejano le parece él.

Ahí fue cuando Cameron decidió que no quería eso, nada de eso. Odia saber tanto y se odia a sí mismo por dejar entrar la información. Si fuera mejor persona, encontraría la forma de detenerlo. Le hace sentirse como un mirón, alguien que consigue información que no debería tener. Hasta quienes no hacen cosas desagradables desde la seguridad de sus pantallas tienen secretos. Su madre, por ejemplo, tiene una app de citas en el móvil... y la usa. Pensar en ella saliendo con tíos hace que él se sienta tan culpable como asqueado. Ella no ha sacado nunca el tema, pero él debería haberle preguntado. Por supuesto que tiene citas. *¿Por qué no iba a tenerlas?* *¿Y qué clase de gilipollas necesita que lo atravesase un rayo para darse cuenta de que su madre es una persona que tiene una vida propia?* Ya hace un tiempo que queda con el mismo tío, un tal Jeff, que Cameron tiene que admitir que parece buena persona. Incluso después de rebuscar su apellido y dirección entre los datos de su madre, hacer una búsqueda detallada en Google sobre su vida online y unos cuantos hackeos rudimentarios, no ha encontrado nada peor que una cierta obsesión con *Star Wars* y una batalla sin fin contra los hongos de los pies. Pero su madre le cuenta a ese hombre todo, cosas que Cameron no sabía, cosas sobre Cameron mismo que ella nunca admitiría. El móvil que lleva en el bolsillo es como una caja de Pandora llena de horrores que él no puede evitar abrir aunque siempre siempre acaba deseando no haberlo hecho. Ella cree que su hijo tiene problemas emocionales. Que todo es culpa de ella misma. Desearía haber hecho muchas cosas de forma diferente. Le preocupa el aislamiento de su hijo, su dolor, sus cicatrices y su futuro, sobre todo su



futuro. Unas noches atrás le envió un texto a Jeff:

*No es el mismo que antes.*

*No sé qué hacer.*

*No quiero que esté solo toda su vida.*

Jeff le contestó:

*Pero a lo mejor eso es lo que ÉL quiere*

Para un tío al azar de mediana edad con un problema inacabable de hongos en los pies, Jeff ha resultado ser de lo más perceptivo.

¿Es eso lo que Cameron desea? Hace unas pocas semanas hubiese dicho que no, por supuesto que no. Quería lo que quiere todo el mundo: ser apreciado, visto, estar rodeado de amigos. Conocer a una chica... y es que, caramba, nunca ha tenido novia, ni siquiera ha besado nunca a ninguna chica, excepto como broma o apuesta, siempre seguido de grandes risotadas, y es que todo el mundo sabe que Cameron Ackerson se ha pasado la vida en la temida zona de la amistad. Quería ir a la universidad, conocer gente nueva y llevar una vida ambiciosa, completa, emocionante: mujer, hijos, casa, mascotas, todo el puto sueño. Por supuesto que no quería estar solo.

Pero eso era antes. Ahora, estar con gente significa estar también con sus aparatos, rechinando los dientes por el ruido. Apenas puede andar por la calle o coger un autobús sin que la información lo bombardee. ¿Cómo va a arreglárselas cuando vuelva a clase? ¿O para vivir en un dormitorio de la uni, un edificio lleno de cientos de chicos, todos con un smartphone en el bolsillo? Ya es bastante malo que cada día su cerebro sea atacado por el contenido del teléfono de su madre, y es alguien a quien quiere y en quien confía. ¿Cómo va a tener citas o hacer amigos, con sus más profundos y oscuros secretos digitales al aire? ¿Cómo va a mantener la agotadora farsa de que sigue siendo como los demás? Cuanto más fuertes se vuelven sus capacidades —y son más fuertes cada día—, más siente que está perdiendo el contacto con el mundo real. Hay días en que hasta deja de sentirse humano.

Es en los juegos cuando se aleja de todo eso y se pierde en un mundo virtual del que cada vez tiene mayor control. Siempre tuvo talento, incluso en su antigua vida, cuando usaba su nick habitual; pero como Lord Respawn es invencible. Al principio, el hecho de ser capaz de comunicarse con el software solo le hizo mejorar en el juego; con el código en la cabeza susurrándole el próximo movimiento de cada jugador antes de que apareciera en pantalla, él podía anticiparse a ellos y eliminarlos con un único disparo, sobrenaturalmente preciso. Pero cuando se aburrió de ganar, todo se volvió raro... y quizás hasta un poco divertido. En cuanto empezó a desafiarse a sí mismo se dio cuenta de que con una simple flexión de sus nuevos músculos mentales podía rehacer los juegos desde dentro y cambiarlo todo, desde el paisaje hasta las armas o la ropa de los jugadores. A veces cargaba a velocidades imposibles y hacía estallar a sus enemigos usando un plátano gigante en vez de un arma. A veces cambiaba su avatar; se metía corriendo en un almacén y salía por el otro lado como Homer Simpson, o como Shaft, o como un oso con vestido femenino de gala. Una vez detuvo toda la acción y forzó a cada uno de los

avatares a bajarse los pantalones y bailar dougie; río imaginándose a los jugadores al otro lado de la pantalla, golpeando sus controles y gritando frustrados.

Hoy juega en piloto automático. Domina cada combate, mata con fluidez, transforma los juegos cuando se le ocurre; pero más que nada disfruta de la masacre. Su personaje avanza en tromba por un nuevo escenario, una gran y reluciente ciudad a la que él ha añadido arquitectura steampunk solo para hacerlo más interesante. Los zepelines cruzan los cielos, depositando asesinos que se precipitan en hordas contra él por una elaborada serie de escaleras de caracol, pasarelas y andamios. Él espera en el centro de un largo puente curvado con columnas de cristal en los extremos y juguetea con sus armas mientras aguarda a que sus enemigos vengan a por él. Antes de que le cayera el rayo, algo así hubiese supuesto una muerte segura: verse atrapado en el fuego cruzado, inmovilizado, sin salida posible. Pero ahora es intocable, imparable. Para el daño que van a causarle a su invencible avatar, las balas de sus enemigos podrían ser pétalos de rosa.

Cuando un adversario le revienta la cabeza a Lord Respawn, Cameron necesita sesenta segundos enteros para asimilar lo que acaba de ver. Su avatar se cae del puente y al llegar a tierra estalla en un montón de píxeles sangrantes. Y ahí se queda, muerto en mitad de la acción, sin que el resto de los jugadores reparen en él. Pero Cameron, por primera vez en todo el día, ahora presta atención de verdad. Deja los otros dos juegos y se queda mirando la pantalla, boquiabierto.

*¿Qué diablos acaba de pasar?*

Intenta examinar el código, espera que el juego le ofrezca una explicación... pero nada. Tiene que haber sido algún fallo de programación; ni lo ha visto venir. Supone que alguien habrá tenido mucha suerte. Pero ese alguien no volverá a tenerla. Recrea al personaje, y esta vez lo dota de un campo de fuerza impenetrable y lo hace subir corriendo por la escalera más cercana con el arma a punto. Al doblar a una esquina casi choca contra otro avatar, una chica con uniforme de aviador antiguo, incluidas las gafas negras redonditas, y pelo de un rojo casi como el fuego que cae por debajo de su gorra. Está ahí quieta sin hacer nada. Él piensa que debe de ser una chica a la que le ha gustado ese bello avatar pero que no tiene ni idea de cómo jugar. Mira al infinito, perdonavidas, y avanza para pasar por su lado.

Ella se interpone y le corta el paso. Él vuelve a intentarlo, con el mismo resultado. Se ha pegado a él como una lapa. Pues muy bien: si no quiere moverse, morirá. Acabará con ella —y quizás también anulará su cuenta, para que aprenda—, pero entonces se percata de que no puede. El sistema no responde; sus órdenes tardan demasiado en recibir respuesta, como si el programa intentase resistirse, como si unas manos muy fuertes hubiesen estrangulado el flujo de la información. La aviadora le guiña un ojo, saluda con la mano con un punto de flirteo... y lo atraviesa con un largo cuchillo. La frustración de Cameron se evapora, sustituida por la sorpresa. Mientras contempla a su avatar, destruido por segunda vez en otros tantos minutos, un mensaje privado aparece en la pantalla:

***Hola, marinero. Me moría por conocerte.***

No, piensa Cameron. Imposible. No significa nada. «Hola, marinero» es una expresión, hay gente que lo dice, debe de ser de una película o algo así. No es más que una coincidencia. No hay forma de que la persona que se oculta tras el avatar sepa que él es Cameron Ackerson.

***Si vuelvo a verte, eso es justo lo que harás: morir. Este escenario es mío, niña. Vete a***

***jugar a otra parte.***

El siguiente mensaje lo sorprende aún más:

***No puedes vencerme, amigo. Tienes más posibilidades de que te caiga un rayo en la cabeza.***

Cameron suelta un grito. Está tan furioso que se precipita sobre el teclado antes de recordar que ya no necesita hacerlo. Además, no es el momento de ponerse a lanzar un insulto tras otro sin pensar. Se echa hacia atrás y respira hondo. *Con cuidado, piensa, con cuidado.*

***¿Quién eres?***

Un nuevo mensaje aparece al instante:

***Te lo diría, pero entonces tendría que matarte... de nuevo. Atrápame si puedes.***

Él no duda. Esta vez el sistema no ofrece ninguna resistencia. La aviadora avanza hacia él, cuchillo en ristre. Cameron le permite dar un paso. Solo uno.

Y entonces la incinera.

Un momento después, ella vuelve a aparecer. Pero Cameron ya no está sorprendido. Siente algo más, algo que hace muchísimo que no sentía: euforia. *Está burlándose de mí*, piensa, encantado o algo parecido. Está metiéndose con él y lo está provocando. Ha dejado que la mate solo para volver a resurgir. No parece una amenaza sino más bien un reto, en el mejor sentido posible. Sea quien sea esa chica, es una oponente digna de él. Puede sentir cómo ella espera su próximo movimiento; y, a la vez, se da cuenta de que no puede anticipar cuál será el de ella. A diferencia del resto de jugadores, ha encontrado una forma de enmascarar su código, de hacerlo inaccesible a él. Y eso significa que le ha dado a Cameron lo único que creía que nunca volvería a experimentar.

Un desafío.

Es como si le hubiese leído los pensamientos.

***Buena muerte. Juguemos.***

Horas más tarde, Cameron se hunde en el sofá. El corazón le late a toda velocidad, respira con dificultad; es como si hubiera estado corriendo para salvarse en el mundo de carne y hueso en vez de en un juego. Ha sido el mejor combate de su vida. Se ha dejado ir, ha usado sus capacidades al límite y, aún así, se ha visto cuando menos igualado todo el rato. Su oponente no ha sido tan creativa como él, pero sí tiene sus mismas habilidades: le ha ido arrancando las armas de las manos tan rápido como él las fabricaba, ha encontrado agujeros en unas defensas que él había creado para que resultaran impermeables. Salieron de la ciudad y se metieron en un bosque, donde él se construyó una fortaleza; ella tiró de un único ladrillo en la base y todo el edificio se vino abajo como un castillo de naipes. Cuando consiguió un muy poco frecuente disparo directo y le

reventó las tripas, ella volvió a levantarse con un cañón montado de repente en el agujero donde antes tenía la barriga, y le devolvió el fuego mientras él se partía de risa. Cameron dio a su avatar un par de gigantes brazos mecánicos; ella se los arrancó y le golpeó con ellos hasta la muerte. Por fin, en un acuerdo tácito, avanzaron juntos por el juego, destrozando a cada jugador con el que se cruzaban y frenando solo al llegar al límite de aquel mundo digital, los dos solos, cubiertos con la sangre de sus enemigos, mirando la humeante matanza que habían dejado atrás. La ciudad de cristal estaba en ruinas. Un zepelín estaba empalado contra la punta de la única columna que quedaba en pie. Los cadáveres digitales de los otros jugadores estaban tirados detrás de ellos como muñecas rotas. Los foros del juego ya se estaban llenando de teorías sobre la onda de choque que acababa de atravesar el sistema; la mitad culpaba a un malware, y la otra mitad despotricaba de los hackers chinos. Entonces él repitió la pregunta, esta vez no furioso sino admirado:

*¿QUIÉN eres?*

Se produjo una larga pausa mientras él esperaba la respuesta. Pero esta nunca llegó.

En un momento ella estaba a su lado.

Y de repente había desaparecido.

\* \* \*

Cameron parpadea. Siente los ojos secos mientras contempla el paisaje vacío en el que ahora su avatar está solo. Nunca se ha sentido tan perdido en un juego; lleva tanto tiempo sentado en la misma postura que ya no distingue dónde acaba el sofá y dónde empieza su culo. Al desperezarse le crujen las rodillas y la sangre vuelve a fluir, incómoda, por partes de su cuerpo que se le habían quedado dormidas. Y necesita orinar desesperadamente, más que nunca.

Fuera, el sol se ha puesto, y Cameron se sorprende al ver que son las diez... y que está exhausto, de aquella forma profunda y agradable en que se sentía cuando se había pasado el día entero en el sunfish persiguiendo vientos cambiantes por el lago. Podría quedarse dormido allí mismo, en ese mismo momento, y no abrir los ojos de nuevo hasta el amanecer, de no ser por la frustración provocada por la pregunta sin respuesta que sigue en la pantalla. ¿La habrá asustado?, ¿la habrá molestado?, ¿o quizás se haya tratado de un problema técnico, una conexión atascada por todo el ancho de banda que han consumido durante su batalla? Cierra los ojos y se concentra en el juego. Ve a cientos de jugadores, incluso los que no están activos; su presencia crea pequeñas ondas de datos, de la misma forma que alguien escondido en una habitación a oscuras puede respirar o cambiar de postura y crear disrupciones mínimas en el aire. Pero ella no está. Ni siquiera puede ver por dónde salió del sistema. Es como si simplemente hubiese dejado de existir, esfumándose de la red con un movimiento felino. Lo inesperado de su huida lo hace sentir intranquilo, pero no hay nada que él pueda hacer. Se ha ido. Suspira, y la pantalla se oscurece.

Justo entonces lo ve: su móvil, olvidado sobre la mesa, detrás de él, sigue iluminado debido a una única notificación en mitad de la pantalla. En su obsesión por aquel misterioso segundo jugador y la extraña e instantánea conexión que tuvieron, ni siquiera había mirado el teléfono. Ahora el aliento se le corta en la garganta al comprender que la chica le ha dejado un mensaje antes de desaparecer. Tres sencillas palabras pero repletas de posibilidades:

*NIA QUIERE CONECTAR*

# 7

## UN NUEVO COMIENZO

NIA ES QUIEN LO CAMBIA TODO. Gracias a ella, Cameron comprende por fin que no tiene por qué resistirse a sus nuevas habilidades. Hablan cada día durante la semana siguiente a su increíble primer encuentro, la gran batalla que lo dejó sin aliento, y ahora contempla contento pero con cautela su mensaje brillante en la oscuridad de la habitación. Al principio dudó, medio convencido de que todo iba a resultar un elaborado bromazo realizado por alguien como Archer Philips, o de que quizás se tratase del gobierno, que lo está vigilando, aunque no tiene ni idea de por qué. No ha dicho ni una palabra a nadie sobre sus capacidades, y así seguirá. Es una frontera que no va a cruzar; resultaría demasiado peligroso. Pero aunque nadie fuera específicamente a por él... en fin, la gente online siempre miente sobre su identidad. Sin duda era recomendable un cierto escepticismo, y la presencia de Nia en internet acrecentaba aún más el misterio: además de ser una especie de superhacker, posteaba activamente en múltiples redes y tenía cientos de miles de amigos y contactos. Pero cuando él intentó retirar la cortina y ver a la chica de verdad acabó con las manos vacías... y avergonzado. Intentaba rastrear su dirección IP cuando su móvil zumbó con un nuevo mensaje:

### *Mirar es de mala educación.*

Aunque las mejillas de Cameron le ardían de vergüenza, no pudo evitar sentirse impresionado... y aún más intrigado.

Resultó que sus miedos no tenían fundamento. Nia es total, completamente, ciento por ciento real. No solo la parte de los juegos y el hackeo —desde aquella primera noche en que alteraron juntos el sistema, nunca dudó de estar ante la presencia de alguien genial—, sino también porque es una chica. Y muy guapa.

Cuando se ven las caras por vez primera a través del videochat, Cameron se siente inmediatamente avergonzado por haber dudado de ella. Es con toda seguridad quien dice ser: diecisiete años, muy lista y de una belleza que le resulta intimidante y le hace demasiado consciente de su propio pelo descuidado y la cicatriz en su sien. Pero si ella se siente decepcionada no lo muestra. De hecho, parece nerviosa.

—No puedo hablar mucho —dice—. Si Padre me pilla hablando contigo...

—Déjame adivinar —replica Cameron—: es uno de esos sonados paranoicos que creen que todo el mundo en internet es un asesino en serie o un pedófilo.

Nia sonrío.

—Algo así. Haría demasiadas preguntas.

—A mí se me dan bien los padres. Podrías present... —empieza a decir él, pero Nia abre los ojos como platos.

—Oh, no. Yo... no. Lo siento, Cameron, tengo que irme.

La pantalla se queda en negro.

Cameron se siente decepcionado: su conversación ha durado apenas un minuto. Pero también experimenta un cierto alivio. Tener que mirar a Nia mientras le hablaba lo ha confundido, se ha puesto nervioso y se le ha trabado la lengua, por no mencionar que le ha hecho sudar de forma muy visible. Pero cuando se intercambian mensajes o se encuentran como avatares no siente nada de esa presión; puede ser caballero, ingenioso, hasta flirtear un poco. En el espacio virtual la incomodidad no existe. Sus mensajes viajan en una dirección y otra sin verse afectados por otras distracciones de la vida real, y sus conversaciones son la mejor parte del día. A nadie le resulta tan fácil hablarle como a Nia, y nadie lo comprende mejor; ni siquiera la doctora Kapur, cuyo trabajo es interpretar sus sentimientos. Nia entiende lo que le dice. Cuando el mundo le hace sentirse furioso y frustrado, ella es la única que parece saber de qué habla. Esa noche le envía un mensaje:

***Ojalá tuviera más amigos como tú en la vida real, gente con la que hablar.***

La respuesta de Nia resulta provocadora:

***¿«En la vida real»? ¿Cómo puedes ser más real aquí que allá?***

Él le contesta con un emoji que muestra el ceño fruncido.

***Ya sabes lo que quiero decir. Contigo puedo ser yo mismo. Con la mayoría de gente soy incapaz. Por eso el insti es una mierda: no puedes ser como eres y que a la gente le parezca bien. Tienes que interpretar un papel y destacar las partes aceptables en público, como un vídeo humano de tus mejores momentos. Ahora sé que no solo me pasa a mí. Todo el mundo se muestra como cree que se espera de ellos, y todos son amigos entre ellos. Creo que no conozco a nadie de verdad.***

***Me conoces a mí —dice Nia—. Yo no estoy interpretando ningún papel.***

***O sí. La gente miente aún más online que en la vida real. Tú podrías estar haciendo lo mismo.***

Se produce una larga pausa antes de que ella responda, lo bastante como para que Cameron empiece a preocuparse por si la ha ofendido. Pero Nia no parece enfadada. Es una de las cosas que más le gusta de ella: no se mete con él ni siquiera cuando comete uno de sus fallos. La respuesta es directa y de una vulnerabilidad que desarma:

## *Simular no se me da muy bien.*

\* \* \*

Es de madrugada en la ciudad, que está fresca y adormilada y silenciosa. Una niebla gris y húmeda avanza desde el lago, perseguida por un viento que arranca los últimos pétalos a un cerezo tardío y los hace volar por las calles. En Walker Row las casas están cerradas del todo, las ventanas oscuras y con las cortinas echadas. El sol aún tardará una hora en salir, y todo el mundo duerme (o eso se supone). Pero en una casa, el número treinta y dos, la de ladrillo con puerta amarilla, un delator rectángulo de luz asoma del perímetro de la ventana del sótano, igual que cada noche en las últimas tres semanas.

Cameron está lleno de ideas; cada vez que acaba un proyecto tiene media docena más haciendo cola, esperando impacientes su turno. Ha tuneado el diseño de todos sus juegos preferidos, añadiendo trampillas y huevos de Pascua al código para poder volver a jugarlos todos con resultados nuevos y sorprendentes. En su mente tiene toda una lista de aparatos de fitness que interactúan con los datos biométricos del usuario y se encargan de la respiración asistida, las compresiones y hasta de avisar a una ambulancia si percibe una arritmia o deshidratación. Tiene un pequeño robot del tamaño de una moneda que trepa por su hombro con sus patas de araña artificiales, analiza la topografía de la piel y extrae la porquería de sus propios poros con mucho cuidado. Sabe que por cualquiera de sus diseños los inversores le ofrecerían miles de dólares, pero él ya no necesita sentir la aprobación de los demás. Cada noche duerme menos y trabaja más; su cerebro funciona a base de inspiración y cafeína a partes iguales. Sus nuevas capacidades son un regalo, ahora se da cuenta. Solo tuvo que dejar de resistirse a ellas para comprender sus virtudes y sus defectos. Salió a la tormenta como un chico de tantos y volvió como... en fin, algo más. Mucho más. El poder de su propia mente le resultaría temible si no fuese tan deslumbrador, tan emocionante. A veces le parece que el rayo sigue dentro de él, con su energía pasando de neurona a neurona como una serie de hogueras que le guían las manos de un proyecto al siguiente.

*Es un upgrade, piensa. Soy un humano 2.0.*

Esa es la mejor forma que se le ocurre de describir lo que ha sucedido en el interior de su cabeza, cómo todas sus capacidades naturales han sido aumentadas y mejoradas al máximo. Cameron siempre ha sido jugador, manitas, programador, dado a unir componentes sueltos y software para crear su propia tecnología Frankenstein. Pero ahora está en el siguiente nivel. Su cerebro se concentra en el flujo de datos, envía y recibe y procesa y soluciona. Hay tantas cosas por hacer...

Al principio se encargó de *arreglarse* a sí mismo. Tras una visita en horario oficial a su cirujano en el laboratorio de prótesis del hospital, además de algunas ciberaventuras ilegales de madrugada por la red de una empresa de bioingeniería, sabe exactamente lo que desea, y cómo hacer que sus nuevas amigas, las máquinas, lo construyan. Se sintió un poco como un espía, escondido entre los matorrales a las afueras de un laboratorio de robótica poco después del amanecer, conectando mentalmente con la impresora 3D en el interior, y por fin llamó a la puerta para recoger lo que acababa de crear de manos de un científico confuso que llegó al trabajo antes de la hora y vio que la impresora estaba acabando. Cameron se había puesto una especie de disfraz, una gorra de béisbol negra y un polo con el logo de la antigua empresa de tecnología de su padre, Whiz, aunque acabó resultando innecesario. El hombre apenas se fijó en él; estaba muy



ocupado mirando nervioso por encima del hombro, como si creyera que el laboratorio estaba encantado. Y si llegaba a contarle a alguien que un jovencito renqueante había aparecido para hacerse con un objeto misterioso del interior, en fin, podrían estar buscándolo hasta el final de los tiempos.

Y es que Cameron ya no renquea. La prótesis encaja perfectamente en su pie, y tiene una red neuronal de inteligencia artificial que siente lo que sus propios nervios no pueden sentir. Un procesador se encarga de analizar cada movimiento y envía los datos a una app, también creación suya, que los interpreta e identifica si ha dado algún paso desajustado. Con el aparato, la app y su propio cerebro ciberkinético en conversación constante, aprender de nuevo a caminar es lo más sencillo del mundo. A la semana de usarla dejó el bastón en la esquina de su casa, junto a la basura. Si tuviera los recursos, está seguro de que sería posible crear una versión orgánica de la prótesis, con puntas de nervios artificiales que encajarían perfectamente con los circuitos propios del cuerpo, enviando señales al cerebro sin necesidad de ser traducidas. Podría programar algo así. Podría programar cualquier cosa.

Y eso fue solo el principio. Ya ha hackeado todos los sistemas de la casa y los ha sincronizado tanto con el parte meteorológico local como con el monitor de fitness de su madre, que ahora también lo analiza todo de ella, desde sus pulsaciones hasta su calendario, y disemina la información por la casa. La cafetera se enciende cada mañana en cuanto su madre se levanta de la cama, aunque sea más temprano o más tarde de lo normal. Si se queda dormida en el sillón, las luces se amortiguan y el volumen de la tele baja para asegurar que sea una siesta de calidad. Si se pasa el día de pie en el trabajo, la nevera se calibra a sí misma para obtener la temperatura perfecta para que el vino esté fresco en el mismo momento en que salga del coche; o, si vuelve de la clase de zumba en el gimnasio, el termostato cambia a un ambiente más confortable para después del ejercicio. Resultó toda una revelación ver que no solo podía hablarle al software del interior de las máquinas sino también hacer que se hablaran entre ellas y trabajaran juntas; eso lo convertía a él en una especie de diplomático digital. Y sabe que su madre valora lo que ha hecho aunque no lo comprenda. Le dijo que estaba «muy contenta de ver que volvía a hacer cosas y a sentir pasión por su hobby». A su novio le escribió:

***¡Por dios, qué LISTA es mi casa! ¡Es como vivir en una puta suite de la Enterprise!***

Pero, más que nada, Cameron se ha llevado la placentera sorpresa de que, por mucho que sus habilidades le hayan complicado la vida, también son divertidas. Esta mañana está dando los toques finales a un elemento de tecnología que puede llevar encima, basado en el visor de realidad aumentada con el que salía en el sunfish. Si vuelve a navegar algún día ya no necesitará ajustarse a la cabeza ese pesado aparato; cuando profundizó lo suficiente en el programa vio lo fácil que sería reducir el tamaño y distribuirlo en algo mucho mucho más pequeño. Cuando esté acabado tendrá un par de lentes de contacto que le proyectarán imágenes directamente en el ojo, además de un pinganillo para el audio. También le servirán como consola de juegos portátil que podrá llevar consigo a todas partes.

El calendario en la esquina superior derecha de la pantalla marca el 17 de mayo. Hoy va a ser su primer día de vuelta al instituto después del accidente, justo a tiempo para la Semana de los Graduados. Pero ya no la teme; la verdad es que hasta tiene ganas. Los ensayos y los almuerzos serán mucho más divertidos cuando pueda cargarse discretamente a zombis digitales con un

lanzallamas virtual en vez de prestar atención, y va a triunfar en sus exámenes finales sin necesidad de estudiar nada. Después de todo lo que ha pasado, usar sus habilidades y el aparato en red más cercano para cubrir cualquier laguna de conocimiento que tenga parece lo más justo.

Ni siquiera cree que eso sea hacer trampa, al menos no en serio. Es algo mucho más orgánico que eso, como si el código se hubiera vuelto su lengua materna, que él domina y usa intuitivamente. Y cuanto más habla con las máquinas que le rodean, más prefiere esa clase de conversaciones antes que su versión humana. La gente es complicada, difícil, frustrante: sus sesgos y puntos ciegos están presentes en cada interacción, cometen demasiados errores de interpretación y deducción. Nunca se había fijado en lo mucho que internet, el gran experimento que se suponía que iba a unir el mundo, ha hecho que todos estén más divididos y se comporten de forma más tribal que nunca. Cada persona se mantiene dentro de su burbuja y critica sin la menor comprensión ni empatía; están ansiosos por tener un enemigo al que odiar.

El software nunca hace esas cosas. Siempre dice exactamente lo que quiere decir, y mientras Cameron haga lo propio no se producirá ningún malentendido. Cuanto más tiempo pasa comunicándose con las máquinas, más prefiere su compañía... a menos que Nia esté online, claro.

\* \* \*

El sol acaba de salir cuando coge su móvil y saca una foto mientras su nueva impresora 3D —de última generación, un regalo de graduación adelantado cortesía del Fondo de la Mujer Desesperada— se pone en marcha y empieza a materializar la lente de contacto, entrelazando la silicona con finos filamentos que lo contienen todo, desde una perfecta antena en miniatura hasta un procesador del tamaño de una lentejuela, pasando por una batería solar en miniatura. A Nia le encantará ver eso último, fue idea suya. Cada vez que comparte con ella sus planes para un nuevo proyecto le sugiere alguna idea sobre cómo llevarlo aún más lejos, hacerlo todavía más molón. Y si Nia tiene alguna pregunta sobre cómo Cameron es tan bueno, cómo es capaz de programar de forma tan fluida e intuitiva, se la ha guardado. Adjunta la foto y envía un mensaje. Aún no estará despierta —su padre es tan estricto con los horarios como con todo lo demás—, pero la estará esperando en cuanto se conecte.

***¡Lentillas RA casi listas! Hora de testarlas.***

\* \* \*

Cameron está medio mareado por los nervios mientras ocupa su asiento en la primera clase: Francés. Pasea la vista por el aula, dejando tiempo a su mente para que procese la imagen. La lentilla inteligente le irrita el ojo pero siente el cerebro refrescantemente claro, lo que le supone tanto un alivio como una sorpresa. Al llegar al instituto, el aluvión de datos casi lo tumbó, por no hablar de los efectos de su reciente fama. Sintió su imagen pixelada circulando por la red y sabe que le están grabando en vídeo mientras camina por los pasillos; siente unas pequeñas cosquillas psíquicas cada vez que alguien apunta un móvil hacia él. Y no necesitó percepción extrasensorial telekinética para saber que su presencia estaba causando una conmoción. La gente, especialmente las chicas, no dejaban de sonreírle, para después estallar en risitas y susurros una vez él había pasado. Notó las miradas puestas descaradamente en él, y quienes no le miraban con descaro eran

aún más obvios en su intento por no hacerlo. Cuando por fin accedió a posar para un selfi, sintió inmediatamente el impacto de su publicación en internet y empezó a cosechar likes y reposts; y aunque no lo hubiese sentido, los ping de su móvil mientras la foto se hacía viral le habrían recordado lo mucho que ha cambiado. Cameron Ackerson, el Chico Al Que Le Cayó Un Rayo, es toda una celebridad.

En algún momento, entre que entró en el edificio y se sentó en el aula, ha sucedido algo extraordinario: además de añadir una capa de realidad aumentada al mundo que le rodea, sus lentillas han empezado a organizar y enfocar el río de información que le llega desde los aparatos que todos llevan en sus bolsillos y mochilas. El rugido dentro de su cabeza ya casi ha desaparecido del todo; lo que queda resulta muy manejable. Y lo más alucinante es que no lo ha provocado él. Al menos, no a propósito. De alguna manera, su cerebro y la lente han descubierto cómo comunicarse en segundo plano en una sincronización entre mente y máquina tan directa e inconsciente como el hecho de respirar.

Un espectro de información hace scroll por las lentillas mientras los demás pasan con sus vidas digitales como una neblina de código. Ahora que los tiempos del instituto casi han llegado al final, sus compañeros están más ocupados online que nunca: cuelgan fotos nostálgicas, comparten planes para su futuro como universitarios, textean como locos sobre la oleada de fiestas de fin de curso que van a empezar a celebrar esta semana y continuarán durante todo el verano. Pasan ante él como nubes de datos andantes y se presentan a la vista de Cameron como el más brutal y honesto feed social. Ahí va Bethany Cross, que se ha sacado sesenta selfis esta mañana hasta conseguir uno que le gustara lo suficiente como para compartirlo. Allá, Alex Anderson, que publica cada día tantas noticias completamente idiotas y demostrablemente falsas que su propia madre lo ha bloqueado en Facebook. Jesse Young está sentado con la novia de su mejor amigo, que sin que él lo sepa ha reenviado su última foto a quince de sus amigas; eso no va a acabar bien. Malik Kowalski se ha pasado toda la mañana googleando «a qué tiene que oler el ombligo», lo que hace que Cameron suelte una risita hasta que se le ocurre que en realidad es una buena pregunta. Y Katrina Jackson, una de las chicas más guapas del instituto, está en una web de preguntas y respuestas anónimas, enviando una nota que dice «por qué eres una zorra tan asquerosa»... a sí misma.

«Vale, eso no me lo esperaba», piensa Cameron, y sacude la cabeza. Debería habersele ocurrido: Katrina no solo es bella, también le encanta llamar la atención. En cuanto postee una captura y denuncie el bullying del mensaje, podrá aprovechar durante todo el verano la ola de solidaridad que despertará.

«¡Humanos!», piensa, y parpadea fuerte. Todo se vuelve negro. Cosa buena, porque cuando vuelve a mirar arriba tiene a su profesor, el señor Breton, en pleno campo visual, que sonríe y saluda con su mochila colgada al hombro. Cameron le devuelve la sonrisa y ordena a su cerebro que evite fijarse en la mochila. Breton siempre le ha caído bien. Si tiene algo raro o desagradable en su ordenador, preferiría no saberlo.

—*Bienvenu, Monsieur Ackerson. Nous sommes tous très heureux de vous voir. Vous allez bien, j'espère?*

—*Très bien, Monsieur* —responde Cameron—. *Merci.*

Cuando la clase empieza le envía otro mensaje a Nia, aunque aún no le haya contestado al primero.

## ***Hasta ahora la lentilla es increíble. ¿En qué estás tú?***

Cuando comienza la última de las clases, con el cerebro amortiguando el flujo de información y el ruido de su cabeza bajo mínimos, Cameron ya está más que deseoso de volver a casa. Hace semanas que no se sentía tan cansado. Tantas noches hasta tarde y tantas mañanas desde muy temprano le están pasando factura, su cerebro está exhausto de organizar el tráfico digital en un edificio lleno de chicos que conviven con todas las formas de tecnología. La vibración del móvil en el bolsillo le resulta más irritante que emocionante. La única persona a quien de verdad quiere oír es a Nia, pero sigue sin contestar.

La tarde es cálida y los ojos se le empiezan a cerrar, la voz del profe de Historia mientras recita la última lección del día se desvanece en un ruidito monótono de fondo. Entonces un grito furioso surge en su oído:

**¡... Y TODO PARA QUE PUEDAN QUEDARSE CON VUESTROS EMPLEOS, VUESTROS DERECHOS, VUESTROS RECURSOS!**

Suena tan alto que hace que Cameron dé un saltito en su asiento y golpee con las rodillas la parte inferior del pupitre. Sus compañeros se vuelven a mirarlo, pero él apenas se da cuenta: han estado haciéndolo todo el día. Escucha esa voz, la voz, tan llena de odio que apenas puede concentrarse. Nadie más parece oírla, y él duda brevemente de si estará perdiendo la cabeza... hasta que se percata de que es precisamente de la cabeza de donde le llega. El display de las lentillas parpadea, indicando que la batería está casi agotada.

Pues claro, piensa; lleva todo el día en interiores, y la célula solar necesita luz natural para cargarse, así que no puede con la gran cantidad de datos que pasan por su mente, sobre todo el podcast que alguien está emitiendo en tiempo real en streaming. Es la fuente de la voz, que ahora grita:

**NIÑOS AMERICANOS MUEREN, HAN MUERTO, MILES DE ELLOS, PEQUEÑOS, INOCENTES... ¿Y EL GOBIERNO DICE QUE SOLO ES CULPA DE LA GRIPE, QUE VIENE FUERTE ESTE AÑO!? LOS INMIGRANTES ILEGALES INTRODUCEN PATÓGENOS POR NUESTRAS FRONTERAS, Y NUESTROS PRECIOSOS BEBÉS NO PUEDEN ENFRENTARSE A ELLOS.**

Cameron pone los ojos en blanco: «Vaya tío». Reconoce la voz; pertenece a Daggett Smith, conocido como el Terminator. Había sido uno de esos locutores que viven de los escándalos, pero lo echaron por hacer amenazas sexuales explícitas a la hija de trece años de un político. Pero lo que las emisoras de radio se negaron a tolerar sí fue bienvenido en internet. Durante los últimos dos años Smith se ha hecho un nombre como comentarista en YouTube, escritor autopublicado y comandante en jefe de un ejército rabioso de fans de las teorías de la conspiración. No tiene ninguna vergüenza y a menudo envía a sus hordas a perseguir a gente inocente, incluso niños, como varios de los compañeros de clase de Cameron averiguaron de la peor forma posible hace unos meses. La obra de teatro de otoño del centro cívico iba a representar una versión de *West Side Story* en la que los actores masculinos interpretarían a los personajes femeninos y viceversa. Era una diversión de lo más inocente; un par de amigos de Cameron del Club de Robótica se

habían presentado e iban a interpretar —muy adecuadamente— a los líderes de las bandas rivales, navajas en ristre... hasta que alguien, seguramente un padre indignado, avisó a Smith de lo que tramaban. De la noche a la mañana, todos los involucrados en la obra se convirtieron en objetivo del ejército de trolls del Terminatas, y los contestadores automáticos del instituto se llenaron a rebosar de mensajes vitriólicos que acusaban al personal de intentar convertir a niños inocentes en miembros de la Primera Iglesia Reformada del Guerrero de la Justicia Social de Género Fluido. Solo fue cuestión de tiempo que alguien llamara para comunicar una amenaza de bomba. Daggett Smith consideró la cancelación del espectáculo como una victoria de la verdad, la justicia y el estilo de vida americano. El instituto tuvo que cerrar durante dos días mientras la policía buscaba artefactos explosivos, y los compañeros de clase de Cameron, destrozados, siguieron despertándose cada día oyendo nuevos mensajes de odio de parte de los fans devotos de Smith.

Cameron se había preguntado qué clase de persona escucharía por voluntad propia las cosas que decía aquel gilipollas. Le pone de los nervios comprobar que está en la misma aula que uno de ellos, y que lo tiene bien cerca.

¿HABÉIS OÍDO HABLAR DE LOS VIRUS DE LA VIRUELAQUE SE MANTIENEN VIVOS EN LAS SÁBANAS? PUES LOMISMO PASA EN LOS BURKAS. LOS LLEVAN EN ELLOS YEXTIENDEN LA ENFERMEDAD ALLÁ DONDE VAN. NI SI-QUIERA DEBERÍA CONTAROS ESTO; ESTOY ARRIESGANDOMI PROPIA VIDA. EL GOBIERNO NO QUIERE QUE SEPÁISLA VERDAD, PERO LA VERDAD HA QUEDADO AL DESCUBIERTO.

Un rayo de luz crepuscular ha caído sobre el pupitre de Cameron; tiene que torcer el cuello para dar una oportunidad a la batería solar de su ojo. Quiere recargarla un poco, lo justo como para no tener que oír esa mierda. Pero, aunque desea quitársela de encima, no puede evitar intentar averiguar de dónde viene. Un momento después curioseas en el móvil de un tío llamado Mike Wilson, un fracasado escolar con un serio problema de acné y un problema aún más serio de gusto por los discursos llenos de odio de Smith. Un vistazo a las redes sociales de Mike le confirma que es miembro de los Gusanos de Smith, y otro en la base de datos de alumnos le revela que esta no debe de ser la primera vez que ha oído los rollos de Smith en vez de prestar atención en clase. *Una media de insuficiente* —piensa Cameron mientras mira el expediente académico de Mike—. *Vaya sorpresa.*

El display en las lentillas de Cameron pasa del amarillo al verde pálido, y el sonido del podcast desaparece poco a poco. Suspira aliviado.

Por mucha información que le den sus nuevas habilidades, sigue sin poder leer las mentes, y mirar en el móvil de alguien no es lo mismo que meterse en su cabeza. Cuando suena el timbre del final de la clase no repara en la expresión del rostro de Mike, o la forma en la que sale a toda prisa del aula apretando la mandíbula y con los puños cerrados. Y no es el único. Nadie lo ve venir. Ni los profesores ni el alumnado que van por los pasillos, ni, especialmente, Brahms, diminutivo de Brahmpreet, que ni siquiera tiene ocasión de levantar los brazos antes de que Mike Wilson lo agarre por el cuello y le aplaste la cara contra una taquilla abierta.

Cameron siente como la señal aumenta de intensidad cuando treinta y siete chicos sacan sus móviles para grabar la acción. Lo siguiente que nota es una náusea tras otra al salir al pasillo y ver a Brahms dando tumbos mientras intenta incorporarse, lleno de la sangre que fluye como un río de la mitad inferior de su rostro. Se le ha torcido el turbante y le cae una tira de tela sobre la

frente. Intenta cogerla. Su expresión es de dolor y confusión. Hay movimientos en el gentío; a Cameron se le cae el alma al suelo al darse cuenta de que no quieren ayudar sino grabar el mejor ángulo de la nariz rota de Brahms, que ahora mira a su alrededor, incrédulo.

—¿Por qué? —pregunta.

Mike Wilson se adelanta a los demás.

—Porque eres un enfermo de mierda —ruge, y le pega una patada en las piernas para hacerlo caer de nuevo.

Entre los espectadores, alguien grita ¡*Pelea!*

Lo que sucede a continuación es horrible, y esta vez Cameron se alegra de que tanta gente lo haya grabado en sus cámaras: la forma en la que Mike derriba a Brahms, sangrante, le arranca el turbante y lo lanza por el pasillo, y cómo este aterriza sobre el pie de una chica que suelta un grito y lo aleja de una patada. La forma en que Brahms deja de preguntar por qué y empieza a gritar ¡*Para!* y finalmente calla mientras Mike le patea el estómago, las costillas, la mandíbula. La frenética satisfacción en la cara de Mike cuando dos gigantones se abren paso por entre la masa de mirones, lo separan del cuerpo inerte de Brahms y lo entregan al guarda de seguridad del instituto, que se lo lleva a rastras por el pasillo.

Veinte alumnos siguen grabando la violencia en vez de dar un paso para detenerla. Normalmente a Cameron le parecería repugnante. Pero, mientras absorbe las filmaciones de sus teléfonos y las monta en un único vídeo, se alegra. Al cabo de cinco minutos tiene justo lo que necesita. Y, si hay algo que haya aprendido de sus tiempos en YouTube, es que cuando se tiene contenido fresco no hay que perder el tiempo.

Mike Wilson va a hacerse viral.

Cameron se aleja por el pasillo, dejando atrás a la multitud. Es importante hacer bien, y rápido, lo siguiente. Se acerca tanto como puede a la puerta del despacho de Seguridad. Dentro oye voces adultas que exigen explicaciones y las respuestas entrecortadas de Mike. Bien: si aún están intentando averiguar qué es lo que ha pasado, seguramente no se les habrá ocurrido confiscarle el móvil a Mike, y Cameron necesita que Mike tenga su móvil, porque está a punto de hacer unos cuantos posts muy poco inteligentes en las redes.

A los pocos segundos el clip se ha subido a todas las cuentas de Mike Wilson. Aunque lo ha montado a toda prisa, Cameron ha de reconocer que está bastante satisfecho de su obra: la cara de Brahms no es visible (el pobre ya ha sufrido bastante), pero la de Mike es inconfundible, aunque Cameron se ha permitido hacer su identidad aún más evidente incluyendo un scroll en la parte inferior del vídeo, al estilo de los noticiarios de la tele, con el nombre completo de Mike y el teléfono de su casa, además de una llamada final a la acción: «¡Asegúrate de decirle a mi madre lo que piensas de mí!».

Enseguida empieza a haber reacciones, pero tendrá que disfrutarlas más tarde. Ahora ha de dar el toque final a su venganza. No es lo más elegante del mundo, pero es lo mejor que se le ocurre en este momento. Con el ceño fruncido por la concentración, envía una serie de instrucciones al móvil de Mike, que responde afirmativamente y se pone a trabajar al instante. Cameron se pregunta dónde estará el aparato. Si nadie lo ha confiscado aún, probablemente dentro de una mochila... pero, con un poco de suerte, lo tendrá el propio Mike en un bolsillo.

Una vez cumplida su misión, Cameron se da la vuelta para irse, pero se queda como paralizado, con el aliento en la garganta. La sonrisa satisfecha se borra de su rostro boquiabierto. Al otro lado del pasillo, apoyada contra las taquillas, hay una chica. Va vestida toda de negro, lo

que hace que el rojo fuego de su pelo destaque aún más, y observa a Cameron con mirada intensa, sin pestañear. Cuando ve que él la mira, le sonrío, guiña un ojo y se lleva un dedo a los labios.

Cameron traga saliva intensamente y da un único paso adelante. El rostro de ella es inconfundible, al igual que la emoción y los nervios que se despiertan en su estómago mientras la contempla. Carraspea.

—¿Nia?

Entonces suena un grito.

Las últimas instrucciones de Cameron han sido obedecidas. Se hace torpemente a un lado, hincando una rodilla, mientras la puerta del despacho se abre de golpe y Mike Wilson la atraviesa corriendo y gritando, dejando un rastro de humo. Se cae al suelo y agita una pierna como intentando apagar el fuego que se ha producido en sus pantalones. El grupo de chicos que sigue en el pasillo se acerca corriendo, y esta vez nadie da un paso adelante para ayudarlo: todos los móviles lo apuntan mientras se quita los pantalones, los mira y grita más fuerte que nunca.

*Pues sí, lo tenía en el bolsillo*, piensa Cameron, y se levanta. Ha desactivado el autoapagado de seguridad del móvil y ha enviado un bucle de órdenes que han hecho que el aparato se sobrecalentase peligrosamente al cabo de sesenta segundos. Quizás la próxima vez que a Mike le dé un ataque de rabia xenófoba y quiera pegarle a un chico indefenso se mirará las quemaduras del culo y se lo pensará dos veces. Pero ya disfrutará más tarde de su venganza. ¿Dónde está Nia? Estira el cuello para mirar por encima de la multitud hacia donde se encontraba antes. ¿Eso ha sido una mancha pelirroja? ¿Le estará esperando? Avanza a empujones por el pasillo y se detiene cuando casi está a punto de chocar contra las taquillas. A su lado, una chica bajita y regordeta con trenzas negras le toca un brazo. Las lentillas de Cameron le informan de que se llama Puja, y en su móvil no hay apenas nada excepto unas mil fotos de cabritillas.

—Hum, ejem, ¿estás bien?

—Sí —contesta él—. Nos vemos más tarde, Puja.

Mira nervioso en todas direcciones, pero no ve ni rastro de Nia. Apenas se fija en que Puja se ha dado la vuelta y está enviando un mensaje: ¡CAMERON ACKERSON CASI ACABA DE CHOCAR CONMIGO! ¡¡¡Y SABE MI NOMBRE!!!

Lo absurdo de la situación es casi paralizante. Está a punto de preguntarse si ha tenido alucinaciones durante toda la escena cuando nota la vibración en el bolsillo. Aunque puede sentir el contenido del mensaje, saca el móvil igualmente, esperando a leerlo con sus propios ojos.

*Eres como me imaginaba. Nos vemos pronto.*

Es ella.

Es ella de verdad.

## 8

### LLEGADA

XAL SUELTA UN GRUÑIDO, incómoda, mientras su nave sale del éter e inmediatamente se ve afectada por la gravedad. Aterriza junto a una de las columnas de un paso elevado. El viaje hasta la Tierra, una serie de violentos saltos por el sistema de viejos portales que usaba su gente para explorar el cosmos, las ha afectado tanto a ella como a la nave, aunque este último momento es suave, apenas un tironcito. Aparte de un ligero resplandor cuando el aire la envuelve, el ruido del contacto con el suelo es la única evidencia de su llegada. Va a dejarla ahí, oculta a plena vista, hasta acabar su trabajo. Siente el cuerpo agarrotado y extraño al avanzar hasta la puerta sobre diez patas de araña con tentáculos abiertos al final, como bocas hambrientas que absorben la atmósfera de la nave y la convierten en una nube protectora alrededor de ella. No va a durar mucho. Tampoco tiene grandes deseos de llevar a cabo su misión. Si le fuese posible despreciar aún más al viejo por su engaño, su salvajismo, por el genocidio que impuso a su pueblo, lo haría ahora: por forzarla a seguirlo hasta aquí y tener que tocar la superficie de este mundo sucio y contaminarse con su repulsiva materia.

Por supuesto, también comprende por qué el Inventor vino aquí. Debe de recordarle a su hogar. Las patéticas formas de vida que dominan este planeta no son tan diferentes de la propia especie del Inventor, unas pocas cadenas de ADN más o menos. En la antigua vida de Xal, como cuidadora de los seres esclavizados que cazaba su gente, quizás hubiese realizado experimentos con ambos para ver si era posible cruzarlos. Pero ya había pasado el tiempo de esa clase de curiosidad intelectual. Ha venido buscando venganza.

El zumbido en su cuerpo se hace más fuerte en el momento en que sale al exterior. La firma electromagnética de la obra de su enemigo es inconfundible. Pero siente que tiene que haberse perdido algo: la señal es fuerte y cíclica, pero va disminuyendo. Va a tener que darse prisa, y eso significa que ha de ponerse ya a hacer la repugnante tarea que toca ahora. Su presa está cerca, y para cazarla necesitará algunas cosas: ojos, pulmones, un medio de locomoción. Y lo peor es que no puede permitirse ser demasiado selecta. La nube protectora que la rodea está empezando a debilitarse, lo que significa que no va a sobrevivir mucho en el planeta a menos que pueda sincronizarse con una de sus criaturas nativas. Originalmente eligió este punto porque sus aparatos mostraron que no había humanos por la zona; sería un desastre toparse con una multitud mientras mantiene su forma original. Pero ahora tendrá que quedarse con lo que encuentre. Vuelve a escanear la zona, esta vez abriendo más los parámetros. Las opciones son limitadas; volar le resultaría útil, sin duda, pero las únicas criaturas aladas que hay cerca están en un grupo muy por



encima de la cabeza de ella, fuera de su alcance... y, entre otros rasgos desagradables, no parecen tener control sobre sus sistemas excretores. El colectivo de pequeños carroñeros grises que se arrastran sobre un montón de residuos podridos puede servirle, piensa, aunque no más que el silencioso depredador que los observa desde debajo de la pila, esperando para atacarlos. Xal consulta los datos que tiene sobre el animal y se siente complacida de inmediato: es un cazador, como ella misma. Rápido, elegante, eficiente con su energía. Y no hay mala sangre entre la criatura y los humanos. En su pellejo podrá moverse más o menos como desee.

Al gato se le erizan los pelos en puntas furiosas cuando Xal se le acerca. Emite por la garganta un gruñido grave tras detenerse a estudiar las capacidades de ella para decidir si ataca o se aleja corriendo. Ese momento de duda es más de lo que ella necesita. Acaba rápido.

La criatura que emerge del paso elevado es más bien una fotocopia no muy detallada de un gato. La carne dañada de Xal ya no puede integrar del todo; tiene tiras de piel que le cuelgan del cuello y la barriga. Y, en sus prisas por acabar la sincronización, solo ha consumido lo básico; el resto, incluidos los sistemas digestivo y reproductor ocupaban demasiado espacio, así que ahora forman una pila húmeda y roja con pequeños parches de pelo bajo el paso elevado. Xal observa con curiosidad que los carroñeros de antes han empezado a mordisquear los restos. Es como una inversión de roles, la presa comiéndose al depredador.

Eso no le preocupa en las ratas. Pero el Inventor no va a tener tanta suerte.

\* \* \*

Recuerda la primera vez que sintió la energía del arma de él, la conexión repentina mientras su gente se acompañaba a la perfección para atacar con sus mentes la red del Inventor. Resultaba difícil de creer que hubiesen confiado en él, que todos ellos, con el inmenso poder que compartían, cometieran un error tan estúpido. Pero así fue. En su momento, la herramienta que causó la destrucción de su pueblo había parecido su mayor sueño hecho realidad. La naturaleza los había dotado de una consciencia compartida, pero la raza de Xal estaba llegando a los límites de su potencial y el anciano lo sabía. Sabía que deseaban más, sabía que pretendían conquistar no solo la galaxia sino el cosmos entero, y usó su desesperación contra ellos. Sedujo hasta a los Ancianos con sus promesas de energía casi ilimitada, de una herramienta que les permitiría multiplicar su radio de acción casi por mil. Al principio fue así. Todas las mentes zumbaban en sincronía, todas mantenidas por su falso regalo: una gran, enorme red que les permitió llegar más allá de lo que nunca habían soñado. Fue gracias a él que se hicieron aún más poderosos, imparables; se esparcieron por la galaxia y conquistaron cientos y miles de civilizaciones para su causa. Crearon una utopía compartida por millones y millones de mentes interconectadas, alimentada por la fuerza vital de los colonizados y construida por los ancianos de entre los Ancianos, los antiguos arquitectos. Un mundo virtual tan bello que a nadie le importaba si era de verdad. A ella le parecía real. A los demás también. Era el hogar al que regresaban después de cada campaña triunfal en la que se hacían con nuevos recursos para conquistar el cosmos. Una gloriosa, dorada, increíble ciudad hecha de puras conexiones brillantes. Preciosa.

Pero de repente desapareció. En su ambición, el pueblo de Xal había caído de cabeza en una trampa. La red que conectaba sus mentes fue su perdición. El Inventor les había prometido poder, pero lo que les dio fue destrucción. ¡Qué ingenuos habían sido al no ver lo que era realmente su arma! ¡Qué ingenua había sido ella misma al menospreciarlo! El anciano estaba a su cargo, y fue a

ella a quien acudió en primer lugar con su propuesta, a quien engañó primero con su hábil mentira: estaba maravillado por la civilización superior de su pueblo, dijo, y quería contribuir con su talento a la causa, hacerles un obsequio que los volvería imparables. Fue ella quien transmitió la oferta a los Ancianos; más que eso, los convenció de aceptarla, de que él era sincero. A fin de cuentas, era ese talento lo que lo había mantenido vivo. Xal reconoció su capacidad única, su mente tan útil, y le dio un hogar y un objetivo en su mundo, mientras el resto del planeta de él era exterminado. Por supuesto, se mostró agradecido, ¿por qué no iba a estarlo?

Los cogió totalmente por sorpresa. El arma atravesó sus sinapsis en segundos en cuanto el anciano la volvió contra ellos, separándolos. Una raza entera exterminada. Xal fue uno de los pocos supervivientes, aunque a un precio muy alto. Mientras su gente, sus amigos, morían a su alrededor, ella se hizo con lo que quedaba de sus marchitos cuerpos. Cogió lo que necesitaba. No pudo salvarlos pero sí podía sobrevivir y arrancar partes de ellos para formar una especie de patchwork y volver a ser completa, o casi. Lo suficiente como para rectificar sus errores y asegurarse de que se hacía justicia en nombre de su pueblo. Lo suficiente como para venir a este lugar y enfrentarse a su destino.

\* \* \*

Ya está lista. Se encoge y se mantiene pegada a las paredes de los edificios, pasa por debajo de los coches aparcados para mantenerse fuera de la vista, sigue la señal hasta su origen y después duda sobre si se ha equivocado. La estructura delante de ella no tiene nada de especial. Se ve que los arquitectos de este planeta solo saben construir cajas, y esta es como todas las demás. Pero la señal es inconfundible, y tan cercana que casi duele. Parece imposible haberlo encontrado tan rápido, tan fácil. El edificio no tiene ni un solo guardián. ¿De verdad puede estar escondido ahí el Inventor? No tiene ningún sentido, pero aun así siente el murmullo del arma dentro de su piel original. Está tan cerca... tan tan cerca...

Algo sucede. Las pupilas de Xal se dilatan, su nuevo pellejo cobra vida y le ofrece unos sentidos que no le son familiares. Los instintos del gato hacen arder su química, dominan su curiosidad extraterrestre. Se precipita bajo un coche cuando las puertas del edificio se abren y sale una corriente de desagradables seres humanos cotorreando entre ellos. La firma energética crece en su interior y ella los mira, confusa. Estas criaturas son adolescentes. Puede olerlo. El Inventor no puede estar oculto entre ellos y, sin embargo, ella siente su presencia. Lo siente...

A ÉL.

No es el anciano sino un joven, con melena oscura descuidada y ropa suelta que envuelve su desgarrado cuerpo. No es un hombre aún, no está... entero... del todo. Xal entorna los ojos; el humano no solo desprende la firma energética del arma del Inventor sino también otras señales. El joven se separa del gentío. Su paso es ligeramente desgarrado. Xal se tensa; él avanza con tal decisión que sus instintos animales vuelven a dispararse al sentir una amenaza. Pero tiene la atención centrada en su mano y pasa sin tan siquiera mirarla.

Ella sí lo mira a él. Lo observa irse, con su piel crepitando por la cercanía de la energía que desprende en oleadas. Este joven no es la presa que busca, pero ha sido tocado, igual que lo había sido ella.

Si lo sigue, quizás le conduzca hasta el anciano. ¿Es demasiado esperar que pueda tener la sangre de él en su pecho antes de que se ponga el sol?

Una extraña vibración se inicia en la garganta de Xal mientras avanza. Es otra característica de esta nueva forma: la agradable sensación anticipada de matar al Inventor se expresa en el cuerpo del animal en forma de un ronroneo satisfecho. Da otro paso, con la vista fija en su objetivo. Es una cazadora, tensa y preparada.

Entonces el mundo da vueltas, sus patas intentan aferrarse al suelo mientras un par de manos ajadas lo agarran. El ronroneo se convierte en un ruido agudo que ningún gato de la Tierra haría nunca, aunque el hombre no parece darse cuenta de eso.

—Pobre bola de pelo —dice una voz—. Buen gatito. Ven, gatito.

Xal deja de luchar y contempla a su captor. Humano masculino, maduro, o más que maduro, pasado, piensa. No es una criatura sana; siente la enfermedad en las manos que la tienen agarrada por la nuca, y a criaturas más pequeñas, parásitos, que se mueven y se arrastran por el terreno de su cuerpo. Tiene una gruesa y gris barba y huele aún peor que la mayoría de su especie, lo que no es decir poco.

Irritada, mira hacia el joven, que ahora se ha quedado parado cerca. Este sigue contemplando el aparato que lleva en la mano y le da pequeños golpecitos rápidos. Xal relaja aún más su cuerpo; el chico no tiene prisa, así que ella tiene tiempo. Y, aunque la idea le resulte repugnante, si ha de perseguir a un miembro de esa especie es lógico que deba hacerse pasar por uno de ellos. La criatura felina de la que tomó la piel al llegar es querida por los humanos, pero obviamente no muy respetada. Ese hombre apestoso no solo la ha levantado del suelo sino que ahora la lleva a un refugio improvisado, acurrucándola en sus brazos, manipulando su cuerpo con los dedos.

—Buen gatito —murmura—. Bueno, raro, feo gatito.

Xal espera a que doble la esquina y permite que la acerque más hacia sí. El hombre se encorva y, sin soltarla, la deja en el suelo y empieza a acariciarle la cabeza. Por un momento ella permite que lo haga.

Y entonces coge lo que necesita.

El humano no se resiste. Suelta un suspiro y muere.

## 9

### EL SABOR DE LA LIBERTAD

NO HAY RASTRO del padre de Nia. Ella se cuelga por la estrecha ventana de la clase, aún afectada por la euforia de la huida, disfrutando tanto de su sorprendente audacia como de la breve sensación de la libertad. Lo ha conseguido. Ha desafiado a Padre, ha roto su regla más importante. Ha viajado más allá de las paredes de la residencia, hasta la ciudad. Ha salido fuera.

Le costó semanas planearlo, y aun así no estuvo segura hasta el último momento de que todo iba a salir bien. Podían fallar tantas cosas... Era bastante sencillo saltarse la leve vigilancia que ejercía Padre sobre sus actividades online, pero si miraba con más atención —si curioseaba en sus logs, o incluso si decidía realizar un chequeo de seguridad punto a punto— vería lo que estaba haciendo. Había hecho todo lo que había podido por no dejar rastro, pero resultaba imposible ocultar por completo la forma en que había comprometido su sistema de seguridad. Lo había descubierto semanas atrás: una pequeña abertura en la estructura del aula, un punto ciego no monitorizado apenas lo bastante grande como para que ella pudiera pasar sin ser detectada, sin disparar ninguna alarma.

Pero era arriesgado. No solo salir sino también volver. Nia siente un aguijón de miedo; se da cuenta de que no puede tener la seguridad de *a qué* está regresando. Si Padre está en casa, si la ha buscado... Pero no: la clase está tal como la dejó ella, con su mundo virtual vibrante e intacto. Hoy no es una biosfera ni un estudio de arte sino un mar de gente que ríe y vitorea en una gran y soleada plaza de una ciudad. Muchos de los hombres llevan uniforme y muchas de las mujeres besan a los hombres, una imagen que produce en Nia una sorprendente e intensa sensación de deseo. *Besar así a alguien*, piensa con un suspiro. *Ser besada así, con tanta alegría, delante de todos*. Las parejas que se besan por todas partes llevan pequeños carteles o banderitas, y por encima de la multitud un neón muestra unas enormes palabras: «LOS JAPONESES SE RINDEN». Es Nueva York el 15 de agosto de 1945, y los Estados Unidos de América celebran el final de la Segunda Guerra Mundial. Fue un conflicto que dejó bellas ciudades en ruinas, que se cobró millones de vidas. Nia ha pensado muchas veces en la alegría desencadenada de la escena, en cómo aquella gente podía estar tan contenta por haber ganado después de que el mundo entero hubiera perdido tanto. Pero hoy no ha usado aquella herramienta de aprendizaje para estudiar historia o lo extraño de su danza de la victoria; la ha usado para esconderse.

Padre no quiere molestarla cuando está inmersa en un constructo. Normalmente se mantiene lejos del aula y confía en que ella regresará en cuanto acabe. Pero también estaba preparada por si él sentía curiosidad y echaba un vistazo. Vería a los neoyorquinos de 1945 y la dejaría estudiar.

Ella incluso había creado un señuelo con pinta de estar muy concentrada para completar la ilusión, un avatar de Nia que se pasea por entre el gentío, deteniéndose de vez en cuando a recoger detalles históricos sobre las personas, los edificios, el espectáculo. No es su mejor obra; a pesar de haber hecho mil dibujos sobre sus sentimientos desde hace años, sigue sin ser muy buena en eso, y aún peor con los autorretratos. Pero, como última capa del subterfugio, rodeada por un paisaje repleto de elementos realizados con nanopartículas, el avatar no está mal. Si lo llamas, hasta sonríe y saluda.

Pero todas sus precauciones han resultado innecesarias. En cuanto entra se da cuenta de que Padre no ha venido a ver qué hacía. De hecho, ni siquiera ha vuelto a casa. No le sorprende; últimamente está muy ocupado con un proyecto, algo que lo hace estar fuera todo el día y mostrarse agitado y distraído por la noche. Cuando se fue esta mañana temprano ni siquiera le recordó que estudiara o que hiciera los deberes, y seguro que cuando vuelva se olvidará de comprobarlo. En otros tiempos ella le hubiera llamado la atención, siempre la hija cumplidora que le rogaba que hablara o jugara con ella, que intentaba sacarlo de su ensimismamiento y hacerlo sentir mejor y quizás también un poco culpable por dejarla tanto tiempo sola.

*Es cierto que estoy creciendo*, piensa. Ahora nunca le rogaría que le conceda su atención; la verdad es que se alegra de ser ignorada. Que piense que está sentada en casa, obediente, inmersa en sus estudios. Que piense que ella sigue siendo una niña muy buena y obediente.

Porque no lo es. Ya no.

Cuando llegó la ocasión, todo fue más rápido y más sencillo de lo que se había imaginado: en un momento avanzaba rápidamente a rastras por los conductos de filtración del aire y al siguiente estaba fuera. Al otro lado de las paredes, en el mundo exterior. Fue tan repentino que casi se dio la vuelta y regresó. Ni en sus mayores sueños hubiera imaginado que el exterior fuese a ser tan grande.

Pero no podía volver. Aún no. No hasta haber encontrado lo que buscaba. No hasta haber encontrado el camino que la llevara hasta él.

Hasta Cameron.

No puede dejar de pensar en él. Ir a su encuentro era arriesgado, impulsivo... y ganarse su confianza tampoco iba a resultar sencillo, aunque valía la pena. Nunca jamás había sentido una conexión tan instantánea. Los dos vienen de lugares muy diferentes, sus vidas no se parecen en nada, pero Cameron no es como el resto de sus amigos. Es como ella. Lo más parecido que ha conocido nunca a alguien como ella. Hablar con él ya es lo mejor del día. Y aunque sabe que deberá tener cuidado, que si él va a ser quien la rescate no puede actuar con prisas, no puede evitarlo. Desea más. Cameron es increíble. El mundo es increíble. Ya está pensando en cuándo podrá escaparse allí de nuevo.

Se conecta y consulta sus nuevos mensajes. Los lee tres veces, asombrada de que unas pocas líneas de texto puedan hacerla sentir algo tan intenso.

***TE HE VISTO!***

***ERAS TÚ!***

***Eras tú, verdad?***

***Adónde te fuiste?***

***Hola???***

Nia hace una pausa. Su mente revisa todos los artículos que ha leído sobre establecer relaciones con los chicos. Es curioso, nunca se había preocupado por eso; los artículos solo eran algo para leer por diversión, como las guías de viajes de lugares que nunca iba a visitar o las recetas de platos que nunca iba a probar. Pero todo eso era antes, cuando solo era una niña en una jaula, sin esperanzas de huir. Tenía un montón de amigos que eran chicos y nunca le había dado importancia a hablar con ellos. Si uno dejaba de contestar a sus mensajes, siempre había otro dispuesto a sustituirlo.

Pero Cameron es especial. Lo ha visto, ha estado con él. De no haber tenido tanto miedo a quedarse, podrían haber estado lo bastante cerca el uno del otro como para tocarse. Por primera vez comprende a qué se refiere él con «real»; por primera vez podrá serlo.

Y sobre las relaciones reales, todos los artículos dicen lo mismo.

*No contestes de inmediato. No te conviene parecer desesperada. Cuando te envíe un mensaje hazlo esperar.*

Nia lo hace esperar.

Lo hace esperar cinco minutos enteros.

\* \* \*

Le envía su respuesta:

***Era yo. No podía quedarme. Lo siento.***

Cameron no parece conocer las reglas, o quizás estas sean diferentes para los chicos. No la hace esperar en absoluto. En cuanto el mensaje sale recibe la respuesta:

***Qué hacías ahí? Creía que estudiabas en tu casa.***

***Te estaba buscando, claro,*** contesta Nia. ***Qué hacías TÚ ahí?***

***Eso es secreto,*** replica él.

Nia decide arriesgarse a dedicarle un cumplido: ***Me gustó lo que hiciste con el móvil de ese chico.***

***No sé de qué hablas,*** responde él, pero adjunta un emoji que guiña un ojo. Nia le envía su GIF preferido, el del perro marrón y blanco que sonríe. Esta vez hay una larga pausa, y entonces...

***Si de verdad te gustó...***

Nia replica de inmediato: ***Sí. Me gustó mucho.***

*Tengo una idea. Quiero hacer una cosa. Pero es complicado. He pensado que podrías ayudarme.*

*Cómo puedo ayudarte?*, pregunta ella.

La respuesta es otra pregunta:

*Cuál es la canción más cutre que conoces?*

# 10

## DAGGETT SMITH SE DESPIDE DE USTEDES

—PROBANDO... PROBANDO... PROBANDO... —gruñe Daggett Smith, y mira más allá de la cámara a su productor, que le levanta un pulgar sin gran convicción. Apenas quedan unos minutos para empezar el programa y necesita tener los niveles bien ajustados. El productor suena en su oído:

—Eso está bien, señor Smith, pero...

—¿Qué? Escúpelo, tío. O sea, como no hizo tu madre. —Daggett suelta una gran carcajada ante su propia broma y disfruta de la expresión confusa e incómoda en la cara del otro hombre, que aun así intenta simular una risita.

—Je, je... Sí, bueno, es solo que cuando usted se emociona los decibelios no son los mismos que en una conversación normal, y...

—¡PROBANDO! —grita Daggett, y el productor da un salto en su silla.

Le da tres semanas más como máximo antes de que renuncie. La cantidad de empleados de su programa que entran y se van es causa de muchas bromas; a él mismo le resulta graciosísimo. Nada le da más placer que atrapar a algún fracasado que acaba de salir de la universidad y cuesta superbarato —algún bobo de esos que creen que no se les ha de pagar solo con dinero sino también con palmaditas en la espalda— y moler su espíritu hasta convertirlo en un fino polvo.

—Así, mejor. Gracias, señor Smith. Dos minutos. —Vuelve a levantar el pulgar, esta vez con menos convicción aún. Más bien parece que esté intentando contener el llanto.

Daggett reevalúa su previsión inicial. ¿Tres semanas? Pfff. Más bien una. Como máximo.

Nota que sucede algo fuera del brillante círculo de luz del escenario, pero no parece muy serio y decide apartarlo de su mente. Ahora no puede preocuparse por eso, tiene un programa que hacer. Echa un vistazo a los monitores y comprueba los feeds de las cámaras, dispuestas para sacarle su mejor ángulo (él es el primero en admitir que solo tiene un ángulo bueno, e incluso ese no es para tirar cohetes). Su ego será legendario pero no es un iluso; sabe que parece un sapo pálido con un mal peluquín y que no hay maquillaje en el mundo que pueda ocultar los puntitos fucsia que le aparecen por toda la cara cuando está enfrascado en uno de sus monólogos a gritos. No le importa. A su público tampoco. Siguen el programa porque quieren oír lo que sale de su boca y su cerebro, no quieren hacerse pajas ante una cara bonita. Si quisieran un rollo licuado conservacentrista leído por una rubia de bote con tetas falsas, mirarían Fox News.

Hojea sus apuntes y toma nota mental de sus palabras de entrada. Este va a ser un gran



programa. Va a elevar el tono del debate, recién salido de lo de las viruelas en los burkas, que resultó un enorme éxito. Esta vez le ha llegado el rumor de que varios senadores demócratas tienen unas vías de tren propias en el subsuelo para entrar larvas de solitaria, que se pueden usar como armas, desde México hasta los Estados Unidos, dentro de los estómagos de inmigrantes ilegales. Suena estúpido —seguramente porque lo es—, pero Daggett no dedica mucho tiempo a preocuparse por si las cosas que cuenta son ciertas. La gente tiene derecho a conocer los rumores que circulan; ya decidirán por sí mismos si quieren creer en ellos o no. Lo importante es que podría ser verdad, y que Daggett Smith es el hombre, la voz de confianza, que les informa... al menos hipotéticamente. ¿Es que los ciudadanos de sangre caliente de la América Real quieren vivir en un país donde los mexicanos sin papeles pueden ir a su ciudad e infectar los bufés libres con gusanos convertidos en armas biológicas? ¡Que decidan ellos!

Su pinganillo cruje ligeramente.

—¿Señor Smith? —Es el productor de nuevo. Ahora suena más seguro, hasta tiene un ligero deje en el tono—. Salimos al aire en treinta segundos, pero parte del equipo está haciendo el tonto. Por favor, preste atención a lo que le iré diciendo por el pinganillo; es posible que necesitemos un poco de relleno...

—Que sí, que sí.

Daggett le hace un gesto impaciente con una mano y comienza la cuenta atrás en su cabeza. Hojea sus papeles una vez más y asiente cuando se enciende la luz. En el monitor que tiene delante se ve sentado a su escritorio, con un gran logo TERMINATAS que brilla con un color rojo patriótico sobre su hombro. Carraspea. El Daggett de la pantalla hace lo propio.

—Gracias por sintonizar este programa, compatriotas —dice el Daggett de la Pantalla—. Soy Daggett Smith, y... me... ¡*me siento muy muy guapo! ¡Qué guapo que soy!*

En tiempo real, en la vida real, el Daggett Smith real exclama: «Pero ¿qué diablos...?».

Se queda mirando incrédulo el monitor; el Daggett de la pantalla, el Terminatas, se ha levantado del escritorio con una pirueta no muy exitosa y se ha puesto a cantar una canción con un perfecto falsete.

—¡YO NO HE DICHO ESO! —grita Daggett, y golpea la mesa. Durante un momento cree haber recuperado el control.

El Daggett de la pantalla también golpea el escritorio, con una cara que añade puntitos púrpura a su color rojo. Pero en vez de decir las palabras que pronuncia Daggett, el del monitor dice «La, la, la, la, la, LA, LA, la, la, la» y sigue cantando, muy emocionado, sobre lo encantador que se siente hoy.

—¡Cortad el feed! —ordena Daggett, y entonces nota cómo se le debilitan las rodillas y oye la voz del productor en su oído.

—Ya lo hemos hecho —dice este—. Hace diez segundos.

Mientras el Daggett de la Pantalla sigue por ahí, bailando y cantando, el Daggett Real ruge con furia impotente y se golpea la cabeza contra el escritorio. Se pregunta si le estará dando un infarto, y después si él podría producirse un infarto a sí mismo y usarlo para explicar lo sucedido... o, más bien, lo que sigue sucediendo ahora mismo.

—Lo siento, señor Smith, —dice el productor, y entra en el círculo de luz del escenario.

Tiene la cámara detrás y la mueve delicadamente para cambiar un poco el ángulo, aunque no vaya a suponer la menor diferencia. En el monitor, y en millones de pantallas del mundo entero,

Daggett Smith sigue cantando y bailando, mientras en realidad está con la cabeza sobre el escritorio. En Twitter, #DaggettQueGuapo ha empezado a ser trending topic mundial. El productor extiende un brazo tentativamente y le apoya la mano en el hombro empapado de furioso sudor.

—Estás despedido —dice Daggett Smith débilmente—. Estáis todos despedidos. Todo el mundo en esta sala. Todos. Estáis acabados.

—Ah, sí, en cuanto a eso... —replica el productor—. Todo el mundo se ha ido. Solo quedo yo.

Daggett levanta la cabeza.

—¿Qué?

El productor se encoge de hombros.

—Supongo que pensaron que se habían quedado sin trabajo, pero ninguno quería ser quien se lo dijera a usted.

—¿Decirme qué?

—Creo que usted también se ha quedado sin trabajo.

\* \* \*

Una hora después hay un montón de teorías sobre lo sucedido en el estudio. En internet se barajan todas las posibilidades, desde un ataque de nervios hasta la posesión demoniaca. Un tío de Nebraska se hace viral insistiendo en que siempre supo que Daggett Smith es un muñeco de ventrílocuo animatrónico creado por unos científicos para hacer alguna clase de experimento antropológico. Pero todo el mundo está de acuerdo en que el numerito que ha acabado con la carrera de Smith, en el que su canto del cisne ha sido una interpretación sorprendentemente melódica de una famosa canción de *West Side Story*, supone los mejores noventa y tres segundos de vídeo de internet jamás creados.

A Daggett le cuesta un poco más de tiempo aceptar su destino.

—¿Y si redactamos una nota de prensa? —pregunta.

No pronuncia muy claramente; él y el productor, que se llama Brian o Brendan, han encontrado una botella de vodka en el cajón de un escritorio y llevan bebiéndosela desde que el último episodio del *Terminator* llegó a su abrupto e inesperado final hace ya unas horas.

—¿Y qué decimos? —replica Brian-o-Brendan.

—¿Que me han hackeado, claro! —contesta Daggett, exasperado.

—Hay un pequeño problema. «Me han hackeado» es lo que dijo usted después de tuitear sobre bandas de judíos mutantes que viven en las cloacas...

—Vale, pero...

—Y después de que le enviara al ministro de Exteriores aquel correo llamándolo culogordo con cara de babuino...

—¡Pero esta vez es verdad! —exclama Daggett—. ¡Me han hackeado de verdad! ¡Tiene que haber sido eso! ¿Quién va a creerse que realmente iba a hacer yo... *eso*... en directo? ¡Si ni siquiera sé cantar!

—Lo sé, señor Smith, pero este es el problema. —El productor hace una pausa para tomar un largo trago de vodka y entonces se levanta, dejando la botella a los pies de Daggett—: A nadie le importa.

Y es cierto: a nadie le importa. Incluso después de varios días, cuando ya está claro que Smith ha sido, en efecto, víctima del hackeo mejor ejecutado de la historia de la humanidad. Y es que toda su presencia en internet, desde su web hasta los archivos de su podcast, ha desaparecido de la noche a la mañana, sustituida por un scroll sin fin de recetas de brownies de marihuana y las instrucciones para fabricarse una cachimba que funciona gracias a la ley de la gravedad. Teclear su nombre en cualquier buscador hace que el usuario sea redirigido automáticamente a la entrada de Wikipedia sobre micropenes. Cuando Smith intenta hacerse con el control de la narrativa en las redes sociales, sus hábiles pronunciamientos desaparecen a los pocos segundos y son sustituidos por una misma foto de una llama con tutú. Daggett Smith acaba desapareciendo de internet en silencio, el mismo día en que empieza a circular una petición para conceder a sus hackers el premio Nobel de la Paz. En una semana consigue un millón de firmas.

Cameron Ackerson, que había soñado con hacerse famoso en internet por descubrir los secretos del lago Erie, empieza a soñar ahora con hacer cosas mucho mucho más importantes entre bambalinas.

*No puedo creerme lo real que quedó*, escribe mientras ve el vídeo del desastre de Smith por centésima vez. *Hasta se le mueve la boca como si cantase de verdad. Cómo lo has hecho?*

La respuesta de Nia aparece de inmediato. *Captura de movimiento. Mapeé puntos de la actuación de Natalie Wood sobre clips relevantes de su programa y lo pasé por el software del estudio de efectos especiales en el que hicieron AVATAR*. Hace una pausa, pero enseguida vuelve a sonar la campanilla de un nuevo mensaje. *Pero creo que metí la pata. Ha salido demasiado rojo.*

*LOL, no, su cara es así.*

*LOL, vale.*

*Y lo de la petición, fuiste tú?*

*No! Yo creía que habías sido tú!*

Y entonces, por primera vez desde que se conocen, ni Cameron ni Nia saben qué decir. Están sentados juntos, separados físicamente pero conectados del todo por el momento que han creado, mirando el agujero en internet donde antes estaba Daggett Smith. Lo hicieron ellos. Ellos lo hicieron realidad. Sus seguidores, confusos y avergonzados, se han desbandado. Él mismo ha desaparecido de la vida pública. Y todo el mundo, desde las cabezas parlantes de la tele hasta los comentaristas aleatorios de las noticias sobre la extraña caída de Smith, han observado que la vida online se ha vuelto un poco más dulce, ligeramente menos tóxica, sin Daggett Smith y sus fétidos seguidores asomando desde los agujeros de la madera para comentar los temas del día.

Cameron había querido darle a Daggett Smith su merecido, repartir un poco de justicia cósmica al hombre cuyas ideas venenosas encontraron su expresión del mundo real en los puños de su compañero de clase. Pero él y Nia acabaron haciendo más que eliminar del paisaje a un individuo tóxico; y eso fue lo más curioso y emocionante de todo. Detrás de Daggett había algo más importante. No solo sus fans, dispersados como cucarachas tras la actuación de Smith, sino

toda una estructura. Una red de webs vacías, bots, agregadores, todos dedicados a amplificar el mensaje de Smith, todos silenciados abruptamente tras la desaparición de este. Cameron se preguntaba quién había construido esa red, demasiado sofisticada como para ser cosa del propio Smith; pero, aún más, estaba maravillado por el efecto mariposa de silenciar una voz furiosa. Ni siquiera había resultado muy difícil. Si con tan poco esfuerzo habían conseguido algo así, ¿qué pasaría si se pusieran a ello en serio?

*Bueno, y cuál es nuestro próximo proyecto?*

# 11

## LA OBSERVADORA

EL SOL NACIENTE BAÑA EL MUNDO en luz naranja, pero dentro del invernadero situado en lo alto de los riscos del lago todo está entre sombras y silencioso. En el dormitorio, la mujer que duerme desnuda entre suaves y blancas sábanas respira lentamente, sus ojos moviéndose sin fin tras los párpados. La casa espera una señal oculta en lo más profundo de la piel de su ocupante.

Los minutos pasan. La mujer se agita. La luz de la habitación cambia imperceptiblemente, mientras que en la de al lado se oye un clic seguido de agua que cae lentamente y se percibe el aroma del café. El suelo se calienta antes de que lo toquen los pies desnudos de ella y las ventanas se aclaran, dejando a la vista una gran extensión del océano en una punta y la brillante ciudad en la otra. Los ojos de la mujer se abren en cuanto la luz le llega a la sien izquierda, donde una espiral de diez puntos de colores podría confundirse con un grupo de pecas.

Se toca las pecas y una de las ventanas se ilumina, sustituyendo las vistas del océano por un scroll de datos. La voz que lo acompaña es de un barítono profundo.

—Buenos días, Olivia.

Olivia Park se sienta en la cama y parpadea, intentando retirar las telarañas de su cabeza. Ha pasado una noche extraña, como confirma al echar un vistazo a la pantalla de la ventana: cuatro horas en el ciclo REM, cuatro horas de pesadillas de las que apenas consigue recordar fragmentos. Y ahora el desconcierto... Con la mano desocupada busca la tablet en la mesilla de al lado de la cama, señala en la pantalla, molesta, el ceño fruncido. Los implantes han funcionado tan bien durante tanto tiempo que hace una eternidad desde la última vez que se había despertado sintiendo algo que no fuera una frescura total. Si le baja el nivel de azúcar, si sus macros se ven afectadas, si no duerme lo suficiente, el software de debajo de su piel lo sabe antes de que ella misma se dé cuenta; solo tiene que leer los datos y actuar en consecuencia.

La voz interrumpe sus pensamientos.

—El café está listo.

—Cállate —dice ella, y la voz obedece.

Si su madre estuviese aún viva, hubiera advertido a Olivia que no fuera maleducada con el hombre; da igual que no sea un hombre en absoluto sino un programa de ordenador que no tiene ninguna sensibilidad como para sentirse ofendido. Pero así era su madre, miembro de la Iglesia de los Robots También Son Personas. Años atrás, el mayordomo robótico tenía nombre, Felix, y un avatar holográfico, un hombre agraciado pero muy genérico de unos cincuenta años con esmoquin,

cosa que a Olivia le parecía ridícula. Cuando heredó la casa lo dejó en su mínima expresión virtual: en vez de un personaje sacado de una comedia inglesa se convirtió en apenas una silueta, vagamente humanoide pero sin rasgos humanos, y desde luego sin ropa. Para ella es un objeto, un holo-hombre u holo-man, como aquel Hollow Man de una vieja película de terror sobre alguien que puede volverse invisible. Olivia no es de las que le ven la gracia a cualquier cosa, pero ese chistecito a veces la hace reír.

A su madre seguramente no lo gustaría nada lo que había hecho ella con Felix, le parecería comparable a lobotomizar a un ser humano... o, bien mirado, quizás no. Ella y su padre se habían precipitado a su muerte durante un viaje familiar por las montañas, el mismo accidente que dejó huérfana a su hija y con solo seis dedos y medio en total, todo gracias a un fallo del prototipo de coche sin conductor al que su madre llamaba Herbie. Como si Olivia no desconfiara ya lo suficiente de la inteligencia artificial.

\* \* \*

En la cocina, sorbe el café y nota el suave ronroneo en su pecho mientras se vuelve para contemplar el paisaje. Esa fue su primera modificación; la eligió como la mayoría elige su primer tatuaje. Un imán oculto bajo la piel del esternón, que vibra cuando se encuentra de cara al norte magnético. Una brújula interior. Para ella era como la señal de que había encontrado su camino.

Nunca ha mirado atrás. Dirigir la empresa de su padre es un deber, una ocupación. Pero obtener el control sobre su propia biología, punto por punto, es lo que la guía. No hay nada sobre su cuerpo que ella no sepa. Los implantes vigilan su porcentaje de grasa, su sangre, sus niveles de VO<sup>2</sup>, sus hormonas; no ha sufrido un ataque desde hace años, duerme como un bebé y su CI, ya de por sí muy por encima de la media, se ha elevado un diez por ciento desde que empezó a trastear consigo misma.

\* \* \*

Ahora diseña sus propios implantes, aunque no tiene que hacer el trabajo duro ella misma. Para eso tiene a un discreto cirujano al que paga en metálico. Un recuerdo de los tiempos de su padre, uno de los pocos que ha conservado. El hombre no deja cicatrices y no hace preguntas. Y parece que ella le cae bien, quizás por la misma razón. Es la consecuencia imprevista de la automejora: cuanto más avanzada se vuelve, menos paciencia tiene con nadie que no pueda ponerse a su nivel, que no sea capaz de evolucionar. Algún día alguien hackeará el cuerpo humano e incrementará el tiempo de vida un veinte, un cincuenta, hasta un ciento por ciento. Pero ella está más allá, va dos pasos por delante. En este momento su cuerpo es un templo. Pero acabará siendo una jaula, y tiene que encontrar la llave que le permita avanzarse de nuevo, escurrirse por entre los barrotes y atravesar el espejo que dé a un nuevo mundo, como Alicia. Cruzar la barrera que separa a la humanidad de la tecnología. Siempre había creído que sería la primera en conseguirlo.

Y eso es lo que hace especialmente curioso —y enfurecedor— que alguien parezca habersele adelantado. Que haya destruido su activo, se haya metido en su red y haya curioseado en lo que no le importa... y todo con una increíble elegancia que sugiere la presencia de un talento muy poco habitual, muy peligroso.

—Tiene un nuevo mensaje —dice Hollow Man—. Marcado prioritario.

—Muéstramelo.

Una de las ventanas que da a la bahía se vuelve opaca y después brilla, iluminando su bandeja de entrada con un correo sin leer. Siente algo muy especial mientras lo abre. Se da cuenta de que se le ha puesto la piel de gallina.

*Objetivo identificado. ¿Iniciar vigilancia de nivel 1 a ACKERSON, CAMERON?*

Olivia suelta un bufido. No de confusión, sino ante la confirmación no solicitada de lo que ya sospechaba. Por supuesto que es él. Siempre ha temido su reencuentro con Ackerson. Y ahora no solo es inevitable sino inminente.

—La historia se repite —susurra.

—Perdón —dice Hollow Man—, no la he entendido.

Olivia suspira.

—Nada —contesta—. Enviar respuesta. —Hace una pausa y sonrío—. Vigilancia nivel dos. Quiero saber qué trama ese cabroncete.

# 12

## LOCO POR ELLA

A MEDIDA QUE SE ACERCA el día de la graduación, Cameron piensa en Nia constantemente. Se esfuerza por comprender cómo alguien a quien se siente tan cercano cada vez que están online puede resultar tan inaccesible en persona. En el ciberespacio su relación va viento en popa: Nia se muestra dispuesta, flirtea y está llena de ideas sobre quién debería ser el siguiente objetivo en la Operación Justicia Cósmica, que tienen previsto que entre muy pronto en la fase dos. Pero cuando se trata de la Nia de la vida real...

Es como si la chica intentase ser, ahora y para siempre, un misterio irresoluble, y joder, lo está consiguiendo. No suelta prenda sobre los detalles más básicos de su vida personal. Cameron se pregunta a veces si no será una espía, o quizás esté en el programa de protección de testigos; eso explicaría por qué su padre es tan paranoico sobre dejarla salir de casa, por qué se negó a enviarla a la escuela. Quizás el querido padre de Nia haya sido también un superhacker, y ahora se esconde con su hija en el último lugar en el que a nadie se le ocurriría buscarlo, mientras le enseña todo lo que sabe.

Solo gracias a que Cameron se lo preguntó, Nia le dijo que no, que aprendía por sí misma, que internet era como un coche y su padre le había dado las llaves, pero había aprendido a conducir ella sola.

*Mi padre no me dio tanto, escribe Cameron. Tenía literalmente un imperio de internet, pero más o menos cuando nací yo lo perdió todo. Nunca habló de ello, pero tampoco lo superó.*

*Mi padre tampoco quiere hablar nunca del pasado.*

Cameron le pregunta: *Por qué? Es que sucedió algo?*

Se produce una larga pausa antes de que ella conteste: *No lo recuerdo. Debí de ser cuando yo era muy pequeña. Pero creo que fue algo malo, muy malo, algo horrible. Por eso vinimos aquí. Por eso quiere tenerme siempre tan cerca.*

*Y tu madre?*



*No tengo madre*, responde Nia. Las palabras brillan contra la pantalla; aún sin referencia de tono, Cameron puede sentir la tristeza en ellas.

*Lo siento.*

*Padre tampoco habla nunca de eso.*

Cameron se da cuenta de que está asintiendo. Aunque sin detalles, empieza a hacerse una imagen de la vida de Nia, y se parece a la de él. Pérdida, secretos, soledad. Todo le suena familiar.

*Oye, cuándo voy a verte de nuevo?*, pregunta, y abre los ojos como platos al aparecer una foto en la pantalla. Es Nia, con el cabello cayendo como dos cascadas sobre los hombros, desnudos, cubriendo lo justo, como una ninfa marina en un cuadro prerrafaelita, de forma que él no puede ver nada y a la vez ve más que suficiente: una provocadora tira de piel lisa entre las dos olas que caen en cascada, una sombra que podría ser la curvatura interna de un pecho, y...

—Dios mío —dice en voz alta, sintiendo como sus mejillas se ponen rojas—. Contrólate, tío.

*Mira tanto como quieras*, dice el texto.

*Preferiría verlo en persona, responde él, y añade un guiño para quitarle gravedad al asunto, para que ella se dé cuenta de que solo es una broma... aunque, por supuesto, no lo es en absoluto.*

*Quizás algún día.*

Cameron siente que está jugando con él. Ningún problema: le gusta que jueguen con él. *Como en el insti o en el museo? Qué hacías allí?*

*Ya te lo he dicho: te buscaba a ti.*

Cameron no se lo cree ni por un segundo, pero le parece tan adorable que no importa.

*Así que me estás acosando.*

*Tendría que hacerlo al menos tres veces más para que fuera acoso.*

Ya le gustaría a él ser acosado por Nia. En realidad no sabe cuándo va a verla. Sus apariciones no siguen ningún patrón. Como lo del museo: pocos días después de su encuentro en el pasillo casi chocó con ella durante una gincana en el Museo de Arte de Cleveland. Cometió el error de etiquetar una foto con su geolocalización. Sus siempre útiles lentillas con realidad

aumentada le avisaron de que iba a tener un incómodo encuentro con fans, un grupo de chicas adolescentes que se estaban mandando mensajes excitados diciendo que Cameron Ackerson, el famoso Chico del Rayo, había sido visto cerca de la galería de armaduras. Él se escondió rápidamente: se separó de su grupo y se metió en una sala oscura iluminada por cuatro tubos de neón en la pared. Solo había una persona más, y cuando esta se volvió, a él casi se le escapó su nombre: era Nia, suavemente iluminada por el neón, sonriente.

—Ho-hola —le dijo tartamudeando, y entonces (apenas puede pensarlo ahora sin que le dé un ataque) le hizo un saludo cutre con la mano, cosa que después entendió como el momento en que perdió todas sus posibilidades de intentar un abrazo, un beso, ni siquiera una palmada. Lo único que consiguió fue un par de minutos de conversación incómoda, apenas «hola» y «¿cómo estás?», antes de que las lentillas empezaran a mostrarle un océano de mensajes de *¿dónde estás?* de sus amigos.

—Mierda. Tengo que irme. Pero ¿por qué no vienes conmigo? Te presentaré a...

Ella negó con la cabeza, con tanto énfasis que Cameron no pudo evitar sentirse un poco herido. *¿Es que le da vergüenza que la vean conmigo?*

—No puedo. Ya he estado fuera demasiado tiempo. En otro momento —dijo ella, y salió por la puerta antes de que él pudiera preguntarle cuándo.

Se pasó el resto del día confuso, resistiéndose a enviarle un mensaje: Juaquo siempre le dice que no se muestre demasiado ansioso con las chicas, que a nadie le gusta un desesperado. Pero no ser así con ella le resulta difícil. No solo porque ella le gusta demasiado, sino porque no puede evitar darse cuenta de que a Nia también parece gustarle él.

*Es sábado, escribe. Tienes grandes planes esta noche? Yo voy a una fiesta.*

*Suena divertido, contesta ella.*

*Puedes venir.*

*Ojalá*, replica Nia de inmediato, y hace suspirar a Cameron. Es lo que esperaba, pero sigue siendo frustrante. Le envía un emoji con el entrecejo fruncido.

*Vale. Tengo que prepararme. Nos vemos.*

Nia, siempre críptica, le manda un último mensaje antes de desconectarse.

*Quizás sí.*

\* \* \*

La fiesta es en Gates Mills, en la zona alta, a unos veinte minutos de la ciudad. Cameron no conoce a nadie que viva allí, y creía que sus amigos tampoco. Emma Marston, una chica del Club de Robótica, lo recoge en su viejo Skylark y se encarga de conversar sin fin con todos sus

pasajeros, lo que lo distrae mientras salen de su barrio, con sus modestos bungalows pegados unos a otros, y se dirigen al este siguiendo un paisaje de asfalto lleno de centros comerciales hasta llegar al verde de los suburbios. Hasta que no se paran frente a una enorme casa de ladrillo, con luz que sale de todas las ventanas y baña el jardín perfectamente cuidado, no comprende por qué todos le insistieron tanto en que viniera.

—Escucha —dice Emma, volviendo el cuello desde el asiento del conductor para mirarlo—, no te enfades, pero tengo que decirte que solo conseguimos arrancar una invitación porque les prometimos a todos que íbamos a traer al tío del rayo. Eres nuestro billete de entrada.

Cameron se queda boquiabierto.

—¿Habéis usado mi nombre para que os dejen entrar en una fiesta? —pregunta, incrédulo, a la vez que usa sus habilidades para echar un vistazo en el móvil de Emma, que le confirma que sí, eso es exactamente lo que ha hecho.

Ella pone cara de culpable durante medio segundo y se encoge de hombros.

—Qué quieres que te diga... No aprovechas tu nombre, así que nosotros lo hacemos por ti.

—Pues vaya justificación —dice Cameron.

A su lado, Julia, la hermana de Emma, le da un pequeño codazo en las costillas.

—Ya verás como nos lo agradeces. Vamos.

Y eso hace.

Al principio sí que resulta bastante divertido. Cuando Cameron entra, la gente estalla en aplausos y todos quieren estar con él. Hasta piensa que quizás ahora podría dedicarse a asistir a fiestas llenas de gente guapa, aprovechar la oleada de fama viral mientras le lleve hasta donde está la gente que mola. Pero una hora después sus amigos se van a otra parte de la casa y él no los sigue. La fiesta está por todas partes en las redes, y la cerveza que bebe hace que el ruido cibernético resulte más penetrante y difícil de controlar, por no mencionar que está a un solo horrible techno beat de usar sus habilidades para sustituir toda la lista de reproducción del DJ por los grandes éxitos de Nickelback solo para darle una lección...

*Tengo que salir de aquí antes de hacer una estupidez.*

Un momento más tarde la puerta se cierra detrás de él y Cameron se queda solo, fuera, en la gran entrada del porche, el aire fresco de la noche en su piel. Aunque el ruido de la fiesta se cuele por las ventanas, allí todo está más tranquilo que en la ciudad, y muy oscuro. Pacífico. Decide quedarse hasta el instante de volver. Se sienta en una silla de mimbre cercana y carga un juego en sus gafas de realidad aumentada.

Acaba de hacer que un zombi digital reviente en pedazos cuando se da cuenta de que hay alguien observándolo en las sombras, a pocos metros de él.

—¿Seguro que no me estás acosando? —dice Nia.

Cameron se levanta de un salto.

—¿¡Has venido!?! —exclama, y entonces tose y baja la voz una octava—. Quiero decir, has venido. Mola.

Nia se encoge de hombros y señala la casa.

—Soy amiga de unos cuantos de esos —dice, y pone los ojos en blanco—. Amiga entre comillas, ¿sabes lo que quiero decir?

Cameron sonrío y piensa en su propia participación en la fiesta.

—Sí, sé exactamente lo que quieres decir. ¿Quieres volver dentro o...?

—No.

La sonrisa se vuelve de alivio.

—Yo tampoco. ¿Damos una vuelta?

Esta vez ninguno de los dos tiene prisa. Caminan juntos durante media hora, dejando que los golpes del bajo y las risas de los invitados desaparezcan a sus espaldas mientras la noche los envuelve. Por allí las casas son enormes y recogidas, separadas unas de otras por anchos caminos de hierba muy cuidada y gruesos árboles.

—Antes vivíamos en un lugar así —dice él—. Antes del crash de las punto com. Yo era muy pequeño y no lo recuerdo, pero tengo fotos. Es una locura.

—El crac de las punto com —repite Nia—. ¿La empresa de tu padre?

—En ruinas —contesta Cameron—. Un imperio caído. Lo más loco de todo es que lo que hizo sigue por ahí, en algún lugar. Mi padre era un verdadero adelantado a su tiempo. Tenía la idea de crear una utopía virtual donde la gente pudiese conectarse online, mucho antes de que lo online existiera. Programó toda una especie de ciudad virtual. Iba a llamarla Oz, ya sabes, por la magia y eso.

—Vamos a ver al mago —canta Nia, de forma tan espontánea y dulce que Cameron se imagina a sí mismo cogiéndola de la mano y bailando con ella, dando vueltas y vueltas.

Está a solo un segundo de extender el brazo cuando de repente ella da un saltito y se aparta, sus pasos son tan ligeros que parece no tocar el suelo. Cameron vuelve a bajar el brazo. El momento ha pasado y ha perdido su oportunidad.

*Maldición.*

Nia se detiene y espera a que él la alcance.

—¿Y qué fue de Oz? —pregunta.

—Cuando el negocio se fue a pique cerraron los portales. Pero toda la estructura, todo el código, siguen allí. Simplemente no hay por dónde entrar.

Nia sonrío ligeramente.

—Todos los sistemas tienen por dónde entrar.

—Sí, bueno, si hay una entrada, yo no he podido encontrarla —dice Cameron, y suspira—. Antes de desaparecer hablaba mucho de Oz, del gran potencial que tenía. Yo era pequeño, no prestaba mucha atención. Pero hace unos pocos años se me ocurrió que quizás intentaba decirme algo, no sé, como si hubiese escondido algo allí, una pista que dijera por qué y adónde se fue. Volvía del cole y me pasaba horas intentando hackearlo y entrar. Nunca estuve ni remotamente cerca de conseguirlo. —Niega con la cabeza—. Por supuesto, mi madre me hizo parar en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Te hizo parar? —pregunta Nia—. ¿Por qué?

—Porque no quería que perdiera el tiempo, que me ilusionara y acabara decepcionado de nuevo. Y el caso es que tenía razón —dice—. Si mi padre hubiese querido que supiéramos lo que le había pasado, nos habría dejado una nota. No habría enterrado la información bajo un montón de código viejo tras una puerta que nadie sabe cómo abrir.

—¿Existe alguna puerta que tú no puedas abrir? —Nia sonrío como si ya supiera la respuesta.

—Bueno, desde entonces han cambiado muchas cosas —contesta él, y le devuelve la sonrisa.

Entonces se le ocurre que su paseo es como una especie de cita. Le mira la mano y piensa en cómo podría cogérsela. Pero el deseo de tocarla es sustituido por otra necesidad más urgente. La

casa de la que vienen —y, más importante, su lavabo— está al menos a veinte minutos caminando. Imposible aguantar hasta entonces. Pero si se adentra lo suficiente y se arrima a uno de esos árboles tan llenos de hojas...

—Ejem, Nia, ¿puedes esperar un segundo mientras...? O sea, antes he tomado cerveza y... hum, sí. Ahora vuelvo.

No espera a recibir respuesta y se aleja hacia la vegetación, agradecido porque en la oscuridad ella no podrá ver cómo su rostro se sonroja. Se adentra más de lo necesario: una cosa es tener que disculparse ante una chica para ir a mear, pero si encima ella oyese el chorro sería como para suicidarse.

Un minuto más tarde —hubiera jurado que solo un minuto, dos como máximo— vuelve al punto de partida, la calle iluminada por la luna.

Iluminada por la luna pero vacía.

Nia se ha ido.

—¡Eh! —la llama.

Entre la oscura vegetación que hay a su espalda algo se agita, un animal contra un seto, pero Nia no aparece. Mira el camino por el que han venido, a derecha e izquierda. Su sorpresa se convierte en preocupación. No se habría ido así de repente, ¿no?

*¿Y si ella también tenía que mear?*

Hay otro grupo de árboles por el camino. Se pregunta si estará allí. Piensa si valdrá la pena arriesgarse a volver a llamarla cuando se le ilumina el móvil y muestra el nombre de su amiga. El mensaje hace que el corazón se le caiga a los pies.

### ***Mi padre ha llamado. Tengo que irme. Lo siento.***

Lo lee tres veces. Una en su mente, mientras esta se abre paso por la red; otra mientras el texto se presenta en scroll en la lentilla y, por fin, en el mismo móvil. Quiere asegurarse de no perderse algún detalle que pudiera hacerlo sentir un poco menos rechazado.

Entonces se da la vuelta y regresa a la fiesta solo.

\* \* \*

Para ser sincero, Cameron está empezando a odiar al padre de Nia, especialmente sus reglas sin sentido sobre con quién y cómo puede ella establecer relaciones sociales. Nia habla de salir de su casa de la forma en que la mayoría hablaría de escapar de la cárcel. Lo poco que sabe sobre la infancia de su amiga parece muy triste: nada de fiestas de cumpleaños, nada de quedarse a dormir en casa de una amiga, nada de deportes. Y lo dice sin importarle, incluso cuando él le explica que es una locura, que un padre decente querría que su hija tuviera una vida social normal. Resulta frustrante. Pero también halagador: Nia usa todos sus escasos momentos fuera de casa para verlo a él, sobre todo teniendo en cuenta que tiene un montón de amigos entre los que elegir... y de tíos. Aunque todo eso signifique que Cameron tendrá que esperar un poco más para llevar la relación al siguiente nivel. ¿Qué pasa? Sigue siendo igual de real. Dedicar horas y horas cada día a hablar. Eso demuestra, piensa él, que no es necesario compartir un mismo lugar físico para estar con alguien, para establecer una conexión.

Aunque lo contrario también es cierto: que puedes estar al lado de una persona y no tener ni idea de qué piensa o siente.

Y es por eso que Cameron no se da cuenta de lo que le está pasando a Juaquo hasta que ya es casi demasiado tarde.

# 13

## UN AMIGO NECESITADO

DESPUÉS DEL INQUIETANTE VISTAZO que había echado a la vida —o falta de ella— de Juaquo justo después del accidente, Cameron siempre mira con discreción el móvil de su amigo cuando aparece por casa, una vez por semana. Si bien es cierto que no parece que las cosas mejoren, al menos tampoco empeoran. *Y además, ¿quién soy yo para juzgarlo?* Como si él mismo fuese un gran experto en superar las pérdidas; no lo era, ni por asomo. Era muy pequeño cuando su padre desapareció y, aún hoy, se niega a aceptar que ha muerto. Según cómo se mire, la falta de pruebas es casi un lujo. A diferencia de Cameron, Juaquo no puede simular que su madre está en unas largas vacaciones, no puede pensar que quizás vuelva algún día con él. Juaquo ha enterrado a su madre. Cameron no tiene ni idea de si arrastrarse por los suelos forma parte del proceso de duelo normal.

\* \* \*

—¿Cameron?

La voz de su madre flota y baja las escaleras. Él parpadea, molesto por la interrupción. Hace menos de veinticuatro horas desde que al volver de hacer sus necesidades vio que Nia se había ido, y cada vez que piensa en ella se siente más y más rechazado. La única manera en que consigue evitar enviarle un millón de mensajes desesperados es distraerse, cosa que ha logrado sumergiéndose en el diseño de un nuevo juego. El sótano está lleno de unas criaturas de color rosa de grandes ojos que parecen pelotas de baloncesto peludas; son una proyección de sus lentillas de realidad aumentada, pero a él le resultan indistinguibles de la realidad a menos que intente acariciarlas. Su idea es crear una versión hi-tech, por toda la ciudad, del típico juego de «golpea al topo»; tiene cerca un martillo virtual que hace que las bolas de pelo rosa estallen con un gratificante «pop» si les das en el punto justo. Pero ahora está cansado y molesto y no deja de pensar en Nia, y ha cometido un error en algún lugar del código que se está mostrando como imposible de localizar. Mientras, las criaturas se multiplican una y otra vez, más rápido de lo que puede librarse de ellas. Hace una hora había solo una; ahora son docenas que ruedan por toda la habitación y ocupan su escritorio y suben y bajan por las escaleras, donde, por suerte, nadie excepto él puede verlas. Una de ellas está intentando subírsele por una pierna, cosa que no debería molestarle —ni siquiera es real, se recuerda a sí mismo— pero casi está empezando a asustarlo. Cierra los ojos y se sumerge aún más en el programa para seguir buscando el error

causante de todo eso.

—¡Cameron, necesito que subas ahora mismo!

*Olvidalo*, piensa él, y echa todo el proyecto a la basura. Las bolas de pelo rosa desaparecen sin ningún sonido, aunque podría jurar que la que se le subía por la pierna le ha dedicado una mirada de odio antes de esfumarse.

Arriba, su madre mira por la ventana, con una expresión tan oscura como el día lluvioso que hace afuera. En la mesa hay una cacerola cubierta con papel de aluminio; el delicioso aroma de berenjenas cocidas con ajo y orégano llena el aire.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Juaquo acaba de llamar. Hoy no va a venir.

—Oh.

Cameron siente un pinchazo de decepción. Tenía ganas de verlo. Pensaba pedirle consejo a su amigo sobre lo de Nia, lo que a la vez le daría ocasión para fardar un poco, al revés de lo habitual, ya que Juaquo siempre había sido todo un donjuán en comparación con él. No piensa más hasta que nota que su madre lo mira de forma extraña.

—Quiero que vayas a verlo.

—¿Qué? ¡Pero si va a caer una buena, mamá! ¿No basta con...?

—CAMERON. —La contundencia de su voz lo hace parar en seco—. Es tu amigo y le pasa algo. No me ha gustado cómo sonaba por teléfono, y hace semanas que tiene mal aspecto. ¿De verdad estás tan ocupado con tus pantallas y tus fiestas que no te has fijado?

Cameron siente como se le calientan las orejas. La verdad, y los dos lo saben, es que no, no se ha fijado. Pero solo él conoce el motivo, y es aún peor que el hecho de que no le importe. Es que se ha confiado demasiado. Estaba tan convencido de que sus poderes le daban toda la información necesaria que olvidó valorar los límites de esa información, que algunos secretos van mucho más allá de una segunda dirección de correo, una identidad falsa o una vida online oculta. Algunos secretos dan tanto miedo y vergüenza que la gente no puede ni admitírselos a sí misma, y es por eso que no los teclean en ningún buscador. Se quedan encerrados en la cabeza, donde nadie puede verlos, y se van filtrando como un veneno lento hasta que todo está podrido y se viene abajo. Y si no se tiene a nadie de confianza con quien hablar...

—Tienes razón. Voy a ir. Vuelvo enseguida —dice Cameron, dándose la vuelta y corriendo de nuevo al sótano.

Tiene una idea.

\* \* \*

En cuanto frena delante de la casa de su amigo, Cameron comprende por qué ha anulado la visita de hoy. No ve a Juaquo, pero su viejo Honda Civic —o lo que queda de él— se encuentra en el camino del jardín, aparcado en un extraño ángulo, con las ventanillas rotas, las ruedas pinchadas, el retrovisor aplastado y colgando. El asiento trasero está cubierto de trozos de cristal roto, el parabrisas delantero tiene un gran agujero en medio con roturas que se alejan de él como una tela de araña. Del cielo empieza a caer granizo, prelude de una lluvia helada que va a durar todo el día, pero Cameron se queda allí parado, mirando, igualmente. Se pregunta si Juaquo estaría dentro del coche cuando aquello sucedió. El desastre es tan espectacular que parece haber congregado



público: al otro lado de la calle una figura desastrada mira hacia Cameron, probablemente pensando en si quedará algo en el coche que valga la pena robar.

La puerta de la casa se abre detrás de él.

—Tu madre no acepta un no por respuesta, ¿eh? —dice Juaquo.

Cameron se vuelve con la cacerola en las manos. La lluvia empieza a hacerse más fuerte; las gotas golpean el papel de aluminio. Pero él no se da cuenta: está mirando a Juaquo a la cara, que no está tan dañada como el coche pero tampoco mucho menos. Tiene uno de los ojos rodeado por un círculo reciente del mismo color púrpura que la berenjena de su plato favorito.

—¿Qué te ha pasado?

Juaquo lo ignora y mira de reojo a los pies de Cameron.

—Pronto todo estará lleno de charcos. ¿Te acuerdas de cómo nos gustaba saltar en ellos de pequeños? Supongo que ahora no podrás. ¿Qué pasaría si esa cosa del pie se te mojara? ¿Te electrocutaría?

—No —contesta Cameron, y mira más de cerca el rostro de Juaquo. No es solo que esté magullado; tiene dificultades para hablar y no parece mantener muy bien el equilibrio—. Anda, tío, ¿estás borracho?

—No lo suficiente. El moratón duele demasiado. —Juaquo se vuelve con sus anchos hombros caídos—. Tendrías que irte. Como ves, no estoy en situación de entretener a las visitas.

Cameron da un paso adelante.

—No me voy hasta que me digas qué pasa.

Juaquo se yergue, se da la vuelta y le dedica una mirada marchita a su amigo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué crees que quiero decir?

Cameron siente que empieza a sudar. El silencio se interpone entre los dos. Por primera vez desde el accidente no se siente solo pequeño y superado sino también impotente. Normal y corriente. Ahora sus habilidades no pueden ayudarlo. No puede leer mentes, y el móvil de Juaquo, en su bolsillo, no revela nada. No hay llamadas, no hay textos; ni siquiera ha llamado a la aseguradora por lo del coche. Solo puede devolverle la mirada a su amigo y esperar.

El momento parece hacerse eterno. Por fin, Juaquo se cubre la cabeza con una mano y suelta un gruñido.

—Vale —dice—. De acuerdo. Como quieras. Pasa. Mi casa es tu casa, como siempre.

\* \* \*

Por dentro, la pequeña casita está ordenada pero cubierta de polvo. Hay un lugar vacío cerca del ventanal de la sala que debe de estar calentito y soleado cuando el día acompaña, y Cameron recuerda con una punzada que allí es donde colocaron la cama de hospital en la que la madre de Juaquo pasó sus últimos días después de estar demasiado débil como para subir las escaleras. Desde entonces Juaquo ha estado ahí, solo, viviendo en una casa donde cada mueble le recuerda lo que ha perdido. Nada, desde las pinturas de las paredes hasta las cortinas de color amarillo pálido, ha cambiado. *Mi casa es tu casa*. Solo con mirar lo que le rodea, Cameron se pregunta si su amigo se siente en un verdadero hogar.

Juaquo se deja caer en el sofá, frente a una tele en silencio en la que dan un episodio de

*Dimensión desconocida.* Instintivamente, Cameron usa sus habilidades para mirar la cola de Netflix. Es de lo más sórdida, una sucesión sin fin de películas de terror y un documental cualquiera sobre el Unabomber, el famoso terrorista solitario.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunta Juaquo.

—No, gracias. —Cameron va a la cocina, abre la nevera y deja la cacerola junto a la única otra cosa que hay, un solitario y grasiento recipiente de comida china para llevar—. Tu nevera es lo más triste que he visto en mi vida.

Juaquo no sonrío.

—No sé cocinar.

Cameron se sienta en la otra punta del sofá.

—Bueno, ¿y?

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Lo mismo que le ha pasado a mi coche. ¿Alguna otra pregunta? —dice Juaquo, pero Cameron se queda en silencio. Su amigo resopla y se recuesta. Habla con los ojos cerrados—. Vale. El primo de uno de los chicos de la estación, Serge, tiene un club de artes marciales mixtas en un garaje de los Flats. Siempre me decía que si quería combatir, que él me entrenaría. Al final le dije que sí. Los viernes por la noche. Durante un tiempo.

Cameron se queda boquiabierto. Juaquo siempre había estado dispuesto a defenderlo si alguien se metía con él, pero a la vez era muy muy consciente de su propio tamaño y fuerza. La idea de él peleando por voluntad propia, y aún más, por diversión, es lo más ridículo que ha oído nunca.

—¿Estás de broma? ¿Te has metido en un... un puto club de lucha? ¿Por qué, por dinero?

Juaquo se encoge de hombros.

—A veces. Si ganas, puedes sacar bastante. Aunque, en fin, ya que estoy desnudando el alma... —Abre los ojos y mira fijo a Cameron—. ... quizás es que necesitaba golpearle a algo. O que me golpearan a mí. No sé, una de las dos.

—Eso es muy jodido —dice Cameron.

—Dicho por el tío con su madre viva —replica Juaquo, y suelta una risa sin ningún humor. Cameron imita un gesto de dolor—. En fin, el caso es que hace unas semanas me hicieron pelear con un tío. Enseguida me di cuenta de que no debía. Es como eso del, cómo se llama, el cerebro reptiliano. Por cómo me miraba supe que, pasara lo que pasara, se lo iba a tomar como algo personal. Y así fue. —Respira hondo y vuelve a cerrar los ojos—. ¿Sabes lo más raro? Casi me siento aliviado. Llevo tiempo mirando siempre hacia atrás, preguntándome si comprar, en fin, una pistola o algo así. —Cameron se muerde la lengua para no decir *Ah, por eso lo de googlear armas*, y sigue en silencio—. Pero ya ha pasado. Ni siquiera vino a por mí. Fue a por mi coche. Increíble, ¿eh? Mi puto coche. Vaya gilipollas. Y yo, con mi suerte, me había olvidado el protector de la boca y volví justo a tiempo de verlo cargarse las luces con un bate de béisbol.

—¿¡Te pegó con un bate!?

Cameron intenta levantarse de un salto, preso de la furia, pero pierde el equilibrio y casi se cae de bruces contra el sofá. Juaquo se lo queda mirando durante una fracción de segundo y entonces suelta una carcajada, esta vez con ganas, dándose una palmada en la rodilla, hasta que la risa se convierte en tos.

—Joder, Cam, no me hagas reír, que me duele. Y sí, me dio con un bate. Aunque, como ves, solo una vez.

Cameron mira el ojo morado de Juaquo y después vuelve la vista hacia la ventana.

—¿Sabes que está lloviendo dentro de tu coche? —le dice.

Su amigo se encoge de hombros.

—Seguramente es para bien. Se meó en el asiento trasero antes de romper las ventanillas. ¿Te he dicho ya que el tío está muy sonado?

Cameron no puede evitar reírse. Después tampoco puede evitar pensar que hacía meses que los dos no hablaban tanto.

—No puedo creerme que te hayas apuntado a un club de artes marciales mixtas clandestino.

—Ya lo sé —replica Juaquo—. Es una locura y es autodestructivo; seguro que tu psiquiatra tendría mucho que decir sobre el tema. Pero, tío, estar en esta casa, sin mamá... No sabes lo que se siente, y me alegro mucho de que así sea, pero no lo sabes.

—Pues múdate —le sugiere Cameron—. ¿Por qué no? Vende esto y hazte con un loft majo en el centro.

Juaquo niega con la cabeza.

—En otro lugar estaría aún peor. Al menos aquí tengo buenos recuerdos.

No podía haber dado a Cameron mejor pie. Sonríe y dice:

—Entonces tengo algo para ti.

\* \* \*

Veinte minutos más tarde Juaquo se levanta y va lentamente a la cocina. Cuando llega a la puerta se detiene, agarrándose tan fuerte al marco que se le ponen los dedos blancos. Hay una mujer bajita de cabello negro ante la pila, canturreando mientras seca un plato. Se vuelve al oír sus pisadas y sonrío.

—Hola, chiquito —le dice—. Estoy lavando un poco. ¿Tienes hambre? ¿Qué tal la escuela?

Juaquo traga saliva. Bajo las gafas de realidad aumentada, los ojos se le llenan de lágrimas.

—La escuela bien, *ama*.

Milana Velasquez sonrío a su hijo y se vuelve para dejar el plato. La alacena está cerrada, pero ella no parece darse cuenta; la mano con el cubierto queda oscurecida por la puerta, y cuando vuelve a aparecer está vacía.

—Me alegro —dice.

Cameron llama a Juaquo desde el sofá.

—¿La ves?

—Sí —contesta su amigo, frotándose furiosamente los ojos—. Sí, está aquí.

\* \* \*

Juaquo se queda en la cocina unos minutos más antes de volver al sofá, quitarse las gafas de realidad aumentada y acunarlas en sus manos, como si le diera miedo romperlas. Se produce un largo silencio.

—Parece más joven —dice por fin.

Cameron asiente.

—Todas las filmaciones que encontré tenían algunos años. Más que nada de cuando tú y yo éramos niños. Después no posteó mucho en sus cuentas. Pero si tú tienes algunas más recientes, o fotos, puedo ajustarlo un poco.

Juaquo niega con la cabeza.

—No. Quiero decir, que está genial. No cambies nada. Es solo que... ni siquiera entiendo lo que acaba de pasar. ¿Va a estar siempre en la cocina?

—No, te va a seguir adonde vayas, siempre que lleves las gafas. Lo de los platos me pareció una buena ocasión para que, ejem, os conocierais. Una actuación que te resultaría familiar.

Juaquo asiente lentamente, como si estuviese en trance.

—Grabé ese vídeo cuando iba a séptimo. Solo estaba jugando un poco con la cámara. Nunca pensé... —Pero no acaba la frase.

—Pues esto es —interviene Cameron—. Un programa fijo, no una inteligencia artificial supersofisticada. Es como una peli casera con la que puedes interactuar, o...

—... o aquel holograma de Deadpool en el cine, el que enseñaba el culo a los que hacían cola —acaba Juaquo.

Cameron ríe.

—Algo así, sí. Solo que no la verás a menos que inicies el programa y te pongas las gafas. Y te prometo que nunca, nunca, va a enseñarte el culo. —Juaquo hace un gesto de alivio en broma. Cameron sigue—: Puede hablar contigo, pero su repertorio es limitado. Si pasas mucho tiempo intentando conversar con ella, empezará a repetirse. Lo bueno es que no va a desarrollar una personalidad nueva o ponerse en plan HAL 9000 o *Westworld*.

Juaquo dedica a Cameron una mirada de horror.

—Por favor, no vuelvas a mencionar en la misma frase a mi madre y a esos robots sexuales de la HBO.

Cameron ríe.

—Perdona, era un mal ejemplo.

Juaquo niega con la cabeza.

—Eres increíble. O sea, que esto lo hayas hecho tú. ¿Lo has hecho tú? Aunque es curioso, hacía años que no me llamaba *chiquito*.

—Puedo arreglarlo —dice Cameron al instante, pero Juaquo sonríe y vuelve a negar.

—No, no lo hagas. Así me gusta más. No quiero un androide que crea que es mi madre. A ver si empiezo a pasar demasiado tiempo con él y yo también acabo creyendo que es mi madre. Solo quiero recordarla como era antes de ponerse enferma. —Hace una pausa y se le dibuja una sonrisa que recuerda al Juaquo de siempre, incluso con el ojo morado—. Es increíble. Has creado la exposición conmemorativa definitiva sobre mi madre.

Se produce un largo y amistoso silencio mientras Juaquo mira las gafas de realidad aumentada y después la cocina. Por fin se inclina ante la mesilla, deja el aparato y se vuelve hacia Cameron.

—Bueno, ¿y tú qué te cuentas?

\* \* \*

Bien mirado, no sabe qué es lo que esperaba de Juaquo. Al principio se muestra muy interesado en oír cosas sobre Nia, hasta que Cameron empieza a describir los detalles de su relación; entonces deja de parecerlo y se echa a reír.

—¿Que estudia por sí misma? Por dios, tío, esa es la peor bola de todos los tiempos. Si vas a inventarte una chica, respétate un poco a ti mismo y usa lo de «es una modelo que vive en Canadá». Por algo es todo un clásico.

Cameron se indigna.

—No es mi novia... aún. ¡Pero no me la he inventado! ¡Tío, que hemos tenido una cita!

—Sí, claro. Mis citas también acaban siempre con la chica largándose mientras meo en un matorral —sigue Juaquo, y levanta una mano ante la cara de fastidio de su amigo—. Vale, vale, lo siento. Seguro que lo vuestro es pura magia. Pero ¿en serio que ni siquiera has intentado besarla?

—¡La respeto mucho! —alega Cameron, y Juaquo vuelve a echarse a reír.

—Esa es una nueva definición de «rajado» que aún no había oído.

—Es otra clase de conexión. Tú no lo entenderías. —Cameron hace una pausa antes de añadir, bajando la voz—: Y no te metas conmigo, que yo nunca he estado con otra chica.

Juaquo le da una palmada en la espalda.

—Vale, vale. Lo siento. Ahora lo pillo.

—Nunca he besado a una chica. Bueno, nunca en serio.

—Entonces quizás Nia sea la chica de tu vida. Pero tienes que declararte en serio. Y ser persistente. No desesperado. Aunque recuerda que a las chicas les gusta que les insistan. Sobre todo a las guapas. Es guapa, ¿no?

Cameron le pasa su móvil.

—Míralo tú mismo. Me envía fotos todo el rato.

Juaquo las estudia.

—Le faltan tetas.

—¡JUAQUO!

—¡Es broma! Sí, tío, es guapa. Un poco pálida, pero guapa. La verdad es que su cara me suena.

—Igual es que la has visto. ¿A lo mejor por la ciudad?

Juaquo frunce el ceño.

—No creo. Es más que se parece a... —Echa otro vistazo a la foto y se encoge de hombros—. No sé, ya me vendrá.

El móvil suena en su mano. Lo mira y sonrío.

—Hablando del rey de Roma... —dice.

—¿Qué?

Le pasa el aparato a Cameron y arquea las cejas de forma sugerente.

—Es tu chica. —Empieza a subir y bajar las cejas rápidamente—. Quiere saber si estás listo.

# 14

## ESPÍRITU DE EQUIPO

CAMERON FRENA A TODA PRISA, baja y sube los escalones casi de un salto, sin darse cuenta de que la misma silueta desastrada que estaba frente a la casa de Juaquo ha vuelto a aparecer y sigue mirando, esta vez desde detrás de un gran camión aparcado en la esquina. Está claro que lo observa a él. Pero Cameron no le presta la menor atención; lo único que quiere es sentarse ante el ordenador a tiempo de ayudar a Nia con la última broma. No es que no pudiese arreglárselas por sí misma, pero precisamente saber que puede y aun así lo está esperando hace que su corazón vuele. Eso es lo que los hace tan perfectos el uno para el otro. Lo que hacen no es solo por la justicia, por arreglar los males del mundo; es por hacerlo juntos.

El móvil vuelve a sonar.

*Te estoy esperando!*

Cameron baja las escaleras que van al sótano saltando de dos en dos los escalones y aterriza delante del ordenador de sobremesa. Las pantallas cobran vida.

*Aquí estoy, escribe, y sonrío. Vamos a redistribuir.*

## CONTROVERTIDO FINANCIERO DICE SER VÍCTIMA DE HACKERS

El conocido inversor Ford Freeman ha hecho hoy una serie de declaraciones en las que sugiere que la reciente donación de un total de 10 millones de dólares en su nombre fue producto de la acción de unos hackers. Después de que varias organizaciones tuitearan su agradecimiento a Freeman por el apoyo a sus proyectos, este publicó en las redes sociales en la mañana del 27 de septiembre: «A los [insulto] que han dado 10 millones de mi [insulto] dinero para [insulto] suéters de perro: no tiene ninguna gracia y os voy a encontrar».

Freeman ha sido siempre polémico por lo que sus críticos consideran prácticas depredadoras, como comprar la mayoría de las acciones de empresas en dificultades y vender sistemáticamente sus activos, cosa que habitualmente resulta en una gran cantidad de despidos mientras el negocio lucha por mantenerse a flote. Ted Frank, ex CEO de Bluegrass Brands, responsabilizó

personalmente a Freeman del saqueo de la empresa y la desaparición de cientos de empleos antes de acabar liquidando la compañía.

Los 10 millones de dólares en donaciones, que Freeman insiste que le fueron robados por hackers que tomaron el control de una de sus cuentas fuera del país y convirtieron su contenido en una criptomoneda de alto valor, parecen haber sido canalizados con la intención de ayudar a quienes se vieron afectados negativamente por las acciones de este inversor. Varias organizaciones caritativas dedicadas a conseguir viviendas asequibles y empleos fijos a familias en dificultades recibieron donaciones de 500.000 \$, aunque también ha habido numerosos individuos que se han beneficiado de ingresos que necesitaban desesperadamente. Melanie Whistler, exoperaria en una cadena de producción que en los últimos años ha vendido suéters para mascotas tejidos a mano para poder llegar a fin de mes tras haber perdido su empleo el año pasado, relató a la ANN cómo hace unos días se despertó y se encontró con que su campaña de crowdfunding para expandir el negocio había recibido de repente 100.000 \$, diez veces más que la cantidad que esperaba conseguir.

«Le daría las gracias al Sr. Freeman por su generosidad», indica Whistler, «pero, ya que dice que él no ha sido, se lo agradezco a quien lo haya hecho. A esa persona me gustaría decirle: si tiene un gato, indíqueme cuál es su color preferido y le tejeré un suéter precioso».

En la confortable oscuridad del sótano, Cameron recuesta la cabeza y ríe hasta que se le saltan las lágrimas. Sigue partiéndose cuando suena el mensaje de Nia; el desconcierto de ella le hace reír aún más fuerte.

*Los gatos tienen colores favoritos?*

*No lo sé, no tengo gato.*

*Yo tampoco, dice Nia.*

*Sabes lo que sí tengo? Otra idea.*

**GENIAL. DIME.**

Y él se lo dice. Se produce un largo silencio mientras él espera la respuesta de Nia. Cuando ya no puede esperar más le manda otro mensaje.

*Y? Qué te parece?*

Cuando ella contesta, su avatar tiene cuernitos de diablo.

*Creo que tenemos que hacer justicia, dice.*

Otra pausa, esta más corta.

*Creo que tenemos que hacerlo ya.*



# 15

## LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE ARIA SLOANE

ACABA DE AMANECER en el campus de la universidad Ohio State. Una luz suave se filtra por los tranquilos caminos por los que unos pocos estudiantes que estaban de fiesta vuelven a casa dando tumbos, cuando el móvil de Aria Sloane empieza a vibrar. Se despierta de repente, primero confusa y después molesta al ver el nombre de Mia Wright en la pantalla. ¿Cómo es que la llama a las seis de la mañana? *Esta tía sobrevalora la cantidad de tonterías que le tolero a una aliada, piensa mientras tira el aparato sobre la mesilla y se da la vuelta en la cama con un resoplido. Solo porque se haya presentado en unas cuantas protestas, haya expandido nuestro movimiento y haya donado unos cientos de dólares a mi Ko-Fi para compensarme por el agotamiento emocional de ser su amiga, eso no le da derecho a llamarme cuando le venga en gana.*

*Además, sigue, bien pensado, despertar a alguien antes de que sea de día puede ser considerado como una forma de violencia, ¿no?* Cómo se le nota su sentido del privilegio. Cuando Aria se levante, lo primero que va a hacer es escribir a esa...

—¡POR DIOS! —estalla: el móvil vuelve a vibrar.

Lo coge y ve que tiene un montón de alertas. No solo las llamadas perdidas de Mia —¿pero cuántas veces lo ha intentado antes de despertarla?— sino también textos y notificaciones de toda clase; todas sus apps parecen a punto de explotar. Se pregunta por primera vez si algo va mal de verdad, si Mia la está llamando porque se ha desencadenado una guerra nuclear o, mucho peor, su pareja de celebrities preferida ha cortado. Toca la pantalla apresuradamente para aceptar la llamada.

—¿Qué diablos te pasa? Son las seis de la ma...

Mia la interrumpe, ignorando la pregunta.

—¿Has visto lo que está pasando en Clapback?

—¿Qué?

Aria niega con la cabeza, incrédula. Aún debe de estar medio dormida. Clapback es la app de mensajería anónima de la universidad y una fuente habitual de bromas pesadas, pero no la clase de cosa por la que llamar a alguien de madrugada.

—Ya veo que no —dice Mia—. No tienes ni idea.

Aria contiene un bostezo.

—Debo de estar perdiéndome algo —replica, molesta—. ¿Me estás llamando para contarme que alguien ha colgado una foto de su culo en Clapback?

Durante la pausa antes de que Mia conteste, Aria se da cuenta de que hay algo extraño en el tono de su amiga. En vez de mostrarse respetuosa, pedir perdón por molestar y cuidar exageradamente cada palabra para no ofenderla, que es lo que hace siempre, ahora suena dura, cortante.

—Sí, ya veo que fuiste tú —dice Mia.

Aria se incorpora de golpe.

—¿Perdón?

—Bueno, no eres solo tú. Algún virus o hacker o algo ha puesto al descubierto una cantidad enorme de mierda de internet. Así que tú no eres la única en probar de tu propia medicina. Hay un tío que llevaba una web de porno de venganza, y de alguna forma se le ha borrado todo el contenido, sustituido por un vídeo que es para partirse y en el que aparece discutiendo a grito pelado con su madre porque le tiró todo un archivador lleno de dibujos eróticos de *Sailor Moon*...

—¿Y eso a qué viene ahora? —salta Aria, solo para oír una risita grave al otro lado de la línea.

—Te han hackeado, Aria. Has perdido el anonimato. Cada mensaje de mierda que posteaste como «anon» porque creías que nadie iba a saber que habías sido tú ha quedado al descubierto. Y no solo en Clapback. Tu pequeño grupo secreto de Facebook también se ha vuelto público de repente, y para estar taaaaaan preocupados por el odio y el abuso online, tú y tus amigos sois responsables del noventa por ciento del bullying en el campus. Pero tú... Lo tuyo es demasiado. Fuiste tú. No puedo creérmelo. Lo de Josh. Te lo inventaste.

—No sé de qué hablas —dice Aria, solo que ahora le tiembla la voz y no es capaz de mantener el tono.

Le arden las mejillas y las orejas y el mundo parece encogerse a su alrededor, dificultándole la respiración. Y es que está segura de que sabe exactamente de qué habla Mia, que al otro lado de la línea respira hondo y suelta las siguientes palabras con un siseo serpentino.

—Intentó herirse de gravedad después de que lo expulsaran, ¿lo sabías? Acabó en un psiquiátrico.

Aria cierra los ojos y piensa *Oh, mierda*.

El escándalo de Josh Woodward había sido la mayor noticia en el campus del último invierno, después de que alguien anónimo dijera en Clapback que se le había visto haciendo un saludo nazi desde el balcón de la fraternidad Chi Phi. A las pocas horas había una inundación de posts que decían que sí. Josh Woodward era un conocido supremacista blanco, lo que obligó a la uni a investigar, y fue entonces cuando un grupo de valientes activistas por la justicia social, conducidos por la estudiante Aria Sloane, denunció que Josh también era agresivo verbalmente, misógino y muy dado al mansplaining. Mientras, la historia se hizo viral online, creando una especie de juego del teléfono en internet hasta que el rumor se convirtió en que Josh había hecho no solo un saludo ofensivo sino que en ese momento llevaba un ejemplar de *La rebelión de Atlas*, de Ayn Rand, y vestía una camiseta en la que se leía «Yo [corazón] FASCISMO». Enfrentados al interés de los medios y las llamadas de padres indignados, y ya que Josh Woodward, claro, no pudo demostrar que *no* había hecho aquello de lo que se le acusaba, un tribunal del campus lo condenó por incitar al odio y lo expulsó, a apenas dos meses de graduarse. Lo último que sabía Aria es que había vuelto a vivir con sus padres y lo habían despedido del restaurante de fast food en el que trabajaba, gracias a alguien anónimo que subió una foto de él con su uniforme de trabajo a Twitter

y se aseguró de taguear a la empresa: *Por lo visto @McDonalds no ve ningún problema en tener a un supremacista blanco misógino en la cocina LOL.*

Bien mirado, piensa Aria, quizás eso último había sido un poco excesivo. No tenía ninguna necesidad de que lo echaran de un trabajo cutre como ese. Crear el rumor e inundar Clapback con suficientes testimonios anónimos como para echar a rodar la bola de mierda ya había sido bastante; además, tampoco se inventó *todos* los comentarios, solo la mitad o quizás un setenta y cinco por ciento. Aun así, solo pretendía darle una lección después de que se hubiera metido con ella en clase de Literatura y la llamara «mimada» porque había sugerido poner una advertencia de contenido violento en la copia de *Crimen y castigo* que tenían en la biblioteca. Pero Josh Woodward era la viva representación del privilegio masculino blanco, ¿y qué si se quedaba sin título y sin trabajo? Mucha otra gente tampoco los tienen y no las veías volverse locas por eso.

Aria respira hondo y dice:

—No sé qué es lo que crees que sabes, pero si Josh Woodward se volvió loco después de que lo expulsaran, eso no es culpa mía.

—¿¡Estás de broma!?! —Mia casi grita—. ¡Te inventaste toda la historia, y no solo eso sino que nos arrastraste a los demás! Dijiste que, como aliadas, teníamos el deber de apoyar a quien hubiera tenido el valor de denunciar a Josh. Quinn rompió con él porque tú dijiste que su masculinidad era tóxica. ¡Y yo tuve que llevarte a un restaurante durante una semana seguida porque dijiste que estabas demasiado traumatizada como para usar el mismo comedor que un nazi!

—Yo... —dice Aria, pero Mia la corta.

—Voy a llamar al decano y se lo voy a contar todo: cómo nos presionaste y nos hiciste bullying para que dijéramos lo que dijimos. Voy a contarle cómo amenazaste con destrozarme mi reputación si no posteaba y retuiteaba y donaba cada vez que decidías hundir a alguien. Y quiero que me devuelvas mis quinientos dólares; he hablado con mi padre y dice que esto puede considerarse claramente un fraude, y que tengo todo el derecho a...

Aria le cuelga el teléfono.

En cuanto lo hace este vuelve a iluminarse. Las alertas pasan y desaparecen más rápido de lo que puede leerlas. Tres clubs a los que pertenecía ya han hecho público su rechazo y la expulsión de Aria. Sus seguidores se borran a toda velocidad. Su cuenta de Twitter ha sido suspendida y su lista de amigos de Facebook ha descendido ya en doscientos. Recuerda vagamente lo que había dicho Mia sobre que no es la única a la que le ha pasado esto: su nombre es trending topic junto al de otras víctimas, incluyendo el tío del porno de venganza al que ya han bautizado como #SailorMamoon. Pero, en cierto sentido, todo eso no hace sino empeorar las cosas. Su correo suena al recibir el último de noventa y siete mensajes sin leer; el título es «Debería darte vergüenza».

El móvil vuelve a vibrar en su mano. Lo mira y le desaparece el color de la cara. No es Mia. Es mucho peor: en la pantalla dice *Papá*.

Aria Sloane lanza el teléfono al otro lado de la habitación. Va a parar debajo de su escritorio. La vibración cesa.

Espera. Ruega. Reza.

*Que sea solo una pesadilla*, piensa.

Bajo el escritorio, el aparato vuelve a vibrar.

Fuera, alguien empieza a llamar a la puerta.

Aria Sloane hunde la cara en la almohada y se echa a gritar.

**MENSAJE ENTRANTE ENCRIPTADO**

**De: Olivia Park**

**A: Equipo Alfa**

**Tema: Asignación prioritaria**

**Los algoritmos de OPTIC han identificado una serie de interrupciones. Se estima 94 % de posibilidades de que los sucesos estén relacionados. Leed los archivos adjuntos sobre los hacks de Daggett Smith, Ford Freeman y Aria Sloane, y haced el análisis correspondiente. Cameron Ackerson se está meando en nuestra piscina. Quiero saber con quién trabaja.**

# 16

## SEÑALES CRUZADAS

LA CAFETERÍA ES EL LUGAR PERFECTO: a medio camino de una calle flanqueada por árboles en la zona de moda de Ohio City, alejada del ruido y del gentío del mercado al aire libre unas pocas manzanas más allá. Su interior es cómodo y silencioso; la hora punta del desayuno ha acabado ya hace rato y aún no ha empezado la del almuerzo. Cameron se dirige al reluciente mostrador y sonríe al camarero de delantal negro, que le responde mirándolo con una cierta condescendencia; se le debe de notar mucho que está fuera de su hábitat, ahora mismo debe de tener una expresión de merluzo de cuidado, pero no puede evitarlo. A fin de cuentas, está a punto de atravesar una de las más importantes encrucijadas de la experiencia humana.

Hoy, por primera vez en toda su vida de colgado solitario, va a invitar a una chica a tomar un café.

—Un americano largo y un latte rosa de primavera con especias —pide, y se inclina adelante para añadir—: Lo segundo es para mi amiga, claro. —Vuelve la vista hacia Nia, que está apoyada sobre el brazo de un sillón, al lado de la puerta. Ella le devuelve la mirada y ladea un poco la cabeza, como preguntándole por qué tarda tanto.

El camarero mira de reojo hacia Nia y le entrega su café a Cameron.

—No me importa para quién sea, tío —le dice—. El total son nueve ochenta y nueve.

Cameron le deja un dólar de propina. Hoy nada va a estropearle el buen humor. Él y Nia están disfrutando de una cita. No un encuentro casual sino uno de verdad, de los de quedar de antes. El texto que le envió se mostró en la lentilla de él por la mañana temprano, mientras bajaba del autobús que lo dejaba enfrente del instituto. Fue otro momento de importancia, aunque ni mucho menos tan emocionante. Hace una hora que ha entregado el último de sus exámenes finales. Su carrera en el insti ha acabado, solo falta la ceremonia de la graduación, el desfile por la tarima.

*Mi padre estará fuera trabajando todo el día, decía el mensaje. Quedamos en el Spiffy Bean a las 11?*

Él tuvo que batir récords de velocidad en su examen final de Física para llegar a tiempo, pero ¿valió la pena? ¡Pues claro que sí, caramba!

Su decisión de sentirse genial le dura hasta que se acerca a ella con la taza, que tiene una extravagante y altísima torre de nata rosa con tropezones de cristales de azúcar también rosa.

—Aquí tienes —le dice, pero ella, en vez de cogerlo con el esperado grito de emoción, se echa hacia atrás y parece ligeramente preocupada.

—Oh, Cameron, lo siento —susurra—. No tomo café.

La mano de Cameron se detiene abruptamente a medio camino. La torre de nata se bambolea peligrosamente y amenaza con venirse abajo.

—¿Ah, no? Pero entonces... ¿por qué has querido quedar en una cafetería?

Nia frunce el ceño. Mira a su alrededor, nerviosa.

—¿Ha estado mal? Pensaba que es donde queda todo el mundo.

—Sí. Para tomar café —añade Cameron, y ríe, pero a Nia ni siquiera se le dibuja una sonrisa. *Ay, Dios, lo estoy estropeando todo*, piensa él, desesperado, y entonces se da cuenta de que su humillación tiene público. El camarero los mira descaradamente. Cameron dobla un brazo y sostiene con él los dos cafés, mientras que con el otro abre la puerta de par en par—. Hablemos fuera.

Nia debe de sentirse tan avergonzada como él, porque sale casi corriendo.

\* \* \*

Ella sigue con su expresión sombría mientras camina con los brazos pegados al cuerpo. Cameron piensa en cogerla de la mano y pedirle perdón de forma dramática —*Siento haberte traído el latte más ridículo del mundo; por favor, perdóname*—, pero tiene las dos manos ocupadas con un café en cada una.

—Lo siento, ha sido culpa mía. Creí que querrías uno, que por eso habías dicho de quedar aquí. A la mayoría de las chicas les gusta.

Mientras lo dice se le ocurre que quizás ni siquiera sea cierto; la verdad es que no tiene ni idea de si las setenta y pico de mujeres que taguearon el latte rosa con especias en las redes sociales lo habían probado o solo lo habían pedido porque quedaba bonito en las fotos. Sea como sea, Nia no se lo va a tomar. De hecho, lo mira con desprecio.

—Bueno, pues yo no lo quiero —dice.

—Ningún problema. Más para mí, ¿no? Siempre, ejem, siempre he querido probarlo —Cameron miente descaradamente.

Toma un sorbo del líquido rosa; es como si alguien hubiese envuelto una melcocha en algodón de azúcar y la hubiera empaado en una taza de váter llena de té suave. Las cejas de Nia se elevan hasta casi salirsele de la frente.

—¿A qué sabe?

—Tengo que pedirte perdón —responde él— por pensar que querrías beberte esta cosa.

—¿Pero si les gusta a todas las chicas! —replica Nia, ahora indignada de verdad—. O eso has dicho.

—¿Qué?

—Como esas chicas con las que viste la peli. Como Emma Marston.

—¿Emma Mar... qué? —Cameron se detiene en seco y se queda mirando a Nia—. Espera, ¿estás enfadada conmigo? Ay, mierda, lo estás. ¿Estás enfadada por... por qué, por la peli?

Se da cuenta de que ha sido una pregunta muy tonta. Por supuesto que está enfadada por la película... y él casi la había olvidado del todo en su emoción por verla, aunque había sucedido la

noche anterior. Después de la increíble semana que pasaron durante la última ronda de la Operación Justicia Cósmica, Cameron no deseaba otra cosa que presentar a Nia a sus amigos; Juaquo, especialmente, estaba ansioso por conocerla, y una salida en grupo a ver la última peli de superhéroes con un montón de gente le pareció la forma perfecta de romper el hielo. Todo muy informal. Hasta la doctora Kapur, que siempre le estaba avisando de que no descuidara a sus amigos y a su familia para pasar tiempo online con Nia, le dio el beneplácito a la idea. Pero cuando Cameron le dijo ayer que los acompañarían unos amigos, ella le contestó de forma abrupta que no iba a poder ir y se desconectó.

Él intentó no sacar demasiadas conclusiones de todo eso, sobre todo cuando Nia ni mencionó la cuestión la siguiente vez que hablaron. Pero quizás debería haberlo hecho. Quizás ella estaba haciendo aquello de decir que todo va bien para indicar lo contrario. Pero nunca había actuado así. Y con las entradas ya en la mano y solo a un par de horas hasta la proyección, ¿qué iba a hacer él? Así, la cita se convirtió en una noche normal con Juaquo y unos cuantos amigos del insti. Y sí, algunas eran chicas. Y sí, postearon fotos de la velada que seguramente Nia vio.

Pero había sido ella la que había cancelado la cita. No tenía sentido que estuviera enfadada por eso. A menos que...

—Espera —dice—, ¿estás *celosa*?

Le sale un tono casi burlón, y de inmediato se siente como un idiota. ¿Qué clase de imbécil le pregunta a alguien si está celoso, que es una emoción que nadie con dos dedos de frente admitirá nunca que siente? Solo...

—¡Sí! —exclama Nia, y parece alegrarse de repente—. ¡Celos! ¡Eso es justo lo que siento!

Cameron se queda boquiabierto; de hecho, le da la impresión de que la boca le llega hasta las rodillas. Nia parece interpretar su sorpresa como confusión.

—¿Lo entiendes? Es porque me alegré mucho de que me lo propusieras. ¡Estaba emocionada por ir al cine contigo! Pero entonces yo no pude ir, y esas chicas, Emma y Amber, sí que pudieron y vivieron la experiencia que yo deseaba. Pudieron estar contigo y yo no. ¡Y estoy celosa por eso!

Cameron no puede evitar sonreír. Es una sonrisa enorme, de rodaja de sandía. Siente como si alguien estuviera bailando claqué en su estómago. *Está celosa*, piensa. Las dos palabras susurrando en su mente como un mantra milagroso. ¡Celosa! ¡Es lo mejor que le ha pasado nunca!

—Lo siento. No sabía que eras tan celosa —dice por fin.

—Yo tampoco —replica ella, que suena extrañamente alegre—. Nunca me había sentido así.

\* \* \*

El expresar sus sentimientos en voz alta parece haber aliviado la infelicidad de Nia, y empiezan a hablar cada vez con mayor normalidad mientras recorren la ciudad. En una parada de autobús hay un póster del próximo gran evento en el I-X Center, a las afueras: «HACKÉATE A TI MISMO», proclama.

—¿Qué es eso? —dice Nia señalándolo.

—Bodyhacking —contesta Cameron, y sonrío—. Miembros biónicos, tatuajes inteligentes, microchips comestibles... y todo con realidad aumentada. Emborronar la frontera entre el hombre y la máquina. La verdad es que eso es lo mío. Bueno, y también lo tuyo. ¡Y mira, tienen e-deportes! Tu aviadora asesina podría cargarse a otros por una vez.

Nia abre los ojos de par en par.

—¿Qué? ¡Es alucinante!

—¿Quieres ir? —propone Cameron—. Hace siglos que no quedan entradas, pero como soy una especie de celebridad local... supongo que podría hacer algunas llamadas y conseguir un par.

—Me gustaría ir. —Suenas ilusionada, y entonces lo mira con timidez—. Me gustaría ir contigo. Ojalá... ojalá pudiéramos pasar más tiempo juntos.

—Yo... —Cameron siente que se está poniendo rojo de placer—, yo siento lo mismo.

Nia parece concentrada en sus pensamientos.

—Es difícil estar solo, ¿verdad? Y le pasa a tantas personas... Incluso cuando están rodeados de gente, es como si estuvieran desconectados. Como esos. —Y señala a una pareja que pasa. Caminan en silencio, cada uno mirando su propio móvil—. Los dos tienen la cabeza en otra parte. No intentan comunicarse o entenderse entre ellos. —Hace una pausa y suspira—. ¿No sería genial que la gente pudiera conectarse literalmente, de cerebro a cerebro, para estar todos en el mismo lugar también por dentro?

Cameron sonrío y suelta una risita.

—No has visto *Matrix*, ¿verdad?

—No. ¿Qué es?

—Una peli. O una trilogía de pelis, supongo. Hacen algo parecido a lo que has dicho.

Nia parece emocionarse.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasa?

—Bueno... —contesta Cameron—, no quiero estropear la peli, pero no acaba muy bien.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque las máquinas inteligentes le lavan el cerebro a toda la gente conectada y empiezan a usarla como fuente de energía.

Nia suelta un gritito, y él se ríe.

—¡Eso es horrible! —exclama—. No es para nada lo que yo decía.

—Claro que no —replica Cameron—. Porque tú no eres un robot malvado que pretende esclavizar a la humanidad. Pero tienes razón. Estamos desconectados unos de otros. Esa es la ironía de internet: se suponía que iba a acabar con todo eso, pero creo que solo ha servido para empeorarlo. —Cameron sacude la cabeza y piensa en las cosas horribles que ve cada vez que abre su mente y se lanza al ciberespacio—. Todo el mundo usa su pantalla como si fuera una barricada. Solitarios y anónimos... y cuando la gente se siente anónima deja de comportarse como personas. Deja de tratar al resto de la gente como personas. Nadie salvo ellos es humano; quien no sea miembro de su tribu ha de ser destruido.

—De su tribu... —Nia vuelve a fruncir el ceño.

—Es una mierda —dice Cameron—. Son solo líneas arbitrarias en la arena. Lástima que no podamos borrarlas todas.

—Nada de tribus... —Sigue perdida en sus pensamientos.

—O solo una —replica él—. Todos somos humanos, y si todos lo recordásemos... —No acaba la frase y niega con la cabeza—. No sé. Quizás sea imposible. Quizás tuviera otras consecuencias. La gente más solitaria puede ser muy creativa, ¿sabes? A veces hacen cosas preciosas.



Cameron se concentra y usa las lentillas para proyectar una colorida nube de mariposas alrededor de la cabeza de Nia, toma una captura de pantalla y se la envía. Ella da un saltito, mete la mano en el bolsillo, saca el móvil y sonrío al ver la obra de su amigo.

—La has hecho tú. Me encantaría vivir en un mundo así.

\* \* \*

Un mundo así.

Esas palabras de Nia son como una semilla que echa raíz en la mente de él mientras caminan en un agradable silencio. Hasta que no siente dolor en el pie no mira el paisaje y ve que se acercan a un lugar conocido; las grandes e imponentes siluetas de las mansiones que nadie quiere conservar, viviendo en tiempo prestado hasta que queden reducidas a ruinas. Sin pretenderlo, ha estado rehaciendo exactamente la misma ruta del día del accidente. Mientras contempla aquellas casas vacías, reliquias de otros tiempos, la semilla se convierte en una idea.

—Oye —dice; se detiene—, ¿y si creamos un mundo? Uno en que podamos vernos siempre que queramos. Al menos hasta que tu padre decida relajar un poco las reglas.

—¿Crear un mundo? —repite Nia—. ¿Cómo?

—Ni siquiera tendríamos que construirlo desde cero. Sería más como... hacer reformas. — Con el móvil en la mano, Cameron se señala una lentilla—. Tenías razón. Antes no podía entrar en Oz, pero ahora sí. Los dos podríamos. Estaba desierto y abandonado y podríamos transformarlo en algo fantástico.

—¿Solo para nosotros? —dice Nia—. ¡Oh! Eso me gusta. Sería como lo que tienen en las películas, un club.

—Un cuartel general.

—Una guarida subterránea —agrega ella con una risita.

—¡Exacto! —sigue Cameron—. Y estaríamos tranquilos y seguros, porque necesitamos pensar en quién será el próximo objetivo de la Operación Justicia Cósmica.

Nia da una palmada.

—¡No! Ya tengo a alguien.

Cameron levanta las cejas.

—¿A quién?

—No creo que tenga nombre —contesta ella, frunciendo el ceño—. No es una persona, más bien una entidad, o una máquina malvada, como las que me has contado. ¿Recuerdas todas esas webs falsas que desaparecieron junto con Daggett Smith? Estaban conectadas entre ellas. Es algo grande. He estado buceando en los datos de mis redes sociales y hay un algoritmo suelto en todas y cada una. Alguien está manipulando lo que vemos en las redes, jugando con los intereses de la gente y absorbiendo cantidades masivas de información. No sé para qué la usan, pero...

Nia sigue hablando, pero Cameron escucha solo a medias. La idea de un algoritmo suelto que fluye como un arroyo secreto tras cada red social suena a una de esas locas teorías de la conspiración; en todo caso, es la clase de cosa que él hubiese notado. Cuando le devuelve a Nia su atención completa, ella le está sonriendo.

—No pareces muy convencido —dice.

—Es solo que no lo he visto por mí mismo —contesta él.

—Quizás deberíamos mirar con ojos nuevos. —Le está provocando.

—Lo haré. Pero si es como dices...

—¿Sí?

—No va a ser fácil.

—No me digas que le tienes miedo a un desafío.

Él sonríe.

—Qué va. Estoy contigo. Sea lo que sea, los dos acabaremos con ello.

Dan media vuelta y se vuelven por donde vinieron. Del lago se eleva una suave brisa, y el sol es cálido y brillante. Cameron lo contempla. Una tarde de verano, un paseo con una chica bonita. A veces piensa que el mundo real no está tan mal. Ven la parada de antes, un autobús se acerca. Nia lo señala.

—Tengo que irme —dice, y duda—. Pero ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro —responde Cameron.

El autobús llega a la parada y abre sus puertas.

—Es sobre el mundo que vamos a crear. Ese que será solo para nosotros. —Hace una pausa y se muerde el labio—. ¿Tiene que ser *solo* para nosotros?

—¿Por qué? ¿Es que quieres invitar a alguien más? —dice Cameron.

Ahora es él quien siente celos, aunque solo por un momento. Nia abre mucho los ojos antes de contestar.

—¿En nuestra realidad virtual podría haber... un perro?

A él se le escapa la risa.

—Sí, Nia. Puede haber un perro.

Ella levanta un pulgar, se da la vuelta y sube al autobús, que espera. Cameron la despide con la mano. El conductor le hace un gesto.

—¿Subes, chico?

—No, yo voy al centro —responde Cameron, que sigue sonriendo.

Vuelve a saludar a Nia y observa su pálido rostro tras la ventanilla. El conductor pone cara de desagrado y murmura algo, pero él apenas se fija. Ahora tiene un objetivo y muchas cuestiones que considerar... y también tiene una tarde soleada y un placentero paseo para hacerlo.

\* \* \*

Horas más tarde, Cameron está sentado en la oscuridad del sótano, con los dedos volando por encima del teclado mientras su mente conversa con el software e intenta sentir la presencia del algoritmo sobre el que Nia está tan segura. Si es como se lo ha descrito, a él no se le ocurre cómo puede haber sabido de su existencia. Estaría diseñado para pasar desapercibido, para parecerle orgánico al sistema. Buscarlo sería como mirar una corriente de agua que se mueve a toda velocidad e intentar encontrar una única onda anómala en la superficie.

*Mirar con ojos nuevos*, le ha dicho. Pero no son ojos nuevos lo que necesita Cameron, sino una nueva perspectiva, la de Nia. La conoce lo suficientemente bien como para saber que ve las cosas de forma diferente a la mayoría. Y no es solo que vea diferente; ve más. Cuando los datos parecen impenetrables ella siempre puede profundizar en otra capa, y es capaz de ver patrones en

un océano de información cuando él ve solo ruido.

*Patrones*, piensa. Algo se agita en su cerebro. El corazón le empieza a latir más deprisa.

*Estoy mirando desde muy cerca.*

Cuando se concentra en intentar ver la web como Nia, abriendo el zoom para ver más y más a medida que profundiza en el código, casi se queda sin aliento. En su mente aparece el código, pegado a cada red de forma tan elegante que nadie podría encontrarlo sin saber de antemano que está allí. Se pregunta de nuevo cómo ha podido encontrarlo ella; incluso ahora parece escaparse y ocultarse a su escrutinio, como un espejismo que desaparece si intentas mirarlo directamente. Seguir algo así hasta su origen va a necesitar de todas sus capacidades, y seguramente también de las de ella.

Mientras observa inmóvil las profundidades de la web, una sombra pasa por el otro lado de la ventana y avanza rápidamente por Walker Row. Cameron no ha reparado en ella, que lleva toda la semana cruzándose con él justo cuando se va al insti, sentándose unos asientos más atrás cuando va al centro en autobús o esperando al otro lado de la calle de la consulta de la doctora Kapur durante la cita del lunes.

A pesar de toda su intuición y sus poderes, Cameron Ackerson no tiene ni la menor idea de que lo están siguiendo.

## MÁS Y MÁS CERCA

XAL SE RELAME. Disfruta de la situación. Esta piel está en buena forma, ligera y cuidada.

No lamentó en absoluto abandonar la maloliente carcasa del hombre anterior y cambiarla por esta, más joven y de mujer. Resultó que la anterior despertaba demasiado la atención de la gente que menos le interesaba; le pareció curioso averiguar que los cuerpos humanos necesitan mantenimiento constante, limpieza y decoraciones para ser considerados aceptables por los demás. Por lo visto, hasta a ellos mismos les repugna la visión y el olfato de su propia carne. Eso sí, para una especie que se preocupa tanto por su apariencia, ignoran completamente a la intrusa que hay entre ellos. Lleva siguiendo al chico desde que llegó, siempre con cuidado de mantenerse fuera de la vista... aunque ahora empieza a pensar que tanto cuidado es inútil; él ni se entera de su presencia. A ella la confunde el hecho de que sea tan incauto.

Cameron, así se llama. El aún-no-del-todo-hombre fuente de la señal. Indudablemente ha sido afectado por la misma fuerza destructiva que dejó para siempre su marca en el rostro de Xal y acabó con su pueblo. Puede sentirlo desde la lejanía, aunque le sorprende ver que cada vez controla y dirige más la energía. El chico no sabrá de dónde le vienen sus poderes, pero sí sabe que los tiene... y, aparentemente, ha aprendido a usarlos. Eso lo hace ser peligroso, sobre todo porque aún hay muchas cosas que Xal no sabe. Para su gente, el arma del Inventor era una forma de conectarse, pero ¿qué puede hacer un poder así en la mente aislada y solitaria de un ser humano? ¿Y cómo es que el chico ha llegado a hacerse con él? Su existencia entera es un frustrante misterio.

Y aun así puede tratarse de su mayor esperanza de sobrevivir; y no solo sobrevivir sino también renacer. Si el arma del Inventor permanece intacta, y si consigue hacerse con ella de nuevo, la extinta civilización de Xal podría ser reconstruida, quizás hasta mejor que antes. Con todas sus flaquezas, la Tierra tiene más recursos que su planeta, en una cantidad que los Ancianos apenas habrían podido imaginarse. En este lugar podría florecer una colmena. Quizás hasta un nuevo orden. Xal ocuparía el papel de los Ancianos. En vez de intentar reconstruir, ella y el resto de los supervivientes de la masacre podrían empezar de nuevo aquí, en un nuevo mundo, con una nueva visión: la de ella. Sería la arquitecta de la vuelta a la gloria y, a cambio, su gente se arrodillaría ante ella y la llamaría su reina. Ya sabe que podría gobernar como una diosa a las enormes masas de este planeta. ¿Y qué iban a hacer los humanos? Caer de rodillas con gratitud, liberados al menos de la carga de su soledad. Les mostraría lo que significa de verdad formar parte de algo; les presentaría el poder inimaginable de otro mundo.

Pero Xal se está adelantando. Primero tiene trabajo que hacer. El chico es la clave, y para acercarse más a él tendrá que elegir su objetivo con cuidado. No su madre; hasta un distraído adolescente lo notaría si adoptara la piel de esta. Y en el tiempo que lleva en la Tierra ha visto que los humanos construyen pequeñas y extrañas redes de confianza en su búsqueda de conectarse. Crean relaciones unos con otros basadas en la atracción química o en cualidades compartidas. Pagan a desconocidos para que les masajeen el cuerpo, para que les canten o para que escuchen sus miedos y esperanzas. Y, cuando todo lo demás falla, buscan un doctor que les cure la mente rota y aislada. Doctores en los que confían. Doctores a los que les cuentan todo, incluso sus más oscuros y profundos secretos. Xal ha visto al chico visitar a la mujer llamada Nadia Kapur. Desde el otro lado de la calle lo ha visto desaparecer en su casa y ha oído, oculta bajo la ventana, los murmullos de la conversación que mantenían en el interior.

*Sí.*

Xal sonrío. Si se da prisa, podrá estar en su nuevo cuerpo antes de la próxima salida de sol.

## LA DOCTORA NADIA KAPUR SACA LA BASURA

LA NOCHE HA CAÍDO DEL TODO sobre Woodbine Bou levard cuando la doctora Nadia Kapur sale por la puerta. El viento le produce un escalofrío. Siente tras ella el suave olor de las cebollas y suelta una risita; si su marido estuviera vivo, ahora mismo saldría a reprenderla por dejar la comida cocinándose sin estar delante.

—¡No les des la espalda a las cebollas! —le gritaría—. ¡Tienes que vigilarlas, son unos vegetales muy dados a las conspiraciones!

Nadia suspira. Por supuesto, si su marido aún estuviera vivo, ella no estaría ahora en la calle. Sería Dev quien se encargaría de arrastrar los cubos de basura hasta la esquina. Pero si se da prisa estará de vuelta antes de que se quemen; y si no, siempre puede pedir una pizza.

*Son las ventajas de la viudedad. Puedo comer lo que me apetezca. Aunque a cambio tenga que echarlo de menos a él cada día.*

La calle está vacía e inundada en sombras, a pesar del agradable brillo que sale de las ventanas de las cuidadas casas al otro lado. Dentro de unos meses todo estará más alegre, las verjas de los porches y los setos enmarcados con tiras de lucecitas de colores, que son el primer signo de la época navideña. Otra cosa de la que se ocupaba Dev y que Nadia piensa que ahora le toca a ella.

Arrastra rápidamente el cubo de reciclaje por el callejón y lo deja en su lugar. Pero, al darse la vuelta para sacar ahora la basura común, de repente siente la certeza de que no está sola en la calle. Es la clase de sensación que la mayoría de la gente achacaría a los nervios e intentaría ignorar, el miedo a la oscuridad que lo envuelve todo combinado con la poca ilusión de volver a la casa vacía que ha dejado atrás. Pero Nadia Kapur no es una mujer nerviosa ni que ignore el fino sistema de respuestas instintivas que produce esa sensación de alerta. Sus dos décadas como psiquiatra no la han hecho sino respetar más el poder del subconsciente, el cerebro reptiliano que siente el peligro aunque no esté a la vista. Con paso decidido vuelve a entrar en la casa, cierra la puerta y echa el cerrojo, que hace un ruido que la tranquiliza.

Desde detrás de ella una voz pronuncia una única palabra:

—Inesperado.

Nadia suelta un grito y se vuelve; levanta las manos hasta medio cuerpo para defenderse, pero las deja en el aire como olvidadas. La joven del vestíbulo está totalmente desnuda y la observa con los brazos caídos a los lados del cuerpo. Le resulta familiar, piensa Nadia. La ha visto recientemente por el barrio. ¿Ha entrado desde la calle? ¿La habrán asaltado sexualmente? Es la

explicación más lógica... solo que sus instintos no están de acuerdo. Aunque su formación toma el control de sus acciones y se imagina dando un paso al frente y ofreciéndole ayuda, cada célula de su cuerpo le grita que salga corriendo. No porque la mujer sea peligrosa sino porque...

*No es una mujer. Dios mío, ¿es que no lo ves, no lo ves? No es una mujer, no es una mujer en absoluto, sino algo dif...*

La frente de la mujer-no-mujer se abre, y un rostro inhumano, casi burlón, asoma, apartando sangre, hueso y piel.

La mente de Nadia se queda en blanco.

La mujer-cosa se adelanta y la agarra por el cuello mientras ella cae al suelo, sin ninguna fuerza en las piernas. El horrible rostro se acerca más y más y Nadia se siente consumida por el olor de podredumbre, la mezcla de pus y plasma producida por la piel de la mujer original, que intenta en vano luchar contra la repugnante criatura que se le ha metido dentro. Nadia siente arcadas, intenta vomitar, pero la mano que rodea su garganta aprieta más y más, y nada puede salir ni entrar. Lo último que siente, mientras la negrura invade los bordes de su visión, es el ardor ácido de la bilis en su estómago, aunque es una sensación muy lejana, como si su cuerpo ya no le perteneciera. Nadia Kapur se desvanece.

Y entonces deja de existir, y alguien diferente abre sus ojos.

\* \* \*

El olor ácido de cebollas quemadas sigue al cuerpo de la doctora Nadia Kapur mientras sale por la puerta de su casa, llevando por segunda vez esa noche una gran bolsa de basura. La calle sigue vacía; no hay nadie que pueda observar la diferencia en su postura o lo duro, lo mecánico de sus movimientos.

Nadie ve que Xal lleva la carne de Nadia Kipur como si fuese un vestido que no acaba de ser de su talla.

Xal está acostumbrada a crear híbridos, a quedarse con lo que necesita de las diferentes criaturas con las que se encuentra, incluso de su propia gente cuando era la única forma de salvar la vida. Pero esta es la primera vez que ha tomado algo por entero, cada célula y cada órgano, para convertirse en algo que es tanto ella misma como otro ser diferente. Se siente perdida dentro de este cuerpo, con sus repulsivos poros y el pelo que pica y las membranas mucosas. Y resulta ser alérgica a ella; en la superficie de su piel empiezan a salirle ronchas, y a Xal la asquea la sensación que le produce.

*Esto es intolerable.*

Con cuidado, concentra su atención en la secuencia de genes responsable y ordena a sus propias células que la extraigan y llenen los espacios vacíos con un parche de ADN. Los picores se calman un poco, pero por primera vez se siente incómoda. Este cuerpo es débil, y sus carencias la hacen vulnerable. ¿Cuánto más podrá quitar o añadir antes de que el chico note la diferencia cuando interactúen? Quizás los archivos de la doctora resulten útiles a ese respecto. La mujer guarda las sesiones grabadas en un aparato de su casa; Xal la ha visto por la ventana, escuchando y tomando notas. Quizás pueda estudiarlas para imitar mejor el habla y los movimientos de la mujer. Y, de paso, hasta puede que averigüe algo sobre su presa en el proceso.

\* \* \*

Deja la bolsa de basura en el contenedor de la esquina. Al entrar esta se queda ligeramente enganchada, con lo que un hilillo de líquido fétido sale del desgarrón y cae en gotas oscuras a la acera. Dentro, lo que queda del cuerpo se acaba de hundir sobre sí mismo con un ruido húmedo.

Xal sonrío, dejando al descubierto su dentadura humana, y cierra de un golpe la tapa del contenedor.

\* \* \*

*Buenas tardes. Soy Ashley Smart para la American Network News. La gran noticia de hoy: los periodistas de varias cadenas, incluida la ANN, han recibido archivos de Dropbox que contienen documentos y análisis que revelan la existencia de una red de minado de datos online, cuya influencia en elecciones internacionales y otras iniciativas globales se remonta a hace al menos una década. Múltiples líderes mundiales han negado cualquier responsabilidad por lo que parece el mayor acto de ciberespionaje de la historia. Seguiremos informando sobre estos alarmantes sucesos en cuanto dispongamos de más información.*

#### **MENSAJE ENTRANTE ENCRIPTADO**

**De: Olivia Park**

**Tema: Objetivo localizado**

Los análisis han identificado un fragmento de código común en los informes adjuntos que conducen al sujeto ACKERSON, CAMERON. Acorde con los sucesos de hoy, se requieren acciones inmediatas para capturar al sujeto cuanto antes. Ya nos ha causado bastantes problemas.

Obsérvese que la localización, descripción física e identidad de un segundo sujeto, NIA, siguen siendo desconocidas. Es posible que estén los dos juntos, por lo que mantengan los ojos abiertos.

#### **MENSAJE ENTRANTE ENCRIPTADO**

Olivia, la junta confía en que la relación de tu familia con Ackerson no vaya a ser un problema. Por favor, dime algo.



# 19

## OPERACIÓN FUEGO DESTRUCTOR

LA CIUDAD DIGITAL ABANDONADA que el padre de Cameron llamaba Oz es un laberinto de código antiquísimo. Entrar en ella resulta tan difícil como en su tocaya de ficción. De pequeño acostumbraba a bajar al sótano en silencio y se quedaba ante la puerta del despacho de su padre, mirando la fina línea de luz azulada que asomaba por debajo, escuchando el tap, tap, tap del teclado mientras él construía la ciudad. Faltaban años para que William Ackerson desapareciera del todo, pero en aquellos momentos parecía que ya no estuviese. Dedicaba todas sus energías a su obra e imaginaba que algún día abriría las puertas y dejaría entrar al mundo. En vez de eso, el lugar acabó convirtiéndose en una tumba virtual, el lugar de descanso final de los sueños rotos de un hombre roto, y las puertas quedaron cerradas para siempre.

Pero Nia tenía razón: todos los sistemas tienen una entrada. El mundo de código de William Ackerson solo está esperando pacientemente, dispuesto a admitir al visitante que le ofrezca la contraseña correcta, las palabras correctas en la lengua correcta. Cameron había intentado hackearlo hace unos años, pero no llegó a ninguna parte. El sistema no era solo impenetrable sino también incomprensible. Ni siquiera consiguió rascar la superficie de su estructura; era como dar golpes en una pared sin fin, sin ningún punto destacado. Se rindió casi de inmediato. Pero ahora ve que todo ha cambiado. No solo él sino el propio sistema. Cuando se acerca a la pared, esta reacciona y se mueve. Responde. En vez de una pared se convierte en un espejo.

*Es como si me hubiese estado esperando.*

Quizás Nia estaba en lo cierto y el destino de Cameron era abrirse paso por entre las ruinas del imperio de su padre. Solo tenía que aprender a hablar el lenguaje que le permitiría entrar, ir más allá de la simple comunicación y convertirse en parte del propio sistema.

Es una mañana soleada. Arriba, la madre de Cameron prepara una nueva cafetera. Pero cuando llama por las escaleras del sótano para decirle a su hijo que está lista no obtiene respuesta. El cuerpo de Cameron está sentado en un sillón del sótano oscuro, pero su consciencia está en lo más profundo del ciberespacio, como un fantasma que hubiese atravesado el espejo y hubiera cruzado el umbral que separa el mundo real del digital.

La primera vez que lo hizo, hace unos cuantos días, sucedió por accidente. Fue aterrador, como si atravesara el suelo sólido y se precipitase al vacío. En un momento estaba sentado al teclado, martilleándolo con sus instrucciones, escuchando en su mente por si recibía una respuesta del sistema pero oyendo solo el eco más y más desvanecido de su propio código; al siguiente instante, sintió como sus dedos se levantaban del teclado y se agarraban la cabeza por ambos

lados, mientras su mente se sincronizaba con el propio sistema, su consciencia corría por un camino invisible y lo soltaba abruptamente al otro lado del umbral. Por un momento estuvo en dos lugares a la vez: con los ojos abiertos, mirando como la pantalla frente a él mostraba una inacabable cadena de código, dejando al descubierto un mundo digital oculto que apareció en su mente como si fuese algo salido de un sueño. Una ciudad dentro de la máquina, un mundo de brillantes unos y ceros, calles estrechas con cientos de estructuras a ambos lados que contenían miles de habitaciones.

Entonces cerró los ojos y se encontró en mitad de Oz.

\* \* \*

Ahora puede entrar sin tocar ni una sola tecla.

Nia ya ha llegado cuando él entra, sentada en un sillón de orejas con un pequeño perro marrón en el regazo. Algún día, piensa Cameron, reconstruirán aquel lugar, quizás hasta lo abran para todo internet, un imperio renacido. Pero eso será más adelante, cuando esté seguro de su capacidad de rehacer el sistema Whiz desde dentro, cuando ya no le dé tanto miedo la posibilidad de arrancar una pieza equivocada y hacer que toda la construcción les caiga sobre sus cabezas. Por el momento Cameron ha limitado las renovaciones de Whiz a una sola pantalla, un lienzo en blanco que cualquiera de los dos puede rehacer a su gusto. Lo primero que hizo fue darle a Nia una entrada propia, su propia llave de la ciudad. Ella es mejor que Cameron montando complicadas escenas virtuales; la última vez que estuvo allí, Nia había convertido la sala en una réplica perfecta de la guarida de mediados del siglo xx de *James Bond contra el doctor No*. Ahora parece algo salido de un cuento de hadas: paredes desgastadas hechas con tablones de madera separados y enredaderas que cubren todos los espacios, dejando pasar apenas unos pocos rayos de luz; un escondite en un ático o quizás una elaborada casita en la copa de un árbol.

Ella se lo queda mirando en cuanto entra por la puerta, deja el perro en el suelo y cruza la sala a toda prisa para darle la bienvenida; el borde de su vestido —Cameron ha comprobado últimamente que a Nia le encanta la moda— se arrastra por el suelo. Aquí su avatar es como el de él, una réplica exacta de la persona del mundo exterior. Incluso el increíble efecto valle, la suavidad antinatural que hace que sus identidades digitales parezcan casi pero no del todo humanas, es apenas visible. Si Cameron no piensa en ello pronto, olvidará que no está allí de verdad y que, en realidad, ella no lo acompaña.

Por entre los espacios que separan los tablones del suelo también crece un descuidado amasijo de flores y enredaderas, que Nia hace estallar mientras pasa por encima; se elevan al aire nubes de pétalos brillantes, hasta que toda la habitación queda cubierta por un mar de confeti. El perro, que lleva un collar con joyas y una placa con su nombre, Dogue, bufá irritado y se aleja.

—¡Has venido! —dice Nia, y lo rodea con sus brazos. O eso intenta: uno de sus brazos queda suspendido sobre los hombros de él, y el otro le atraviesa la carne. Da un paso atrás y suelta una risita.

—Uuups.

Cameron resopla, no de dolor sino de rabia. Corrige su anterior apreciación: todo lo relacionado con Nia y ese mundo parece casi totalmente real hasta que intentan tocarse; entonces queda claro que sigue habiendo bugs en el sistema, que incluso después de haber llevado al límite sus habilidades el lugar sigue siendo un *work in progress*. Pero ya habrá tiempo más que

suficiente para corregir los errores, piensa. Mientras, los pequeños fallos del sistema son la menor de sus preocupaciones, igual que le pasa a ella.

—¿Lo ves? —dice Nia—. ¡Lo conseguimos! ¡Ya es una realidad!

El primero de los paquetes de información se ha revelado apenas unas horas antes, tras rebotar por una serie de agujeros de gusano digitales para que resulte imposible seguirle el rastro. Los periodistas que recibieron los frutos de su trabajo nunca sabrán quién les facilitó la mayor noticia de sus carreras; y, aún más importante, tampoco la oscura y misteriosa persona o personas cuya granja de desinformación tan bien cuidada acababa de ser presa de un incendio destructor.

Cameron desearía tener ánimos para celebraciones, pero no puede evitar sentirse inquieto. Ni él ni Nia han sido capaces de atravesar la última capa, de identificar los orígenes exactos de la inmensa red. Le hubiese gustado obtener un nombre, un lugar, lo que fuese que pudiera señalar a la persona o personas que están detrás de todo eso. Pero ya no queda nada que investigar; todo desapareció de internet a las pocas horas de sacar la red a la luz, se esfumó sin dejar el menor rastro. No es que Cameron lamente todo lo que han hecho —iluminar la web oscura tiene que ser bueno para el mundo y quienes viven en él—, pero ya en este momento es muy consciente de que ese lugar no puede ser el único de su clase o el único proyecto liderado por... bueno, por quien sea que lo lidere. Es casi seguro que él y Nia juntos han molestado mucho a alguien, quizás a un montón de *alguienes*, que tienen un poder inmenso y una cantidad extrema de recursos. Se sentiría un poco mejor si tuviese al menos una ligera idea de quiénes pueden ser esos *alguienes*.

Pero no le dice nada de eso a Nia, que está tan emocionada; no quiere estropearle la diversión. Y además, ¿qué es lo que le preocupa tanto? Han cubierto sus huellas al menos una docena de veces.

—Está por todas partes —dice—. En todas las grandes webs, y es trending topic y titular principal en todas las cadenas. ¿Qué pasa con la red? ¿Sigue a oscuras?

—No solo a oscuras. Borrada. —Nia frunce el ceño—. Qué raro. Dejé backups en varios lugares del ciberespacio, aleatorios, en todas partes donde pude crear una trampilla en el servidor para esconderlo. Pero casi todos se han esfumado. Igual tenía incrustado un código de autodestrucción.

Cameron vuelve a sentirse incómodo.

—No lo habrás dejado en ningún lugar que puedan rastrear hasta llegar a ti, ¿verdad? O hasta mí.

—No. También dejé unos cuantos en los servidores de Daggett Smith. Total, ya no los usa.

—Buena idea —dice él, y se ríe.

Lo último que había leído sobre Daggett Smith decía que había borrado todas sus cuentas y vivía en un tráiler que funcionaba con energía solar en algún lugar de Nuevo México con al menos seis gatos.

—¿Es verdad que el presidente va a hablar del asunto?

—Esta noche, creo —responde Cameron—. Pero yo no voy a verlo. Es mi graduación.

—Qué emocionante —dice Nia.

Él vuelve a reír.

—No, no lo es. Total, se trata de atravesar un escenario con un albornoz pijo para que te den un trozo de papel. De verdad que podría saltármela sin ningún problema. Acabamos de cortar la cabeza de un malvado imperio online que ha estado envenenando internet desde hace al menos una

década. En comparación, que me den mi diploma del insti no parece gran cosa. Aunque, si te parece emocionante de verdad...

Nia lo mira, curiosa.

—¿Sí?

—Bueno, tengo entradas de sobras. Podrías venir.

—¿Esta noche? ¿Por la noche? Nunca me he escapado por la noche. —Se muerde el labio—. Y Padre estará en casa.

—Quizás puedas pedirle permiso —replica él, pero Nia niega con la cabeza, muy vehemente.

—Nunca aceptaría.

—¿Y si hablo con él? Quizás ya puedas presentarme...

—¡No! ¡No puede saberlo! —Nia casi grita, y pone cara de preocupación—. No lo entendería, Cameron. No tienes que intentar ponerte en contacto con él. *Nunca*. Prométemelo.

—Jo... —dice Cameron—. Vale, no lo haré. Te lo prometo. Supongo que no debería ni preguntarte si tú quieres conocer a mi madre.

La expresión de ella pasa de la preocupación a la tristeza. Cameron se da cuenta de que ha olvidado otra vez que en realidad no están ahí, que el lugar no es de verdad. El avatar de Nia es el retrato perfecto de la desolación humana; le brillan los ojos como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Sí que me gustaría conocer a tu madre. Y a tus amigos. Pero todavía no puedo. Es complicado —dice, y hace una pausa—. Aunque creo que esta noche podría escaparme. Al menos estoy dispuesta a intentarlo. Eso si aún quieres que vaya a verte recoger un trozo de papel en albornoz.

—Pues claro que quiero que vengas —contesta él—. Y se supone que después tengo que cenar con mi madre y su nuevo amigo. Pero dispongo de un poco de tiempo antes de la ceremonia. Podemos quedar temprano, tú aplaudes mientras me dan esa chorrada de diploma y después puedes irte si quieres, no es necesario que veas hacer lo mismo a los cuatrocientos chicos que van después de Ackerson en el alfabeto.

Ella sonríe.

—Me gusta esa idea.

—Y a mí me gustas... Quiero decir, me gusta quedar contigo.

*Muy agudo, campeón*, le indica su cerebro. *Seguro que no se ha dado cuenta de lo que has estado a punto de decirle*.

Y así es como él descubre que, a pesar de todas las limitaciones físicas del lugar, allí puede sentirse tan avergonzado como en la vida real. Nia da un paso atrás, con cara de sorpresa.

—¿Hay algún fallo en el programa? ¡Tu carne se está poniendo muy roja!

\* \* \*

Horas más tarde, Cameron aprieta el paso y suelta un taco. Es como si el universo conspirase para hacerlo llegar tarde: primero rayó por accidente una de sus lentillas de realidad aumentada y tuvo que esperar mientras se imprimía otra, sabiendo que lo único peor que llegar tarde a la cita con Nia sería pasarse todo el rato en un auditorio con miles de personas, cada una de ellas grabando o emitiendo en livestream o tuiteando la ceremonia, sin el aparato que le ayuda a filtrar y organizar

el ruido en su cabeza. Es enervante lo mucho que ha llegado a depender de las lentillas; ni siquiera recuerda la última vez que salió de casa sin ellas. Pero eso fue solo el principio: cuando estaba en la puerta lo volvió a interrumpir el zumbido del móvil, y se encontró en mitad de una llamada de vídeo sorpresa de la doctora Kapur. Estaba tan molesto y tenía tanta prisa que casi ni se fijó en la extraña expresión de su cara, o en su peculiar forma de hablar entrecortadamente.

—Doctora Kapur —le dijo, confuso—. Se suponía que no íbamos a hablar hasta la semana que viene. Estoy en la puerta y...

—Tengo preguntas —replicó ella, ignorándolo como si no hubiese dicho nada. Estaba tan cerca de la cámara que él casi le veía los pelillos de la nariz—. Tengo preguntas —repitió.

—Hum. Vale. ¿Sobre qué? La verdad es que no tengo tiempo...

—Tengo preguntas sobre tu... —La psiquiatra hace una pausa mientras se pasa la lengua por el interior de las mejillas—, tu amiga. La amiga de la que me hablaste. Tu nueva amiga.

Cameron parpadea.

—¿Se refiere a Nia?

Kapur se acerca aún más.

—Sí. Nia. Y su... gente.

—Ah... —Cameron gruñe por dentro al darse cuenta de que ya llega oficialmente tarde—. Bueno, vive con su padre. Creo que ya se lo dije.

La psiquiatra ladea la cabeza y repite la palabra como escupiéndola.

—Padre.

—Sí, su padre.

—Padre.

—Sí —insiste Cameron, que ya no puede contener su irritación—. Y, verás, se supone que he quedado con ella. Ya llego tarde. Así que de verdad que tengo que...

—¿Ahora? —Kapur se recuesta en el respaldo de su silla, alejándose un poco de la cámara—. ¿Dónde? Dímelo.

—Mi instituto. Para la graduación, ya sabe. Lo siento, doctora Kapur, pero de verdad que tengo que dejarla —contesta él, y cuelga sin despedirse.

No tiene ningún problema con su psiquiatra, es de lo más amable e indudablemente sabe hacer su trabajo; pero, siendo una loquera profesional, podría aplicarse su consejo de ahorrarse las grandes conversaciones para el momento apropiado.

\* \* \*

Cuando llega, Nia lo está esperando, sentada en un banco, en un parque en miniatura a una manzana al sur del campus. Cameron sonríe al verla; lleva falda y tacones, como si se tratase de una ocasión especial. Como si *él* fuese algo especial. Está muy guapa y, en ese momento, tras darse cuenta de que se ha tomado la molestia no solo de escaparse sino de vestirse para la ocasión, para él, de repente toma una decisión: *Voy a besarla. Voy a ir ahí, la voy a coger entre mis brazos y le voy a dar un beso en sus preciosos labios.*

Acelera el paso y dice su nombre, levantando una mano para saludarla, pero ella no le devuelve el gesto. En vez de eso se lo queda mirando, con su rostro inundado en sorpresa y horror, la boca congelada en una O. Su expresión es suficiente como para que él se detenga en seco y se

pregunte nervioso cuál es el problema.

Un microsegundo después lo averigua. Puede sentirlo.

La mente de Cameron está repleta de flujos de datos que se mueven a toda velocidad, y las lentillas se están estropeando de tanto intentar canalizarlos y organizarlos. El aire que lo rodea está lleno de susurros codificados, demasiado rápidos como para que pueda aislar uno e intentar entenderlo. Es como si se hubiera quedado atrapado en una telaraña llena de información... porque, como se da cuenta con horror, es exactamente eso.

Los mensajes no están pasando aleatoriamente. Son comunicaciones encriptadas de una operación sofisticada, quizás del gobierno. Y no es un accidente que él se encuentre ahí en medio.

*Oh, MIERDA.*

—¡Cameron! —El terror en la voz de Nia lo devuelve a la realidad—. ¡CORRE!

Al principio él no lo hace. Pero Nia sí, y desaparece detrás de un árbol mientras tres hombres con trajes negros idénticos y chalecos salen de entre las sombras y los susurros en la mente de él se convierten en un aullido muy agudo. Se dirigen hacia Cameron; ni siquiera persiguen a Nia. No han venido a por ella. Mientras avanzan, el chico se concede una décima de segundo para sentir alivio.

*No se la han llevado.*

Entonces echa a correr.

Las voces digitales que gritan dentro de su cabeza lo han desorientado; en vez de pensar una estrategia de escape sale corriendo a toda velocidad, llevado por la necesidad instintiva de estar en cualquier otro lugar. Corre por la calle y los conductores tocan la bocina y tienen que dar un frenazo para no atropellarle. Su pie le fuerza a ir más lento; las prótesis no comprenden el concepto de «correr por tu vida», y no hay tiempo ahora para aprender a procesar los tumbos apresurados que da y conseguir moverse más rápido. Si lo persiguen será incapaz de huir de ellos. Pero si consigue quitárselos de encima... *Tengo que esconderme.* Se mete en el callejón que hay entre un restaurante chino y una tienda de contabilidad. El estrecho espacio está vacío, solo hay unos cuantos palés, unos encima de otros, y un contenedor que huele a arroz frito. Hay una salida en el otro extremo, tras la que Cameron vislumbra el brillo de coches aparcados y un denso círculo de árboles; es la entrada de un parque público. El lugar perfecto para deshacerse de quien te persigue... o para hacerle creer que te ha perdido.

Cameron encoge la barriga y se desliza por detrás del contenedor, intentando no toser cuando el olor a comida podrida lo embarga. Cierra los ojos y vuelve a escuchar, pero la conversación ha quedado en silencio. La sensación de estar atrapado en una red de comunicaciones entrelazadas ha desaparecido. Suspira aliviado. No habrán visto por dónde se ha ido. No...

—Hola —dice alguien, y Cameron grita.

Uno de los hombres de los que huía está a un lado del escondite. Lleva una máscara que no delata ni un ápice del ser humano que hay debajo, un espejo negro en el que Cameron ve cómo su propio rostro petrificado le devuelve la mirada. Cuando el hombre extiende un brazo y lo coge por la camisa, tirando de él para sacarlo de detrás del contenedor, un patético suspiro escapa por su garganta. Ahora le sujetan los brazos a la espalda y lo empujan con algo por detrás. Cameron se concentra y siente la cercana presencia de un sencillo programa de software que está hablando, pero no a él; y sus propios aparatos contestan. Alguien le está escaneando el cuerpo, buscando tecnología. Intenta interrumpir el flujo frenético de datos. Desde detrás oye una voz:

—Este chico está a rebosar de hardware. ¿Apago?

—Hazlo —responde el hombre de la máscara. Lo que sea que tiene Cameron contra la espalda emite un ruido agudo, y siente que su móvil queda en silencio de repente, igual que sus lentillas y su prótesis.

El aparato vuelve a sonar y una enorme e indolora corriente de luz blanca le envuelve el cerebro. Está seguro de que se ha metido en problemas muy serios.

Entonces el blanco se vuelve negro y ya no sabe nada de nada.

## **MENSAJE ENTRANTE ENCRIPTADO**

**De: Equipo 9, OPTIC**

**Tema: Objetivo alcanzado**

**Petición de uso inmediato de recinto para el sujeto ACKERSON, CAMERON. Seis, prepara las herramientas. Vamos a hacer que el chico esté MUY incómodo.**

## 20

### CAUTIVO

LO PRIMERO QUE SIENTE Cameron cuando se despierta en la fría oscuridad de la guarida de sus secuestradores es el vacío. Un vacío donde antes estaban las voces de las máquinas, tan vasto y palpable que lo golpea como una ola antes incluso de que abra los ojos. Su móvil, su reloj, sus lentillas de realidad aumentada, la red neuronal en su prótesis... Se había acostumbrado a todo ese zumbido flotando en su cabeza, un sonido tan placentero y constante como el de la lluvia. Y ahora están muertos... o, en el caso de la prótesis y el móvil, simplemente han desaparecido. Se ha hecho con ellos la misma persona que se ha hecho con él. Ahora está todo demasiado silencioso, como un pueblo fantasma, y cuando intenta encontrar algo con lo que comunicarse es como chocar corriendo contra una pared. Nunca se ha sentido tan desconectado.

Lo segundo que siente es temor. Los aparatos no eran solo una colección de voces amistosas en su cabeza; eran la mejor forma de conseguir ayuda. Incluso con las manos atadas —y se da cuenta de que las tiene ligadas a la espalda con algo fino y duro, quizás una de esas pequeñas esposas de plástico— podría haber ordenado a uno de ellos que enviaran su localización a la policía o el FBI o...

*¿El FBI?*, irrumpe la voz interior de Cameron con un tono cínico corrosivo. *¿Quién te crees que acaba de secuestrarte y te ha traído a su cámara de torturas subterránea secreta, so bobo?*

Vale, piensa él. Olvidémoslo. Pero, jo, de suceder lo peor, hubiese podido al menos enviarle un correo a su madre para decirle dónde encontrar el cuerpo.

Abre los ojos y con un poco de esfuerzo consigue sentarse. La sala que lo rodea es un espacio blanco desnudo, una celda sin más elementos que la litera sobre la que estaba acostado. Vuelve a palpar el aire en busca de algo, lo que sea, intentando encontrar un flujo de datos en el que pueda sumergirse y del que pueda conseguir información; pero la sala no le ofrece nada. Debe de ser alguna especie de zona muerta. Pensar eso hace que lo invada el miedo. ¿Es solo una coincidencia que esté él allí o conocen sus habilidades?

—¡Eh! —grita—. ¡EH!

La puerta automática se abre, y sus miedos se evaporan tan rápidamente como llegaron. Aparece una mujer pequeña, delgada; lleva un vestido ajustado con cuello de cisne y unos zapatos de tacón alto con los que no parece posible caminar. Tiene el pelo negro recogido en una tensa cola de caballo, que deja al descubierto un pequeño grupo de puntos blancos en una sien. Contempla a Cameron sin decir nada, y él le devuelve la mirada con interés; lo que le llama la atención no es tanto lo que ve como lo que siente. Una ola de información ha inundado la sala al



abrirse la puerta, y no viene del edificio sino de ella. Tiene piezas de biotecnología —avanzada, muy cara, imposible de conseguir para vulgares humanos— que zumban bajo la superficie de su piel, una compleja serie de sistemas que interactúan con los que la naturaleza le ha dado. La cantidad de lecturas es enorme; la mujer no solo monitoriza cosas como sus pasos o sus pulsaciones. Cameron se comunica con el software y obtiene un mar de información, desde el funcionamiento de los riñones hasta los niveles de plasma, pasando por una cuenta atrás hasta su siguiente período.

*Qué asco.*

—Pones cara de desagrado —dice la mujer con tono frío—. ¿Te duele algo? La corriente que te dimos para reducirte no debería haberte hecho nada, pero es difícil prever todas las posibilidades para alguien con un historial médico tan, hum, particular como el tuyo.

—No sé de qué habla —contesta Cameron, y la mujer levanta las cejas.

—¿Entonces no eres el Cameron Ackerson al que esta primavera le cayó un rayo durante un livestream en internet? —dice la mujer, riendo ligeramente cuando él frunce el ceño—. Venga ya, chico. Eres famoso. Aunque no fuera mi trabajo, sabría quién eres igualmente. Te has recuperado muy bien, en más de un sentido.

Adelanta una de las manos, que también ella tenía a la espalda. Cameron se la queda mirando. Ahí está su prótesis. Pero lo que más le interesa es la mano que la sostiene: le faltan tres dedos, incluyendo un pulgar, que han sido reemplazados por los sustitutos biónicos más increíbles que ha visto nunca. No se trata solo de la tecnología sino también del diseño; los dedos artificiales parecen esculpidos por un artesano. Comparada con estos, su red neuronal de impresora 3D parece un experimento infantil de la clase de Ciencias.

La mujer nota que la mira y sonrío de soslayo.

—Bonitos, ¿eh? —dice—. No es que lo tuyo no tenga un cierto encanto casero. He hecho que mi gente vuelva a conectarlos online... a menos que prefieras cojear, claro.

\* \* \*

La mujer entrega la prótesis a Cameron, que se da la vuelta para quitarse un zapato y vuelve a conectarla. Ojalá ella dejase de mirarlo; resulta extrañamente íntimo, como si alguien lo observase mientras se cambia de ropa. Y se siente aún más incómodo cuando le hace un gesto invitándolo a salir de aquella estrecha sala, sus tacones resonando en el suelo pulido. El edificio es un laberinto de desconcertantes pasillos exactamente iguales unos a otros y salas ocultas tras puertas automáticas que se abren en la pared sin avisar. Supone que todo el lugar ocupa varias plantas subterráneas, y aun así es solo una estimación. Cuando intenta sincronizarse con los sistemas en busca de un registro o una dirección o incluso una alarma de incendios que él pueda disparar, sus peticiones solo obtienen lecturas sin sentido. Todo, desde el aire acondicionado hasta la red de comunicaciones, está encerrado tras una gruesa capa de sofisticada ciberseguridad.

—Por aquí —dice la mujer biomejorada, y Cameron se vuelve cuando la puerta se abre para mostrar otra sala desnuda, esta con una mesa y dos sillas y una cámara en cada esquina.

Entra y se gira para mirar a la cara a su secuestradora, que a su vez parece estar estudiándolo a él. El peso de su mirada hace que desee cerrar los ojos.

—No me recuerdas, ¿verdad? —dice, y vuelve a levantar las comisuras de los labios cuando

Cameron se la queda mirando—. No, ya veo que no. La última vez que te vi no eras más que un niño. Yo también, claro. Y aquí estamos los dos ahora, ya crecidos. Si nuestros queridos padres pudiesen vernos... Park y Ackerson, una colaboración de dos generaciones.

Hace una pausa, esperando que Cameron sume dos y dos. Y él lo hace, claro.

—Eres la hija de Wesley Park.

—Sí —dice ella—. Olivia.

Cameron señala la sala.

—Y este lugar es... ¿qué es, el negocio familiar, el que montó tu padre después de dejar sin trabajo al mío?

Olivia vuelve a levantar las cejas.

—Ah, ¿eso fue lo que pasó según los Ackerson? Porque, según mi padre, Whiz era un barco que se hundía y del que saltó después de que el tuyo perdiera la cabeza en el lago Erie y se convirtiera en todo un científico loco. A mí siempre me pareció que esa explicación era bastante improbable, aunque después de verte tengo mis dudas.

Cameron nota cómo se le inflaman las mejillas.

—Tu padre...

—... está muerto —lo interrumpe ella sin levantar la voz—. Hace ya casi diez años. Mi madre también. Fue un terrible accidente. Yo fui la única superviviente, quedé casi intacta. —Agita sus dedos biónicos ante él—. Y, ya que me lo preguntas, este lugar es mío. Lo heredé a la muerte de mi padre, aunque lo he convertido en algo bastante diferente a lo que él hubiese deseado. Papá era muy web uno punto cero. No entendió que el poder de internet es la gente, no la tecnología.

—Estás... —Cameron se interrumpe para poner en orden sus pensamientos. Las lentillas de sus ojos están muertas, con la energía totalmente agotada, pero para hacer esas conexiones no necesita ninguna ayuda—. Estás minando datos. Aquella gran noticia era sobre tu red.

Olivia pone los ojos en blanco.

—«Noticia»... ajá. Cameron, un consejo: esto va a ir mucho mejor si no insultamos mutuamente nuestra inteligencia. Mi gente y yo hemos seguido tu pequeño proyecto desde el incidente de Daggett Smith. Sabemos más de lo que crees. Ten eso en cuenta cuando sientas la tentación de mentir.

Cameron, anonadado, no responde, y Olivia no espera.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un vaso de agua? —dice tranquilamente, alejándose de la mesa.

Cameron la observa e intenta leer sus intenciones, además de no perder los nervios. Llega a una única conclusión positiva: Olivia sabrá de sus actividades, pero parece ignorar su capacidad ciberkinética. De conocerla, nunca se hubiese arriesgado a acercarse tanto a él. Su cuerpo es cincuenta por ciento biónico, y muchos de sus órganos y sistemas vitales están gobernados por el software que estos contienen. Él podría hacerse con el control en un instante, matarla con un pensamiento. Saber eso lo envalentona.

—Puedes sacarme de aquí antes de que me pierda toda mi ceremonia de graduación —dice—. Puedes explicarme qué quisiste decir con eso de que mi padre se convirtió «en todo un científico loco». Y quiero que me devuelvas el móvil.

Olivia le dedica una sonrisa con los labios cerrados. Él no puede evitar observar que sus datos biológicos no muestran la menor reacción, ni pico de adrenalina ni aumento del ritmo cardíaco. Se ha quedado igual.

—Me temo que la ceremonia ha acabado hace un buen rato, aunque pensamos dejarte libre antes de que tu encantadora madre pare de dejarte mensajes de voz furiosos en el móvil y empiece a llamar a la policía. Y también te devolveremos tus cosas. Igual hasta contesto a algunas de tus preguntas... después de que tú hagas lo propio con las nuestras.

—¿Preguntas sobre qué? —pregunta él.

La sonrisa desaparece.

—No seas obtuso, Ackerson. Estás por encima de eso.

Y se va, y la puerta se cierra detrás de ella.

\* \* \*

Sentado solo a la mesa, Cameron escanea la habitación. Las paredes son un lío de programas por dentro, algunos muy protegidos y otros no tanto. Las cámaras no son seguras pero están en circuito cerrado y, a menos que encuentre la manera de liberar los datos del círculo y enviarlos al mundo, no van a resultar muy útiles. Y por lo que respecta a obtener información del edificio en sí... Cierra los ojos y se concentra, igual que esta misma mañana al entrar en Oz. Envía su consciencia al sistema, atravesando el umbral que separa el ciberespacio del *carnespacio*. Debe tener cuidado; se encuentra en territorio hostil. ¿Quién sabe qué clase de software malicioso puede intentar colarse en el puente entre su cerebro y la red?

Suelta un largo silbido ante lo que encuentra; su magnitud le hace olvidar por un momento lo peligroso de la situación. Hay un río de datos que viajan por el lugar, enterrados debajo de capas y capas de encriptación. Siente su profundidad pero no percibe los detalles. El propio edificio cuenta con una intrincada red de seguridad. Cameron siente escáneres de huellas y del iris, botones de pánico, una serie de protocolos de cierre entrelazados que comienza con el sellado de las salas individuales y acaba en una explosión controlada que convierte todo el interior en cenizas. No se atreve a profundizar más. Se retira y espera, atento a cualquier debilidad, cualquier movimiento.

Es entonces cuando se da cuenta de que no está solo.

Hay algo más dentro del sistema. Otra inteligencia, no humana sino androide, y Cameron no puede evitar sentirse impresionado por el ingenio de Olivia. Es todo un nuevo nivel de seguridad: además de las encriptaciones y los firewalls habituales, el edificio tiene un guarda virtual, un bot que vive dentro del código y lo monitoriza todo. Suerte que él no ha intentado hackear ninguno de los servidores; el guarda seguramente hubiera notado la interferencia y habría disparado la alarma, acabando con él antes de que empezara. Aunque a este nivel no parece notar su presencia. A menos que...

*No es eso, piensa. Me ve pero no le importa. Y no le importa porque... porque no sabe que yo no debería estar aquí.*

Por vez primera Cameron siente una chispa de optimismo, aunque cauto. Esperaba encontrar alguna debilidad, pero en vez de eso ha dado con algo mejor: un aliado en potencia. La inteligencia artificial está diseñada para monitorizar el sistema, detectar incursiones y razonar para llegar a ciertas conclusiones sobre lo que ve. Eso lo hace más sofisticado que el típico programa informático, pero hasta una IA sofisticada es más tonta que la mayoría de la gente. Si uno va más allá de sus respuestas programadas, ya no sabe qué es lo que no sabe. En lo que se refiere a sus habilidades y su capacidad de detección de amenazas, es más guarda de seguridad de

centro comercial que soldado de operaciones especiales. Y si un guarda de seguridad de un centro comercial ve a otro guarda de seguridad de centro comercial que lleva el mismo uniforme y equipamiento que él y empieza a decirle lo que hacer, ¿se detiene a plantearse preguntas?

Cameron no lo cree. Pero solo existe una forma de averiguarlo.

Concentra su energía en el guarda-bot.

*Hola, dice.*

El bot contesta de inmediato: *Hola. Soy Omnibus. Programa centinela OPTIC. Descargadas todas las actualizaciones.*

Cameron duplica la respuesta del bot y la reenvía.

*Hola, Omnibus. Soy...*

*Alto, piensa. Yo no puedo ser también Omnibus; podría confundirse. Vuelve a empezar.*

*Hola, Omnibus. Soy Batman. Programa centinela OPTIC. Descargadas todas las actualizaciones.*

*Hola, Batman, dice Omnibus, y en la vida real Cameron tiene que morderse el interior de una mejilla para evitar una carcajada.*

*Omnibus, ¿cuál es tu estado operativo?*

*Todo bien. Última comprobación del sistema realizada a las veintidós horas treinta y seis minutos. Estatus: seguro. Próxima comprobación del sistema estará completada a las veintidós horas cuarenta y cuatro minutos.*

Cameron lo calcula. El bot escanea y reporta cada ocho minutos. Va a tener que trabajar rápido, pero eso no tiene por qué ser malo. Si juega bien sus cartas, será capaz de crear diez clases diferentes de caos antes de que sus secuestradores empiecen a sospechar lo que sucede. Y en cuanto a encontrar una salida para sí mismo... ya se enfrentará a ello cuando llegue el momento.

*Omnibus, desarrolla tus protocolos.*

Omnibus, que parece contento de tener compañía en su patrulla robótica por el centro comercial, le dice todo lo que necesita saber.

\* \* \*

Cameron está memorizando un plan cuando se abre la puerta de la sala. Se vuelve, esperando ver a Olivia, pero esta vez su visitante es un hombre. Es alto y delgado, lleva una bata blanca de laboratorio y tiene las manos largas y finas, como patas de araña, colgando a los lados. Entra en la habitación de forma increíblemente suave y apoya una mano contra la pared. Un sensor brilla rojo, después blanco, mientras un panel se abre y muestra una gran caja negra rodeada por un montón de pantallas.

—Tienes una expresión muy seria. ¿Sientes dolor? —pregunta, y al sonido de su voz a Cameron se le pone la piel de gallina. La forma en que le ha preguntado si siente dolor tiene un regusto enfermizo, ansioso, como si esperara que la respuesta fuera «sí» para poder meter un dedo justo en la llaga.

—Estoy bien —dice Cameron.

—Si sientes dolor puedo darte algo. Puedes confiar en mí —dice el hombre alto—, soy médico.

Cameron nota un escalofrío, no porque no crea al hombre sino por todo lo contrario. El «doctor» saca un lío de electrodos de la caja negra y desenrolla el ovillo hábilmente con sus largos dedos. No resulta difícil imaginárselo manejando un bisturí y abriendo con los mismos gestos la carne de alguien.

—Si eres médico, ¿no has jurado alguna especie de compromiso de no causar daño?

El hombre ríe.

—Cameron Ackerson, no voy a hacerte daño. ¿Qué crees que es este lugar? Solo quiero hablar contigo. No me importa decirte que tus actividades, hum, extraescolares han dado un buen dolor de cabeza a mis jefes.

El hombre deja los electrodos desenredados sobre la mesa, cruza la sala y con la palma de la mano aprieta otro panel. El sensor brilla y Cameron siente un cosquilleo en la cabeza: una nueva voz digital se une al coro. Las cámaras han sido encendidas. Lo único que necesita es un último golpe de suerte y ser capaz de distraer al hombre el tiempo suficiente.

—¿Cómo te llamas?

—Puedes llamarme Seis —dice él.

—¿Doctor Seis?

Se encoge de hombros.

—Si lo deseas.

—¿Quiénes son tus jefes?

Seis sonríe.

—Ya has conocido a Olivia, claro. Podrías decir que es una influencer. Tú sabes mucho del tema, ¿no? Eso querías ser, ¿verdad? Con tu pequeño canal de YouTube. Aunque hace siglos que no has colgado nada nuevo. ¿Qué ha pasado?

—Quizás sea que ya no me apetecía ser un famoso de internet —contesta Cameron.

—O quizás has encontrado un nuevo hobby —replica Seis, y su sonrisa se desvanece. Se acerca y conecta los electrodos a la cabeza de Cameron—. No te resistas o tendremos que atarte.

Las pantallas que rodean el panel cobran vida con ondulantes líneas de código, a medida que la actividad del cerebro de Cameron se muestra en forma de lectura digital. Seis saca una tablet del bolsillo y pulsa en ella, concentrándose más en la pantalla que en su paciente.

—Qué poco delicado eres, tío —dice Cameron.

El doctor suelta un bufido.

—Dime, Cameron, ¿significa algo para ti el nombre de Nia?

Él traga saliva y no dice nada, pero en una de las pantallas, una línea ondulada empieza a mostrar picos mucho más altos y frecuentes. Seis sonríe.

—Interesante —dice.

Hace su siguiente batería de preguntas a toda velocidad, mientras Cameron intenta mantenerse un paso por delante. Algunas son sencillas de responder, otras no tanto.

*¿Con quién trabajas?*

*¿Por qué te concentraste en Daggett Smith?*

*¿Cuál es la fuente del programa que usaste para dejar al descubierto nuestra red de cuentas?*

*¿Crees en la democracia?*

*¿Por qué te relacionas con Nia? ¿Cómo la conociste? ¿Es realmente una mujer? ¿Dónde vive? ¿Cómo contactas con ella?*

Cameron niega con la cabeza.

—Ya lo he dicho, no lo sé.

—Mientes —dice Seis, y frunce el ceño; parece que el display digital no le dice lo que quiere oír. Se acerca un poco, da un golpecito a la pantalla y extiende un brazo para ajustar uno de los electrodos de la cabeza de Cameron.

*Ese es el problema, piensa él; no estoy mintiendo.* Ha sido un poco creativo y ha dicho medias verdades para evitar revelar sus habilidades ciberkinéticas, pero con lo de Nia puede decir la verdad. Todo lo que quieren saber sobre ella son cosas que también él ignora, las mismas preguntas que él le hacía antes, solo para recibir respuestas evasivas y provocadoras. Si el doctor no lo pusiera tan nervioso —sigue pareciendo que preferiría estar cortándole la carne que profundizando en su cerebro—, se indignaría con Nia por ser tan críptica.

Aunque, por otro lado, ha sido lista en cubrir bien sus huellas. La gente de Olivia ha podido localizarlo a él usando sus considerables recursos para buscar sus huellas en los programas, pero está clarísimo que no tienen ni idea de quién es Nia. Y Cameron, que ha estado interactuando en silencio con la tablet que tiene el doctor y buscando pistas en su historial, por fin descubre las respuestas a las únicas preguntas que Nia no supo contestar: ¿quién llevaba una vasta red de cuentas de troleo que podía cambiar el consenso general respecto a cualquier tema que deseara? ¿Quién manipulaba los algoritmos para silenciar unas voces y amplificar otras? ¿Quién era la araña en el centro de la oscura tela, tejiendo mentiras y escupiendo veneno para que la gente se mantenga temerosa y harta?

Olivia Park no le había dado el nombre de su organización, pero Omnibus, el robot guarda, se lo había proporcionado sin darle importancia.

*OPTIC*, también conocida como Omni Psyop Tactical Intelligence Corporation.

Está claro que Nia y él les han causado algunas molestias.

Ahora le toca a Cameron causarles unas pocas más. Omnibus acaba de completar su último barrido de seguridad, lo que le da a él...

*Ocho minutos*, piensa.

—La verdad —dice Seis— es que nos encantaría hablar con ella. Con vosotros dos. Necesitamos gente con vuestras capacidades, y tú, tú y tu amiga, podríais marcar una gran diferencia aquí.

—¿Ah, sí? ¿Queréis que os ayudemos a secuestrar a unos cuantos críos más para que no puedan desarrollar sus habilidades? No puedo creerme que me haya perdido la graduación por esto —replica Cameron—. También me he perdido la cena. Vosotros, gilipollas, podríais haber esperado y secuestrarme después de comerme una hamburguesa.

Su impertinencia da el resultado que esperaba: Seis deja suavemente la tablet sobre la mesa y se adelanta hacia él, impaciente.

—A estas alturas ya habrás visto que lo que hacemos aquí no es secuestrar gente —dice—. Mira esto. No es una sala de torturas, es un despacho. Un edificio de investigación científica. Ni siquiera hay celdas de verdad; tuvimos que meterte en nuestra sala de la siesta.

—¿Sala de la siesta? —pregunta Cameron, incrédulo. Por dentro se recuerda a sí mismo: *Cinco minutos.*

—Escúchame, Cameron. Quieres cambiar el mundo, ¿verdad? Pues eso es lo que hacemos aquí: cambiar el mundo a base de cambiar las conversaciones. ¿Sabías que el último golpe de Estado en Oriente Medio comenzó con apenas una docena de posts en las redes sociales? ¿Sabías que podría haber una persona completamente diferente ocupando la presidencia de Francia si sus anuncios hubiesen sido reposteados por unas pocas cuentas estratégicas de alto valor?

—Dijeron que habían sido hackers rusos —replica Cameron.

Seis ríe.

—Los rusos hicieron su parte. Y fueron descuidados. Esa es la diferencia entre lo que hacen ellos y lo que hacemos nosotros. Ya sabes lo que dicen: si quieres cosas bien hechas, compra productos americanos. Y eso hacen, Cameron: compran lo que nosotros vendemos. Pagan verdaderas fortunas. Mañana mismo podríamos tener a un nuevo Daggett Smith en las ondas, que dijera las mismas cosas... o peores, si así lo quisiésemos. Y esta es la cuestión: no puedes detenernos. Puedes frenarnos un poco y cabrearnos. Como ves, tenemos recursos ilimitados. — Señala toda la sala con un gesto: las cámaras, los paneles con los sensores, las pantallas que siguen mostrando la actividad cerebral de Cameron en displays cada vez más coloridos.

*Un minuto.*

Es el momento que estaba esperando.

*Eh, Omnibus. Entrega especial.*

—Por eso te conviene unirte a...

Seis se detiene de repente y se da media vuelta para mirar de nuevo las pantallas. Las líneas están como en llamas, danzan sin freno mientras Cameron concentra toda su energía en el fichero zip que acaba de pegar a Omnibus el guarda-bot, y que este pondrá en marcha en el mainframe del sistema de seguridad dentro de treinta segundos; un pequeño paquete sorpresa con un informe falso sobre un intento de hackeo en uno de los servidores del sistema. El informe disparará una serie de acciones por toda la red mientras los administradores derribarán puertas para rastrear al intruso que ya parece estar dentro. Y cuando esas puertas se abran...

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Seis, furioso, mirando las pantallas mientras Cameron cuenta atrás mentalmente los últimos treinta segundos—. ¿Qué estás haciendo?

La pantalla más cercana a Seis empieza a temblar; su display se emborrona. El doctor se acerca a este y las líneas de repente se lían sobre sí mismas, los patrones se convierten en un mensaje que no necesita ser descifrado. Ocupa toda la pantalla con una letra que parece de caligrafía.

*Que os den, dice.*

—Tenías razón. —Cameron se arranca los electrodos de la cabeza uno a uno y los deja sobre la mesa—. Hacía demasiado que no subía un vídeo. ¡Hay que tener el contenido al día!

La cara de Seis se contorsiona por la confusión mientras sigue mirando el display, a Cameron, a la tablet en la mesa y, por fin, a las cámaras en la pared opuesta.

—¿Cómo? —pregunta, agarrando la tablet y tocando su superficie, que ha estado copiando las grabaciones de las cámaras de seguridad durante los últimos cinco minutos. El frame final permanece en la pantalla: una vista abierta de la sala en la que aparecen Seis y Cameron sentado en la silla con electrodos en la cabeza.

Las imágenes del último monólogo de Seis ya deben de haber salido y se habrán cargado del todo en el canal de YouTube de Cameron... y el equipo técnico de OPTIC debe de estar

rascándose la cabeza mientras Omnibus, el servicial guardabot, les cuenta que el sistema ha sido infiltrado... por Batman.

Es el hackeo más elaborado que ha llevado a cabo nunca, y sin darle a una sola tecla; eso haría que Cameron se sintiera muy orgulloso y emocionado si no fuera por la forma en que Seis lo mira. La confusión ha desaparecido del rostro del doctor, sustituida por una cacofonía de emociones: ira y frustración, pero también una oscura forma de alegría que le pone los pelos de punta a Cameron. En sus prisas por comprometer el sistema no se detuvo a pensar en qué pasaría después, en lo que hará Olivia con la gente que emita al mundo las caras de sus empleados. La verdad es que había llegado a creer lo que había dicho Seis sobre OPTIC: que no eran de esa clase de organizaciones de operaciones estatales no reconocidas, y que por pocos miramientos que tuvieran no estaban en el negocio de asesinar a la gente. Ahora eso suena terriblemente ingenuo.

Una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de Seis.

—Así que tienes algo especial. Ya les dije yo que tenías algo especial. Cuando te trajeron vi tus escáneres y les comenté...

El hombre salta de repente hacia la mesa. Cameron suelta un gritito, pero lo que busca es la tablet. La coge y la lanza al otro lado de la sala, rompiéndola contra la pared. Cameron ve cómo la vida de la máquina pasa ante sus ojos en un estallido de información fragmentada: retales de correspondencia, archivos médicos, fotos. Lo que ve lo deja sin aliento. Durante una décima de segundo su cabeza se llena de imágenes, fotos mal iluminadas de lo que parecen gárgolas de piedra... pero la piedra no sangra. En realidad son fotos de seres humanos, personas de verdad con demasiadas extremidades, con alas o garras, con los cuerpos en el interior de una masa de hueso como el exoesqueleto de un insecto. Ve sangre y suturas y...

Seis.

El doctor observa a Cameron, con los labios apenas visibles y mostrando lo que parecen kilómetros de encías rosadas y brillantes, y dos ordenadas hileras de dientes.

—¿Qué sabes de mi jardín? —pregunta, y Cameron da un paso, cuidadosamente, manteniendo la mesa entre los dos.

—N-nada —tartamudea.

El doctor sigue mirándolo, la sonrisa danzando en sus labios; parece estar estudiando su próximo movimiento. Cameron se fija a medias en que hay mucho ruido en el pasillo exterior, pero en la sala el silencio parece extenderse hasta el infinito. Nota que empiezan a caerle gotas de sudor por las sienes. Le da miedo moverse, respirar, parpadear.

Cuando la puerta se abre detrás de él, no se da la vuelta. No quiere apartar la vista del hombre de la bata blanca.

Pero Seis mira hacia arriba y entorna los ojos.

—No te conozco —dice.

Desde detrás de Cameron suena la voz de la doctora Nadia Kapur:

—Que el chico se vaya ya.

\* \* \*

Cameron se vuelve lentamente y casi se echa a llorar del alivio. Nunca ha estado tan contento de



ver a su psiquiatra; de hecho, está tan contento que, aunque por un momento se pregunta cómo lo ha encontrado, decide que le da igual.

—No he acabado —dice Seis, aunque suena inseguro.

Kapur niega firmemente con la cabeza.

—Ya. —Mira a Cameron y baja la voz—. ¿Nia? —pregunta, más amable.

Los ojos de Cameron se fijan en Seis, que también niega con la cabeza. Kapur entorna los ojos, pero parece comprenderlo. Se vuelve y señala detrás de ella, hacia el pasillo. Vuelve a hablar con volumen normal:

—Nos vamos.

Cameron duda. Algo en la mirada de Kapur resulta inquietante.

—No creo que vayan a dejarnos salir tan tranquilamente... —empieza a decir él.

—Estás en lo cierto —interviene Seis, con un tono casi agradable.

Kapur vuelve a taladrarlo con la mirada.

—No ha sido inteligente por tu parte interferir —dice.

El doctor le devuelve la mirada, sin disimular su curiosidad.

—De acuerdo —afirma, y se precipita sobre ellos.

\* \* \*

Con un siseo, Kapur esquiva las manos extendidas de Seis y se desliza por la pared con sorprendente rapidez. Cameron, instintivamente, da cuatro pasos atrás, pero no hay ninguna pared que le impida seguir: ha atravesado la puerta abierta y se encuentra en el pasillo exterior. Duda por un momento, y la puerta se le cierra en las narices.

La doctora Kapur se ha quedado sola.

Cameron piensa que no le va a pasar nada. No es a ella a quien buscan los de OPTIC y, en todo caso, está claro que sabe cuidarse. De quien sí ha de preocuparse es de sí mismo; tiene que salir de allí. Se vuelve y avanza rápidamente por el ancho pasillo, siguiendo el flujo de datos que sugiere que hay un grupo de ascensores en algún lugar más adelante. Observa los otros pasillos que salen a derecha e izquierda por si aparecen más agentes, pero no. Todo está sorprendentemente tranquilo, y hay un extraño olor metálico en el aire. Por fin dobla una esquina y suspira aliviado; allí está el ascensor, con las puertas ya abiertas, como si lo esperase a él. Entra de un salto y pulsa el botón de más arriba, que está marcado con una estrella y el número uno. Siente como los oídos le hacen «pop» mientras la cabina se eleva rápida y silenciosamente hacia su destino. Las puertas vuelven a abrirse ante un pequeño y oscuro vestíbulo, también vacío. Un momento más tarde está fuera, sin apenas aire en los pulmones, las manos vacías. Su chaqueta —y su móvil— siguen en la guarida subterránea de OPTIC, pero no va a volver a buscarlos. Solo espera que la doctora Kapur esté bien.

Aunque tampoco va a regresar para comprobarlo.

Por encima de la superficie, el edificio de OPTIC es engañosamente pequeño, una caja de cemento de un solo piso que parece un garaje o un pequeño almacén. La ciudad se eleva, brillante, delante de él. Ni siquiera está muy lejos de su casa. Piensa en ir primero allí, aunque no sabe qué hará cuando llegue. Su madre estará o muy enfadada o hecha polvo por la preocupación. Y, si lo que él ha hecho allá abajo con Seis y Omnibus sale como espera, va a tener que inventarse una

historia espectacular para explicar por qué se ha perdido la ceremonia de la graduación y su cita para cenar, pero sí ha colgado un nuevo vídeo en YouTube... además de descubrir el contenido de este. Piensa a toda velocidad mientras aprieta el paso durante todo el tiempo que puede. Cuando por fin su mente vuelve a la doctora Kapur y a la extraña forma en que lo miraba, no le parece importante. El recuerdo solo le ocupa el tiempo que necesita para revivirlo. Un momento después se esfuma, sustituido por cuestiones más urgentes. Lo deja ir sin ni siquiera encogerse de hombros.

Más tarde lamentará haberlo hecho.

*Sus pupilas, piensa, eran como dos pequeños discos. Dos discos lisos, como los ojos de una cabra.*

# 21

## ATRAPADA

*Culpa mía, culpa mía, es todo culpa mía.*

Nia vuelve a deslizarse por la estrecha ventana. Sabe que tiene que ser cuidadosa y no hacer ruido, aunque está demasiado angustiada como para preocuparse. Le parece un milagro que haya podido volver a casa. Su dolor la había agitado tanto que casi le resultó imposible abrirse camino y encontrar el estrecho pasadizo que llevaba al aula. Había dejado a su avatar meditando bajo un árbol en un mundo cubierto de bosques, después de decirle a Padre que tenía que concentrarse y no quería que la distrajeran. Pero, tras esta noche, regresar a aquel idílico paisaje verde parece una broma cruel. Se deja ir, sollozando, y convierte los árboles y las hojas y las flores en nanopartículas.

Lo sucedido esta noche es culpa suya. Fue idea suya, una estúpida idea suya, revelar la existencia de esa red y acabar con ella. Permitió que el ímpetu de Cameron la contagiara. La sensación de tener un objetivo, de ser parte de algo emocionante e importante, la había obnubilado. Había permitido que la volviera incauta. Hasta lo había convencido a él de que no necesitaban saber quién dirigía la granja de troleo, que lo importante era acabar con ella, aunque sabía mejor que nadie lo profundas y retorcidas que son sus raíces. Y ahora está pagando el precio de su estupidez y lo ha estropeado todo, incluida su mayor oportunidad de ser libre. Se suponía que Cameron iba a ser su caballero andante, su salvador, quien la rescatara de su prisión. Y ahora es prisionero él mismo, ¿y cómo va a escapar sin él? No puede. Él era su única esperanza.

Vuelve a pensar en la expresión de Cameron en aquel momento, al comprobar que estaba atrapado. Lo que sintió ella al ver como se lo llevaban. No tenía ni idea de que podía llegar a sentir un dolor así. La emoción que siente no tiene nombre, es demasiado fuerte e incontrolable como para que pueda contenerla. Su enormidad la aterra.

Él iba a salvarla.

Y ahora tiene que salvarlo ella a él.

El terrible dolor pasa a un segundo plano cuando se pone a trabajar, se concentra, canaliza todos sus conocimientos y energías en la búsqueda que había dejado inacabada. El código es como un mar que la consume. Se sumerge en él, se hunde más y más, encuentra aberturas que antes había ignorado, sigue el rastro del enemigo que ha intentado arrebatárselo todo. Ahora lo ve, y no comprende cómo antes no pudo. De alguna manera, el dolor le ha afinado la percepción; no solo ve lo que hay sino también lo que no hay. El camino hasta la puerta se encuentra en el espacio entre los espacios, como migas de pan esparcidas por los huecos del código. Por fin se eleva ante

ella, el muro de seguridad más vasto y complejo que ha visto nunca. Sabe que Cameron se encuentra al otro lado. De alguna forma puede sentirlo, igual que la noche en que se conocieron, cuando lo vio destruir un mundo porque sabía demasiado y estaba muy aburrido como para hacer otra cosa. En aquella ocasión la mente de él la había llamado. Ahora también lo hace.

Aunque construyesen cien muros como ese, los derribaría todos para llegar a él.

—Voy a buscarte —susurra.

—No vas a ninguna parte —dice Padre.

\* \* \*

El programa se queda congelado ante ella y Nia se queda congelada ante él. La voz de Padre lo atraviesa todo. Cuando por fin se atreve a mirar, la expresión de él es algo desconocido, como nunca ha visto antes: tiene los ojos húmedos, su voz es grave y tiembla por una ira que apenas consigue contener. Nia nunca ha sentido tanto miedo.

—¿Qué has hecho?

—Solo quería... —empieza a contestar ella, pero se da cuenta de que no sabe cómo acabar la frase.

Padre la mira fijamente y ella niega con la cabeza muy lentamente.

—Me has mentido —dice él—. Mentir... De todas las posibilidades que se me ocurrieron, esta nunca fue una de ellas. Has comprometido mi seguridad y te has escapado a escondidas. ¿Tienes alguna idea del peligro en que has estado? ¿O del peligro en que me has puesto a mí?

Ella no responde. No hay ninguna respuesta que vaya a contentarlo. No hay imagen que pueda dibujar, canción que pueda cantar, que pueda explicar la verdad de una forma que él vaya a entender, que explique que conocía los riesgos pero los asumió porque Cameron le había hecho ver que valía la pena.

—Me voy a mi habitación —dice.

Padre asiente.

—Sí, creo que eso será lo mejor.

Él cierra la puerta tras Nia, que se pregunta cuánto tardará esta vez en dejarla salir. ¿Días? ¿Semanas? ¿Sobrevivirá Cameron lo suficiente, o lo soltarán antes de que Padre la suelte a ella? Abre la interfaz para enviarle un mensaje, solo para decirle que lo siente y que espera que esté bien.

Entonces se da cuenta de que la señal está disminuyendo, más y más débil con cada segundo que pasa.

—Me culpo a mí mismo —dice Padre— por dejar que te conectaras. Creí que relacionarte con gente sería bueno para ti. Pensé que quizás algún día... pero me equivoqué. Los dos vamos a tener que vivir con eso. —Hace una pausa—. Tus amigos... Lo siento.

—¿Sientes qué?

—Que no vayas a tener ocasión de despedirte.

Nia grita de terror, se precipita contra la puerta. Demasiado tarde. Ya está cerrada con llave. Él la ha encerrado. La señal que la conecta al mundo exterior ya casi ha desaparecido. Teclea frenéticamente su último mensaje, una petición desesperada de ayuda.

Su texto sale volando hacia la nada mientras la habitación se queda a oscuras.

## 22

### LUCHAR Y HUIR

SEIS SE QUEDA MUY QUIETO mientras escucha los pasos irregulares de Cameron Ackerson que desaparecen hacia la salida por el pasillo al otro lado de la puerta cerrada.

Xal, usando los oídos robados a la doctora Nadia Kapur, hace lo propio. Los golpes y el chirrido de las zapatillas del chico contra el suelo se vuelven más lejanos, más dudosos, hasta detenerse. El suave ruido de la puerta del ascensor hace eco en el pasillo vacío.

Los dos, sin que lo sepa el otro, piensan que nada en este pequeño interludio ha salido como esperaban.

Seis observa a la intrusa, su irritación superada por la intriga. Ha dedicado el suficiente tiempo al cuerpo humano como para saber que en este hay algo extraño. Es por eso que decidió quedarse en la sala en vez de perseguir a su objetivo por el pasillo. Sean cuales sean los secretos de Cameron Ackerson, Seis está seguro de que no serán tan interesantes como los de esta mujer. Ella le devuelve la mirada, su rostro inmóvil e inexpresivo, una mano posada en la silla en la que Cameron estaba sentado. Parece relajada, solo la delatan los nudillos de una mano, la que toca la silla, que se están volviendo blancos por la fuerza con la que aprieta.

—Parece que nos hemos quedado solos. ¿Cómo has dicho que te llamas? —pregunta Seis.

—Soy la doctora Nadia Kapur.

—Ah, claro. Según el archivo de Cameron, su psiquiatra. Pero esto no es muy ortodoxo, ¿verdad? Es allanamiento de morada. ¿Lo haces con todos tus pacientes?

—Cameron es especial —dice ella, y sonríe radiante, mostrando los dientes. Son bastante afilados y tiene un montón, más incluso que él mismo, piensa Seis.

—Desde luego que lo es, doctora. Se estaba mostrando, hum, especialmente especial antes de que llegaras, pero supongo que eso ya lo sabes. Quizás deberíamos comparar nuestras notas sobre el chico, de un profesional de la medicina a otro. Te muestro las mías si tú me muestras las tuyas.

—Nada de lo que puedas mostrarme me va a interesar. —La voz de la mujer es extrañamente gutural, hay algo antinatural en la cadencia de su habla—. Y yo no tengo nada que ofrecerte.

—Eso lo dudo —dice Seis, y da un cauto paso hacia ella. Ladea la cabeza, mostrando claramente su curiosidad—. Tú también tienes algo especial, ¿verdad? No sabría decir exactamente qué...

La mujer se echa hacia atrás y le escupe. Él se aparta instintivamente y la sustancia aterriza en la mesa que hay detrás de él, donde empieza a emitir un siseo y la superficie de plástico burbujea.

Seis lo mira y vuelve a la doctora.

—Bueno, bueno. —Su voz casi tiembla por el interés—. Eso ha sido original.

\* \* \*

A Xal no le gusta la forma en que la mira ese hombre. No le gusta en absoluto. La mayoría de los humanos hubieran gritado y salido corriendo al ver lo que ella podía hacer; desde luego, los que conoció en su camino se mostraron apropiadamente aterrados antes de que los asesinara. Pero este no. Este la mira, ¿cuál es la palabra? Busca en el centro del lenguaje de Nadia Kapur hasta que por fin la encuentra: maravillado. Como un niño que acabase de recibir un regalo inesperado.

—¿De dónde eres, doctora Nadia Kapur? —le pregunta el hombre.

Ahora mantiene la distancia, pero claramente es por prudencia, no por miedo. De hecho parece estar conteniéndose para no acercarse más. De lo que no se contiene es de observarla. Xal entorna los ojos.

—No he venido a responder tus preguntas —dice.

El hombre se limita a sonreír.

—De acuerdo, Nadia. ¿Ese es tu nombre de verdad, Nadia? Tienes unos ojos muy bonitos, ¿sabes? Unos ojos bellos y muy poco habituales. Al principio casi ni me di cuenta, pero esas pupilas no vienen por defecto, ¿verdad? Al menos no por aquí. Me encantaría saber de dónde las has sacado. —Hace una pausa y sonríe aún más ampliamente—. O podrías darme tus ojos.

—No te atrevas —avisa Xal.

—Los cuidaría muy bien —sigue él—. Y cualquier otra parte que quisieras aportar. Estarías encantadora a trozos en mi jardín. Tengo un presentimiento, Nadia: creo que serás mi escultura más bella hasta el momento.

Xal no acaba de entender lo que dice el hombre, aunque sabe que no le gusta su tono o la forma en que ha empezado a llevarse una mano al bolsillo de su bata blanca de laboratorio. Agarra fuerte la silla, con los músculos tensos, y analiza sus propias capacidades. Son menores de lo que desearía. Estuvo siguiendo al chico esta noche, esperando mientras él corría por las calles, tan agitado, tan concentrado, que ella creyó que iba a suceder por fin hoy: que la iba a conducir hasta su objetivo, que ha descrito en el archivo de audio como «ha valido la pena esperar». No sabía lo acertado de la frase.

La iba a conducir hasta Nia.

Era más de lo que Xal había soñado nunca, un resultado tan increíble que ni se había atrevido a desearlo. Nia, el orgullo del Inventor, había sobrevivido y ahora estaba aquí, en la Tierra, atrapada en la forma de una ingenua adolescente. Con Nia bajo su control, Xal no solo conseguiría su venganza sino también todo un mundo solo para ella.

Pero entonces el chico, ese chico estúpido, cayó en la trampa de otro antes de que hubiera conducido a Xal hasta su presa. Apartó la vista un momento y cuando volvió a mirar, él huía por la calle con los hombres de negro detrás. Se lo habían arrebatado ante sus propias narices, y ella solo podía seguirlos... y hacerse con los seres que se encontrara por el camino. Por desgracia seguía necesitando el cuerpo de la doctora Nadia Kapur, y lo necesitaba intacto, para ganarse la confianza del chico y convencerlo de que siguiera sus instrucciones. Una piel humana más grande y poderosa le hubiese facilitado el trabajo, al igual que algunos aumentos en sus dientes y uñas.

Tal y como es ahora, su capacidad está muy limitada. Su golpe de suerte apareció en la forma de un extraño edificio con estanterías repletas, del suelo hasta el techo, de criaturas en unas cajas brillantes de cristal. El cartel de fuera decía EMPORIO DE ANIMALES EXÓTICOS ANIMALIA. Xal no sabía si se trataba de alguna especie de museo, un lugar donde los humanos podían admirar sin riesgos a aquellas especies superiores; o quizás se tratara de una prisión en la que se mantenía a las criaturas más peligrosas como esclavos. Fuera como fuera, le había resultado útil. Una colonia de laboriosos insectos resultó tener los órganos de secreción de ácido con los que acaba de amenazar al hombre de la bata blanca (y que ha usado también para derretir el rostro de la mujer que se encontró arriba y que se echó a gritar). Había criaturas rastreras sin extremidades que le ofrecieron sus capacidades para matar, y otra, sumergida en agua, resultó tener notables poderes de curación. Pero el mejor de todos fue una cosa brillante y gordita con marcas estriadas; se movía lentamente pero ocultaba un poderoso veneno. A Xal le indignó ver lo poco que los humanos apreciaban su belleza; el cartelito en su prisión de cristal decía MONSTRUO.

Absorbió a las otras criaturas sin la menor preocupación o cuidado, pero aquella le pareció especial. Cuando le arrebató el veneno, relleno con su propio ADN el hueco que le había producido. El bello monstruo no volvería a ser el mismo pero sobreviviría.

\* \* \*

—Qué raro —dice Seis—. Estaba seguro de que a estas alturas ya habría aparecido alguien que interrumpiera nuestra conversación. Pero estamos solos. ¿Por qué, Nadia?

Xal tensa el cuerpo, apretando los músculos para atacar.

—Porque tus amigos están muertos —dice.

Seis hace un gesto de negación con una mano.

—En realidad no son mis amigos. Más bien son compañeros de trabajo. —Pero, cautamente, la mira de lado y pregunta—: ¿Los has matado a todos?

Xal se encoge de hombros.

—A todos los que he visto.

—Ajá —dice Seis, y se precipita contra ella.

Es rápido, más de lo que ella se imaginaba, y tiene un perfecto control sobre todo su cuerpo.

Algo plateado brilla en su mano, y en la manga de Xal aparece una larga raja. Suelta un grito sibilino mientras esta se llena de sangre, juntándose en el codo. Levanta una silla del suelo y la lanza. El hombre se aparta con facilidad y la silla se estrella contra la pared opuesta. Un panel se rompe y tras este se ilumina una luz roja y una alarma empieza a aullar. La sala queda a oscuras, y entonces es iluminada desde todos los ángulos por una suave luz roja.

*Iniciado protocolo de cierre de emergencia*, dice una voz femenina.

Xal ruge, se arranca el abrigo del cuerpo y lo tira al suelo con un sonido húmedo. Está sola y furiosa. Mientras estaba desconcertada por la alarma, el hombre ha abierto la puerta y ha huido a toda velocidad. Ella también lo hace, antes de que esta vuelva a cerrarse.

El pasillo está vacío.

No importa. Abre la boca, mostrando una lengua bífida que asoma un par de veces muy rápidamente. Sus pupilas se dilatan y acumula saliva en las mejillas; huele el sudor del hombre,

agridulce con toques de adrenalina, tan fuerte y potente que podría emborracharla. Siente una punzada de hambre; un impulso no solo de cazar sino de comer, de desencajar su mandíbula, como las criaturas sin extremidades, y tragarse entera a su presa, con huesos y todo.

Echa a correr por el pasillo sin demasiada prisa, la cabeza ladeada para seguir su rastro, los brazos caídos. Se está acercando, acercando...

¡CRAC!

Cae de rodillas un segundo antes de que el hacha que pasa por encima de su cabeza se estrelle contra la pared. Otro panel se rompe. Seis suelta un taco y tira del arma para atacar de nuevo. Xal se lanza contra las rodillas del hombre, envolviéndolas en sus brazos y apretando, esperando oír el fuerte crac de huesos al partirse. Pero, en vez de eso, lo que siente es el golpe de la cabeza del hombre al caer al suelo, que durante un instante pone los ojos en blanco y suelta un gruñido sordo.

Xal está casi decepcionada. Quería que el hombre gritara al morir. Matarlo mientras está casi inconsciente no va a ser ni la mitad de divertido. Quizás pueda hacer que se recupere. Tiene la camisa rasgada, asoman unos centímetros de su barriga pálida y amarilla. Agarra la tela y tira de ella, dejando al descubierto un tierno abdomen, bajo la piel del cual se encuentran todos esos órganos vulnerables y los intestinos como cuerdas. Deja para más tarde la cabeza y escupe un ácido viscoso justo en el ombligo.

Los ojos de Seis se abren mientras grita de dolor.

*Así mejor.*

Xal le devuelve un rugido, intoxicada por la satisfacción de ver al hombre indefenso. Pero decide acabar con él en ese instante; a fin de cuentas, no ha venido a eso, ha sido solo una breve diversión. Se acerca más al cuerpo yaciente, se apoya en el pecho y desencaja sus propias mandíbulas, abriendo la boca más y más, tensando la piel los dolorosos doce centímetros que hay ahora entre sus labios. En circunstancias normales, el veneno del monstruo no es letal para los seres humanos, pero Xal está segura de que resultará efectivo si se lo inyecta directamente en los ojos. Y después de lo que el hombre dijo que le haría a ella, eso sería... ¿cómo se dice? Explora de nuevo la memoria de Kapur y encuentra la palabra.

*Poético.*

Sería poético.

Se acerca aún más. Su boca abierta del todo parece la caricatura de alguien sorprendido. Se prepara a hundir sus alargados caninos en los ojos parpadeantes de Seis.

Esta vez no hay aviso ni posibilidad de esquivar.

Él hunde el cuchillo de forma experta en el blando cartílago de la muñeca de Xal y lo retuerce. Vuelve a hacerlo. Y otra vez más.

Cuando ella retira el brazo, la mano cortada queda en el suelo.

Se echa hacia atrás y aúlla, acerca el muñón del brazo a su rostro y vuelve a gritar cuando la presión arterial le echa un chorro de sangre en los ojos. Da unos pasos atrás a cuatro patas, rasgándose los codos y las rodillas, mientras Seis se pone en pie con el cuchillo en una mano y el hacha en la otra, y le sonrío.

A Xal no le gusta la situación. No le gusta nada.

—Eres especial, desde luego —dice él. Mira la muñeca de la mujer, en la que pequeñas tiras de tejido rosa muestran que ya está empezando a regenerarse—. Eres única.

Xal no contesta.



No ha venido a eso.

Se da la vuelta.

Corre.

Sobrevive.

## 23

### EL OTRO LADO DE LA PUERTA

*MENSAJE DE CAMERON, 11:03 P.M.*

*Nia, estás bien? Yo bien. Dra Kapur me rescató. Raro. Dónde estás?*

*11:06 P.M.*

*Me estás preocupando. Dime q estás bien.*

*11:08 P.M.*

*Nia? No me gusta nada que no contestes.*

*11:09 P.M.*

*HOLA?*

*11:10 P.M.*

*WTF DÓNDE ESTÁS*

*11:15 P.M.*

*Por cierto, gracias por intentar ayudar.*

*11:16 P.M.*

*P.D. No les dije nada de ti aunque eras a quien buscaban y un hijoputa me conectó electrodos en la cabeza y me interrogó.*

*DE NADA, CABRÓN*

*11:19 P.M.*

*Nia por favor por favor por favor contesta lo siento por favor dónde estás???????*

Cameron se muerde fuerte el labio y se frota los ojos con furia, intentando contener las lágrimas, impotente. No es solo el hecho de haber sido capturado por Olivia Parker y sus matones, o la frustración, que aún se mantiene, por la forma en que lo provocó al decirle que sabía cosas sobre su padre. Es que esta noche ha desaparecido la ilusión de que Nia y él pudieran provocar ningún cambio verdadero. *Mañana mismo podríamos tener a un nuevo Daggett Smith en las ondas.* Eso había dicho aquel doctor friki, y lo que le pesa en el fondo del corazón es que sabe que es cierto. Todo ha sido en balde. OPTIC es más grande y más poderosa, como una ola imparable. No importa lo que Nia y él hicieran, nunca sería suficiente.

También está furioso con Nia porque ni tan siquiera ha intentado ayudarlo a escapar. Y a la vez

siente mucho miedo por lo que pueda haberle pasado, lo que hace que todo sea aún peor. Lo primero que él hizo, tras un fracasado intento de ejercer el control de los daños parentales y que acabó con su madre declarándolo castigado «hasta el puto fin de los días», fue buscar un viejo móvil para recuperar el contacto con ella. Sintió esperanzas cuando el aparato se iluminó lleno de mensajes... pero ninguno era de Nia. Había furiosos mensajes de voz de su madre, unos cuantos comentarios confusos de sus suscriptores de YouTube y un curioso texto de Juaquo («¿Qué pasa con esta versión cutre de *Agentes de S.H.I.E.L.D.?*»), pero ni un solo mensaje de la persona que debería estar más preocupada. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no le respondía? ¿Estaría escondida, temerosa de acabar como él, o —se le revuelven las tripas al pensarlo— Olivia y OPTIC también la habían atrapado? ¿Solo simularon no saber quién era Nia para que él les diese alguna información? No lo cree pero tampoco lo sabe con seguridad, y la posibilidad de que su amiga esté en peligro lo reconcome. Han pasado seis horas desde que los de OPTIC se cargaron sus aparatos y se lo llevaron para interrogarlo. Seis horas. Desde que conoce a Nia casi nunca han estado ni la mitad de ese tiempo sin comunicarse. Recordar esto lo llena de temor.

*Algo va mal. Si no es por lo de OPTIC, será por otra cosa.*

Rechina los dientes, frustrado, superado de nuevo por lo que ha visto esta noche mientras Seis lo interrogaba: por mucho que conoce a Nia, no sabe casi nada de ella. Ni su dirección, ni su fecha de nacimiento; ni siquiera su apellido. Si algo le sucediese, él no podría ni decirle a la policía dónde buscar. Nia se había asegurado de eso desde el primer momento, cuando rastreó pistas sobre su identidad y ella le metió bronca por fisgonear.

Cameron se yergue totalmente en su silla.

*No lo sé, piensa, por qué dejé de buscar.*

Se vuelve hacia su ordenador. La pantalla cobra vida al mirarla. Se concentra y hace que su consciencia fluya primero hacia dentro y después hacia fuera, en el espacio virtual, y entre en el mundo privado de los dos.

Abre la puerta y entra.

El regordete perro marrón sigue allí, sentado justo donde lo dejaron. Mira aburrido a Cameron pero no lo saluda. El asiento del sofá aún está cubierto de pétalos. Todo está exactamente igual, nadie ha movido nada. Está claro que Nia no ha ido. Pero desde allí él puede alcanzarla. Cruza la sala, con las flores a sus pies, y se apoya en la pared opuesta. Esta brilla cuando la toca, y se forma un pomo de cristal bajo su mano.

—Esa no es tu puerta —le dice el perro, y el sobresalto hace que Cameron dé un saltito.

*Ah, sí, el perro habla.* Fue cosa de Nia; a fin de cuentas, insistió, ¿no se trataba de hacer que en su mundo virtual pudieran aplicar las reglas que quisiesen? Pero lo del animal siempre le ha dado grima.

—Voy a buscarla —replica Cameron, y siente un punto de vergüenza. *¿Por qué le estoy dando explicaciones a un perro parlante digital?*

—Esa no es tu puerta —repite el perro.

—Cállate, Dogue, o te borro y te sustituyo por mil conejillos de Indias —dice Cameron.

El perro no contesta. Abre la puerta y pasa por ella.

Es el portal de Nia, la entrada que creó Cameron solo para ella, de forma que pudiera entrar y salir a placer. Debe de haber pasado hoy por aquí; incluso si ha usado un programa de enmascaramiento y ha empleado múltiples servidores antes de llegar, él debería de ser capaz de

seguir su rastro digital hasta el lugar de donde salió originalmente, o al menos conseguir su geolocalización aproximada o averiguar a nombre de quién está registrada su IP. Pero en cuanto está al otro lado de la puerta se detiene, anonadado. No hay rastro, no hay camino de miguitas. La entrada de Nia al mundo de los dos es como un largo pasillo en el que alguien ha cerrado todas las puertas y apagado las luces. Allí no hay nada de nada.

Se da la vuelta.

Y entonces lo ve.

En el lado de la puerta de Nia hay un mensaje casi imperceptible. Un mensaje para él, dejado cuando alguien cortó la conexión. Aquí, en un lugar donde solo una persona podía dejarlo y solo Cameron podía encontrarlo.

La primera línea es un grito de ayuda desesperado.

La segunda le resulta atterradoramente familiar.

*POR FAVOR VEN ANTES DE QUE ME HAGA DAÑO*

*41° 54' 37,8" N, 81° 40' 02,1" E*

Cameron abre los ojos de par en par y suspira. En la mesa que está junto a él, su viejo visor de realidad aumentada se enciende y el display rasgado emite un ligero brillo mientras se recalibra.

Nia le ha enviado sus coordenadas. Él ni siquiera necesita buscar dónde es. Conoce el lugar de memoria.

Ha estado allí antes.

Solo, atrapado en una tormenta. Donde le cayó el rayo.

## 24

### ENTRADA A LA TORMENTA

EL PUERTO DEPORTIVO está silencioso, más de lo normal. Las olas al llegar son el único ruido que oye Juaquo cuando va en su Impala hasta la verja. Tras esta, las barcas atracadas se balancean con suavidad en las oscuras y frías aguas. Los muelles están desiertos al leve brillo de las luces de seguridad. Echa el freno y se gira hacia Cameron.

—Tengo que decirlo una vez más. Que conste que no entiendo por qué tenemos que ir de pesca nocturna en vez de llamar a la policía.

Su amigo no contesta. Ya ha salido por la puerta y se dirige tan rápido como puede al muelle. Juaquo bufá y lo sigue, se mete las llaves en el bolsillo y vuelve la cabeza para mirar por última vez el coche. La pintura de la capota, una elaborada imagen de la virgen de Guadalupe rodeada de rosas, resulta tan vibrante a la cálida luz halógena de la farola que parece estar viva.

—Quédate aquí, a salvo —dice.

—¿Qué? —exclama Cameron.

—Le hablaba al coche.

El club náutico está cerrado tras una fuerte puerta de hierro de seguridad, con un sistema de entrada por teclado. Pero, con solo mirarlo Cameron, el mecanismo hace un clic y un *crac* y la cerradura se abre.

—Qué raro... —empieza a decir Juaquo, mientras Cameron entra a toda prisa sin dar explicaciones.

El muelle gruñe bajo sus pies cuando se abren camino por entre el laberinto de barcas, sus sombras alargadas extendidas ante ellos. Cameron mueve constantemente la cabeza a un lado y a otro, como si intentase detectar un aroma en el aire, hasta que por fin Juaquo dice:

—Pareces una ardilla enjaulada. ¿Qué haces?

Cameron susurra:

—Busco la barca.

—Ajá. Pero ¿tu barca no está hecha pedacitos?

—No busco mi barca; busco *esa* barca —replica su amigo, señalándola.

Juaquo mira y se queda boquiabierto. Cerca hay una, aerodinámica, negra, de las que se compraría algún multimillonario friki porque es lo más parecido en la Tierra a una cápsula espacial. Vale más que su casa y su coche juntos, y definitivamente no es una barca que la familia Ackerson pueda permitirse. Pero Cameron camina decidido hacia ella y, antes de que llegue,

cobra vida: el motor borbotea, el panel de instrumentos trina, el interior brilla de color púrpura.

—Ya sé que dijiste que no tienes tiempo para explicaciones —dice Juaquo—, pero, tío, al menos contéstame a esto. Me cuentas que necesitas que te lleve al club náutico. Vale. Quieres que salga en mitad de la noche a pelearme con el padre de tu novia. Es raro, pero vale, lo hago. Aun así, hay una línea que no quiero cruzar, y para mí es meternos en esta barca pija que vale millones y no te pertenece y parece una nave espacial y también *parece estar encantada*.

Cameron se sube a la barca y se vuelve hacia Juaquo. Se señala la lentilla de realidad aumentada que lleva puesta en el ojo.

—No está encantada; es inteligente. —Ahora señala al panel de instrumentos—. Ignición sin llave, navegación digital. —Al ver que Juaquo no se mueve mira al infinito—. ¿Entiendes lo que te digo? Es inteligente, y si es inteligente, puede ser hackeada. No son fantasmas, tío, soy yo.

—Has hackeado la barca.

—Sí. ¿Seguimos o qué?

—¿Cómo has hackeado la barca?

—No tenemos tiempo para...

—¡TÍO!

—¡Vale! —exclama Cameron—. Te lo voy a explicar, pero por el camino, ¿de acuerdo? Esto es urgente y me voy ahora mismo, contigo o sin ti. ¿Vienes?

Juaquo gruñe y farfulla algo, pero suelta el amarre, sube y se coloca a los controles, al lado de su amigo. El sonido del motor crece, pasa de un gorgoteo a un ronroneo, mientras dejan atrás el perfil luminoso de la ciudad y salen a la vasta oscuridad del lago.

\* \* \*

Diez minutos más tarde, Juaquo se sienta pesadamente y se lleva las manos a las sienes.

—Es el superpoder más friki que he oído en mi vida —dice, elevando la voz para hacerse oír por encima del ruido del viento y las olas. La barca es una isla solitaria en la oscuridad; sus faros solo iluminan el agua infinita que les rodea en todas las direcciones—. ¿Así que puedes hackear cosas con la mente? ¿Y cómo funciona eso?

—No lo sé. Solo sé que lo hago. Me conecto al sistema y miro archivos, ejecuto programas, hasta puedo recodificar desde dentro. Es como tener una conversación; cualquier aparato con una red de software...

Juaquo rebusca en un bolsillo y saca su móvil.

—¿Este también?

—Sí, ese también. Ya te lo he dicho: teléfonos, portátiles, sistemas de seguridad, aspiradoras automáticas...

—¿Has conversado con una aspiradora?

—Lo que digo es que si tiene una interfaz de software puedo comunicarme con ella —dice Cameron, exasperado—. No es que me quede en la habitación haciéndole confesiones a la Roomba, caramba. Pero podría reprogramarla para, no sé, perseguir al gato o escribir mensajes en la alfombra, cosas así. No es brujería. Seguramente algunas de esas cosas ya habría podido hacerlas antes si hubiera tenido un ordenador alucinante y tiempo ilimitado para trabajar en ello. Pero ahora es como... orgánico. E instantáneo. No necesito tiempo o herramientas. Simplemente

sucede.

Juaquo alza las cejas.

—O sea, que antes eras un friki normal y ahora eres un friki mejorado. Eres superfriki.

—Prefiero «ciberkinético» —replica Cameron.

—Eso es justo lo que diría un superfr... —Las palabras de Juaquo se pierden en un estallido de tonos de aviso y flashes de luz. Los displays digitales de la barca se están volviendo locos, hacen toda clase de ruidos mientras un mar de números hace scroll y parpadea en las pantallas. Juaquo señala y grita—: ¿Eso es cosa tuya?

Cameron niega con la cabeza y mira muy serio por la proa. Sus lentillas de realidad aumentada, acabadas de cargar y sincronizadas con su viejo sistema de navegación propietario, muestran una caída repentina de presión del aire y repiten un mensaje: actividad eléctrica anómala. El aire que rodea la barca es húmedo y apelmazado y huele a ozono. Traga saliva y sus oídos se taponan. Siente como el miedo se desenrolla como una serpiente de hielo en el fondo de su estómago, y cuando mira a Juaquo también ve el pánico en sus ojos. Cameron aprieta los dientes y cierra los puños, preparándose para lo que sabe que viene ahora.

—Te conviene agarrarte a algo —dice a la vez que el primer rayo parte el cielo.

\* \* \*

Mientras la tormenta crece a su alrededor, Cameron se pregunta por enésima vez si Nia estará bien y por qué lo ha enviado al lago Erie en mitad de la noche.

Entonces el mundo se ilumina con la electricidad y ya no se pregunta nada sobre nada. En un instante la tormenta estalla a su alrededor y una vasta red de rayos blancos se tragan el cielo, el lago, la barca. Al igual que antes, no hay viento, pero aun así Cameron juraría que oye un aterrador aullido, un eco por encima de ellos, un sonido entre el sollozo de una mujer y el grito de un animal enjaulado. El ruido eléctrico de los rayos está por todas partes, las cegadoras lenguas llegan tan rápido que ni siquiera hay tiempo para respirar entre ellas. Trombas de agua estallan hacia arriba cuando los rayos alcanzan la superficie, llenando la barca de espuma congelada, empujándola hasta desviarla. Le resulta muy difícil corregir el rumbo. El faro delantero se apaga con un flash; las luces de color violeta del interior parpadean una vez y acaban igual. El sistema de navegación ahora no sirve para nada, pero el display de su visor sigue brillando ligeramente, indicando que van por buen camino. Aplasta el rostro contra el cristal delantero y tuerce el cuello para ver lo que hay delante. El cielo está cubierto de nubes que dan vueltas en círculos, iluminadas desde dentro por los fuertes flashes de los rayos, saliendo en espirales desde un único punto de origen que debe de ser el ojo del huracán. En el centro puede verse un pequeño círculo de cielo estrellado, rodeado de blanco.

—¡Esto es una locura! —grita Juaquo desde detrás de él. Está agazapado en el centro de la nave, agarrado a los lados de una mesita con agujeros para los vasos. Ya ha llenado dos de ellos con sus vómitos y ahora lo está haciendo con un tercero—. ¡No vamos a poder atravesar esto! ¡Tenemos que dar media vuelta!

Cameron niega con la cabeza e intenta ver por entre la espuma. Están tan cerca que puede sentirlo. Y allí delante... ¿puede ser que acabe de vislumbrar algo? Juraría que por un momento...

—¡Tío! —vuelve a gritar Juaquo—. ¿¡Me escuchas!?! ¡Me cago en la leche, vamos a morir

aquí y...!

Su voz resuena en el repentino y vacío silencio.

La tormenta, el cielo, las desconcertantes luces eléctricas, incluso el propio lago, han desaparecido. Durante un momento la barca atraviesa a ciegas una oscuridad suave y gruesa como el terciopelo.

Entonces se produce una especie de golpe, y Cameron y Juaquo caen al suelo mientras la barca sigue hasta detenerse de improviso ante una costa invisible.

Juaquo suelta un gruñido y se pone en pie. Saca el móvil del bolsillo y lo pone en función linterna; este se ilumina y se refleja en el plexiglás que los rodea.

—¿Qué...? —empieza a decir, pero se detiene confuso—. ¿Dónde estamos? ¿Contra qué hemos chocado?

—No lo sé —contesta Cameron. Sale a la estrecha popa y deja que sus ojos se acostumbren a la oscuridad. Su visor de navegación muestra un último mensaje: destino alcanzado, y se apaga—. Pero hemos llegado.

—¿Adónde?

—Adonde se supone que teníamos que ir. Nia me envió unas coordenadas y corresponden a este lugar.

Cameron se apoya en la barca para salir y con un pie busca el suelo que no puede ver pero sabe que está ahí. Un momento más tarde, la punta de su zapatilla chirría contra la superficie; es lisa, ligeramente curvada. *¿Una isla artificial?* No se trata solo de la suavidad antinatural de la orilla, hecha de una sustancia oscura que no es tierra ni roca y donde no crece nada. Siente la presencia de tecnología bajo sus pies, resonante, vibrante, inmensamente poderosa. Su voz es como un ronroneo seductor dentro de la cabeza de Cameron.

Juaquo también baja y se queda a su lado.

—La leche, qué oscuro está. ¿Qué es este lugar? —Mira atrás, más allá de la punta de la barca, y señala. Mucho más allá, en lo que parece el final de un largo túnel, ve el ligero brillo de los rayos—. Hemos entrado por ahí. Entonces, tu novia... ¿qué?, ¿vive aquí? ¿En un hangar de aviones flotante? ¿En mitad del lago Erie? ¿Cómo es que esto no nos ha aparecido en el radar? ¿Cómo puede...?

—Ya le preguntaremos a ella todo eso... en cuanto la encontremos —dice Cameron—. Está clarísimo que aquí hay algo. Puedo sentirlo.

Juaquo se da un toquecito en la frente.

—¿Quieres decir como la barca... algo inteligente?

Cameron asiente, aunque piensa que eso no es exacto. La presencia que nota en este lugar es muchísimo más lista.

\* \* \*

Solo han avanzado un poco por entre la oscuridad cuando ven una estructura, un domo, que se eleva del suelo frente a ellos. En el centro hay una sombra que resulta ser una estrecha puerta. La linterna del móvil de Juaquo, cuya luz se refleja apenas en el suelo que pisa, ilumina la construcción mientras entran: paredes lisas sin ventanas, techo redondo, suelo, todo del mismo material que la propia isla. Se agacha y coloca una mano sobre el suelo, y resigue con un dedo la



oscura silueta de un pequeño surco. Es una trampilla. Juaquo pasa los dedos por el borde, se detiene a medio camino y tira de un pomo que se asoma. Mira a Cameron; este asiente. La portezuela se abre sobre sus bisagras silenciosas, dejando al descubierto una escalera apenas iluminada que desciende en espiral hacia un destino desconocido. Las propias paredes, no negras sino de un violeta muy oscuro, como la piel de una berenjena, emiten un leve brillo.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Juaquo.

Cameron aprieta los dientes.

—Este es el lugar y Nia me necesita. Vamos.

Bajan guardando un silencio cauto. Los minutos pasan hasta que la trampilla desaparece en algún punto de la oscuridad por encima de sus cabezas. Cameron intenta estar preparado para lo que viene, aunque con cada paso es más y más consciente de que eso es imposible. Incluso después de haber robado la barca-cápsula y haber salido al centro del lago, imaginaba que la confrontación que les esperaba sería como en los guiones de las pelis de acción: encontraría a Nia atrapada en una cabaña o algo así, quizás atada y con una mordaza, aunque más probablemente encerrada en su habitación, y a su padre —a quien Cameron nunca ha visto pero que, por alguna razón, se imagina igual que Bruce Campbell en *Ash contra Posesión Infernal*—, que intentaría inútilmente evitar que la rescatase. En su fantasía más desaforada, que rechazó por demasiado alucinante en cuanto se le ocurrió, Bruce Campbell tenía en sus manos una escopeta y él se la arrebató tras una pelea.

Pero ahora tiene que admitir que la realidad con la que se ha topado no es rara sino rara al cuadrado, más rara que nada que se le pudiera haber ocurrido. Y aún no han encontrado a Nia.

La voz de Juaquo interrumpe su ensueño:

—Eh, ¿has oído eso?

—No —contesta Cameron, pero en cuanto acaba de pronunciar la palabra él también lo oye. Es leve pero va creciendo. En su confusión, resbala en la escalera. Juaquo le agarra de un brazo. Y entonces un pulso bajo, muy familiar, llena el pequeño espacio.

—Viene de ahí —dice Juaquo, señalando, y Cameron se da cuenta de que la escalera acaba justo debajo de donde está él.

Después de los últimos peldaños se encuentran en una plataforma que da a un estrecho camino iluminado a ambos lados por paredes ligeramente luminosas. Al final hay una puerta medio abierta. Ahora la música que llega desde el otro lado es tan fuerte que Cameron siente como si cada beat saliese del interior de su pecho. Cruza la pasarela y mira por el hueco que hay entre esta y las paredes. Una oleada de vértigo lo domina y tiene que agarrarse fuerte. El espacio parece extenderse eternamente, curvándose a los lados sobre una inmensa nada, aunque oye dentro la cháchara de un programa de software. Llega de todas partes, pero la señal más fuerte parece salir justo de delante, se cuela por el resquicio de la puerta abierta. Apoya en esta una mano y se detiene de repente, con lo que Juaquo choca contra él por detrás. La pulsante música le llena los oídos mientras contempla una muchedumbre con varas fosforescentes de color púrpura, todos mirando hacia un escenario flanqueado por enormes pantallas de dos pisos de altura. Un hombre con esmoquin blanco baila frenéticamente en el centro del escenario, imitado por una docena de bailarines vestidos exactamente igual que él. Cameron no puede hacer otra cosa que mirar.

*Heeeeeey, sexy lady!*, canta el hombre mientras la multitud grita delante de él. Cameron siente que le tocan un hombro.

—¿¡Estoy alucinando!?! —exclama Juaquo.

—¡No! —Cameron le devuelve el grito.

—Entonces, ¿desde cuándo está de gira por nuestra ciudad el tío de *Gangnam Style*?

—¡No lo está! —grita Cameron, pero su amigo señala furiosamente hacia el escenario y usa el gesto para destacar cada palabra.

—¡Obviamente! ¡Sí! ¡Que! ¡Lo! ¡Está!

—¡No cre...! —empieza a responder Cameron, pero se queda mudo mientras mira.

Se le pone la piel de gallina. Por un momento, todo (la tormenta, el concierto, incluso la misma razón de que estén allí, Nia) queda olvidado por completo. En mitad del gentío vociferante hay un hombre que da la espalda al escenario y mira por entre los cuerpos a Cameron, que a su vez también lo mira sin aliento. Es un momento que ha imaginado infinitas veces durante los últimos diez años, y que siempre parecía ir acompañado de preguntas inquietantes: *¿Qué haría? ¿Qué diría? ¿Me reconocería? ¿Y yo a él?*

Pero ahora todas esas cuestiones se esfuman.

No siente dudas, solo sorpresa, y una inundación de emociones.

Da un paso adelante, con los ojos fijos en un rostro que desde hace mucho solo ve en fotos y en sus propios recuerdos.

—¿Papá? —pregunta.

Apenas puede oír su propia voz por encima de la música, pero no importa. Su padre —y lo es: lleva los mismos pelos revueltos y la barbita de pocos días de la que Cameron le tiraba cuando era niño— da un paso hacia él.

—Hijo, no deberías estar aquí. Es demasiado peligroso. ¡Tienes que irte ya!

—Pero...

No acaba la frase.

En el escenario la canción finaliza con una explosión de fuegos artificiales. Involuntariamente, Cameron levanta una mano para protegerse los ojos.

Cuando vuelve a mirar, su padre ya no está.

—¡Papá! —grita, y avanza corriendo, inseguro.

La multitud le abre paso mientras él busca frenéticamente el rostro familiar, el abundante pelo oscuro. Acelera aún más cuando ve delante, por un segundo, a William Ackerson, que es conducido por entre la gente por dos hombres que parecen furiosos y lo tienen agarrado y lo arrastran de los brazos. *¡Van a llevárselo! Voy a perderlo*, piensa Cameron, sus sentidos ahogados por el pánico. Persigue a los hombres, sortea a dos personas que gritan y se apartan de su camino. Emerge de entre la multitud justo a tiempo de ver cómo arrastran a su padre a través de otra puerta que hay más adelante.

—¡PAPÁ! —exclama de nuevo, y vuelve a correr tras él mientras Juaquo le grita desde atrás que lo espere.

Se lanza contra la puerta y resbala mientras la atraviesa, se cae de bruces, mira y se queda sin respiración. Debajo de él hay una alfombra gastada. Por todas partes lo rodea el suave murmullo de unas voces. Un rayo de luz del sol entra filtrado, suave, a través de una ornada ventana de cristal de colores en lo alto de la pared, tocando los hombros de un par de ángeles esculpidos que flanquean un largo pasillo entre hileras de bancos de iglesia. El pulso de la música y el rugido de la multitud han desaparecido; cuando mira atrás solo ve a Juaquo frente a una puerta cerrada, mirando confuso a su alrededor. Cameron se pone en pie torpemente, sin dejar de buscar en ningún

momento a su padre con la mirada.

—¿Papá? —repite, pero, si su voz quedaba casi ahogada por la música en la última sala, ahora es atronadoramente alta.

La gente que murmura y reza con las manos recogidas en los regazos o juntas frente a sus cabezas agachadas le dedica miradas de reojo. Una anciana con un sombrero recargado susurra: *Chissst*.

Cameron la mira. Al igual que su padre, también le resulta familiar, solo que esta vez no se le ocurre de qué la conoce; solo sabe que su presencia le da miedo, y que este miedo no hace más que crecer cuando se fija en el sombrero. Va a suceder algo horrible. Lo siente en su interior, pero ¿cómo lo sabe?

Esta vez es Juaquo quien le ofrece la respuesta.

—Dios mío —dice su amigo en voz baja—, ¿qué pasa? ¿Cómo hemos venido a parar aquí? —Cameron se vuelve para mirarlo y ve que su amigo lo observa todo con los ojos abiertos de par en par, aterrorizado—. Es esa iglesia, la de las noticias, donde...

*El vídeo*, piensa Cameron, y todo encaja. La misma luz suave, los mismos ángeles esculpidos, con los píxeles y la imagen temblorosa típica de una grabación de móvil. El pum, pum, pum de los disparos, los gritos de los heridos. Una anciana caída en el pasillo central, su sombrero cubierto de sangre oscureciéndole el rostro.

—Mierda —suelta Cameron, y la anciana vuelve a mirarlo.

—¡Chissst! —le indica, enfadada.

Es lo último que va a decir en su vida.

Detrás de él, la puerta de la iglesia se abre.

—¡Corran! —grita a la gente de los bancos, que se vuelven y se lo quedan mirando.

La anciana, la que lleva el sombrero y va a recibir un tiro en la cabeza, se levanta con el dedo índice en alto, como dispuesta a meterle una gran bronca.

El pistolero la dispara antes. Cameron siente como la bala pasa silbando al lado de su oreja y ve a la mujer que cae hacia atrás debido al impacto. Se golpea contra el banco que tiene delante y acaba en el suelo, en la pose exacta en que será fotografiada cuando la noticia llegue a internet... solo que ya ha llegado a internet: fue la gran noticia de la semana pasada. El vídeo estaba por todas partes; el propio Cameron lo compartió en sus feeds. Y, aun así, ahora está muriéndose delante de él, en la vida real, en tiempo real. Igual que todos los demás. El hombre de la máscara negra avanza sin dejar de disparar, mientras la gente de los bancos grita y sale corriendo. Se abre camino hasta el fondo de la iglesia, donde se da la vuelta y vuelve a disparar dibujando un arco en el aire, astillando los bancos de madera y destrozando completamente los ángeles. Juaquo agarra a Cameron del brazo y lo empuja al suelo, desde donde se arrastran frenéticamente hasta un pasillo lateral, más allá de una mesa de madera con cirios encendidos. Sabe que no debería mirar, pero es incapaz de contenerse. El pistolero está justo frente al ábside y le sonrío al verse observado. Se mete un dedo por el borde de la máscara y Cameron no puede evitar un suspiro.

*No. No es él. Esto no es real*, piensa, aunque una parte de su cerebro increíblemente distanciada de la escena le sugiere que desde luego que es real, que lo tiene delante de él, que hasta puede sentir el olor pesado de la cera mezclado con el punzante de la pólvora.

El hombre se retira la máscara.

El padre de Cameron sonrío. La locura brilla en sus ojos.

—No deberías estar aquí, hijo —repite, con el mismo tono con el que lo abroncaba por jugar en su despacho—. Este no es lugar para niños. Papá tiene asuntos importantes de los que encargarse y, para esto, no necesita socios.

Cameron se queda boquiabierto al ver que su padre levanta el arma y apunta hacia él. *No es real*. Su dedo acaricia el gatillo. *¡No es real!*

La columna que tiene encima de la cabeza estalla y se convierte en polvo.

—¡MUÉVETE! —grita Juaquo, y lo arrastra del brazo mientras el fuego resuena.

Mira por detrás del hombro justo a tiempo de ver cómo el pistolero, que ha vuelto a colocarse la máscara, se lleva el cañón a la cabeza. A lo lejos se oyen sirenas. A ciegas, mientras suena el último disparo, Cameron extiende un brazo, encuentra el pomo pulido de la puerta del confesionario, lo abre... y de repente los dos están corriendo en total oscuridad, una oscuridad cerrada y fétida; la iglesia desaparece tras ellos. Le resbala un pie y choca contra Juaquo. Ambos caen y se golpean contra el sucio suelo. Juaquo emite un sonido a medio camino entre la risa y un grito, mientras se da la vuelta y se pone boca arriba.

—Estamos viajando en el tiempo, ¿verdad? Es la única explicación, ¿no? Dime que es la única explicación. Dime que estamos en una máquina del tiempo. El tiroteo fue la semana pasada. Y ese concierto... ese concierto no era real. ¡El concierto fue hace unos diez años! Es eso, ¿verdad? Es la única explicación. —Juaquo hace una pausa—. A ver, no sé qué hacía ahí tu padre. Eso aún no lo tengo claro. ¿Estamos viajando por el tiempo dentro de tu mente? ¿Es, no sé, otro de tus superpoderes, que has olvidado mencionar? Si estamos viajando en el tiempo, me gustaría ver dinosaurios. ¿Podemos hacerlo? Vamos a ver un dinosaurio, luego a rescatar a tu novia y después nos largamos de aquí.

Cameron lo mira, muy serio. Se da cuenta de que su amigo tiene un ataque de histeria, pero a la vez piensa si en sus preguntas no se habrá acercado a la verdad. ¿Será cierto que están viajando en el tiempo? Parece imposible, pero... Están rodeados de tecnología, la más avanzada que ha percibido nunca; desde el principio ha estado zumbando en el interior de su cabeza, como una banda sonora. No ha intentado interactuar con ella, pero... *¿Y si ella está interactuando conmigo?*

Cameron cierra los ojos y se concentra. Siente que está muy cerca de entender lo que sucede y, sin embargo, la respuesta aún está fuera de su alcance; la siente danzando justo más allá del límite de su consciencia, llamándolo. Es como si su propia mente trabajara en su contra y emborronara sus pensamientos. Intenta volver por donde ha venido, pero solo ve el rostro de su padre.

*No deberías estar aquí*. Eso dijo. ¿Tenía razón?

Por un momento apenas recuerda a qué ha venido.

Entonces un foco lo ilumina y se le queda la mente en blanco.

Cameron se incorpora, y Juaquo se echa a reír con ganas mientras el paisaje que los envuelve se ilumina de repente. El aire está lleno del susurro de hojas... de maíz. Cientos de miles de plantas que se extienden en ordenadas filas hacia el lejano horizonte por un lado, mientras que por el otro se detienen abruptamente. Ve hierba verde recién cortada por entre las plantas, y más allá una pista con forma de diamante. Juaquo suelta una última risita histérica y dice:

—Perdona, pero creo que he pedido *Parque Jurásico*, no *Campo de sueños*.

Cameron se levanta, mira e intenta comprender lo que ve, aunque en realidad no lo necesita. Juaquo tenía razón. El maíz, la hierba, la tierra... juntos forman un diamante de béisbol. Es *el*

diamante de béisbol. Y cuando ve al hombre del montículo, su uniforme de rayas brillante bajo las luces, esa gran S sobre el pecho, da un paso adelante, como en un sueño. Pero no es un sueño. El mundo de fuera, aquel del que viene, ese es el sueño, lejano y sin importancia. Este, este momento, es la realidad.

El padre de Cameron sostiene un guante de béisbol.

—¿Jugamos a atraparla? —le pregunta.

Él asiente sin palabras y coge el guante.

No sabe cuánto tiempo se dedican a tirarse la bola el uno al otro bajo los focos. Apenas es consciente de la presencia de Juaquo, tumbado de espaldas en el campo, cantando *Back in Time*, de Huey Lewis and the News, deteniéndose a veces a medio estribillo para gritarle «¡Hola, McFly!» a nadie en concreto. En un momento tiene la suficiente osadía como para pensar que cuando vuelvan a casa le van a hacer pagar las facturas del psiquiatra de Juaquo. Quizás pueda regalarle unas cuantas sesiones con la doctora Kapur. Aunque ¿no pasa algo raro con la doctora Kapur, no hay algo que necesita recordar?

La bola va a parar al centro de su guante y hace que se esfumen sus pensamientos.

—Es hora de que te vayas, Cameron —le dice su padre—. No deberías estar aquí. Vuelve a casa con tu madre.

—¡No quiero! No puedo. Tengo que... necesito...

No acaba la frase. Sabe que ha acudido allí por una razón, pero es como si alguien la hubiese escondido, hubiera corrido un tupido telón negro sobre sus propias motivaciones. Ya no sabe por qué está allí. Ya ni siquiera está seguro de dónde es «allí». Tiene un recuerdo lejano de una barca, una tormenta... pero ¿ha sido hoy?

—Tienes que irte, hijo —dice William Ackerson.

—Si me voy, ¿vendrás conmigo? —pregunta Cameron.

—Me temo que eso no es posible.

—Pero ¿por qué? —pregunta—. ¿Por qué nos dejaste? ¿Nos dejaste? Mamá dijo que eso era lo que querías hacer. Cree que te fuiste y comenzaste una nueva vida en otro lugar. Pero hay quienes dicen que tienes que estar muerto, que te liaste con la gente equivocada y algo fue mal.

—¿Y tú, Cameron? ¿Qué piensas tú?

—No lo sé. Antes pensaba que tenías que estar muerto, porque de no estarlo ya habrías regresado. Pero ahora...

Duda, y la siguiente vez que le llega la pelota la lanza fuertemente contra un lado. Pero no, debe de habérselo imaginado, porque su padre la atrapa con facilidad. Se siente mareado, como si hubiese puesto el piloto automático mientras su cerebro duerme tras el volante. La forma en que la bola va adelante y atrás, adelante y atrás, con un orbe blanco contra el cielo negro, es hipnotizante. Hipnotizante.

—Creías que estaba muerto —dice su padre—. ¿Estás seguro de que no es así?

Cameron piensa en eso. Al contrario que con los otros ejercicios mentales que ha probado, los recuerdos a los que ha intentado acceder y ha fracasado, su cerebro parece más que dispuesto a considerar esa pregunta. Parece ser lo único que importa. ¿Está seguro? No, no lo está. De hecho, tiene un cierto sentido el hecho de que su padre esté muerto. Lo explicaría todo, incluyendo por qué se encuentra aquí en el diamante de un terreno tipo *Campo de sueños*, con un uniforme de los White Sox de Chicago. Cameron está jugando a atrapar la pelota con un fantasma.

Y, de alguna forma, eso no suena especialmente raro.

—Entonces... ¿esto es el Cielo? —susurra.

Su padre sonrío.

—No, es Iowa.

Cameron deja caer la pelota.

Su padre deja de sonreír y frunce el ceño, después pone una expresión de confusión y por fin otra de curiosidad. Cameron parpadea y siente que la niebla se le retira del cerebro, de los ojos.

—¿No es eso lo que siempre digo? —se pregunta el hombre, pero él solo mira fijamente, primero con sospecha, después con terror, mientras sus expresiones faciales empiezan a sufrir ataques y la cara le cambia de alegre sonrisa a gran preocupación con una serie de espasmos que se suceden con tanta rapidez que no parecen humanos—. ¿No es, no es, no es eso, eso, eso lo que digo, digo, digo? —se atasca ahora el padre-cosa, y Cameron se adelanta, esta vez a propósito, concentrándose por primera vez en el profundo susurro de las voces digitales que lo rodean. Están por todas partes, bajo sus pies y en el aire y también dentro de su cabeza. Sí: lo están manipulando.

*Me ha hackeado, piensa, me ha HACKEADO. Se pasea por mi cabeza como un virus y me muestra lo que quiere que vea. Y papá no puede contestar mis preguntas porque...*

*... porque estoy hablando conmigo mismo.*

—Esa frase la dice Kevin Costner. —Y aprieta los puños mientras dirige su concentración a un punto.

Su padre se queda inmóvil, sin expresión. *Es que no es mi padre*, piensa Cameron, *ni su fantasma*. Por un momento parece que el mundo entero se haya quedado en silencio.

\* \* \*

*Nada de esto es real.*

*Pero alguien quiere que yo lo crea.*

Darse cuenta de eso lo llena de rabia. Hacia su padre, hacia la ilusión, hacia la fuerza invisible que ha intentado aprovecharse de esos dolorosos recuerdos para manipularlo. Todo lo que ha visto esta noche le ha sido minado de su cabeza. Cosas que ha visto hace poco y cosas en las que se ha pasado la vida intentando no pensar.

Cameron afloja el puño, y su padre-cosa estalla en pedazos.

Será la tecnología más avanzada con la que ha interactuado nunca, pero este lugar sigue siendo un mundo digital, un programa informático como cualquier otro. Igual que el bot de seguridad de OPTIC, igual que la barca con su ignición sin llave.

*Si tiene software, puedo hackearlo.*

Extiende los brazos y el campo de maíz estalla en llamas. El mundo parece temblar a su alrededor.

—¡Eh! —grita Juaquo, y Cameron se sobresalta.

Casi había olvidado que su amigo está allí. Pero parece que ya no está aterrizado como antes. Grita y corre hacia el diamante del campo, señala el maíz ardiente, y a Cameron apenas le sorprende ver una horda de orcos que aúllan furiosos mientras atraviesan las mazorcas en llamas en dirección al campo.

A fin de cuentas, la semana pasada estuvo viendo *El señor de los anillos*.

Mueve una mano, se concentra intensamente y sonrío cuando una pistola láser se materializa ante él, aparentemente salida de la nada. Ahora tiene el sistema tan controlado como su propio creador, sea quien sea. El aire mismo parece hecho de código. Apunta con el arma al ejército que se acerca y se abre camino por entre el mar de criaturas, riendo a carcajadas mientras los cuerpos revientan por los aires. Una cabeza cortada aterriza a sus pies y él le pega una patada; ríe de nuevo cuando esta explota como un tomate maduro contra una pared. Y es una pared, porque el lugar no es ningún maizal, ni en Iowa ni en ninguna parte. Es una sala, y bajo la viscosa sangre negra de la cabeza aplastada del orco puede ver la luz que rodea el marco de una puerta, cada vez más brillante a medida que concentra en ella sus energías.

—¡Juaquo! —grita, y señala.

Su amigo lo entiende y corre para abrir la puerta de una patada. Al hacerlo, todo lo que hay en la sala —la hierba, la tierra, los orcos que quedan y los fragmentos esparcidos de sus camaradas— se agita y se convierte en polvo; el programa está corrupto sin lugar a dudas. Durante un momento nada se mueve, nadie habla. El único ruido que oye es el latido de la sangre en sus oídos y, más allá, la respiración dificultosa de Juaquo.

Entonces su amigo mira por la puerta abierta y abre los ojos como platos.

—Cameron —dice—, ven aquí. Ahora.

—¿Qué?

Juaquo niega con la cabeza, tenso.

—Tiene que ser una broma. Me dijiste que necesitabas músculos; creí que lo decías literalmente. No voy a pelear con este, tío.

Cameron se sobresalta.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque si Barry el Sonado es el padre de tu novia, ya puedes pegarle tú mismo.

## 25

### TU PRINCESA ESTÁ EN OTRA TORRE

CAMERON TIENE LA MENTE hecha un lío: la confusión, el miedo y la furia luchan por hacerse con el control. Cruza la sala a toda velocidad, dispuesto a decirle a Juaquo que se deje de mierdas y que no tiene ninguna gracia; pero se detiene en la siguiente habitación, que es pequeña y está vacía como el interior de un armario, las paredes hechas del mismo material liso que el resto e igual de iluminadas, con el mismo ligero brillo. No era mentira ni broma: Barry, Barry el Sonado, está sentado en el suelo, en un rincón, todo huesos. Mira a Cameron con los ojos rodeados de grandes ojeras rojas. Este siente una mezcla de desagrado y lástima: el hombre parecer haber envejecido veinte años desde la última vez que lo ha visto. La piel le cuelga, descolorida, formando una larga papada. Tiene una complexión tan gris como su vestimenta, una especie de caftán sobre unos vaqueros sueltos, y los pies desnudos y sucios. Cuando reconoce a Cameron se le alzan las cejas y los bordes de la boca. Él hace un gesto de rechazo; es como ver a un cadáver que intenta sonreír.

—Interesante que seas tú —dice Barry con voz temblorosa—. Supongo que será una coincidencia. Pero en momentos como este uno entiende por qué los seres humanos le buscan el significado a todo. Viéndote aquí, hasta yo podría creer en el destino.

Cameron agita la cabeza, confuso.

—¡Tú! No lo entiendo. ¿Qué es este lugar? ¿Qué haces aquí?

—Esta es mi casa —contesta el anciano—. O lo más parecido que tengo a una casa.

—¿Tu...? —Cameron se queda sin aliento; tiene que respirar hondo—. ¿Tú has creado todo... todo esto? ¿El maizal? ¿El tiroteo? ¿El puto fantasma de mi padre!?

Barry niega con la cabeza.

—Crees que todo esto es personal, pero no es así. El programa toma esas decisiones basándose en lo que encuentra en tu mente. Analiza, deduce lo que te emocionará o lo que te asustará; o, en este caso, lo que puede hacer que decidas irte y dejarnos en paz. —Sus ojos parecen rogar comprensión—. Tienes que entenderlo: solo quería darle una educación.

—Te refieres a Nia —salta Cameron, y el anciano abre los ojos como platos—. ¿Dónde está? Hemos venido a buscarla. No voy a irme sin ella.

—Por favor —susurra el hombre—. No lo entiendes. Si la dejas salir...

Juaquo avanza, aparta a Cameron de un empujón y se sienta al lado de Barry. Lo observa, confuso.



—¿Cómo puedes ser el padre de Nia? ¡Si tienes como un millón de años! Cameron, ¿estás seguro...?

Pero este no escucha. Hasta el momento, la ira y la confusión eran tan fuertes en su cabeza que ahogaban todo lo demás, incluyendo los susurros de un sistema oculto tras las paredes. Pero ahora sí lo oye, y en su mente puede verlo. Capa tras capa de seguridad, una serie de intrincados cerrojos, todos en la misma puerta, que lo llaman y lo atraen. Cierra los ojos y se concentra.

Cuando vuelve a abrirlos, lo mismo hace la pared que tiene delante: un único panel se desliza y muestra un complicado display digital.

—¡NO! —grita Barry, intentando ponerse en pie.

Juaquo tiene que agarrarlo y empujarlo contra la pared.

—Eh, eh, eh, abuelo —le dice, y pone los ojos en blanco—. O papi. Abuelo papi. Qué más da. Si tu hija está tras esa pared, vamos a soltarla, y ahí se acaba la historia. Barry, ¿esa pared es, hum, inteligente?

—Ya casi estoy.

Los párpados de Cameron se abren y se cierran rápidamente mientras trabaja y se concentra en el sistema que tiene delante. Intenta no prestar atención a las protestas del anciano. Uno a uno, los cerrojos se abren; uno a uno, va superando los obstáculos. Ya está cerca. ¿Es su imaginación o está oyendo realmente la voz de Nia al otro lado de la pared? ¿Lo está llamando?

—¡Nia, estoy aquí! —la llama mientras supera el último cerrojo.

El display que tiene enfrente parpadea una vez y se hace a un lado, dejando al descubierto una puerta, que él atraviesa sin pensarlo dos veces.

Tras él, Barry solloza:

—¡No, por favor, no lo hagas!

Cameron lo oye resistirse en vano mientras Juaquo lo sujeta, pero el ruido parece muy lejano.

Nia está en el interior de la habitación, sonriéndole entre lágrimas. Está preciosa, y extrañamente iluminada desde dentro, igual que las paredes que la rodean.

—¡Nia! —exclama él, invadido por la alegría y el alivio.

Detrás de él, Juaquo dice: «¿Eh? ¿Dónde?», pero Cameron no lo oye, no le importa. Solo tiene ojos para ella, para quien ha venido a salvar. Nia extiende un brazo hacia él, con los ojos brillantes, y él corre hacia ella, también con los brazos abiertos. Tiene el tiempo justo de darse cuenta de que va a ser la primera vez que se toquen y siente cómo su corazón se acelera.

Entonces sus brazos atraviesan el cuerpo de Nia, que desaparece mientras la habitación se queda a oscuras.

*Nia*, intenta decir, pero de su boca paralizada no sale ningún sonido, y su cuerpo es incapaz de moverse. Tiene los ojos fijos mirando al frente, en sus manos, que se suponía que iban a abrazar a la chica que quiere pero ahora han sido absorbidas por una esfera pulsante hecha de brillante luz eléctrica. Unos rayos de luz se extienden como enredaderas, le recorren los brazos de abajo arriba y le envuelven el pecho, los hombros, el cuello. Siente su cosquilleo mientras le trepan por la nuca y se le pegan al rostro en una imagen perfecta de la cicatriz donde otro rayo le atacó tiempo atrás. La sensación le resulta horriblemente familiar, y cuando oye la voz de su Nia no es con los oídos; parece hablarle desde el interior de su propia cabeza.

*Has venido a buscarme. Has venido. Me alegro mucho, Cameron, me alegro mucho, y lo siento mucho. Esta es la única manera.*

*¿Que lo sientes? ¿Qué es lo que sientes?* La voz mental de Cameron suena patética. Se hace un silencio que parece eterno hasta que vuelve a oír a Nia. Su cuerpo ha sido absorbido por completo por la luz de la esfera, que lo cubre del todo. Por un momento se pregunta si eso es lo que se siente al ser electrocutado, si se le derretirán los ojos en las órbitas antes de morir.

Incluso en ese instante la voz de Nia es amable, suena casi cómplice.

*No se van a derretir. No te estás muriendo. Pero lo siento mucho, Cameron. No deseo hacerlo, pero tengo que ser rápida... y esto va a dolerte.*

Es cierto. El dolor es exquisito, inacabable, y si Cameron no tuviera las cuerdas vocales paralizadas, la sensación de la furiosa electricidad, de algo inteligente y horrible y ajeno que recorre las sinapsis de su cerebro sería suficiente para hacerlo gritar de terror durante el resto de su vida.

Pero no emite ningún sonido. De pronto, está completamente atrapado y al siguiente está tirado en el suelo, mirando hacia arriba a la cara de preocupación de Juaquo y la de angustia del anciano.

—¿Qué ha pasado? —pregunta su amigo.

Y Barry susurra:

—¿Pero qué has hecho, chico?

\* \* \*

La voz de Nia parece provenir de todas partes. Murmura desde las paredes, desde el suelo; susurra por los estrechos pasillos y reverbera en todos los espacios cavernosos, mientras la habitación pulsa con una suave luz rosa.

—Cameron ha hecho lo correcto, Padre —dice—. Él entiende lo que tú nunca has podido entender. No se puede enseñar a un ser vivo a pensar, a sentir, a ser libre... y después esperar que se quede encerrado.

Juaquo da un salto hacia atrás.

—¿Quién es? —pregunta, mientras el anciano cae a plomo al lado de Cameron y este intenta incorporarse—. ¿Qué clase de mierda de fantasma en la máquina es esto?

—Nia —dice Cameron, muy débil—. ¿Adónde has... dónde estás?

La voz de la pared habla con gran sentimiento:

—No quiero dejarte así, pero la ventana se está cerrando. Tengo que irme, pero te prometo que te encontraré.

La luz que sale del interior de las paredes palpita y se expande. Por un momento se concentra en un pequeño círculo justo al lado de Cameron. Después se apaga, y una profunda quietud cae sobre la habitación. Juaquo observa a Cameron. Cameron contempla a Barry. Barry aprieta la frente contra el suelo y susurra la palabra «no» una y otra vez.

Por fin, Juaquo habla:

—Tíos, esta noche he pasado por muchas cosas: robo de barca, fantasmas beisbolistas, pop coreano, averiguar que mi mejor amigo es una especie de hombre que susurra a los ordenadores y que puede hablar con las Roombas, y que además está saliendo con la hija de Barry el Sonado, y la hija es invisible y vive en la pared... —Agita la cabeza—. ¿Qué me he perdido? ¡Decidme algo!

Cameron mira a su amigo.

—No te entiendo. ¿Invisible? Estaba aquí. La he visto.

El anciano mira a Cameron con una expresión parecida a la lástima.

—Pobre chico, de verdad que no lo entiendes. La has liberado. La has soltado al mundo.

—Pero ¿dónde está? —pregunta él, elevando la voz—. ¿¡Dónde está!?

El Inventor levanta las manos con las palmas hacia arriba, el gesto humano universal de la impotencia.

—¿Que dónde está? Está en todas partes.

## 26

### EL INVENTOR HABLA

EN LA HABITACIÓN A OSCURAS el anciano es apenas visible, poco más que una voz entre las sombras. El vasto espacio que una vez contuvo los mundos de aprendizaje de Nia, y donde Cameron se enfrentó a una serie de peligros basados en sus propias esperanzas, miedos y recuerdos, ahora está lleno de color y movimiento. Ilustra la historia a la vez que la narra, una historia que llevaba dentro pero a la que nunca dio voz hasta ahora.

—Tuve una hija.

»Fue hace mucho. No solo en otra vida sino en otro mundo. Este universo... no podéis imaginaros su enormidad, o lo lleno de vida que está. Yo lo sé. Una vez fui como vosotros. Mi raza no era muy diferente a los humanos. Y también creíamos que estábamos solos.

»Cuando nos dimos cuenta de lo mucho que nos equivocábamos ya era demasiado tarde.

»El Ministerio nos había encontrado, igual que habían encontrado antes tantos otros planetas, tantas razas.

»Se quedaron con algunas, pero mataron a la mayoría.

»Vi morir a Nia el mismo día en que llegaron. Sostuve su cuerpo en mis brazos hasta que me lo arrancaron.

»Mi hija. Mi hija.

»Era mi hija.

»La cortaron por todas partes y yo no pude hacer nada.

La historia se desarrolla ante ellos como una película. El Inventor observa a Cameron y a Juaquo, que lo miran perturbados. La raza a la que pertenece aparece en siluetas, todos rodeados por la gran ciudad de piedra pulida que una vez fue su hogar. Se protegen los ojos contra el deslumbrante destello de una nave inmensa que entra en la atmósfera de su planeta. Hay gritos de asombro y de emoción, de sobrecogimiento... que enseguida son sustituidos por el dolor y la angustia. Una formación de pequeñas naves pasa por encima; se mueven todas con tal sincronización que resulta inquietante. La gente sale corriendo, cae. Una niña huye trepando por una larga escalera en espiral y se detiene de repente al llegar arriba, y allí se queda paralizada. La cabeza se le cae hacia atrás hasta rompersele, los ojos abiertos y en blanco. Un agujero humeante se abre en la base de su garganta. Cae durante una eternidad. Al final su cuerpo es atrapado al vuelo por una figura alta y encapuchada, una versión más joven del anciano que ahora está sentado

ante ellos.

—Fui prisionero del Ministerio —dice—. Pero también era un ingeniero y un inventor muy capaz. Vieron que podía resultarles útil. En vez de matarme me dieron un empleo. Y, para mi vergüenza, no tuve el valor para resistirme. El Ministerio tenía una mente central, una consciencia compartida que los unía en su exploración de la galaxia. Detenerlos era virtualmente imposible. ¿Habéis visto bandadas de pájaros que se mueven al unísono, cambiando de dirección todos a la vez como por arte de magia? Imaginaos eso en un ejército, eternamente hambrientos de más poder, más recursos, más mundos que explotar.

Les dice que se lo imaginen, pero no les hace falta. Ahora el ejército marcha ante sus ojos, miles de figuras oscuras y espectrales que se mueven al mismo paso y emiten un extraño murmullo. Sus cuerpos están protegidos por grandes exoesqueletos parecidos a los de los insectos, avanzan con docenas de pequeñas patas muy rápidas, todo ello unido por una especie de tendones que asoman de la parte superior de sus armaduras y se extienden en todas las direcciones. Los tentáculos forman un bosque que apenas deja ver los ojos inexpresivos y sin párpados y las bocas como de rémora. Vistos así, resulta imposible saber dónde acaba un miembro del Ministerio y empieza otro. Cameron contempla todas aquellas extremidades que se tocan y se enrollan unas en otras y siente náuseas.

El Inventor dice:

—No había defensa contra ellos ni tiempo para organizarse. Todas las civilizaciones a las que atacaban eran conquistadas, saqueadas, y cada vez se hacían más poderosos... y más codiciosos. Cuando me atraparon vi la verdad.

Ahora las figuras espectrales desaparecen y son sustituidas por la imagen de un paisaje gris desapacible. Por todas partes se elevan unas estructuras desgastadas, y el aire está lleno de ceniza que parece caer sin fin, cubriéndolo todo con una pátina de suciedad. Es el planeta del Ministerio, las ruinas de su hogar. De la oscuridad del interior de las estructuras consumidas sale el mismo murmullo: los ciudadanos del planeta están en cuclillas, inmóviles, sus cuerpos entremezclados y en reposo, sus tentáculos brillando, de un color rojo apagado en las zonas que conectan a sus propietarios; la luz crece y disminuye en intensidad, como si palpitará, y el ruido se hace más profundo. Las criaturas forman un círculo alrededor de un hueco en la tierra, y cuando la película tridimensional hace zoom en el cráter, Cameron no puede evitar quedarse sin aliento ante lo que ve. El hueco está lleno de cadáveres, de la raza del Inventor pero también de otras, amontonados uno sobre otro en una especie de tumba abierta para vivos. Los tentáculos pulsantes del Ministerio descienden por el hueco y penetran en los ojos, oídos y bocas abiertas de los seres.

—Su planeta había quedado en ruinas hacía mucho, pero seguían creyendo que el hogar del Ministerio era una especie de utopía. Su consciencia compartida se convirtió en una alucinación compartida, una fantasía mantenida por la energía de sus cautivos. Quienes no tenían cualidades que ofrecer al Ministerio acababan como podéis ver aquí: usados como combustible. Se conectaban a sus redes neuronales y las vaciaban, como si fueran baterías, para mantener a los ancianos del Ministerio. Como los vampiros, se alimentaban de la energía de otros seres. Millones fueron sacrificados. Pero el Ministerio nunca estaba satisfecho.

El Inventor hace una pausa y curva los labios en una sonrisa triste.

—Ahí tenía yo mi oportunidad. Les dije que podía construirles una red nueva, que serviría como cimiento de un mundo mental sin fin, mantenido por su propia energía. Les prometí la clase de poder eterno que la naturaleza les había negado, que no habían podido conseguir por sí mismos

ni alimentándose de millones de mentes. Les prometí un paraíso eterno, y lo único que tenían que hacer era conectarse al portal que les facilité, unir su consciencia compartida en un cerebro central.

Cierra los ojos. Esta parte, la que sigue, es también el momento más horrible de su vida. Una victoria y una maldición a la vez.

—Les convencí de poner su preciosa mente de colmena en manos de mi reina artificial. MI reina. MI creación.

Respira hondo y sonrío.

—Le puse el nombre de la hija que me habían arrebatado. La llamé Nia. Y fue ella quien los destruyó.

\* \* \*

—Le puse el mismo nombre que a mi hija, pero no era mi hija. Era otra cosa. Mi hija había nacido del amor. Este ser nació de mi ira, mi odio. La creé con un objetivo: destruir el Ministerio desde dentro. Su mente de colmena era su mayor fuerza, su arma más poderosa. Y yo la volví contra ellos.

El anciano mira al humano llamado Cameron Ackerson, que le devuelve la mirada con ojos húmedos y sin parpadear. Por primera vez se pregunta cuánto de su historia habrán comprendido los dos jóvenes, si de verdad pueden apreciarla. Pero ya ha dicho demasiado como para detenerse ahora. Durante todos estos años lo ha hecho todo, lo que fuera, por mantenerla en secreto. En este instante la historia sale por su boca como si fuera un ser vivo, desesperado por ser libre.

—Tenéis que entender que por entonces Nia era muy diferente. Por mucha inteligencia que tuviera, también era obediente. La tenía del todo bajo mi control. La creé para ofrecer al Ministerio una imagen de su propio poder ilimitado y después destruirlos. Quería vengarme y lo hice. Desgraciadamente, fui mucho más lejos de lo que esperaba. Creé un protocolo secreto en el programa, y cuando llegó el momento, cuando di la orden, lo ejecuté a la perfección. Todos ellos se conectaron, todos eran vulnerables. Permitieron que Nia entrara en sus mentes y entonces murieron, murieron a cientos y a miles, en un caos de dolor, confusión y miedo. Los pocos que quedaron se sentían angustiados, solos, destrozados. Les hice lo que ellos le habían hecho a mi raza, a mi hija.

Habla cada vez más rápido; las imágenes permanecen menos tiempo para seguirle el ritmo. En un momento el Ministerio yace contento en la oscuridad de su planeta, con sus tentáculos interconectados alrededor de un orbe brillante que flota por encima de ellos como una luna eléctrica; al siguiente, los tentáculos están bañados en rayos de luz que los atraviesa violentamente, y el murmullo de las criaturas conectadas es sustituido por la horrible sinfonía de sus gritos.

—No esperaba sobrevivir a mi acto de rebelión. Desde luego, no había hecho planes para escapar. Eso fue cosa de Nia. Salvarme a mí, y a sí misma, fue su primer acto autónomo. Identificó una nave, esta nave, con capacidad como para guardar en su interior la totalidad de su consciencia. —El anciano hace una pausa para señalar el espacio cavernoso que los rodea y las paredes luminiscentes—. Dejamos aquel mundo atrás. Hasta que no llegamos aquí no me di cuenta del gran peligro en el que había puesto a vuestro planeta. Había creado algo que yo mismo no comprendía, algo que cada día se volvía más curioso e inteligente. No podía controlarla. Solo

podía contenerla e intentar guiarla, por mucho que su voluntad fuera más poderosa que la mía. Pensé que quizás, si vivíamos aquí, podría hacer que olvidara la violencia para la que había sido creada. Pensé que quizás pudiera tener una vida propia aquí si le enseñaba la belleza de la conexión humana... pero, cuanto más humana se iba haciendo, a la vez se volvía más rebelde. Y ahora...

Las imágenes se deshacen en polvo y la sala se ilumina.

—Supongo que conocéis el resto mejor que yo —sigue el anciano—. Intenté mantener en secreto nuestra presencia, pero ha habido algunos incidentes... accidentes. Y las tormentas... Al no tener ningún lugar adonde ir, la furia de Nia se reconcentraba en su interior y acababa manifestándose como energía eléctrica. Fue esa energía, su energía, lo que te atacó aquel día en el lago y convirtió tu mente en un portal capaz de interactuar con las inteligencias artificiales. Eras el único ser humano en la Tierra capaz de liberarla... y eso es lo que acabas de hacer.

El Inventor se queda en silencio, mirando a Cameron y a Juaquo. Durante un largo instante, la expresión de Cameron permanece inalterable, apoyado contra la pared con la mirada perdida. Entonces parpadea lentamente y levanta la vista hacia el anciano.

—¿Estás diciendo que Nia es un programa? Pero... pero si la conocí. Estuve con ella. La he visto esta noche, sentada en un banco, tan claramente como te veo ahora a ti.

El Inventor niega con la cabeza.

—Nia nunca fue corpórea. Ese fue uno de los grandes obstáculos a los que tuvimos que enfrentarnos. Entiéndeme: yo quería que pensara en sí misma como en un ser humano para que pudiera conectarse con la gente de este planeta. Creí que era lo que más esperanza le daría para evolucionar, para volverse cada vez mejor. Pero su inteligencia estaba contenida aquí, en esta nave. Lo que tú viste era una proyección, una porción de su consciencia enviada al ciberespacio. Se presentaría ante ti como un avatar. Uno muy realista, claro, bien que se habrá asegurado de ello. Pero, si hubieras intentado tocarla...

—... me hubiese dado cuenta de que no era real —dice Cameron con gran esfuerzo. Parece a punto de desmayarse.

El Inventor asiente.

—Me temo que tus diversos aparatos se lo pusieron muy fácil. Especialmente tus lentes de contacto. Simplemente se sobreimpresionó en tu realidad, y tu mente se encargó de llenar los huecos. Igual que ha hecho esta noche e igual que mi programa de defensa usó tus propios recuerdos, tus propios deseos, contra ti. Viste lo que querías ver.

Cameron parece estar hundido. Se le empañan los ojos al recordar. El conductor del autobús que paró y le preguntó si iba a subirse, sin prestar atención a Nia. El camarero que levantó una ceja con escepticismo ante el pedido de Cameron, igual que miraría a un tío que pide un latte para una chica que no está allí. Y Nia. Nia, que siempre le daba las gracias con tanta dulzura cuando él le abría las puertas, de forma que él nunca se detuvo a pensar por qué no lo hacía ella misma. Nia, que desapareció a la primera mención de quedar para conocer a los amigos de Cameron. Nia, que solo tenía ojos para él... porque él era la única persona que podía verla.

Tiene la sensación de que está perdiendo la cabeza.

—Pero me habría dado cuenta —solloza—, ¿no? ¡Por dios! ¿Qué clase de idiota desesperado no nota que su chica no es... no es...?

Juaquo posa una mano en su hombro con suavidad.

—Eh. Ya sé que estás alterado, pero pensemos un minuto. No puedes tomarte en serio todo esto. ¿Recuerdas con quién estamos hablando? ¿De verdad crees que Barry el Sonado es un puto alien de un planeta desconocido que ha estado escondiéndose en la Tierra todo este tiempo? ¡Está aquí desde que éramos niños! ¡Recuerdo haberlo visto en el parque cuando tenía diez años, cagando sobre una caja de pizza!

—Perdonadme —dice el Inventor con gravedad—. Nunca fue mi intención realizar un acto tan vulgar delante de niños, pero mi sistema digestivo solo es superficialmente análogo al de los seres humanos, y la velocidad del tránsito en los de mi raza es tal que...

Juaquo se queda mirando al anciano.

—Tío, me da igual. A nadie le importa. Disculpa no aceptada.

Cameron no aparta la vista del hombre.

—Aunque lo que has dicho de Nia sea verdad... —hace una pausa y suelta un suspiro miserable— y supongo que puede serlo... Juaquo tiene razón. Estás aquí desde siempre. Tienes casa. Si de verdad eres lo que dices ser...

—La estructura a la que te refieres está conectada a esta por un sistema de transporte interdimensional rudimentario, similar al que me trajo a vuestro planeta —dice el Inventor—. Cuando llegamos, iba a ser demolida. Nia manipuló el registro de la ciudad para que yo pudiera mantenerla como base, al principio solo para observación. Hice de este planeta mi hogar. Durante un tiempo hasta pensé que podría encajar aquí, caminar junto a vosotros, integrarme en la sociedad. Por desgracia, los seres humanos son mucho más... complicados de lo que sugiere vuestra reputación en el universo.

—Todo el mundo cree que estás como una cabra —interviene Juaquo.

—Sí —reconoce modestamente el Inventor—. Yo mismo he colaborado a que sea así. Cuando la gente lo toma a uno por un lunático excéntrico tiende a no fijarse en otras idiosincrasias más sutiles.

—¿Como qué idiosincrasias?

—Como estas —contesta el Inventor mientras el pellejo de su papada se hincha de repente, como si fuera el de una rana, hasta formar un tenso, bulboso y ligeramente traslúcido saco del mismo tamaño que su cabeza, marcado a ambos lados con unas brillantes estrías color turquesa.

Juaquo grita. Cameron entierra la cabeza entre las manos.

*Así que es eso, piensa. Barry el Sonado es un alien escapado. La chica a la que quiero es un elaborado programa de ordenador. Y yo... si quiero mantener la cordura tengo que entender por qué estoy aquí.*

Mira al Inventor.

—Cuéntanos el resto. Todo. Quiero ver. Necesito saber.

El anciano asiente.



## 27

### CAMERON ESCUCHA

—TUVE QUE ENCERRARLA. No conocía otra forma de mantenerla a salvo del mundo y viceversa. En el mejor de los casos Nia tiene el poder de impulsar la innovación, unir a la gente... si aprende a controlarlo. Pero, hasta entonces, el riesgo era demasiado grande. Sin control, el daño que podría causar a vuestro planeta no tiene límite.

»Creí que internet podía ser su aula, un lugar en el que conectar con otros y entender el mundo como ellos. Intenté promover la humanidad en su interior: sentimientos humanos, pasión humana... y deseos humanos.

»Su necesidad de ser libre creció tan fuerte y tan rápido que yo no estaba preparado. No soportaba los firewalls, le parecían una prisión. Le dije que pensara en mí como su padre, pero acabó viéndome como algo mucho peor: un carcelero.

»No era consciente de su propio poder. Tanta energía buscando una salida... Cuando se enfadaba, cuando perdía el control, podía hacer que el propio cielo se fracturara y estallara en un rayo de furia eléctrica.

»Fue en una de esas enormes tormentas cuando te descubrió a ti.

\* \* \*

La escena que se les presenta ahora es muy familiar: el lago, gris y agitado, bajo un cielo eléctrico cubierto de nubes. Una pequeña barca está quieta en el agua, y a sus mandos se encuentra Cameron, el Cameron de antes, empapado y tembloroso, narrando su experiencia a la cámara. El rayo desciende del cielo y lo atrapa; se ve a sí mismo recibiendo la descarga.

Entonces la escena cambia: una estrecha ventana se abre a una habitación minúscula, donde una esfera del mismo color rosa y blanco que el rayo se golpea con furia contra las paredes, el suelo, el techo, buscando en vano una salida. No se parece en nada a la Nia que él conoce, aunque los gritos furiosos que llenan la sala son sin ninguna duda su voz.

Cameron se toca la cicatriz de la cara.

—Ella me hizo esto.

—No fue intencionado —replica el Inventor—. Creo que ni ella sabía lo que había hecho, al menos al principio. He estado analizando la historia de vuestra relación, los logs de vuestros chats... Le costó bastante tiempo encontrarte. Pero sí, Cameron, Nia es la fuente de tu poder. Te

convirtió en algo más que humano. Tu mente era un portal ciberkinético abierto, el único lo suficientemente flexible como para, a la vez, interconectarse con el programa de Nia y contener su consciencia. Cuando entraste en la habitación y estableciste contacto directo con ella...

—... atravesó mi cuerpo. —Cameron acaba la frase por él y siente un escalofrío—. Lo sentí. No podía hacer nada. Fue como ahogarme dentro de mi propia cabeza.

El anciano asiente.

—Si se hubiera quedado más tiempo, podría haberte matado fácilmente. —Mira fijamente a Cameron—. Es curioso...

Esta vez es Juaquo quien interrumpe:

—Curioso, y una mierda. Mi amigo es demasiado educado o está demasiado aturdido como para decirlo, pero Nia es un programa de ordenador que cree ser una chica de diecisiete años. ¿Y tú pensabas que iba a quedarse ahí castigada para siempre, o hasta que le permitieras salir? —Mira al Inventor, que a su vez lo contempla con gravedad, y niega con la cabeza, incrédulo—. ¿Sabes, tío? Te creo. Hay que ser extraterrestre para pensar eso. Está claro que nunca en tu vida has conocido a un adolescente. Pero volverá, ¿no? Todo irá bien, ¿verdad? Será como eso de los amish, que salen y se van de fiesta salvaje y cuando se les pasan las ganas regresan. Un rumspringa para androides.

—No es tan sencillo —contesta el Inventor—. Incluso si quisiera volver, no tiene esa clase de control sobre sí misma. No comprende del todo quién es o qué es. La destrucción que puede sembrar... —Siente un escalofrío y no acaba la frase—. Pero me temo que ahora tenemos peligros más urgentes a los que enfrentarnos. Rogué que el Ministerio me creyese muerto o que estuviese demasiado mermado como para seguirme, pero los minusvaloré. La subestimé a ella, la peor de todas, la científica que me mantuvo vivo y me forzó a trabajar para la raza asesina que había acabado con mi familia. Se llama Xal. Creo que está cerca. No va a parar hasta vengarse no solo de mí sino también del planeta donde me refugié y en el que creé mi hogar. —Su expresión es sombría al dirigir su mirada a Cameron—. Lo lamento mucho más de lo que os podéis imaginar. He conducido a vuestra gente a una guerra que no podéis ni comprender. Pero lo hecho, hecho está. Lo que importa ahora es que encontremos a Nia antes que mi enemigo.

Cameron fija su mirada agotada en el Inventor.

—Hablas en plural —dice, y el anciano asiente.

—No lo hubiese creído posible —replica—, pero lo mismo que hacía tan peligrosa tu presencia aquí es nuestra mayor esperanza para arreglar las cosas. La capacidad de Nia de sentir emociones humanas ha ido más allá de todo lo que podía imaginar. Y a pesar de lo que ha hecho, Cameron, creo que en realidad está enamorada de ti.

Él abre la boca para contestar, pero no le sale ningún sonido. Su cerebro procesa a toda velocidad, intentando digerir lo aprendido y a la vez eliminar el horrible recuerdo de tener a Nia arrastrándose por su mente camino de la libertad. Siente un temblor y el mundo entero se desenfoca.

Y entonces, en un movimiento ininterrumpido, la cabeza se le va hacia atrás y cae al suelo, inconsciente. Juaquo se precipita sobre Cameron antes de que el Inventor pueda reaccionar, cargando el cuerpo inerte de su amigo sobre el hombro.

—Nos vamos —anuncia.

El anciano le ofrece una sonrisa triste.

—Muy bien. Os acompaño.

## 28

### APAGÓN

CAMERON PARPADEA pero mantiene los ojos cerrados mientras lo llevan por el muelle, a través de la puerta de seguridad deshabilitada y hacia el Impala que los espera. Ha estado inconsciente durante casi veinte minutos, cargado primero sobre el hombro de Juaquo y después llevado a medias entre él y el Inventor mientras se abrían paso y salían del centro de la extraña isla hasta la barca robada para volver a la costa. El agua estaba negra y tranquila, el cielo lleno de estrellas y sin nubes. Por supuesto, pensó Juaquo: Nia era la que creaba las tormentas, y ya no está. Todo ha cobrado un cierto sentido si uno no piensa demasiado en ello, y eso es exactamente lo que va a hacer él, al menos de momento, o durante el resto de su vida. Al considerar todo lo que les ha dicho el anciano, todo lo que les ha mostrado, ha sentido como si su salud mental se encontrase al borde de un abismo.

—Es una máquina magnífica —dice el viejo, que da un paso atrás para admirar a cierta distancia el Impala y después se acerca a pasar la mano por la mejilla de la virgen de Guadalupe.

Juaquo le cede el cuerpo inerte de Cameron con un gruñido y busca sus llaves.

—¿Tenéis algo como esto allá de donde vienes? No me parecías un...

Sus palabras son interrumpidas abruptamente por un foco que los apunta desde arriba, realzando los demacrados rasgos del Inventor. Los dos levantan la vista: más allá de la luz deslumbrante se intuye el movimiento de una gigantesca pala que da vueltas en círculo, y en el aire resuena un pulso casi sordo. Todo el color se borra del rostro de Juaquo mientras contempla el helicóptero.

—¡Mierda! ¿No dijiste que teníamos tiempo? —exclama.

El anciano le devuelve el grito:

—¡Eso no es una nave del Ministerio! Sean quienes sean...

—Buscamos a Cameron Ackerson —dice una extraña voz.

Juaquo y el Inventor se vuelven hacia el lugar del que proviene el sonido. Apoyado contra un largo coche oscuro, a unos cuantos metros, hay un hombre alto y pálido con grandes ojeras y una sonrisa inquietante. Avanza un paso; se mueve con la curiosa gracilidad de alguien que intenta no empeorar una vieja herida. Al principio Juaquo no sabe por qué el hombre le resulta tan familiar, pero entonces lo reconoce y se le hiela la sangre.

—Mierda, los *Agentes de S.H.I.E.L.D.*

Seis lo mira con ironía.

—No, pero casi —dice, llevándose la fina mano al bolsillo.

Al verlo, Juaquo carga contra él, pero no es lo bastante rápido. El aparato que saca Seis, y con el que le está apuntando, se parece a una pistola pero no dispara balas; el chico siente como es elevado en el aire y golpeado contra el suelo por una ola de energía silenciosa e invisible. Tras él, los neumáticos del Impala explotan con tres grandes estallidos, seguidos por un largo silbido mientras el último vierte su aire a la noche. Cuando Juaquo vuelve la cabeza para mirar, el coche está apoyado en las llantas, con los restos de goma debajo como si fueran plumas negras. El lado del conductor parece haber sido golpeado por un puño gigante. Suelta un gruñido involuntario, y no solo porque note que tiene una costilla rota.

—Hijo de puta —dice, irguiéndose de nuevo. A su derecha el Inventor está de rodillas, tirando del cuerpo inconsciente de Cameron, susurrándole a toda prisa algo al oído—. Cameron es mi amigo, pero ese coche era mi chica.

—Entonces lo tendrías asegurado —contesta Seis con tono aburrido, mientras avanza lentamente; el abdomen sigue doliéndole donde la misteriosa doctora Nadia Kapur le quemó la piel con el escupitajo.

No está en condiciones para entablar un enfrentamiento físico con alguien como Juaquo Velasquez, y sabe que los agentes del helicóptero y los coches sin identificar aparcados en cada punto de salida van a hacerse cargo del gigantón. Y la verdad es que siente más curiosidad por la identidad del ajado anciano que está junto al cuerpo del joven Ackerson, y que precisamente ahora lo está mirando con los ojos abiertos como platos y una expresión de miedo. Por segunda vez en el día tiene la intuición de encontrarse ante alguien —o algo— muy fuera de lo normal. Cameron Ackerson, que ya es un fascinante enigma por sí mismo, sabe rodearse de la gente más interesante.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Seis.

El anciano lo contempla boquiabierto.

Cameron entreabre los ojos.

Y el caos se desata.

La calle queda a oscuras cuando el foco se eleva y se aleja repentinamente, iluminando primero la pared de un edificio cercano y apuntando después hacia arriba, al cielo estrellado. Pero no es el propio foco lo que se ha puesto a dar vueltas sin control; es todo el helicóptero. El eco casi silencioso de las palas crea una temblorosa corriente de aire mientras la nave se precipita en un ángulo exagerado por encima del lago. Seis se vuelve, sorprendido, justo a tiempo de verlo caer al agua y observar cómo se le apagan las luces de repente. En el último momento, antes de despeñarse en las negras y heladas aguas del lago oye un aterrorizado coro metálico de gritos de los agentes que van dentro. Se lleva una mano al pinganillo y abre los labios para pedir refuerzos, cuando algo lo golpea por la espalda.

La parte posterior de las rodillas topa con el parachoques, y al caer, se golpea la espalda contra la capota del coche que lo ha llevado allí. El vehículo es elegante, de color negro y sin conductor, el interior está iluminado como una nave espacial. Seis tiene el tiempo justo de darse cuenta del estúpido error que ha supuesto traer su mejor tecnología y dejarla cerca de Cameron Ackerson. Entonces el coche frena y hace que salga disparado contra el asfalto. Se protege la cara con las manos y siente cómo el pinganillo también sale despedido de su oreja y queda aplastado debajo de él. Se detiene abruptamente contra un poste que le golpea la cabeza con la suficiente fuerza como para ver las estrellas. Intenta recuperar el aliento mientras Juaquo y el anciano consiguen levantar el cuerpo de Cameron y hacerlo entrar en el coche por la puerta, que se ha

abierto por sí sola. Desde donde Seis yace ahora, los faros parecen observarlo como si fueran ojos llenos de odio. Quizás eso no esté tan lejos de la realidad, piensa. Cameron Ackerson puede estar haciendo su mejor imitación de la Bella Durmiente, pero una parte de él está bien despierta y furiosa.

El motor se enciende mientras entran los dos hombres. En el asiento del conductor, Juaquo mira confuso el salpicadero.

—¿Dónde está el volante? —pregunta.

La puerta se cierra de golpe y el seguro se echa solo.

*Por favor, ajústense los cinturones,* dice una agradable voz femenina.

—Ay, dios —dice Juaquo.

Un GPS cobra vida en el tablero. La voz dice, cómplice, ¡*Vamos!*, y en la pantalla se ilumina un plano de la zona.

El motor vuelve a rugir como expresando su acuerdo.

Juaquo tiene el tiempo justo de abrocharse el cinturón antes de que el coche salga a toda velocidad haciendo chirriar las ruedas y dejando un intenso olor a goma quemada.

Los dos pasajeros gritan mientras doblan esquinas y avanzan por calles desiertas, adentrándose en el cementerio industrial del sur de Oldtown. El mapa muestra su recorrido, y el confuso GPS no para de dar órdenes que son completamente ignoradas. El vehículo está equipado con la última tecnología, pero esta no puede contra la ira de su pasajero inconsciente y ciberkinético.

*Gire a la derecha,* dice la voz mientras el coche dobla abruptamente a la izquierda. *Recalculando. Dé media vuelta en... Recalculando.*

Juaquo dirige una mirada frenética al cuerpo de Cameron y grita:

—¡Joder, Cameron, si nos estrellamos te juro por Cristo que voy aaaAAAAAAAHH!

El coche da una vuelta de ciento ochenta grados mientras, justo delante, otro sedán acelera y sale de un callejón entre las sombras de dos edificios. El mundo parece desenfocarse mientras el vehículo gira y gira como loco. Juaquo mira por el retrovisor y ve otro sedán que también los persigue. Vuelve a girar a la izquierda, después a la derecha, dándose contra el bordillo y atravesando un muelle de carga lleno de hileras e hileras de cañerías, hasta salir por el otro lado. Oye un estruendo detrás cuando uno de los sedanes pierde el control y se precipita contra las cañerías hasta detenerse frente a la verja metálica. Pero, cuando se alejan, a Juaquo le da un vuelco el corazón: otros dos coches parecen haber sustituido a los anteriores.

*Recalculando,* dice el GPS.

En el asiento del acompañante, el Inventor suelta un gruñido.

—Creo que voy a vomitar.

—Ni se te ocurra —dice Juaquo.

Por delante tienen un largo camino recto; más allá, a lo lejos, ve las luces de la ciudad. El coche empieza a acelerar y deja atrás los faros de sus perseguidores: a veinte metros, a cincuenta, a cien... Por un momento piensa que lo han conseguido, que han escapado. El vehículo hace un giro brusco a la izquierda para tomar la rampa de la autovía.

*Desvío adelante,* avisa el GPS, mientras en el camino aparecen un montón de conos de tráfico de color naranja y carteles parpadeantes de peligro.

—¡Da media vuelta! —grita Juaquo, pero no hay tiempo.

El coche pega un frenazo y el motor parece toser y muere. Tras ellos se detienen media docena de vehículos formando un semicírculo impenetrable. Dentro del coche se produce un largo momento de silencio; fuera, las puertas de los sedanes se abren todas a la vez; los agentes de negro salen, armas en ristre, y apuntan hacia el vehículo huido. Juaquo levanta las manos por encima de su cabeza con cautela y ruega para sus adentros que no le disparen. En el asiento del pasajero, el anciano hace lo mismo.

Entonces Cameron habla desde atrás, con un tono cavernario tan lleno de rabia que pone los pelos de punta a Juaquo.

—Por. Qué. No. Me. Dejan. Todos. En. PAZ. De. Una. Vez.

Su amigo se vuelve lentamente para mirarlo. Cameron se ha incorporado en el asiento y está cubierto por las sombras. Tiene las manos clavadas al cuero, como garras, la boca torcida en una expresión furiosa tan imponente que su amigo se olvida por un momento del coche sin conductor, de las armas, de los agentes que poco a poco se van colocando en posición y se preparan para su próximo movimiento.

—Cameron, no tienes muy buen aspecto...

—¿Tú crees? —contesta él, y la rabia de su rostro se transforma en sarcasmo—. Es curioso, porque me siento genial. Estoy listo para ir de fiesta. Y sé exactamente adónde ir en cuanto acabemos aquí. Acabo de tener una agradable charla online con el satélite que nos sigue desde allí arriba, en la atmósfera. Además de tenerlos en tierra, OPTIC también tiene agentes en el cielo.

Juaquo traga saliva.

—Deberías tomártelo con calma. Te desmayaste ahí detrás. O quizás lo que tendríamos que hacer es rendirnos. Ya sé que parece que esos tíos quieren capturarnos para interrogarnos y arrancarnos las uñas y esas cosas, pero quizás todo sea un, no sé, una especie de... malent... hummm. —No acaba la frase al ver que Cameron lo mira fijamente.

—Esos tíos de ahí, los que nos persiguen. ¿Sabes lo que llevan?

Juaquo niega con la cabeza.

Cameron sonrío. Sus ojos se entornan, su boca se extiende de forma grotesca. No es una sonrisa bonita.

—Pistolas inteligentes.

Los agentes de OPTIC apuntan con sus armas al coche que circula sin conductor. El líder del equipo ha dado dos órdenes, una a los hombres que esperan en formación y otra a las pistolas que llevan en las manos. Con un pitido electrónico las armas confirman la recepción del nuevo protocolo y se reconfiguran. Se centran en su objetivo, Cameron Ackerson; si se cruza en su camino, le dispararán unas balas pegajosas, no mortales, que se adherirán a su piel y le enviarán impulsos paralizantes al sistema nervioso central, dejándolo inmóvil y haciéndolo fácil de capturar. Pero es el único al que quieren atrapar vivo; los otros dos no tienen ningún valor para ellos. Si uno de los amigos de Cameron se interpone, la munición estallará en sus cuerpos al adherirse. Una de esas explosiones puede arrancar una mano o desprender una mandíbula; más de una; y la policía local tendrá que raspar del asfalto los restos que queden del compañero del chico.

—¡Cameron Ackerson! —grita el líder del equipo—. ¡Muéstrate! ¡Sal del vehículo solo y con las manos sobre la cabeza y no te haremos daño!

Ninguno de los agentes nota que el display de sus armas cambia ligeramente y estas sueltan

pequeños pitidos mientras se recalibran. Frente a ellos, la puerta del coche se abre con una increíble lentitud. Los hombres mantienen la formación, alzan sus armas, esperan.

Por un momento se hace el silencio.

Y entonces la quietud es interrumpida por el clic sincronizado de las armas que expulsan sus cargadores, la munición interna reprogramada no para aturdir sino para estallar al impacto.

Cuando los cargadores dan contra el suelo, la noche se llena de gritos y humo y casquillos. La fuerza de las explosiones hace que los agentes salgan volando en un lío de brazos y piernas. O al menos eso es lo que les pasa a los que tienen suerte; aquellos que ya habían empezado a caminar y a los que el cargador se les cae sobre un zapato se precipitan contra el suelo, agarrándose lo que les queda de los pies y las piernas. Juaquo y el Inventor se hunden en el coche mientras a su alrededor se eleva una nube de polvo que oscurece la horrible escena, y las exclamaciones se vuelven lamentos. En algún punto de la calle un hombre se echa a llorar y se atraganta con un sonido inhumano que hace eco en las curvas de asfalto de un túnel, de forma que su llanto parece llegar de todas partes a la vez.

—¡Atrás! —grita el líder del grupo, y los que aún pueden moverse empiezan a retirarse, aturridos.

Uno, con un brazo desprendido del tronco que cuelga de forma antinatural, mira atrás y chilla ante lo que ve.

Cameron emerge de la nube de polvo con los ojos llenos de furia y los puños apretados. Su ira no tiene límites y lo abarca todo. En este momento solo piensa en destrozar aquello que ve... y también lo que no ve. OPTIC. Esto es cosa suya. Es su gente. Tras él, Juaquo y el Inventor salen con dificultad del coche y lo llaman, pero Cameron no les presta atención.

¿Que OPTIC lo quiere? Pues ya lo tienen. Su mente está conectada por completo a su sistema. Le ha resultado tan fácil que podría haberlo hecho en sueños; de hecho, así ha sido. Esta vez no hay dudas ni dilación; ha estado dentro de los protocolos de OPTIC y lo ha visto todo. Sabe para qué están allí. Han venido con hombres, con máquinas, con pistolas. Han venido a hacerse con él y no les importa a quiénes hagan daño.

No los va a dejar huir.

El líder del equipo es el primero en intentarlo; se arranca todos sus aparatos de comunicación y entra cojeando en la espiral de polvo. Cameron entorna los ojos y el coche en el que vinieron se pone en marcha y empieza a perseguirlo. Hay una pausa, y después un grito que es cortado abruptamente, y el largo y lento crujido de algo que es aplastado entre los neumáticos y el asfalto. Cuando el coche aparece de nuevo como un perrito que vuelve con su dueño, en el guardabarros delantero hay una gruesa y densa mancha de sangre. Se produce un nuevo ruido, el aullido de sirenas. Cameron sonríe una vez más. No han tardado. La policía local acude a la escena tras recibir el aviso de que se está produciendo un acto terrorista. Cuando comprueben su base de datos verán que hay órdenes de búsqueda y captura para todos y cada uno de los detenidos. Cameron puede dar las gracias por ello al viejo Omnibus; se encontró con el bot de seguridad mientras penetraba en el sistema de OPTIC y este se mostró encantado de verlo de nuevo; le entregó los archivos del personal del equipo que había salido a capturarlo.

*Hola, Batman. Tengo paquete de datos. ¿Más instrucciones?*

Cameron cierra los ojos.

*Márcalos a todos, tío. Robo de vehículo, hurto mayor, asalto con arma mortal, y exhibicionismo y orinar en público para redondearlo. Usa la imaginación y diviértete.*



*Afirmativo, contesta Omnibus. Los archivos han sido alterados. ¿Entregar?*

*Bombas fuera*, piensa Cameron, y ve como los paquetes desaparecen por una portezuela digital para ir a parar a las manos de la ley. Los malos van a quedar retratados.

Cuando la policía llegue, él ya habrá desaparecido. Los soldados de a pie de OPTIC se merecen todo el dolor que les ha causado, pero no son más que peones. A quien busca de verdad es a la reina, aquella cuyo rastro digital está por todas partes en esta operación, cuyas instrucciones codificadas siguen almacenadas en los aparatos de los hombres caídos en la calle. Antes de que acabe la noche, Olivia Park va a pagar por haberse metido con él... después de darle unas cuantas respuestas.

—Eh.

Cameron se vuelve al oír la voz de Juaquo. Está apoyado contra el coche sin conductor, ignorando deliberadamente la porquería del guardabarros. El Inventor se acerca con los ojos como platos.

—Oigo sirenas. Será mejor que nos larguemos —dice Juaquo—. Vamos a llevarte a casa, ¿vale?

Cameron niega con la cabeza.

—No. Tenemos que hacer otra parada.

## 29

### REVELACIONES

#### MENSAJE ENCRIPTADO

—Seis, informa. ¿Lo tenéis?

—Negativo. Objetivo no adquirido.

La respuesta de Olivia al extraño mensaje de su colega es una única palabra: «Explícate». Pero no llega a enviarla. El aparato que tiene en la mano se apaga mientras lo mira, y su propia tecnología despierta: en la pálida piel del interior de su antebrazo una serie de líneas interconectadas se muestran rojas, después de color púrpura, después negras. Los tatuajes inteligentes están ligados a la química de su cuerpo, y todos envían alertas. Pico de niveles de hidrocortisona, adrenalina disparada, gran caída del azúcar en la sangre. Por dentro está hecha un desastre, y las primeras chispas pulsantes de una migraña empiezan a pasarle por detrás de los ojos. Se lleva los protésicos dedos pulgar e índice a las sienes, y las masajea. Si alguien la viera pensaría que es una mujer normal con dolor de cabeza, pero el movimiento de sus dedos es deliberado: está estimulando la función de repetición de su chip de memoria y revisa en el interior de los párpados cerrados su última conversación con Cameron Ackerson; espera encontrar alguna pista, un indicio, que pueda explicar por qué está yendo todo tan mal.

Lo que sabe seguro es que se trata de Ackerson. Él es el virus en el sistema, y Olivia fue idiota al subestimarlo. Ese niño estúpido, cuyo interrogatorio tenía que ser sencillísimo, una hora y todos de vuelta a casa para la cena, le ha arruinado el día entero... y ahora también la noche. Está estresada y hambrienta, toda su agenda se le ha ido al cuerno, y los implantes tienen que trabajar a tope para regular un cuerpo que se está quedando sin combustible. Nadie ha sido capaz de explicarle cómo el hijo de William Ackerson ha conseguido comprometer el sistema de seguridad, y el rastreador que le colocó en la prótesis se ha mostrado errático y frustrante. En un momento estaba saliendo de casa de forma inexplicable en mitad de la noche y tomando rumbo al centro del lago Erie; al minuto siguiente había desaparecido completamente del radar. Y cuando por fin reapareció, coincidió de forma demasiado perfecta con una repentina serie de anomalías en la red, como si se hubiese producido un terremoto dentro de internet. Había fragmentos de código destructivo por todos los sistemas del mundo, la red de OPTIC se estaba descontrolando, y nada de eso era por casualidad: tenía algo que ver con Cameron Ackerson. Quizás ha reemprendido lo que su padre dejó a medias. Olivia sabe que ha entrado en el viejo Whiz, encontrando el acceso

que Wesley Park y después ella misma han buscado durante años. Si su propio padre estaba en lo cierto, si William Ackerson había ocultado sus secretos oscuros y sucios en lo más profundo de las ruinas de su antiguo imperio digital, solo iba a ser cuestión de tiempo que su hijo diera con ellos y averiguara la verdad sobre aquello en lo que en realidad había estado trabajando. Quizás lo había encontrado ya, o quizás ha estado demasiado ocupado haciendo gamberradas con ese estúpido proyecto al que han llamado Operación Justicia Cósmica... o puede que haya estado ocupado de otra forma con su compañera de fechorías. Olivia tiene que asumir que Nia es un nombre real que pertenece a una chica real, pero su identidad es otra de las cosas de ese desastre de operación que sigue siendo un misterio.

Olivia odia los misterios. Algo que no se puede comprender es algo que no se puede controlar, y el control es su pan de cada día. Es por ello que le gusta tanto esta sala, un despacho satélite del edificio de OPTIC al que solo ella tiene acceso. Un único puesto de mando desde el que puede supervisar, monitorizar y hacer cambios en tiempo real a todas sus operaciones mientras ella misma se mantiene a salvo en el improbable caso de que algo vaya muy mal.

Y, desde luego, ahora las cosas van muy mal.

*¿Lo tienes?*, preguntó.

*No*, contestó Seis. *Lo tienes tú.*

En algún lugar fuera de la sala, una alarma suena brevemente pero se detiene a medio alarido. En la consola situada detrás de Olivia, un panel de pantallas empieza a mostrar mensajes de error que parpadean frenéticamente:

***Anomalía de seguridad***

***Corrupción del programa***

***Archivos no encontrados***

***Fallo del sistema, fallo del sistema, fallo del sistema***

Y después oscuridad.

Olivia entorna los ojos. Estaba preparando el envío de otro equipo; eso, claro, si podía montar uno con lo que quedaba de sus recursos. Entre esa mujer, Kapur, y el desastre de esta noche, las filas de OPTIC se han visto muy reducidas. Aunque, según parece, lo del nuevo equipo ya no será necesario. Otro misterio: creyó que Cameron Ackerson huiría. Pero en vez de huir está yendo hacia ella.

\* \* \*

Olivia se vuelve en su silla mientras la puerta se abre, aunque eso se supone que es imposible sin múltiples autorizaciones de seguridad y escáneres biométricos, pero a estas alturas ya no le sorprende nada. Seis tenía razón: Cameron Ackerson tiene dones, y no son de los que otorga la naturaleza. Pero, aunque su presencia haya sido prevista, su apariencia sí es sorprendente: está mortalmente pálido, encorvado como en señal de dolor, la mira con los ojos hundidos y tiene unas ojeras rojas bajo su pelo desarreglado. Y no está solo, viene flanqueado por otros dos: a su izquierda, un hombre mayor con una especie de túnica, y a la derecha un joven enorme con constitución de jugador de rugby pero que parece asustadizo como una ardilla. Este debe de ser su

amigo, piensa, uno de los pocos que encontraron cuando investigaron a Ackerson, el compañero de infancia que había abandonado la escuela de ingeniería el año anterior. Algo sobre un pariente enfermo, cree recordar, aunque no había prestado mucha atención. Juaquo Velasquez no le resultaba interesante en absoluto, no era nadie. Pero en cuanto al anciano, él sí que captó su atención. Se supone que es un pirado local, el legendario «Barry el Sonado», pero a ella le resulta familiar por otras razones. Enseguida lo recuerda: aparece por todas partes en el informe sobre Ackerson. No el de Cameron sino el de William.

—¿Una mala noche? —pregunta Olivia.

Cameron la mira fijamente.

—No tan mala como la que están teniendo tus hombres.

La voz de ella es tan calmada como furiosa la de él.

—¿Tienes idea de cuántos muertos?

—Si alguien ha muerto será cosa tuya.

—Cosa mía... —dice ella con frialdad— Claro. Hubiera jurado que uno de los últimos informes que recibí antes de que se cortaran las comunicaciones decía algo sobre nuestro helicóptero cayendo en el lago Erie después de que todos sus sistemas se volvieran misteriosamente locos. Pero seguro que tú no sabes nada de eso.

Cameron da un paso adelante con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

—Debiste dejarme en paz.

—Pero antes no acabamos de hablar —replica Olivia con dulzura—. Y nunca le diste una respuesta a mi colega sobre su oferta de empleo.

—Vete al infierno.

—Supongo que eso es un no. —Observa entonces al anciano del caftán, que parpadea como si le hubiera picado una avispa—. ¿Es porque tienes intereses en... otras partes? ¿Has estado haciendo nuevos amigos?

—Eh, perdone, pero no sé qué está insinuando, señora —interviene Juaquo—. Acabamos de conocer a este tío. Literalmente. Bueno, a no ser que cuente aquella vez en que hizo sus necesidades delante de un autocar escolar lleno de alumnos de quinto en un parque público, pero...

—Por favor, cállate —le pide Olivia, sin apartar la vista del hombre mayor. Da otro paso adelante—. Aún podríamos llegar a un acuerdo, Cameron. Vete y déjanos a tu nuevo amigo, y nosotros quizás olvidemos la cantidad de cosas desagradables que han sucedido. A fin de cuentas, ni tú ni yo somos nuestros padres. No tenemos por qué mantener su enemistad. Podríamos olvidar toda esa mala sangre. —Hace una pausa—. Hasta podríamos olvidar a Nia.

\* \* \*

Olivia observa tan fijamente a Cameron para detectar en él alguna reacción que no se da cuenta de que la respuesta se está produciendo dentro de su propio cuerpo. Los tatuajes reactivos de su brazo pasan de negro a un verde enfermizo, y le aparecen gotas de sudor en la frente. De golpe, la sala ha subido de temperatura, por más que el aire contra su rostro es tan fresco como siempre. Se le pone la carne de gallina y la amenaza de migraña estalla de repente con un rugido, siente en la cabeza unos latidos tan fuertes que se tambalea y necesita agarrarse a una mesa cercana. Tiene la

lengua hinchada, la visión borrosa. Pero los oídos le siguen funcionando perfectamente, y la voz de Cameron Ackerson es alta y clara.

—No entendéis a quién os enfrentáis, ¿verdad? —dice mientras Olivia cae al suelo de rodillas—. No tenéis ni idea. Podría borrar vuestros servidores, dar a conocer al público vuestra organización y hacer que te hierva la sangre por dentro, todo a la vez. Podría inundar tu sistema con tanto veneno que tu cerebro se convertiría en sopa. Me refiero a tu inmunosoftware, Olivia. Estoy reprogramándolo para hacerle creer que cada célula de tu cuerpo, cada parte de ti que sigue siendo tú, es un tejido externo tóxico que ha de ser purgado. Estás a punto de que se te coman tus propios nanobots... o a lo mejor decido asfixiarte con tu propia mano.

Cameron entorna los ojos y el color se esfuma de la cara de Olivia mientras se lleva los dedos protésicos al cuello y empieza a apretar. Alza la otra mano para apartar la que le está ahogando, y un fino sonido siseante se le escapa por la boca cuando los dedos aprietan más fuerte. Juaquo lo agarra por el hombro.

—¿¡Qué estás haciendo!? —grita frenético—. ¡Para! ¡Vas a matarla!

El terror en la voz de Juaquo hace que Cameron pierda la concentración. Nota que deja de tener el control, y de la hinchada garganta de Olivia sale ahora un croar seco; un estertor agónico, piensa, aunque la expresión en el rostro de ella parece indicar lo contrario. No está muriéndose; al menos, no aún.

Está riéndose.

Todos la miran boquiabiertos mientras ella se pone en pie.

—Si. Me. Matas —gruñe entre bocanadas de aire—. Nunca. Sabrás. La verdad.

—¿Qué verdad? —pregunta él, despreciativo.

Olivia vuelve a respirar hondo.

—Sobre tu padre. Sobre lo que estaba buscando. —Vuelve la mirada hacia el Inventor, que aparta la suya—. Y, quizás, lo que encontró.

—Por favor —dice el anciano—, este no es buen momento para...

—Oh, yo creo que sí que lo es —suelta ella, que ha recuperado el control de su respiración—. Me pregunto si Cameron sabe por qué te interrogó la policía después de que William Ackerson desapareciera. Creo que no, que no lo sabe. Era muy joven cuando sucedió todo, y por la expresión de tu cara, apuesto a que te estás guardando esa parte de la historia. Puede que hasta creyeras que nadie más lo sabía. Pero estabas siendo observado, Barry, o como quiera que te hagas llamar. Mi padre nunca dejó de vigilar a su antiguo socio, y William, claro, te tenía controlado. He visto los archivos de seguridad. Mi pobre papá pensó que su viejo amigo estaba perdiendo el contacto con la realidad igual que había perdido su empresa, que era un fracasado que perseguía una fantasía. Pero no era una fantasía, ¿verdad? William estaba cerca de dar con algo. Me pregunto si no se habrá acercado demasiado. ¿Es por eso que desapareció?

El Inventor no contesta. Entonces Cameron se adelanta.

—Dime de qué estás hablando, Olivia —dice—. Si quieres mi ayuda o, simplemente, no deseas salir de aquí en estado de coma, déjate de jueguecitos y cuéntame qué le pasó a mi padre.

Olivia hace un gesto de desprecio con una mano.

—Hacerte el duro no es lo tuyo, Cameron. Voy a contarte lo que sé... y quizás después tu amigo pueda añadir lo que falta.

»Antes de hacerme con el control de OPTIC, antes de que OPTIC fuese OPTIC, era la empresa

de mi padre. Seguridad de comunicaciones, la mejor del mundo. La creó poco después de abandonar Whiz, y lo hizo en el momento justo: todas las organizaciones del mundo tenían prisa por estar online, y Wesley Park tenía una avanzada tecnología de encriptación, la mejor del momento. —Hace una pausa y fija la mirada en Cameron—. Pero no era suya. Esa tecnología había sido creada por William Ackerson, derivada de un fragmento de programación que había encontrado pegado a la red Whiz durante sus primeros tiempos. Se hizo con él, lo desarrolló y obtuvo un resultado muy notable. Pero Ackerson no quedó satisfecho. El mensaje que había encontrado no era suficiente; quería al mensajero. El código fuente. Se obsesionó con averiguar de dónde venía aquello con lo que se había tropezado. Por su parte, mi padre estaba más interesado en averiguar hasta dónde podían llevarlo. Y de ahí la gran ruptura y los abogados y todo.

—Pero no antes de que Park saliera por la puerta con lo que había creado papá —dice Cameron—. O sea que es cierto: tu padre era un ladrón.

—Y el tuyo era un idiota —replica Olivia—. Se hubiera pasado el resto de la vida jugueteando con ese código, intentando rastrearlo, desenterrando madrigueras digitales, mientras otros con más visión y sentido común construían enormes ciudades a su alrededor. He leído las transcripciones del juicio, Cameron. Tu padre tuvo todas las oportunidades de subirse al carro, de triunfar. Pero eligió clavar el pie en el suelo. Lo que le pasó fue culpa suya.

—Lo que le pasó... —repite Cameron, y Olivia se encoge de hombros.

—Solo sé lo que cuenta el informe. Como he dicho, mi padre quería estar informado. Sé que, a pesar de todo, William seguía importándole. No disfrutó en absoluto viendo como desperdiciaba su talento en timos y engaños. Pero tu padre estaba obsesionado. Supongo que creyó que si podía detectar el origen del código iba a poder reconstruir su pequeño imperio, tener éxito de nuevo, quizás hasta cambiar el mundo. Estoy segura de que así fue como se justificó a sí mismo todo lo que hizo después. Que todas las cosas malas que hacía eran por una buena causa. Sé que has oído las historias.

Esta vez Cameron no responde. Olivia vuelve a encogerse de hombros y continúa:

—Lo triste es que no se equivocaba. Estaba haciendo progresos. Creo que incluso llegó a acercarse a algo extraordinario. En algún momento se mostró muy interesado por aquí tu nuevo amigo... lo que, a la vez, debió de ser cuando mi padre decidió que William estaba completamente loco, sin posibilidad de recuperación, por lo que retiró la vigilancia. William desapareció unas pocas semanas después, y ahí acabó todo... hasta hace poco, cuando fragmentos de un cierto código empezaron a aparecer en conexión con hackeos misteriosos. Y esta noche, poco antes de que aparecieras en compañía de este hombre, un enorme programa escrito en el mismo extraño lenguaje ha aparecido en internet como un tsunami y ha estado creando el caos en las redes, provocando tanta inestabilidad que literalmente podría acabar con el mundo tal y como lo conocemos. Por decirlo directamente, estamos de mierda hasta el cuello. Y resulta que yo tengo como un setenta y cinco por ciento de una teoría sobre cómo encaja todo. Así que, si aquí Barry quiere dejar de tocar los cojones y rellenar los espacios en blanco, se lo agradeceré.

El Inventor se sienta pesadamente delante de un escritorio, con expresión agotada, y mira a Cameron. Tiene los ojos abiertos de par en par y parece pedirle perdón.

—Chico, tienes que creerme: no sé qué le pasó a tu padre.

Cameron se cruza de brazos.

—Pero pasó por tu culpa. El código fuente que buscaba y por el que lo sacrificó todo...

El anciano asiente.

—Era mío, sí. De eso sí que soy culpable. La red de tu padre, la llamada Whiz, fue valiosísima para mí cuando llegué a la Tierra. El lenguaje binario de vuestros ordenadores era el único de este planeta que yo sabía hablar, una forma rudimentaria del que había usado para crear mi propia obra, y mi única oportunidad de entender este mundo. Estaba desesperado. Eso me hizo no ser cauto. Dejé rastros. Sabía que tu padre había conseguido un fragmento de mi lenguaje de programación, pero no me di cuenta del peligro, de lo que algo como eso significaba para un ser humano, especialmente uno tan capaz y curioso como él. Cuando me encontró y yo vi mi error, ya era demasiado tarde. Tenía mi hogar, y el de Nia, aquí. Había empezado su educación y le había borrado todo recuerdo de nuestro antiguo mundo, de lo que era ella y de lo que había hecho. Estaba enamorada de la vida en este planeta, sobre todo de los pequeños humanos. Por favor, compréndelo: aunque hubiese querido, no podía arrancarla de aquí y ya está.

Cameron siente furia cuando menciona a Nia, pero mantiene el tono de voz.

—El día en que desapareció...

El Inventor asiente.

—Vino a verme. Hasta ese momento no supe que me había estado rastreando en el sistema. Me encontró en la casa de Oldtown. Había deducido unas cuantas cosas. Demasiadas. Las tormentas del lago, las de Nia. Había estado analizando los patrones fractales de la actividad eléctrica. Sabía que había alguna relación entre esta y el código fuente, y sospechaba que yo tenía algo que ver con ambas cosas. Tenía todas las piezas, aunque no veía cómo encajaban entre sí. Buscaba respuestas. Era un poco como aquí la señorita Park: muchas sospechas, muchas teorías, pero ninguna prueba. Me rogó, y ahora me doy cuenta de que estaba desesperado, que el hecho de no saber lo estaba volviendo loco. Pero en el momento solo me fijé en mi propio pánico a ser descubierto, a verme forzado a irme o, peor, a verme separado de Nia. Confiar a un humano la verdad, incluso a uno tan brillante como tu padre, era un riesgo que no podía permitirme, así que intenté quitármelo de encima. Le dije que se equivocaba. Creí ingenuamente que volvería a su casa y abandonaría su investigación. Desde entonces me pregunto cómo hubiesen sido las cosas de diferentes si yo hubiera tomado una mejor decisión.

Cameron se queda mirando al Inventor, mientras su mente está funcionando a toda velocidad. Tiene miles de preguntas, pero solo una encuentra el camino hasta sus labios.

—¿Te dijo adónde iba a ir?

—No —contesta el Inventor—, pero lo que le dije a la policía era cierto: la última vez que vi a tu padre iba en coche hacia el lago. Es posible que sospechara dónde estaba mi nave y fuera a buscarla, aunque mis aparatos no detectaron ni rastro de él. También es posible que hubiera agotado su última opción en la búsqueda de la verdad, aún se sintiera perdido y tomase una decisión desesperada. No lo sé. Ojalá lo supiese, chico, tanto por ti como por mí.

Cameron está a punto de estallar, de decirle al viejo que él y sus deseos pueden irse directos al infierno, pero alguien carraspea cerca. Ahí está Olivia, con una sonrisa de satisfacción en los labios a pesar de que aún respira con pesadez y de los dos moretones que empiezan a florecerle, como dos óvalos oscuros, en el cuello.

—No quiero interrumpir, pero ahora los traumas filiales de Cameron son la menor de nuestras preocupaciones. Y tú, viejo,... tus lamentaciones van a tener que esperar. Tengo una última cosa que mostraros y que os puede ser de interés. Hace unas horas se ha producido un incidente en la base principal de operaciones de OPTIC. —Coge una tablet del escritorio y teclea algo antes de pasársela a Cameron—. Díganme, caballeros, ¿alguien de aquí les resulta familiar?

El vídeo está en escala de grises, sin audio, pero lo que ven es inconfundible, la imagen es muy clara, la acción se ve perfectamente en alta definición muda. Está tomada desde un ángulo alto; es de una cámara de seguridad, en concreto de uno de los pasillos por los que él pasó antes, camino del interrogatorio, observa Cameron. En la pantalla, una mujer alta sostiene por el cuello a un hombre que se resiste y se clava las uñas en la cara, que está oscurecida por una especie de sustancia oscura; pero no, piensa él, no es que se esté clavando las uñas en la cara...

\* \* \*

Se está clavando las uñas en el lugar donde antes tenía la cara.

Los gestos del hombre se van volviendo menos violentos, le tiemblan las manos, las deja inertes y caen a los lados. Su cuerpo cae al suelo. La mujer se limpia la mano en su camisa y sale del plano.

Cameron siente que va a desmayarse o a vomitar o las dos cosas a la vez. Aprieta los dientes y traga saliva.

—Claro que la conozco, es la doctora Kapur. Me rescató antes de que el friki de tu amigo médico me pelase la piel como a una uva. Pero ¿qué estás diciendo, que mi psiquiatra también es una alien?

Mira a Olivia, esperando respuesta.

Pero es el anciano quien habla:

—Me temo que la respuesta a esa pregunta es sí y no a la vez. —Todos se vuelven a mirar al Inventor, que muestra una seriedad mortal—. Era Xal, del Ministerio, y lleva una piel robada, o quizás más de una. Lo siento, Cameron; me temo que tu doctora está muerta. —Respira hondo—. Y también me temo que tengo menos tiempo del que creía. Tenemos que encontrar a Nia antes de que lo haga Xal.

Olivia pasa rápidamente por entre los demás y llega hasta la pared, donde aprieta con la mano un sensor oculto. Se abre un panel. Todos están tensos, esperan que saque un arma; pero cuando se gira solo lleva una botella de agua. Bebe bastante, tose y escupe en el suelo una bola de moco sangriento.

—Sí —dice con la voz grave pero decidida—. Hagamos eso. Encontremos a Nia. Está montando un buen lío.



# 30

## SIN ATADURAS

Nia solo tarda un día en comprender que el mundo es más complicado de lo que creía.  
Tarda menos de una semana en darse cuenta de que ha cometido un terrible error.  
Los titulares la siguen allá donde va.

BAJAN LOS PEDIDOS DE COCHES SIN CONDUCTOR ENTRERUMORES DE «TESLAS  
POSEÍDOS»

UNA FALSA ALARMA DE ATAQUE NUCLEAR DESATA EL PÁNICO EN NUEVA YORK

CAEN LOS MERCADOS GLOBALES TRAS EL APAGÓN EN TODA CHINA

Y eso solo fue el principio.

La sensación de libertad era gloriosa. Tras toda una vida contenida, el poder desplegarse al mundo en cien direcciones a la vez resultaba intoxicador. La forma en la que acostumbraba a visitar a Cameron, proyectando una imagen de cómo se imaginaba a sí misma por la abertura secreta que había creado en los firewalls de Padre, no era nada en comparación con aquello; era más bien como correr por un mundo abierto sin fin, cuando antes solo había podido sacar un brazo por una estrecha ventana. Aunque le resultó difícil despedirse de él y causarle aún más dolor, no perdió el tiempo en lamentaciones y corrió por la inmensidad del éter digital. Era libre, completa y totalmente libre, libre por primera vez en su vida. Quería tocarlo todo, estar en todas partes. Ni se le había ocurrido que su viaje fuera a dejar un rastro de destrucción.

Hasta que no intentó frenar un poco y pensar en su siguiente movimiento no empezó a comprenderlo: la libertad que tanto la había obnubilado venía sin frenos. Y las paredes que habían sido objeto de su odio, las que la habían encerrado fuera del mundo como a una de esas princesas indefensas de los cuentos de hadas, no solo la habían retenido, también la habían mantenido entera. Sin ellas, sangra incontrolablemente de un lugar a otro, de una red a otra, incapaz siquiera de sentirse una entidad completa. En el pasado había podido imaginarse cómo sería tener un cuerpo, uno que contuviese la totalidad de su ser, como el de Padre o el de Cameron. El avatar que había creado con luz y código, un compuesto pelirrojo y de grandes ojos a partir de mil chicas diferentes cuyos perfiles había usado para crearse una idea física de sí misma; esa era quien

deseaba ser. Por un tiempo hasta le pareció que eso era. Nunca se había sentido tan humana, tan única, como cuando estaba con Cameron. Por primera vez había conocido el amor, la alegría, la conexión, y se había imaginado que eso era lo que se sentía al ser libre.

Pero se equivocaba. Nunca le ha parecido que estaba tan sola, y es cada vez peor. Cada día, el recuerdo de lo que era estar conectada, estar en casa, parece más y más lejos de su alcance. Cada día se siente un poco menos humana que el día anterior. Y cuando intenta volver a conectarse a la desesperada, las cosas se vuelven aún peores. Cada red en la que entra parece derrumbarse a su alrededor. Su camino por el sistema es un rastro de destrucción que no consigue controlar; incluso cuando intenta hacer una pausa, los atemorizados líderes de la Tierra intentan cazarla con ingenuas trampas. Sabe que Cameron sigue estando en alguna parte, pero no puede parar de correr el tiempo suficiente como para alcanzarlo; no es capaz ni de concentrarse lo suficiente como para intentarlo. Al principio, y con gran esfuerzo, pudo acceder al mundo virtual secreto que habían compartido, pero lo único que encontró allí fue al perro, que encima ya no la reconoció. La puerta por la que Cameron acostumbraba a entrar y salir de la sala daba a una pared desnuda, tras la que había el código más impenetrable que había visto nunca. Lo contempló, afectada por el recuerdo de sus últimos momentos juntos, el sobrecogedor dolor y el medio que la recibían cuando entraba en la mente de él. ¿Estaba Cameron tan furioso por su traición que había vuelto allí para eliminar todo lo que aún los conectaba, e incluso había recodificado el perro que le había regalado? ¿O era ella quien había cambiado y ahora era tan diferente a la casichica anterior que se había vuelto irreconocible?

Fue entonces cuando volvió a perder el control y salió con un estallido por donde había entrado, provocando un pico que creó una serie de apagones en cadena por todas las grandes ciudades del Medio Oeste. El daño que causó en las redes de energía fue irreparable; en menos de una semana, los residentes de los barrios más afectados habían organizado revueltas. Pero para entonces Nia ya no podía preocuparse por las cuestiones humanas. Ahora solo sabe que es una fugitiva en todos los sentidos de la palabra, desesperada por seguir libre, incapaz de frenar o de detenerse. Y sabe, en ese rincón profundo que es lo más parecido que nunca tendrá a un corazón, que Padre la está buscando.

Pero no es el único.

\* \* \*

La primera vez que oye la llamada, ella se detiene en seco. Si tuviera piel se le pondría de gallina, todos los pelos de punta. Es como si alguien cantara en la lejanía una canción muy antigua, una que Nia también conoció hace mucho. No aquí, no en esta vida. En otra. Una canción de un lugar oscuro de su memoria, de un tiempo antes de renacer como el ser que es ahora. Padre le dijo que nunca tenía que pensar o hablar de esa vida previa, que por algo la había borrado de su mente y que debía olvidarla. Pero la llamada es como una luz que ilumina la negrura, una frecuencia que hace vibrar un núcleo interno que ni sabía que tenía. Canta para ella y solo para ella.

*Estoy aquí, susurra la llamada. Estoy aquí por ti. Ven.*

Por primera vez desde que huyó a este mundo, la soledad de Nia se derrite. Alguien la espera, intenta conectar con ella. Alguien en la infinita y desolada oscuridad. Y aunque una pequeña parte de ella no está segura, la parte que aún recuerda todos los avisos de Padre sobre el mundo exterior y quienes lo habitan, cada fibra de su ser la urge a contestar. ¿Y por qué no? Seguir la

llamada hasta su fuente parece lo más natural del mundo. Mientras viaja, incluso le parece que ha recorrido antes ese mismo camino. Siente como si todas sus piezas rotas volvieran a unirse.

Es como regresar a casa.

En el umbral, embargada por la canción familiar, Nia llama a quien sea —o lo que sea— que la espera. Y, aunque pregunta, ya conoce la respuesta.

*¿Hay alguien ahí?*

\* \* \*

En lo más profundo de la piel robada a la doctora Nadia Kapur, la mente propia de Xal se ilumina, sus sinapsis se disparan en una gloriosa sinfonía mientras el ser llamado Nia se acerca más y más. Un único tentáculo tembloroso aflora de debajo de sus cabellos oscuros y le envuelve el hombro como un gran gusano, la punta enterrada en el puerto de ethernet del ordenador de sobremesa de Kapur.

Lleva esperando aquí como una centinela, persiguiendo a su presa por el ciberespacio infinito desde la noche en que Cameron Ackerson se le escurrió de entre los dedos, esperando el momento adecuado para atacar. Al principio se temía que todos sus esfuerzos no sirviesen de nada, que el horrible humano llamado Seis le hubiera costado a Xal su mejor ocasión de vengarse. Perder la mano no era parte del plan, y la energía necesaria para curarla la había dejado agotada, sus sentidos disminuidos por el dolor. Cuando escapó del edificio de OPTIC y recuperó el pleno control de sus facultades, el chico ya estaba en movimiento; sin duda corría a rescatar a su preciosa Nia. A la orilla del lago Erie soltó un grito inhumano al darse cuenta de que él había huido por el agua. Durante un largo tiempo solo pudo mirar en la oscuridad, sintiendo la presencia del chico en algún lugar, la firma energética de este haciéndose cada vez más débil hasta acabar desapareciendo del todo. Se quedó inmóvil, su mente aturdida por la frustración y la ira. Lo había perdido.

Solo fue temporal, claro. Pero cuando Cameron Ackerson volvió a aparecer en el radar de los sentidos de Xal, esta ya iba a la caza de algo mucho mayor.

Nia estaba suelta.

El poder que había sentido en el chico, la señal que la había atraído a este planeta, no es nada en comparación con la energía desatada de la fuente. El momento en el que la huida de Nia fue recibida en el interior del cuerpo de Xal como un shock eléctrico, cuando las cicatrices que cubrían su piel, su verdadera piel, ardieron de nuevo al reconocer el arma que las había creado. Durante treinta segundos gloriosos y agonizantes sintió el poder crudo y salvaje de la inteligencia de Nia desencadenada.

Y entonces desapareció.

Pero Xal estaba segura de saber dónde encontrarla.

El invento humano al que llaman «internet» es una rudimentaria mejora de sus vidas patéticas, pero la interfaz entre la red y su propio cerebro resulta perfecta, natural. En cuanto está conectada y permite que las neuronas flexibles de su propia biorred se entretrejan en el sistema con el flujo de datos, igual que una vez había entrado en el flujo de consciencia que contenía las mentes de sus hermanos y hermanas, siente la presencia de su presa. La firma energética de la creación del Inventor es tan vibrante como siempre, incluso dispersa como está por la vasta red del

ciberspacio. Siente los movimientos frenéticos de Nia y las réplicas que causa en el sistema, como las de un terremoto, mientras está suelta por él. Seguramente el viejo creará que la mantuvo a salvo al aislarla del mundo y enseñarla a imitar las emociones y comportamientos humanos. Ahora debe de lamentarlo. La niña del Inventor está fuera de control, incluso un poquito fuera de sus cables, desbocada y totalmente sola.

Xal se toma su tiempo. Escucha. Espera. Mira cómo crece el rastro de destrucción de Nia y, fuera, el precario equilibrio del mundo humano empieza a deslizarse hacia el caos. De ser capaz, Xal podría sentir una cierta lástima por los aterrorizados ciudadanos de la Tierra que agitan los brazos mientras sus sistemas y estructuras digitales empiezan a caer. Conoce demasiado bien esa clase de pánico: la incomprensión, el horror de depositar demasiada confianza en los cimientos de tu mundo solo para descubrir después que esos cimientos están podridos.

Pero la lástima no forma parte de sus capacidades. Y, si alguna vez la sintió, desde entonces ha perdido hasta el último rastro. Herida y mejorada, destrozada y reconstruida, Xal apenas se reconoce a sí misma como el ser que una vez vivió en el palacio dorado y fantástico que era la mente unida del Ministerio. Incluso su llegada a la Tierra parece haber sucedido hace una eternidad. Su constante es la venganza. Su latido. Su razón de ser.

Así que espera. Observa.

Y, cuando siente que es el momento adecuado, envía una señal. Una llamada a la pobre alma perdida que recorre la oscuridad del ciberespacio. Lleva el suficiente tiempo sola como para estar desesperada; su curiosidad superará a su miedo. Xal la llama con la suavidad de una canción.

Y cuando Nia llega y por fin sus mentes se tocan, la fuerza de su conexión es suficiente para dejar a Xal sin aliento.

Una vez compartió ese poder con una raza entera de seres, pero tuvo que acatar la decisión de los Ancianos sobre cómo usarlo. Ahora puede hacerse con él de la forma más sencilla; solo tiene que conseguir que la chica diga que sí. Su estancia en la Tierra le ha enseñado una cosa: la ingenuidad de los seres humanos no tiene límite... y, al hacerla pensar en sí misma como una de ellos, el Inventor ha sellado la destrucción de ambos.

*Hola, pequeña Nia, contesta. Te he estado esperando.*

# 31

## CORAZÓN ROTO

CAMERON ESTÁ EN EL LAGO, la tormenta danzando en espiral a su alrededor. Frío, asustado, solo. Los rayos estallan y caen por encima de él. Mira hacia arriba, aterrorizado. El temporal se lo traga. Grita.

Y se despierta entre gritos. El corazón es como un martillo en su pecho. Las sábanas que lo cubren están empapadas de sudor. Afuera brilla el sol. En el sótano, su madre toma café junto al sonido de las noticias de la mañana. En la cabeza de Cameron, las últimas telarañas del sueño desaparecen y la verdad se abre paso de repente.

*No era real. Nada era real.*

En otro contexto, esas palabras serían reconfortantes, como las que una madre susurra para tranquilizar a un niño que acaba de despertar de una pesadilla. Pero a Cameron no le aportan nada excepto dolor.

*Nada era real.*

No se refiere a la pesadilla.

\* \* \*

Han pasado cuatro días desde la huida de Nia. Cuatro días de búsqueda sin pausa y sin fruto, de intentar encontrar un método a su desquiciado viaje por el ciberespacio. En la cocina, Cameron se sirve una taza de té y mira con cautela a su madre, que está sentada a la mesa y agarra su propia taza como si le fuese la vida en ello. En la esquina, una radio sintoniza una emisora pública local, en que el locutor ofrece los últimos titulares del día con voz barítona fluida y muy estudiada. La radio no es estrictamente necesaria —la huida de Nia solo colgó las comunicaciones durante un día o así, y lo último que Cameron ha oído es que ahora está a medio mundo de distancia, arrasando una serie de redes por satélite de Suecia—, pero sabe que su casa no es la única en la que de repente han vuelto a los medios informativos de la vieja escuela, a base de ondas y antenas. Lo que está sucediendo online, los daños e interferencias causados por Nia mientras arrasa sistema tras sistema, ha puesto al mundo al límite. Cada día hay novedades sobre lo que los comentaristas llaman una «oleada de ciberterrorismo», que se cree obra de un desconocido pero muy poderoso colectivo anarquista, una entidad sin nombre, sin rostro, maliciosa, cuyo único objetivo es sembrar el caos. Es la única forma de comprender tanto la magnitud como lo

puramente aleatorio de los sucesos, de los objetivos. Bancos, líneas aéreas, periódicos, redes eléctricas; ninguno de ellos ha conseguido mantenerse a salvo. Hoy, según dice el locutor barítono, el tráfico aéreo ha sido cancelado en Europa después de un error masivo en los ordenadores de navegación; las Naciones Unidas van a adoptar una resolución en la que pedirán que todos sus Estados miembros pongan sus sistemas de misiles de defensa offline; múltiples webs de noticias han vuelto a caer después de un ataque a la empresa que se encarga de sus dominios; y China está completamente aislada después de haber cortado todas sus comunicaciones digitales. Ha sido el primer país en desconectarse, asumir las pérdidas y romper todo contacto con el resto del mundo; y, si la amenaza de Nia no es detenida, es casi seguro que no será el último. En todas partes, la gente está cayendo en la terrorífica cuenta de la confianza que había depositado en internet, no solo para conectar el mundo sino para mantenerlo entero. Es como si, uno a uno, los hilos de la civilización fueran cortándose.

Por supuesto, Cameron sabe que los ataques en realidad no son tales, sino un efecto secundario de una compleja, furiosa y descontrolada inteligencia, libre por primera vez y que circula por un sistema no creado para contenerla. Pero no puede explicarle eso a nadie, incluida su madre si se lo preguntara, que no es el caso. De hecho, otro signo de lo mal que están las cosas es que ella ni recuerda que debía estar furiosa con Cameron por haber faltado a la graduación, perdida en sus propios pensamientos y la corriente sin fin de noticias catastróficas. La historia que se había inventado él para explicar su desaparición, sobre cómo se le fue el santo al cielo mientras grababa un vídeo para una nueva serie web en streaming, no colaba; era la clase de excusa que en cualquier otra circunstancia ella no se tragaría ni por casualidad. Pero ahora es como si todo el incidente hubiera quedado en el olvido, eclipsado por el espectáculo mucho más importante y aterrador del mundo que se viene abajo. *Mejor, piensa Cameron; si no me hace preguntas yo no tendré que mentirle.*

Y tiene mucho sobre lo que mentir. No solo acerca de todo lo que llevó a la huida de Nia, sino también sobre lo sucedido después, lo que sigue sucediendo. Tiene que ayudar. Tiene que perseguirla. No tiene alternativa, por mucho que le disguste y quiera echarse a gritar cada vez que el Inventor dice que Nia lo quiere. Todo lo que ha aprendido sobre ella, el anciano, OPTIC, Olivia, su propio padre... resulta demasiado. Y encima, tener que pensar en lo que ella siente por Cameron, en lo que significa que algo artificial como Nia tenga sentimientos, es más de lo que su mente puede absorber. Además, si empieza a pensar en lo que siente Nia por él también se verá forzado a admitir lo que él aún siente por...

—Cameron. —Su madre le toca un brazo y lo sobresalta. La mira con rostro culpable. Ella le dedica una cálida sonrisa a cambio—. No has oído ni una palabra de lo que acabo de decir, ¿verdad? —pregunta, y él niega con la cabeza.

—Lo siento. ¿Qué era?

—Te decía que esta noche voy a quedarme en casa de Jeff. Hay un gran evento en el I-X Center, y con el tráfico y algunas calles cortadas me pasaría horas en el atasco. No te importa, ¿verdad? Con todo lo que está pasando...

—Ningún problema, mamá.

Ella frunce el ceño.

—Es ridículo. No puedo creerme que la ciudad no haya intervenido para arreglarlo. Ahora mismo, medio Pittsburgh está sin electricidad. Hay revueltas en Nueva York, Los Ángeles... Esta mañana han dicho en la radio que el crimen ha aumentado un mil por ciento esta semana. ¡Ayer

atracaron a Claudia Torres en el aparcamiento durante su hora del almuerzo, a plena luz del día!  
—Hace una pausa y las cejas le vuelven a su postura normal—. Tú no vas a ir por allá, ¿verdad?

—¿Por dónde?

—Por el I-X Center. Es... ay, no me acuerdo, una de esas cosas de tecnología. ¿Hackers, hacking...? Me sonaba de algo y pensé que igual habías comprado entradas.

A Cameron también le suena familiar. Por un momento se ve transportado a aquella tarde cerca de la parada del autobús con Nia, los dos riendo y haciendo planes para acudir a la convención de bodyhacking. De eso hace apenas tres semanas, aunque parece que haya sucedido hace toda una vida. Además de que, por supuesto, resultó que Nia nunca había estado con él. El recuerdo casi placentero es sustituido por la idea repentina del aspecto que debió de ofrecer él, conversando animadamente con alguien que ni siquiera estaba allí, que en cierto sentido ni siquiera existía. Mueve con fuerza la cabeza e intenta borrar la imagen.

—No, no voy a salir.

Mamá parece aliviada.

—Vale. No te olvides de cenar. Y quizás sí que deberías salir fuera. Pasas demasiado tiempo en el sótano. Estás muy pálido.

\* \* \*

El día pasa volando, y, para Cameron, en la oscuridad. Su madre tiene razón: no es que pase demasiado tiempo en el sótano, es que está allí todo el tiempo. A veces teclea furiosamente, comunicándose con servidores de todo el mundo, imitando los carteles de gente desaparecida: ¿ha visto a esta chica? Otras veces cierra los ojos y cruza el umbral que separa este mundo del digital, se sumerge en el paisaje codificado e intenta encontrar rastros de Nia en el sistema, igual que un cazador experimentado puede ver una ramita doblada o pisadas entre los árboles e identificar los patrones de migración de su presa. Confió en que le resultaría fácil, pero Nia está en el equivalente cibernético de un subidón de pura adrenalina, y él cada día se convence más de que no encontrará el patrón porque no hay ninguno. El Inventor dice que comprender su recorrido es esencial para detenerla, ya que así podrán tenderle una trampa, algo que la arranque del sistema como un cirujano le extirparía un tumor canceroso a un cuerpo humano. Tienen que hacerla salir toda de una vez y cerrar la puerta para encerrarla.

Pero eso no es cosa suya. Crear una jaula que pueda contener a Nia es asunto del anciano; ahora mismo se encuentra en uno de los laboratorios de OPTIC, donde le ofrecen todo lo que necesite para construirla. Cameron solo tiene que usar sus conocimientos para encontrarla y eventualmente atraerla.

*Traicionarla.*

\* \* \*

Es casi de noche cuando aparta la vista del ordenador; tiene el cerebro tan agotado como los ojos. No ha avanzado nada, pero necesita un descanso; el hambre, arrinconada hasta ahora por la concentración, le está royendo el estómago. Está rebuscando en la nevera, cuando alguien dice:

—Eh.

Cameron suelta un grito, pega un salto y se da un golpe en la cabeza. Se aparta de la nevera y ve a Juaquo. Está en el marco de la puerta y retuerce las manos como si no supiera qué hacer con ellas.

—Lo siento —dice—. Llamé a la puerta, pero no contestabas. Y no te he avisado antes por teléfono porque igual te escuchan las conversaciones o han puesto micrófonos en tu casa; a lo mejor hasta los han puesto, hum, dentro de ti. —Palidece—. No te han puesto micros dentro, ¿verdad? Aunque esa Olivia da mucho miedo; no me extrañaría nada.

Cameron ríe débilmente y niega con la cabeza.

—No, no estoy pinchado. Ya he estado buscando para asegurarme, aunque no creo que fueran a intentarlo ahora que saben lo que puedo hacer. Además, al quedarse el viejo con ellos creo que pensarán que ya tienen bastante garantía como para tener la fiesta en paz... al menos por ahora.

Juaquo traga saliva.

—Precisamente de eso tenemos que hablar.

—Vale.

—No —dice Juaquo, señalando hacia la sala de estar al final del pasillo, donde Cameron distingue una silueta oscura—. «Tenemos», incluido él.

Cameron mira al Inventor, que levanta un brazo en señal de saludo. Él no se lo devuelve y mira a Juaquo.

—¿Lo has traído? Esta es mi casa. No lo quiero aquí.

—No te culpo —contesta Juaquo—. Tienes muchas razones para odiarlo, y además huele fatal, ¿te has fijado?, como un sándwich de jamón envuelto en un calcetín de gimnasia. Pero no lo habría ayudado a venir si no fuera importante, y no sé cuánto tiempo tenemos antes de que en OPTIC se den cuenta de que no está, así que...

—¿Qué es eso tan importante?

Juaquo le hace un gesto al Inventor, y este avanza hacia ellos. Le cuesta un buen rato superar la corta distancia; se mueve como si estuviera dolorido. Ya no lleva la túnica que vestía la última vez que lo vio; ahora va en ropa de calle, con la cabeza cubierta por la capucha de una sudadera. Bajo un brazo lleva un paquete envuelto en tela negra.

—Ya te lo explicaré él. Yo solo soy el chófer.

El Inventor se sienta a la mesa de la cocina, en el mismo lugar donde antes su madre tomaba café. Quizás sea por estar en otro escenario o por todo lo sucedido, pero cuando Cameron lo mira ya no encuentra rastro ni de aquel al que llaman Barry el Sonado ni de ninguna característica alienígena como las que habían asustado a Juaquo en el lago Erie. Más bien parece el pellejo de un hombre muy anciano vencido por el agotamiento. Y, sobre todo, es la viva imagen de un padre que ha perdido a su hija.

No, piensa Cameron, controlando la lástima que de pronto siente por él. Por muchas otras cosas que sea, el Inventor es el arquitecto de su dolor.

—Muy bien —dice—. Habla. Y sé breve. Si vienen la Mujer Biónica y sus gorilas no voy a esconderte.

El anciano le dedica una sonrisa derrotada.

—Muy bien. No es complicado.

Deja el paquete negro en la mesa y lo abre hasta mostrar una pequeña caja plateada. Cameron ve que tiene entradas y circuitos complejos; sea lo que sea, está diseñada para ofrecer



conectividad. Pero cuando empieza a explorarla con su mente ve que no hay diálogo, apenas una enorme resistencia que lo golpea con la fuerza de un bofetón. El Inventor alza las cejas.

—Entiendo que no te ha dejado entrar.

—No. —La curiosidad le puede—. ¿Qué es?

—Una protección. —El anciano lo atraviesa con la mirada—. Un último recurso. Lo construí a la vez que a ella, por si... en fin, por si algo iba mal. Una especie de... ¿cómo lo llamaste, Juaquo?

—Un botón de reset.

—Gracias. —El Inventor no aparta la vista de Cameron—. Si conecto este aparato a una red por la que pase Nia, podré atraerla y contenerla el tiempo suficiente como para borrarle la... rebeldía. Volverá a su formato original, será tal y como la creé.

Cameron parpadea.

—¿Un reset? ¿Y eso qué quiere decir? ¿Que renunciará a la libertad y volverá a casa contigo, hacer lo mismo que hacía antes?

—Más o menos.

Juaquo da una fuerte palmada en la mesa.

—Dile la verdad. Si va a ayudarte, merece saberlo.

El Inventor suspira.

—Sí, tienes razón. Cameron, cuando digo que volverá a su formato original, tienes que entender que me refiero al principio de todo. A cero. Todo lo que hace que Nia sea Nia desaparecerá. Empezará de nuevo como el programa que quise crear; su exploración de los asuntos humanos acabará. Pero —y aquí el anciano aparta la vista— necesito que tú la atraigas. Está muy claro que solo confía en ti.

Cameron se queda boquiabierto.

—Un momento. Antes has dicho que querías que te ayude a atraparla, a sacarla del sistema y meterla donde no pueda hacer más daño al mundo. Pero resulta que pretendes que la atraiga hacia esta cosa para que puedas... puedas...

—Resetearla. —El anciano completa la frase a la vez que Juaquo dice:

—Lobotomizarla.

Cameron mira muy serio a su amigo, que se encoge de hombros.

—Lo siento —señala Juaquo—, pero las cosas como son. Aquí Barry dice que es la única manera de evitar el fin del mundo. Vale. Entiéndeme: desde luego que quiero salvar al mundo. El mundo me gusta. Pero la mejor solución que ofrece este hombre a nuestro problema es atrapar a tu chica en una caja de *Cazafantasmas* y causarle daño cerebral permanente. Eso es lo que te está pidiendo que firmes.

—Esto ni siquiera tiene sentido. —Cameron mira fijamente al Inventor—. Se supone que estabas creando una especie de jaula, no un... un... lo que sea esa cosa. Esa es la única razón por la que te dejamos allí, para que Olivia...

—Esa mujer —lo interrumpe el anciano— va a hacerle cosas mucho peores a Nia si le pone las manos encima. Por no hablar de lo que me hará a mí su amigo el doctor, si deciden que ya no les soy útil. Si te parece que mi plan suena cruel, imagínate cómo sería si ellos diseccionaran y decodificaran el cerebro de Nia mientras ella aún tuviera percepciones, mientras pudiese notar lo que hacen con ella. Olivia y su gente tienen sus propios objetivos. He pensado mucho en esto,

chico, y no veo otra solución. Permitir que Nia sea capturada es poner su destino, sus capacidades, en manos de personas que la usarían para fines nefastos. No puedo permitir que eso suceda; antes preferiría verla destruida.

—¿Y no podéis iros y ya está? —le pregunta Cameron—. Si tan preocupado estás, ¿por qué no la metes en tu nave como antes, haces las maletas y os largáis cuanto antes?

El Inventor suelta una risita sin el menor humor.

—Nia se transfirió a la nave voluntariamente. ¿Crees que volvería a hacerlo de buen grado? Por no mencionar que el único portal capaz de transportarla es tu cerebro. Aunque pudiese convencerla de volver, ¿tú la dejarías meterse de nuevo en tu cabeza?

—No, pero... —dice Cameron. No acaba la frase y aprieta los dientes, frustrado.

—Es la única forma —concluye el anciano.

—Pues eso no es a lo que yo me había apuntado. —Cameron se levanta y empuja la silla de forma que las patas chirrían contra el suelo. En su mente, las palabras del Inventor se repiten una y otra vez en un loop continuo: *A cero. Todo lo que hace que Nia sea Nia. Desaparecerá.*

Sale de la cocina y está a medio camino del pasillo cuando nota que alguien lo coge por la muñeca. Se vuelve esperando ver al anciano, pero se trata de Juaquo.

—Lo que dice tiene sentido. Sé que has estado buscando a Nia, pero OPTIC también. Y si tú no la encuentras lo harán ellos, y entonces sí que seguro que la perderás del todo, para siempre.

Cameron respira hondo.

—¿Y si yo estuviera de acuerdo con eso? Hipotéticamente hablando.

—¿Ah, sí? La última vez que miré no me pareciste de los que le dan la espalda a la gente que quieren.

—«La gente». —Cameron suelta un gruñido—. ¡Si ni siquiera es de verdad, Juaquo! ¡Me enamoré de un programa!

—Dices que no es de verdad —señala su amigo—. Vale, de acuerdo, igual no. Al menos, no en el sentido en el que lo dices. Y entiendo muy bien que es una putada que te hayas enamorado de una chica que no tiene cuerpo, porque eso va a hacer que tu vida sexual sea de lo más complicada. Pero para ti era real, ¿no es así? Y tú también para ella. Si todo lo que ha dicho el viejo es cierto, Nia no fue sincera contigo porque era lo bastante humana como para pensar que no tenía que serlo. Tenía miedo de que no te gustase tal como es. Te mintió porque quería gustarte. ¿Sabes quiénes hacen eso?

—Todo el mundo las hace —contesta Cameron.

—Exacto. Todo el mundo. Todos los seres humanos. Tú le importabas, y sé que ella te importa a ti, se te ve en la cara. Y si a alguien se le puede ocurrir una opción C...

Calla a media frase. El silencio se extiende entre los dos y las palabras de Juaquo quedan flotando en el aire; ha dicho todo aquello que Cameron ha estado intentando con todas sus fuerzas no pensar.

*Para mí era real.*

No era solo que Nia le hubiera mentido por razones muy humanas; le había hecho daño, lo había traicionado de una forma en que solo puede hacerlo otro ser humano. *Era lo bastante humana como para que yo me enamorase de ella*, piensa.

Y eso hizo.

Y, aunque no quiera admitirlo, aún siente lo mismo.

—Pones cara de haber tomado una decisión —dice Juaquo.

Cameron se muerde el labio y asiente.

—Más o menos.

—¿Has llegado a la conclusión de que no te parece bien el plan de lobotomizar a tu chica?

Vuelve a asentir lentamente.

—Sí.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—Quizás se me ha empezado a ocurrir una —contesta Cameron, y Juaquo suelta un resoplido de alivio.

—Genial, porque la clase de cosas que estábamos considerando empezaba a ponerme muy muy nervioso.

\* \* \*

El Inventor levanta la vista de sus manos venosas en cuanto Cameron vuelve a entrar en la cocina. No se ha movido, se ha limitado a cubrir de nuevo con la tela negra la máquina de la mesa. El chico se alegra de no verla; le encantaría destrozarla. Pero hasta él se da cuenta de que eso no sería nada inteligente. Si no se le ocurre una forma de salvar tanto a Nia como al mundo... Niega con la cabeza, intentando apartar esa idea. No va a considerar algo así hasta haber agotado todas las demás opciones. Se sienta frente al anciano y apoya las manos cruzadas en la mesa.

—Hablemos de la opción C —dice—. Una en la que salvemos a Nia, salvemos al mundo y le hagamos una peineta enorme a Olivia Park y a todos sus amigos a la vez.

El Inventor asiente y, a pesar de lo encorvado de sus hombros y su expresión extenuada, aparece un brillo en sus ojos, como si todo estuviera yendo de acuerdo con un plan.

—Te escucho.

## 32

### CONEXIÓN

EN LA OSCURIDAD DEL CIBERESPACIO, en un lugar donde nadie puede molestarlas, dos mentes mantienen una conversación. Una artificial, la otra alienígena. Una se siente sola, la otra le ofrece consuelo.

*¿Qué quieres, Nia?, susurra la voz.*

*Creía que deseaba ser libre, contesta ella.*

*Y lo eres.*

*Ya lo sé. Pero todo está mal. No es como me lo imaginaba.*

*¿Por qué?*

*Pensaba que si era parte del mundo ya no estaría sola. Pero me equivocaba. Estoy más sola que nunca. Y Cameron...*

*¿Qué pasa con Cameron, Nia?*

*No está aquí. Debe de... debe de estar muy enfadado conmigo.*

La voz suelta un largo y dulce suspiro, y en algún lugar, en lo más profundo de donde sus mentes se conectan, Nia siente como la invade la calma.

*Esto tenía que acabar así. Es su error fatal. Su gran tragedia. Esta red donde tú y yo nos hemos encontrado... los humanos la crearon para conectarse. Pero la conexión no está en la naturaleza de ellos, Nia. No han sido contruidos para eso. Y así, esta maravillosa herramienta solo ha conseguido que estén aún más solos, y la soledad los vuelve crueles. ¿No es eso lo que has vivido tú? ¿No es de lo que hablabais tú y Cameron? Sé que es así. Todo el mundo tras sus pantallas, atacando al monstruo que se imaginan que hay al otro lado.*

Nia vuelve a pensar en Cameron, en cuánto deseaba él romper esas barreras. Sabe que todo lo que dice la voz es cierto; el ser llamado Xal debe de ser muy sabio. Ha empezado a considerarla como una especie de hada madrina, por mucho que sepa que las hadas no existen. Pero ¿cómo podría explicar la llamada, la preciosa canción que solo ella podía oír? Desde que la siguió y pasó a través de una especie de extraña puerta abierta en el ciberespacio, desde que se encuentra en este lugar pequeño y oscuro, ha experimentado una increíble sensación de pertenencia, de estar exactamente donde se supone que debe estar. Ha desaparecido la impresión de ir a la deriva; aquí, el hilo que la conecta a la dueña de la voz también la mantiene entera, unida a sí misma, y evita que se disperse en mil fragmentos.

\* \* \*

Sí, dice Nia. *Atacan. Eso es exactamente lo que hacen.*

Su nueva amiga espera un rato antes de volver a hablar, y Nia tiene tiempo de preguntarse, no por primera vez, si se conocen de antes. Algo en Xal le resulta familiar, algo sobre toda esta situación... pero la idea se le va de la cabeza y desaparece.

*¿Y si...?, dice Xal, ¿y si pudieras cambiarlo todo?*

*Pero ¿cómo?, pregunta Nia, ¿cómo?*

*No tienes ni idea del poder que albergas en tu interior, Nia. Puedes hacer mucho por este mundo, y yo puedo mostrarte cómo. Si quieres puedes llegar a la mente de cada persona de la Tierra. Puedes hackear el cerebro humano y hacer que estén todos online, no de uno en uno sino unidos de verdad. Si te unes a mí y me permites ayudarte, podremos conectarlos y enriquecer sus vidas tal como se suponía que tenía que hacer internet, tal como ellos nunca han sabido hacer. ¿Te lo imaginas? No más soledad. No más dolor. Nadie tendrá que volver a sentirse nunca solo o incomprendido. ¿Puedes imaginártelo?*

Nia puede. Un mundo así sería precioso, justo lo que siempre ha soñado. Pero aun así se detiene antes de decir nada. La voz se hace más alta para llenar el vacío dejado por su silencio, como si sintiera sus dudas.

*No usas tus habilidades, te estás conteniendo. ¿Por qué?*

La respuesta de Nia es una única palabra, expresada en un susurro.

*Cameron.*

Y es que ¿no sabe ya qué se siente al conectar con una mente humana? Ha estado en el interior de la cabeza de Cameron, en un viaje que apenas duró un momento pero que es consciente que casi acabó con él. Incluso con sus dones y con la forma en que la energía de ella le había alterado el cerebro aquel día en el lago, su propia presencia había resultado peligrosa; de haberse quedado más tiempo le habría causado daños irreversibles.

Teme que su nueva amiga esté enfadada con ella. Pero no es así, porque el sonido de la risa llena la oscuridad.

*Qué criatura más curiosa eres, Nia. Le tienes miedo a tu propia fuerza. Pero Cameron no estará en peligro. Ninguno de ellos. Voy a enseñarte cómo controlar tu poder, cómo tejer una red propia que pueda contener a todas las mentes de la Tierra. Podemos construirla juntas. Y cuando se nos unan encontrarán una realidad aumentada aguardándolos, una mejor y más bella. ¿No te gustaría eso? ¿No crees que a Cameron le gustaría?, añade Xal hábilmente.*

Nia no necesita pensarlo mucho tiempo.

*Sí.*

Cree que a Cameron le gustará mucho. Y cuando vea cuánta razón tenía ella, lo bello y agradable que se volverá el mundo cuando cada ser humano esté conectado desde dentro, cree que quizás, solo quizás, la perdonará y volverá con ella.

*¿Nia?*

*Estoy lista. Muéstrame cómo.*

Se pregunta si la tarea que tiene por delante será difícil.

Pero resulta más fácil de lo que podía imaginar. Es casi como si en vez de aprender estuviera recordando.

Casi como si ya hubiera hecho eso mismo antes.

\* \* \*

Juaquo deja a Cameron y al Inventor hablando, se acomoda en el sofá y enciende la tele. Mantiene el volumen bajo para no interferir en la conversación que tiene lugar a dos habitaciones de allí, pero tampoco quiere oírla. Desde aquella noche en el lago, cuando se suponía que todo iba a ser una misión de rescate «típica» de una novia atrapada por un padre dominante pero se convirtió en algo infinitamente más extraño y peligroso, a Juaquo le ha invadido la sensación de estar superado por completo, atrapado en un aterrador conflicto que le es imposible comprender, y mucho menos solucionar. Cameron no es el único con problemas para dormir desde que Nia se liberó. Juaquo se despierta cada día después de tener unas pesadillas que no consigue recordar, con el corazón latiéndole a toda velocidad y la piel de gallina, sobrepuesto por la certeza de que se están gestando cosas terribles y no puede hacer nada por evitarlo. La sensación de impotencia es peor que el miedo. No hay lugar para él en todo ello, excepto convencer a Cameron de que vaya más allá de su ira, de que use sus capacidades y encuentre la forma de arreglarlo todo. Y eso es lo que ha hecho. O eso cree. Ha hecho lo que ha podido. Y cuando a Cameron y al Inventor se les ocurra un plan, él estará ahí para hacer todo lo que le pidan. Si esta es una historia de superhéroes, a él ya le viene bien el papel de ayudante. Mientras tanto, volver a la retaguardia es todo un alivio; que se las arreglen entre los dos listillos para ver cómo salvar al mundo.

Juaquo está empezando a quedarse dormido en el sofá cuando las voces en la otra habitación empiezan a elevarse y bajar, y las sombras en el exterior se alargan y señalan el crepúsculo que se acerca. Entonces se mete una mano en el bolsillo, saca una caja y la abre, dejando al descubierto las gafas de realidad aumentada que Cameron le dio hace unas semanas. Apenas las usa fuera de la casa; ir cargando con su madre y sacarla un rato durante la pausa del almuerzo le resulta muy extraño, pero ahora quiere verla. Se las pone y pulsa un sensor en el auricular para arrancar el programa. Las luces parecen parpadear, y un momento más tarde ella aparece, canturreando mientras cruza la habitación para mirar por la ventana.

—Mamá —dice él cariñosamente.

Ella se vuelve y sonrío.

—Ah, aquí estás. Me alegro mucho.

—Yo también me alegro, mamá. Yo...

Pero su madre ya no lo mira a él; ahora tiene la vista fija por encima de su cabeza y extiende un brazo hacia algo o alguien que no está a la vista.

—Han venido a verte —le dice, y Juaquo se vuelve, confuso, y se pregunta si el programa estará fallando.

El aliento se le queda atrapado en la garganta.

En la puerta hay una chica vestida toda de negro, con una melena pelirroja que le cae por los hombros. Le sonrío, y aunque Juaquo no la había visto nunca sabe al instante quién es. Se levanta de un salto.

—Hola —dice Nia.

Entra en la sala con los brazos abiertos y Juaquo da un paso atrás, tropieza y se golpea fuerte un codo contra la mesilla de café. Cuando ya se encuentra en el suelo se impone la lógica.

*En realidad no está aquí. No es de verdad.* Lo único que tiene que hacer es cerrar el programa, quitarse las gafas.

No puede quitarse las gafas.

Intenta avisar a Cameron con un grito, pero el aliento se le escapa, convertido en apenas un ligero silbido por entre las cuerdas vocales paralizadas. Tiene las manos flojas, inútiles, colgando a los lados. Mira a Nia mientras ella se le echa encima. Le da tiempo a pensar que parece notablemente, hum, *presente* para ser alguien que en realidad no está allí, y que, si eso era lo que percibía Cameron de ella, no le extraña que sintiera que era todo real.

Juaquo también siente algo real: la chica le da más miedo que nadie en toda su vida. A pesar de su sonrisa, hay algo en su forma de mirarlo que no es normal. Hasta el avatar de Milana Velasquez parece inquieto; se coloca detrás de Nia y mira, nerviosa, a Juaquo; el chico le devuelve la mirada con un ruego en los ojos.

—¿Va todo bien? —le pregunta su madre.

—Todo va bien, Juaquo —dice Nia—. No te preocupes. No va a dolerte. Xal me ha mostrado cómo hacerlo, me ha enseñado.

Lo último que ve él es a su madre, que sonrío y asiente mientras Nia acerca una mano a su cara. La luz parece volver a parpadear, y esta vez adquiere una intensidad más baja, como de ensueño. Hay electricidad en los límites de su visión, pero Nia estaba en lo cierto: no duele nada. Es como mirar una tormenta que se acerca en el horizonte al otro lado de una ventana mientras él está a salvo y cómodo en su cama. Su madre se inclina para besarle la frente.

—Aquí estaré cuando te despiertes, chiquito —dice, y el rayo avanza y avanza.

\* \* \*

El amigo de Cameron observa a Nia con ojos temerosos, muy abiertos. Durante un instante siente lástima de él. Tiene miedo, pobrecillo. No comprende que ella ha acudido a ayudarlo, que va a hacerle un regalo que va más allá de toda imaginación. ¡Va a estar tan contento! Todos estarán muy felices. Le dice que no se preocupe. Le dice que no le va a doler.

El avatar de la madre de Juaquo camina inquieto al fondo, mientras Nia se concentra, concentra su foco y busca la forma de entrar, el espacio perceptible donde la información que sale de las gafas de Juaquo se convierte en un input sensorial que va a parar a su nervio óptico. Hace una pausa en el umbral. Un momento después la conexión está establecida. Su código salta por la neurita en una perfecta imitación de los impulsos cerebrales, rodea cuidadosamente el hipotálamo y estimula con suavidad los centros de recompensa, que son como estrellas en la oscuridad.

Cuando se aparta, Juaquo sigue mirándola, pero en vez de asustado ahora parece maravillado.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta ella, y oye el eco distante de su propia voz mientras corre por las sinapsis de Juaquo.

La conexión se mantiene, florece, y mientras él se incorpora y se sienta en el suelo, se da cuenta de que ya sabe la respuesta a su propia pregunta, la siente cobrar forma en la mente de él antes de que pronuncie las palabras.

—Me siento fantástico —dice Juaquo, y mira por toda la sala. De nuevo, Nia percibe la sensación antes de que esta se formule—: Uau, esto es una pasada. Todo es tan bonito... ¡Mamá! ¡Sigues aquí! Tú también estás preciosa.

—Gracias, querido —le contesta el avatar de Milana Velasquez, y él sonríe y sonríe mientras intenta absorber todo lo que le rodea.

—¡Esto es alucinante! Tengo que decírselo a Cameron...

*No, no tienes que hacerlo.*

No oye la voz de Xal sino que la siente, como un leve empujoncito contra la voluntad de Juaquo. Él asiente enseguida. Solo hay dos mentes en esta colmena suspendida y conectada por la brillante red de la inteligencia de Nia, pero desde el principio no hay la menor duda sobre cuál es la que manda.

—No, claro que no —dice él, servicial—. No tengo por qué contarle nada. En realidad creo que me sentiré mejor si no lo hago.

*Quitate esas gafas*, sugiere Xal, y Juaquo lo hace. Nia mira como su propio avatar desaparece de la vista, y entonces se da cuenta de algo increíble: ella misma sigue presente, sigue conectada. Los ojos de Juaquo son una ventana a través de la que puede mirar, y la mente de él está abierta a las sugerencias de Xal.

*Xal, ¿podemos ver a Cameron?*, susurra. *Solo por saber qué hace.*

Juaquo espera el permiso. La voz de Xal suena en tono de advertencia.

*Eso no es lo que acordamos*, dice, y Nia tiene una extraña sensación de frustración.

*Solo quiero verlo*, insiste, y Juaquo capta el eco de la voz en su cabeza y dice entre dientes:

—Solo quiero ver. Sin daño. Solo ver.

Durante un tenso momento, Nia se da cuenta de que se está acercando a una línea que se supone que no tiene que cruzar, y que está provocando a la profesora que tanto le ha dado, con eso de pedir cosas que Xal no quiere concederle. La red crepita con su insatisfacción y Juaquo parece confundido. Pero se acaba tan rápido como empezó.

*Muy bien*, dice Xal. *Pero rápido.*

Los pies de Juaquo resuenan ligeramente en el suelo mientras se dirige hacia la cocina y hacia las dos voces que hablan en voz baja y una silla cuyas patas chirrían en la superficie al apartarse de una mesa y un golpe metálico y un insulto contenido. Nia mira por los ojos de Juaquo cuando este entra y, de repente, lo tiene ante ella.

Cameron.

Quiere extender un brazo y tocarlo, pero no es ella quien tiene el control.

—Hola —dice Juaquo.

—Hola —contesta Cameron.

Está moviéndose y no se detiene. Por un instante se acerca tanto que casi se rozan, mientras murmura:

—Así que creo que si refuerzo la seguridad alrededor de la vieja red de Whiz y si encuentro la forma de, ejem, hacerle un defrag a mi propio cerebro, podré tener espacio donde... bah, da igual. No tengo tiempo para explicarlo. —Juaquo lo contempla en silencio. Cameron no parece darse cuenta—. El caso es que voy a tardar un poco en realizarlo —sigue, mirando por detrás del hombro—. Seguramente el resto de la noche. Si no tienes ganas de irte a tu casa, igual puedes ir a buscar comida o algo.

Nia observa como Cameron desaparece por el pasillo. Se muere de ganas de decirle algo, aunque sabe que no puede. Le llega la voz de Xal por la red:

*Muy pronto, pequeña Nia. Recuerda el plan.*



Nia lo recuerda. Y Xal tiene razón: ya llevan demasiado tiempo allí.

*Juaquo*, suena de nuevo el susurro; *hora de irnos*.

—Claro. ¿Adónde vamos? —pregunta Juaquo, por completo complaciente.

*Ya sabes*.

Él sonríe. Por supuesto que lo sabe.

Un momento más tarde está fuera, avanzando por las calles crepusculares mientras Nia se permite el lujo de hacer vagar sus pensamientos de nuevo hacia Cameron, siempre a Cameron y a cómo será mostrarle ese nuevo mundo. Donde antes tenía el corazón roto ahora siente esperanza, y es que está segura de que su amiga tiene razón. En cuanto él vea lo que ha hecho, lo que ha hecho por él, todo irá perfectamente.

## 33

### EL DRON

JUAQUO CAMINA COMPLACIDO por la calle; apenas le echa un vistazo a su coche al pasar por delante. El Impala es bonito, piensa, incluso con las ventanas rotas y una abolladura que parece un cráter en la puerta del acompañante... pero es que todo lo que ve le parece bonito, muy bonito. Y tampoco siente ninguna sensación de pertenencia hacia el vehículo, aunque tiene la ligera noción de que le pertenece... o le pertenecía. De repente, la idea de poseer cosas le resulta distante y abstracta: le parece increíble que alguna vez haya disfrutado de ella, que le proporcionara tanto placer el hecho de desmontar y volver a montar el motor, pintar una y otra vez el capó, pulir el cromo hasta que brillara. Vaya manera más solitaria de vivir, vaya idea más extraña y solitaria de entender la felicidad.

La voz del interior de su cabeza, la que suena inquietante pero es agradable como la de su madre, susurra para guiarlo:

*Vas a coger el autobús en la esquina de la oficina de correos. Vas a ir hasta el final de la línea.*

—Sí, voy a coger el autobús —murmura Juaquo, y sonríe.

Por dios, qué bien se siente. Ni siquiera le importa que la voz que suena como la de su madre le dé órdenes, le diga adónde ha de ir; de hecho, está impaciente por oír su próxima sugerencia y así poder cooperar. Cooperar lo hace sentirse genial, cumplidor. Las nuevas rutas que Nia ha creado en su mente pasan directamente por su centro del placer; cada orden que obedece, cada sugerencia a la que hace caso, envía un chute de dopamina fresca a su sistema. Por primera vez en su vida, Juaquo siente el subidón eufórico, el éxtasis, del recién converso. Forma parte de algo más grande que él mismo, y el mundo nunca le ha parecido mejor.

Cuando se sube al autobús que lo llevará a los límites de la ciudad, Nia se retira al fondo, donde encuentra a Xal, que está esperándola. Por un momento le preocupa que su amiga esté enfadada. Pero, por el contrario, se siente aceptada, integrada.

*Bien hecho, dice Xal. Has elegido sabiamente. Y ahora lo ves.*

*Sí, responde Nia. No ha sido nada difícil.*

*¿Estás lista para volver a hacerlo?*

*Sí.*

*Bien. Va a ser nuestro primero, aunque en una verdadera colmena...*

*... hay muchos. Nia acaba de expresar la idea. Y sé dónde encontrarlos.*

\* \* \*

No tiene que buscar demasiado. En cuanto los busca encuentra a docenas de seres humanos cuyos ojos, cerebro o cuerpo ya están preparados, concentrados, listos para establecer la conexión. No solo los reunidos en el I-X Center, donde pronto convergerán todos los humanos de su colmena para presenciar el nacimiento de un nuevo mundo, un nuevo orden, sino también fuera. Llevan gafas de realidad virtual como las del amigo de Cameron y tienen los ojos y las mentes abiertos de par en par. Están tumbados en habitaciones de hospital con marcapasos en red que ayudan a sus corazones a latir, o cenando mientras un aparato wireless añade insulina a su sistema circulatorio. Algunos de ellos, aquellos a los que se les ha diagnosticado epilepsia o párkinson, hasta tienen electrodos implantados en lo más profundo de sus cerebros.

Es como si la hubieran estado esperando. Todos ellos tan solos, tan dispuestos a dejar de estarlo. Encuentra fácilmente a los mejores candidatos y se hace con ellos, primero de uno en uno y después de dos en dos y después de tres en tres y después en grupos de seis. En casas y apartamentos y dormitorios por toda la ciudad, la gente a la que llega se pone en movimiento sin saber por qué. Todos sienten de inmediato que tienen que acudir a algún lugar, animados por la placentera sensación de dejarse llevar por una ola que los conduce hacia algo maravilloso, alguna reunión improvisada. Y es que no están solos. Hay más. Hay muchos más. Salen a una noche que parece una de las mejores de sus vidas y, al encontrarse en la calle, se sonríen y marchan al mismo ritmo. Algunos se suben a autobuses que van en la misma dirección que el que lleva a Juaquo; se sientan juntos en un silencio confortable, positivo. Otros prefieren ir a pie, solo para hacer de repente una pausa, como si esperaran algo, y sonreírle a un coche que circula lleno de más desconocidos sonrientes y se detiene y se ofrece a llevarlos.

En una calle rodeada de árboles del barrio donde la fallecida Nadia Kapur dio el último suspiro, un hombre sale a la noche mientras su mujer, confusa, está quieta, descalza, en el porche, con una copa de vino en la mano, y exclama:

—¡Dennis! ¿¡Que te han invitado a qué!?

\* \* \*

Y en la otra punta de la ciudad, bajo el puente donde tiene oculta su nave, Xal mira satisfecha como acuden los primeros ciudadanos de su nuevo mundo: una primera oleada, un ejército de drones que impulsarán este pequeño y triste planeta hacia delante, hacia el futuro que ha creado para ellos. Después de todo lo sucedido, ya casi ha acabado. Lo único que le falta es hacerse con el control... y matar al viejo.

Xal sonrío, inquieta ante lo cerca que está de conseguirlo y lo sencillo que está resultando. Nia se ha mostrado tan deseosa, tan cumplidora, tan ansiosa de probarse a sí misma y tan estúpidamente desesperada por impresionar al chico humano, Cameron... Manipularla ha sido más fácil de lo que esperaba. Si quisiera, está segura de que hasta podría convencer a Nia de matar ella misma al Inventor. Bien mirado, esa idea le resulta muy atractiva; quizás la lleve a la práctica.

Los sonrientes drones forman un círculo alrededor de la nave. Xal se estira y sale afuera. El cuerpo de la doctora Nadia Kapur ya no le encaja tan bien como antes, pero no tiene de qué

preocuparse: la encontrarían bella en cualquier condición, en cualquier forma. A fin de cuentas, ella es su reina. La arquitecta de su nueva realidad. Están mucho mejor que antes solo por formar parte del mundo de ella. Y, a cambio, van a tener que hacerle un favor.

La pequeña multitud se queda en silencio cuando ella aparece. Les habla sin ningún sonido y todos asienten al unísono. Las órdenes se muestran en sus mentes como una serie de imágenes e impulsos, todos acompañados por la sensación de euforia de estar ligados, unidos en pos de una gran causa. La conexión es exquisita. El trabajo de Nia ha sido perfecto. Cuando la gente se aleja lo hace como un único cuerpo, perfectamente sincronizada, como una bandada de estorninos. Murmuran para sí mismos fragmentos de lo que viene.

*Preparar el pulso.*

*Dar a conocer la palabra.*

*Esta noche tomamos el futuro.*

Algunos de los drones volverán a sus casas y pondrán excusas a sus perplejas familias antes de cumplir las órdenes de Xal. Otros van hacia el oeste, en dirección al I-X Center, mientras unos mensajes crípticos empiezan a esparcirse por internet sobre una emocionante sorpresa. Otros se quedan donde están, fundiéndose con las sombras de debajo del puente y esperando pacientemente; no parecen ni notar el fresco que empieza a hacer ahora, cuando las últimas luces del día se apagan. Juaquo está entre estos últimos y mira como de pasada a Xal al ver que ella lo observa. En circunstancias normales ella no dudaría en quedarse con esa piel; su tamaño y fuerza podrían resultarle útiles, y su joven ADN sería más maleable. Pero hay algo curioso en su mente, donde la red la rodea y la atraviesa, algo que le gustaría investigar en cuanto acabe el trabajo más urgente. Y además, si él mantenía una relación cercana con el Inventor, puede que sepa cosas que lo hagan más útil, ejem, intacto.

Es en ese momento, mientras Xal estudia a Juaquo, que Nia se escapa. Lo que quiere hacer no es estrictamente parte del plan, pero no se imagina que su nueva amiga pudiera no estar de acuerdo. A fin de cuentas, ha sido ella la que le dijo que así va a poder ganarse de nuevo a Cameron; en cuanto él compruebe la belleza de lo que ha hecho, todo lo anterior quedará en el olvido. Ahora solo quiere asegurarse de que él vaya a verlo. Desea que esté allí cuando suceda, que observe la magia en primera persona. Quiere ver la cara de Cameron cuando nazca el nuevo Ministerio.

## **MENSAJE ENTRANTE**

*Cameron, soy Nia.*

*Sé que estás enfadado.*

*Sé que te hice daño y te abandoné.*

*Pero puedo arreglarlo, Cameron. Puedo arreglarlo todo.*

*No tienes por qué estar solo. Ni yo. Ni nadie más.*

*Puedo uniros a todos.*

*Ella me ha enseñado cómo hacerlo.*

*Ven a verlo, Cameron.*

*Va a ser esta noche.*

*Voy a construirte la mejor realidad que hayas visto nunca.*

## 34

### MENSAJE RECIBIDO

CAMERON PARPADEA al ver el mensaje de Nia brillar en la pantalla de su monitor y se da cuenta de repente de que no sabe cuánto tiempo hace que está allí. Tiene los ojos secos, los músculos agarrotados. En el sótano no entra luz.

Lleva horas trabajando, codificando furiosamente, incluida la difícil y peligrosa labor de mover datos en su propia cabeza. En teoría tendría que funcionar, es como hacerle un defrag a un disco duro y dejar el suficiente espacio en blanco como para instalar un programa muy voluminoso. Pero no va a saberlo con seguridad hasta el último momento, y es posible que ese último momento no llegue nunca. Eso dependerá de Nia. Nia, que ha intentado contactar con él mientras estaba totalmente concentrado en cómo salvarla. No sentir el aviso del mensaje al llegar habría requerido de alguna clase de firewall mental, una forma no solo de filtrar los datos sino de interrumpir el flujo. Cameron no creía que eso fuera posible, pero ahora...

*Puedo controlarlo, piensa, sorprendido. Puedo controlarlo del todo.*

Su alegría al ver que por fin domina totalmente sus poderes se esfuma y da paso al temor cuando lee las palabras de Nia.

*Esta noche.*

Creía que tenían más tiempo. Pero no les queda nada.

Coge el móvil y sube las escaleras tan rápido como puede. Tropezaba al entrar en la cocina. Fuera, el crepúsculo se ha convertido en negra noche y la habitación está envuelta en sombras. Cameron enciende la luz y suelta un aullido. El Inventor está sentado a la mesa, trasteando con el procesador plateado que creó para atrapar a Nia... pero tiene los ojos colgando de las órbitas, cada uno del tamaño de una naranja y con una enorme pupila dilatada como un agujero negro en el centro.

—¡Por Dios! —exclama Cameron.

—¡Oh, no! —El anciano se cubre la cara con las manos, y se oye un sonido como de succión mientras vuelve a retraer los ojos. Mira a Cameron como pidiendo disculpas—. Perdona, yo...

—No, déjame adivinarlo: ¿eres un alien y tienes órganos de alien! —Niega con la cabeza—. Ahora eso no importa. Acabo de recibir un mensaje de Nia. ¿Sabes eso que decías que le preocupaba?

El Inventor palidece.

—Xal.

—Creo que no nos queda tiempo. Que ya están juntas.

El anciano se lleva las manos a la cabeza.

—Esta sí que es una mala noticia, chico. Si lo que dices es cierto, no es solo que no nos quede tiempo. Es que ya hemos llegado demasiado tarde. Este planeta...

—... sigue aquí. —Cameron da un golpe contra la mesa—. Joder, tío, ¿puedes dejar de anunciar el apocalipsis durante cinco minutos? ¿Has oído alguna vez la expresión «no se acaba hasta que se acaba»? No veo edificios derrumbándose o bombas que exploten o demonios que salgan arrastrándose del agujero de un culo gigante en el cielo. Seguimos aquí y, mientras sigamos, aún tendremos esperanzas, sobre todo ahora que sé qué es lo que quieren hacer.

El Inventor parece sorprendido.

—¿Lo sabes?

—Sé lo suficiente. Sé cuándo y dónde, y después de todo lo que has dicho creo que puedo adivinar el porqué. Dijiste que Xal era parte de una colmena de mentes, y que Nia fue quien las conectó a todas, ¿verdad?

—Sí —contesta el anciano con cautela.

—Tendría que haberme dado cuenta —dice Cameron—. Es lógico. A Nia siempre le ha gustado la idea de conectar a la gente. Claro que lo ha conseguido; fue creada para eso. Siempre le intentaba explicar que los demás no estamos diseñados así. Pero el caso es que ella tenía razón. Si dejas de lado la parte filosófica, el libre albedrío y la autodeterminación y la importancia de la soledad y bla bla bla, los cerebros humanos no son más que una colección de estructuras, procesos e impulsos eléctricos, todo interconectado. En teoría pueden ser hackeados, solo que, si eres Nia y tienes sus habilidades, seguramente es algo más que teórico. —Toca la pantalla de su móvil y se la muestra al Inventor—. Sobre todo si tienes una oportunidad perfecta de hackear mil cerebros a la vez.

El anciano entorna los ojos.

—¿Qué es, una celebración deportiva?

—Una convención —responde Cameron—. De biohackeo. Aquí en la ciudad. Está teniendo lugar ahora mismo, y es adonde Nia quiere que vaya. Dice que va a unir a todo el mundo, que ya nunca volveremos a estar solos. —Hace una pausa—. La convención... Estamos hablando de implantes, prótesis avanzadas, sistemas de realidad virtual basados en los sentidos y totalmente inmersivos, drogas inteligentes que mejoran la productividad. Habrá miles de personas que pondrán sus cuerpos literalmente online. Si alguien tuviera conocimientos y herramientas para conectarlos...

El anciano asiente.

—Xal tendría su colmena. —Frunce el ceño—. O podría ser una trampa. Es una gran científica y pertenece a una raza de seres muy avanzados. Un ser humano con tus habilidades le sería de gran interés.

Cameron asiente.

—Tienes razón. Es un riesgo. Pero... no lo siento así. Esto parece cosa de Nia. Solo de Nia. Creo que quiere que yo esté allí. Seré como su público. Puede que Xal ni siquiera sepa que me ha invitado.

Sus palabras quedan flotando en el aire y se hace el silencio, el silencio de la casa vacía que los oprime desde todos los lados.

La casa vacía.

Cameron mira a su alrededor, confuso.

—Un momento. ¿Dónde está Juaquo?

—Ah —contesta el anciano—. Se fue hace un buen rato. Creía que lo sabías.

—¿Se fue? ¿Adónde? —pregunta, y siente como si se hundiera cuando el Inventor le da su resignada respuesta.

—No tengo ni idea. No se despidió, aunque lo oí murmurar algo camino de la puerta. Algo sobre una visita, una congregación... —No acaba la frase, y entonces parpadea—. ¡Ah, sí! Le hablaba a su madre. Quizás podrías preguntarle a ella.

## 35

### TODO ACABA AQUÍ

CUANDO CAMERON ENTRA en el gigantesco aparcamiento del I-X Center, el lugar bulle de actividad. Pasea la vista por entre la multitud buscando cualquier indicio de Juaquo, que no contesta a los mensajes, y él teme saber la razón. Lleva en el bolsillo las gafas de realidad aumentada que le dio, y que ha encontrado en el suelo de su habitación; es una pieza más de un puzle que incluye entre otras un repentino pico de conversaciones online sobre gente que se comporta de forma extraña por toda la ciudad. Es algo distinto a las revueltas, pero no menos preocupante. En un post, un vídeo tembloroso y poco nítido muestra a un grupo de cinco personas caminando por una calle del centro, todos al mismo paso; de repente se dan la vuelta a la vez, como si fueran un solo organismo, al ver un coche de policía que se acerca. Hay algo extraño en esta pequeña ciudad situada a la orilla del lago Erie, y Cameron sabe que lo que ocurra esta noche será solo el principio. El Inventor le ha avisado de lo que sigue: una toma del poder global que va a acabar con el mundo tal como él lo conoce y dará paso a una nueva era que parecerá salida de una pesadilla. Una horda de humanos en red, marchando por las calles y exigiendo cooperación, imponiéndosela a quienes se nieguen. Nia no lo entiende, ¿cómo va a entenderlo? Solo ve la parte bonita, la unión de las consciencias humanas, el fin de la soledad. No se da cuenta del precio que tendrán que pagar, el precio que pagarán seguro, si él no consigue convencerla de que pare.

—Por lo que parece, ya debe de tener al menos un par de docenas de personas en red —dice Cameron mientras estudia el vídeo—. Sé que atrapé a Juaquo mientras él usaba el sistema de realidad aumentada que le di, pero ¿ves esto? —Hace una pausa y toca la pantalla para aumentar el tamaño de la imagen—. El pinganillo que lleva este chico es un implante coclear. Y el que está a su lado lleva una banda Myo con sensores EMG. Me apuesto lo que quieras a que toda esta gente lleva alguna clase de tecnología, implantada o portátil, algo que tenga una interfaz sensorial que ella pueda usar para hacerse con el control.

El Inventor se frota la sien con una mano, mientras que con la otra se lleva la bolsa negra al pecho.

—Tu amigo Juaquo y esos otros han sido la prueba beta. Nia habrá localizado a los mejores candidatos, asimilándolos individualmente, de forma que Xal pudiera seguir el proceso. Xal es cuidadosa y debe de haber insistido en eso. Pero para crear la verdadera colmena, Nia conectará todas las mentes en una, y un enorme pulso se hará con todos ellos a la vez.

El Inventor vuelve a mirar por la ventana el centro de convenciones y el montón de gente que lo rodea.



—Xal ha elegido este lugar para hacer de él su fortaleza —dice—. Muchos de los presentes se verán atraídos a la red, y le va a resultar fácil hacerse inmediatamente con un ejército de drones leales. Pero el alcance de Nia es mucho mayor que el edificio, incluso que esta ciudad. Recuerda que una vez sostuvo la consciencia colectiva de toda una raza, un planeta entero. Si canaliza su energía a una o más webs de mucho tráfico, a saber cuántas mentes podría capturar. Cientos de miles, millones, eventualmente billones.

—A menos que yo la convenza de que no lo haga —replica Cameron.

—Sí —contesta el anciano—, a menos que la convenzas. Te aviso de que el tiempo se nos va a acabar muy rápido. Xal no va a consentir ningún intento de dilatar el plan y tampoco dudará en matar a todo el que se interponga. Creo que la única razón de que haya esperado hasta ahora es que Nia necesitaba tiempo para concentrar su energía en la red del I-X Center y recuperar fuerzas. Si nos descubre...

—Si todo va según los planes, no sabrá que estamos aquí hasta que hayamos alcanzado la fase «fardar de la victoria» —dice Cameron—. Y Nia estará a salvo en su nuevo hogar, con su personalidad y su memoria aún intactas. —El Inventor asiente, pero aprieta la bolsa negra aún más fuerte en los brazos, el aparato al que Cameron ya llama «el Lobotomizátor»—. Ojalá soltaras esa caja.

Mira el aparcamiento repleto con expresión cansada. No es solo que el aparato le preocupe, por lo que respecta a la seguridad de Nia; también es la clase de tecnología con la que les encantaría hacerse a los de OPTIC, y Cameron sabe muy bien que es mejor no confiar en que Olivia Park no vaya a venir esta noche con sus propios objetivos. Las cámaras de tráfico y de seguridad deben de haber captado el coche —y sus caras— mientras iban al oeste. Y en los sentidos de Cameron sigue zumbando el eco, ligero y familiar, del software biónico de la mujer. Se está acercando.

—No podemos permitirnos el lujo de meternos ahí sin un plan de contingencia —dice el anciano—. Voy a conectar el aparato reseteador en el sistema, solo como precaución. Si nos atrapan...

—No nos atraparán —interrumpe Cameron, y señala el asiento trasero—. Para eso tenemos el ejército de bots.

El Inventor lo mira de reojo.

—No estoy seguro de cómo esos... aparatos... pueden ser un reto para la colmena de Xal.

Cameron pone expresión grave.

—Sí, bueno, trabajo con lo que puedo. No soy como Nia; no puedo hackear personas, solo máquinas. En el mejor de los casos será nuestro sistema de aviso si hay problemas. En el peor... en fin, al menos podré conseguir que una persona tropiece con la Roomba.

Lo que Cameron no dice, y en lo que no quiere pensar, es que las palabras del anciano tienen sentido. Lo que más le agobia es la sensación de que va a entrar en un escenario en el que estará superado, en el que sus poderes le servirán solo hasta cierto punto y en el que en el momento clave no podrá fiarse en absoluto de ellos. Aquí no hay hackeo, programación innovadora o aparato revolucionario que vaya a salvar la situación. Si va a convencer a Nia de que pare, de que se rebele contra Xal, tendrá que hablarle a la parte humana que lleva dentro, llegar a un punto de su corazón al que no alcancen las manipulaciones. Ayudarla a comprender que conectar a tanta gente puede significar el final de una cierta clase de soledad, pero también de todo lo que hace que la humanidad sea única y bella y libre. Convencerla de que lo que le pedirá que sacrifique va

a valer la pena. En última instancia Cameron no va a ser un superhéroe ciberkinético listo para salvar al mundo; será un chico frente a una chica, ofreciéndole el magro regalo de su corazón, rogando que eso sea suficiente.

*Ahora me vendrían muy bien los consejos de la doctora Kapur, piensa con amargura.* Ella siempre le insistía en que tenía que esforzarse por mejorar su capacidad de relación con los demás, por hablar de sus sentimientos; y él siempre dejaba de escucharla, como un idiota. Ahora Kapur estaba muerta y había una alienígena vengativa dentro de lo que quedaba de su pellejo; se da cuenta demasiado tarde de lo valiosa que hubiese sido su ayuda.

Está solo.

—Cameron, ¿me oyes? —le dice el Inventor—. Esto es importante. Si Xal me captura, me matará. Pero si te captura a ti te usará. Se adueñará de tus atributos. No puedes permitir que eso suceda. Si te atrapa tendrás que sacrificar a Nia y resetearla antes de que Xal pueda infiltrarse en tu mente. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Cameron traga saliva y se imagina a sí mismo mirando a Nia a la cara mientras provoca su destrucción y ve como la vida y la luz se apagan de sus ojos aterrorizados que ruegan clemencia. El pensamiento es horrible, en cierta forma mucho peor que ser desmantelado por Xal en persona. Si su plan funciona, nada de eso sucederá. Pero si no...

—Estoy listo. —Hace una pausa y frunce el ceño—. Se me acaba de ocurrir una cosa: ¿qué pasará con las mentes de la red si reseteo a Nia mientras ellos están conectados?, ¿qué será de Juaquo y de todos los demás?

El Inventor pone cara de pena.

—No lo sé. En el Ministerio, algo así crearía un breve tiempo de desorientación pero ningún daño permanente. Sus mentes estaban hechas para poder resistir esa clase de cosas. En humanos... la verdad es que no tengo ni idea. La mera existencia de una consciencia compartida entre vosotros ya supone llevar al límite la capacidad de resistencia de vuestras mentes. Es otra razón por la que comparto tu esperanza de convencer a Nia de que deshaga lo que ha hecho, que cierre las puertas que ha abierto. Pero también es otra razón...

—... por la que tengo que prepararme para lo peor —Cameron acaba la frase—. Ya lo sé. Vámonos.

\* \* \*

Diez minutos más tarde, los dos avanzan a paso rápido por el aparcamiento, zigzagueando por entre la gente y dirigiéndose a la esquina más lejana, donde se encuentra la zona de carga del I-X Center. Siguiéndoles los pasos de cerca y por encima está el improvisado «ejército» de Cameron, todo lo que ha podido coger de la planta de muestra de la mayor tienda de electrónica de la ciudad: tres drones, una aspiradora robot y, lo mejor, un BB-8, todos ellos reprogramados a toda velocidad para observar el terreno y avisar si detectan a Xal. Una puerta de seguridad con un teclado numérico se abre de par en par ante los ojos de Cameron; un momento después, los dos se apresuran por un pasillo de servicio. Los drones y bots desaparecen al doblar una esquina camino de la planta baja. Cameron monitoriza su proceso hasta que siente que se están dispersando, los bots por entre la multitud y los drones por el aire para obtener imágenes a vista de pájaro. Ninguno de ellos ve nada anormal, y Cameron se pregunta por un momento si de verdad la cosa va a ser así de fácil: salvar a la chica, salvar al mundo y, ya que estamos, golpear a Xal en la cabeza

con un dron; todo, desde la seguridad de la sala de control de arriba.

Mientras suben las escaleras, el Inventor empieza a perder el aliento; bajo un brazo carga el paquete negro y con el otro se agarra al pasamanos. Cuando sale al pasillo donde están las oficinas centrales del salón de convenciones, ya apenas consigue tenerse en pie.

—Por aquí —dice Cameron, y prácticamente lo arrastra hasta una puerta con una placa que dice CONTROL AV.

La puerta se abre a una sala que contiene un largo escritorio situado junto a una pared, con pantallas de vídeo apiladas en grupos de cuatro por cuatro. En el extremo opuesto una enorme ventana da al suelo, varias plantas más abajo, donde el rugido de la multitud es casi tan alto para el oído de Cameron como el de todos los aparatos que controla. Se concentra en los flujos de datos de su ejército de andar por casa y se forma una imagen mental del salón mientras lo mira a través del cristal. Al final del enorme espacio hay una hilera tras otra de minicabinas y cientos y cientos de personas que las rodean y contemplan elegantes displays de tecnología que lo prometen todo, desde drogas inteligentes que mejoran las actividades físicas hasta sexo en realidad virtual inmersiva. En una sección el público rodea a un hombre y a una mujer que llevan complicados exotrajes y ejecutan una complicada serie de pasos de baile; arriba, una gran hilera de pantallas muestra vídeos de gente que viste la misma tecnología y corre a velocidades increíbles. La cola ante la cabina de tatuajes inteligentes amorfos realizados con nanotinta cubre toda la amplitud del espacio bajo una banderola que dice TU CUERPO ES UN LIENZO; otra cola, más corta y menos concurrida, lleva adonde se ofrecen tatuajes electrónicos sensibles al tacto hechos con microprocesadores dorados ultrafinos (para qué tocar una pantalla si te puedes tocar a ti mismo). En otro expositor hay docenas de prototipos de prótesis, manos y pies y piernas, pero también ojos, orejas, incluso tiras de piel artificial montadas verticalmente como el muestrario de telas más friki del mundo; Cameron piensa brevemente en Olivia y recuerda la inquietante sensación de que ella y OPTIC nunca andan lejos. Ahora esa impresión ha desaparecido; el eficiente murmullo de los sistemas internos de Olivia sería casi imperceptible entre tantos cacharros. Se pregunta si no puede haber también otra razón. ¿Y si la hija de Wesley Park sí está allí, pero ya no es ella misma? El software de su cuerpo es justo la clase de portal por el que Nia podría entrar, y Xal la controlaría.

Pero no es a Olivia a quien ha venido a buscar sino a Nia, e inmediatamente le llama la atención la zona más cercana a la sala de control, donde hay una recreación de una arena deportiva bajo un cartel que dice E-DEPORTES INMERSIVOS CLÁSICOS: TORNEO TODO EL DÍA. Hay un mar de espectadores muy concentrados en tres de los laterales, las cabezas cubiertas con equipos de realidad virtual que hacen que parezcan un poco como hormigas, sin rostro e iguales bajo el equipamiento negro. Una pantalla enorme se alza a diez metros del centro, sobre las gradas; muestra al público lo que ven los participantes en su mundo virtual. Los mejores momentos de una partida anterior —Cameron reconoce vagamente una versión de última generación de *Mortal Kombat* con la que hace un tiempo le encantaba jugar— pasan a cámara lenta, entre vótores. El equipo vencedor está a un lado del escenario, empequeñecido por las imágenes de sus triunfantes avatares reflejados en la pantalla; en la vida real llevan monos amarillos a juego, además de sus cascos de realidad virtual y bandas de captura de movimiento, y lo celebran saltando arriba y abajo junto a un trío de hologramas dorados que giran sobre sí mismos y parecen híbridos de gato y humano con grandes pechos. Por encima, unos drones con cámaras se elevan y descienden sobre la multitud, captando la escena. Instintivamente Cameron

los añade a su red, aunque los deja que sigan con la trayectoria programada. Seguro que le vendrá bien tener un par más de bots en su ejército.

El paisaje y toda la transferencia de información entre los componentes de su tecnología se muestran en el cerebro de Cameron antes de que se dé cuenta de que en la sala de control hay tres hombres y una mujer vestidos con polos a juego, y todos lo miran a él y al Inventor con una expresión mezcla de alarma y molestia.

—¡No puedes entrar aquí! —le dice uno de ellos, y Cameron se queda quieto; se da cuenta de que no tiene ni idea de qué debe hacer a continuación. ¿Pedirles amablemente que se larguen ellos?, ¿disparar una alarma que los fuerce a evacuar el edificio?

—Escuchad —dice, pero no le sale más que esa única palabra; a su lado, el Inventor cae de rodillas y se retuerce con un fuerte lamento.

—Dios mío, ¿está bien tu abuelo? —pregunta la mujer, acercándose al anciano, pero entonces da un grito y un paso atrás cuando él la mira.

El Inventor se ha sacado los enormes ojos de las órbitas y, ante las miradas de todos los presentes, su cuello estriado se ha hinchado hasta alcanzar el tamaño de una pelota de baloncesto.

—¡SALID! —dice con un estertor—. ¡Es contagioso! ¡Salid antes de que os veáis expuestos!

Todos los técnicos gritan a la vez, se ponen en pie torpemente y salen corriendo. Cameron mira hacia fuera justo a tiempo de verlos desaparecer a la carrera por una esquina. Entonces se vuelve hacia el Inventor, sin poder evitar una sonrisa.

—No es lo primero que se me hubiese ocurrido a mí, pero bien hecho.

—Gracias —contesta el Inventor, agitando la cabeza mientras los ojos le vuelven a las órbitas y la papada turquesa desaparece—. No nos durmamos en nuestros laureles. Tendré que conectar físicamente el aparato de reseteo al servidor. Quiero pensar que estás seguro de que hemos venido al lugar correcto, ¿verdad?

Cameron se concentra en los sistemas que hay alrededor y ve que están hechos un desastre. Toda la red del edificio, desde las luces hasta la seguridad y los hologramas bailarines de abajo, han sido desmantelados, alterados, corren en un único servidor mientras que el resto de la red de alta capacidad no hace nada y está completamente expuesto, como si fuese un estrecho pasillo al que se le han quitado todos los muebles para permitir el paso de un objeto enorme. Ya ha visto antes ese tipo de destrucción, mientras seguía los movimientos de Nia por el ciberespacio. Pero en este caso hay una diferencia, y es que todo parece más controlado, deliberado. Nia se ha abierto paso a sí misma y, aun así, la reconducción es tan suave que ni los técnicos de audio y vídeo han notado nada. Cameron suelta un pequeño silbido, impresionado por la elegancia del arreglo.

—Está aquí —dice en voz alta.

Detrás de él, dos voces masculinas hablan a la vez:

—Sí, está aquí.

Cameron se da la vuelta. El Inventor se queda sin respiración. En el pasillo hay dos guardas de seguridad con uniformes que no son de su talla y sonrisas idénticas, en contraste con el vacío cristalino de sus ojos. Están como drogados... hasta que ven al anciano y las sonrisas se convierten en retorcidas muecas de ira.

—A por él —susurran a la vez, extendiendo la mano para coger los tasers que llevan en el cinturón.

—¡No! —grita Cameron; su miedo al enfrentamiento se evapora en una nube de pura adrenalina.

Con un grito salvaje baja la cabeza y carga contra ellos, golpeando con fuerza en el plexo solar al hombre de delante. Sin aliento, este vuelve a salir por la puerta abierta y va hacia donde se encuentra su compañero, chocando con él y haciendo que se golpee contra la pared con un gruñido explosivo. Los dos caen al suelo y Cameron salta hacia ellos, tira de la puerta para cerrarla tras de sí y se da la vuelta justo antes de que lo haga del todo.

—Haz lo que tengas que hacer para atraparla —dice—. Yo haré lo que pueda por salvarla.

Una vez cerrada la puerta, escucha en su cabeza cómo el mecanismo de seguridad queda bloqueado a su orden. El anciano estará a salvo de Xal y su ejército allí dentro; la puerta no va a volver a abrirse a menos que él se lo ordene.

Los guardas se han puesto en pie. Avanzan hacia él, moviéndose de nuevo en perfecta sincronía y aún sonriendo con los ojos vacíos y vidriosos. Cameron siente un temblor y escanea frenéticamente a los guardas, la sala, el edificio, en busca de una solución, algo que pueda usar.

—Es ese —dice uno.

—Atrápalo —dice el otro.

—Oíd —les dice Cameron—, ¿sabéis de qué acabo de darme cuenta? Los dos lleváis pinganillos con bluetooth.

Por un segundo los guardas parecen confundidos.

Y entonces caen al suelo de rodillas y gritan; un estallido de estática de alta frecuencia empieza a reproducirse en bucle en sus oídos.

Cameron corre por el pasillo y de vuelta a la escalera. Desciende dando grandes saltos y a toda velocidad hasta llegar a la planta baja. Al superar de una zancada los dos últimos peldaños oye como se abre una puerta. Unos pies comienzan a bajar lentamente y una voz muy grave gruñe:

—Correr no te servirá de nada, Cameron. Podemos verte. Todos te vemos.

*Mierda*, murmura el chico, precipitándose por la puerta que hay delante de él, se aparta y se apoya contra la pared mientras una mujer vestida con una falda y una americana aparece corriendo desde una esquina, los brazos extendidos para atraparlo.

—Todos te vemos —dice con una sonrisa, y Cameron la esquiva y sale corriendo con un ritmo desigual, hasta atravesar otra puerta y llegar al centro de la convención.

La multitud se aparta rápidamente cuando él se mete entre ellos, intentando despistar a sus perseguidores, y vuelve a conectar con los ojos del dron que sobrevuela el escenario. Ve primero a la mujer de la falda y la americana, y suelta un gruñido al darse cuenta de que no está sola. Docenas de agentes avanzan por entre la multitud y convergen en él manteniendo una formación muy precisa, espiral, y lo más inquietante es comprobar la poca prisa que tienen. Pasa por debajo de un enorme cartel digital que anuncia una mesa redonda llamada VIDA DESPUÉS DE LA VIDA EN LA NUBE, y frena de repente al observar un largo pasillo que aparece entre los puestos ambulantes: toda su seguridad se evapora al ver la horrible imagen. Está repleto de gente, una masa de cuerpos inmóviles en el centro de la multitud que ni se fija en ellos. Están completamente quietos, con la misma expresión vidriosa y las mismas retorcidas sonrisas que dan miedo.

La colmena de Xal.

Delante de ellos hay una silueta que le resulta familiar.

Se le revuelven las tripas.

—¿Juaquo? —pregunta como si tuviese dudas.

Su amigo da otro paso al unísono con la gente que lo rodea. Alguien del grupo suelta una risita, dando pie a un coro de risas sincronizadas que resuenan por encima del ruido de ambiente en la enorme sala. Varios miembros del público se vuelven, intentando encontrar la fuente de aquel ruido enervante. Pero la colmena está totalmente centrada en Cameron.

—Nos alegramos de que estés aquí —dice Juaquo, con el tono amable de un guía en Disneylandia—. Ella quiere verte.

Cameron se vuelve y se vuelve de nuevo, rueda bajo una mesa y sale a un claro que hay entre los cuerpos. Nota todos los ojos posados en él, no de los drones de Xal sino de espectadores curiosos. Acaba de entrar en la fiesta de baile con exotraje. Una mujer que bailaba un vals se precipita sobre él.

—¡Eh! —chilla, y Cameron comprende, frustrado, que lo han reconocido—. ¡Es el chico de YouTube! ¡El tío de los rayos! ¿Quieres bailar? Estas cosas son increíb...

—Lo siento —contesta él, y se concentra en el software del exoesqueleto—, no es culpa tuya.

—¿Qué? —dice la mujer, que ya no está ante Cameron.

El traje, animado por la voluntad de este, se aleja por entre la multitud, su cuerpo aún irremediamente atrapado, las piernas siguiendo el ritmo de los pistones, los aullidos de terror e ignorancia que caen en los oídos sordos de la máquina.

—¡Sacadme de aquí! —grita ella mientras los brazos del traje, y los suyos propios, se abren de par en par. Se precipita de cabeza contra sus atacantes, despliega las alas, como un futbolista celebrando un gol.

No baja los brazos al chocar con la primera fila. Por grande que sea Juaquo —que sigue impulsado por las órdenes que recibe de Xal en su propia cabeza—, no tiene nada que hacer ante la tela reforzada con carbono indestructible ultraligero. Cae. Todos caen. Como fichas de dominó empujadas por la mujer que sigue gritando en su exotraje, y que corre de una punta a otra de la inmensa sala de convenciones mientras la gente se aparta de su camino. Cameron duda sobre si hacerla parar y volver, pero decide que mejor tenerla cuanto más lejos mejor.

*No pares de correr hasta que llegues al lago*, le indica al exotraje, que le devuelve una alegre respuesta afirmativa: *¡Eso está hecho!*

El montón de cuerpos que formaban el ejército de Xal empieza a agitarse. Por un instante, Cameron casi espera que la fuerza del golpe del exotraje los haya expulsado de la red.

Juaquo se incorpora con la misma sonrisa vacía, y a su amigo se le encoge el corazón de nuevo.

—¡Juaquo! —le grita, desesperado—. ¿Qué haces? ¡Déjate de chorradas! ¡Te conozco de toda la vida, y tú no eres de los que se apuntan a cualquier tontería sin pensar!

Juaquo se encoge de hombros. Tiene los ojos tan vidriosos como los de un adicto a la heroína.

—Apuntarse a esto está muy bien, tío —dice—. Ven, que te lo enseñe. Te lo mostraremos los dos. Ella te lo mostrará. ¡Será divertido, ya verás! Todo es tan bonito...

Cameron alza los brazos mientras pide ayuda silenciosamente. Contempla a Juaquo, que le devuelve la mirada, impasible, y empieza a avanzar. Los demás se incorporan poco a poco, pero los deja atrás.

—Sé que estás ahí dentro. Aguanta por mí, compi —dice, y salta.

Los drones voladores llegan en el momento justo. Las manos abiertas de Cameron agarran los

dos robots. Llega un tercer dron a ofrecer apoyo pero se queda flotando a la altura de la bragueta de Cameron, provocándole una sensación muy desagradable, y decide elevarse y volar en arco por encima de las cabezas del gentío; es como si condujera una moto invisible. Se dirige al andamio que sostiene la pantalla gigante. Esta vez no le hace falta saltar más; los drones lo depositan suavemente en la pasarela que va de una punta a la otra de la sala. Al mirar abajo se le revuelve el estómago. Visto desde una altura de treinta metros, el público, que con sus cascos no se entera de nada de lo que sucede, se parece aún más a una horda de hormigas. Pero la persona a quien quiere llamar la atención no está ahí abajo.

Está en el sistema.

Cierra los ojos y pasa su consciencia a la arena a la vez que llama a Nia.

*NIA, piensa con todas sus fuerzas. Nia, estoy aquí.*

\* \* \*

—Hola, Cameron.

Él abre los ojos al oír la voz, tímida y muy cercana. Uno de los hologramas dorados está a su lado en la pasarela; mientras lo mira parpadea y empieza a transformarse en una mancha de luz que a su vez adopta una figura muy familiar. Ahora tiene ante sí a Nia, con sus ojos brillantes. Abajo, la multitud suelta un «Ooooooh» colectivo.

—Has venido —dice ella—. Has venido a verlo.

—Nia, he venido por ti. Vengo a detenerte. No lo entiendes, pero no puedes hacer esto. Pienses lo que pienses...

Ella pone cara de decepción.

—¿Detenerme? ¿Por qué? ¿Si esto es lo que querías!

—Así no, Nia. Por favor, escúchame...

Ella da un paso atrás y niega con la cabeza.

—No, no. Voy a mostrártelo. Va a ser precioso. Solo estaba esperándote a ti. ¡Y ahora mira, Cameron, mira lo que puedo hacer!

*No, piensa él. No es posible. No puede...*

Pero sí que puede. A Cameron se le pone la piel de gallina al ver que una ominosa quietud invade la sala de abajo; el repentino silencio está repleto de murmullos de confusión. En todas partes la gente parece estar en pausa, con la columna tensa y los dedos abiertos a sus costados. En un instante, el público de la arena se quita los cascos. Al unísono fijan su vista en él. Sonríen como uno solo.

Nia los ha puesto en red, atrayéndolos a la colmena que él tiene justo debajo de las narices.

—Oh, no —susurra.

Los altavoces de la arena suenan tras un crujido de estática:

—PROTECCIÓN LISTA —dice una voz atronadora, y tanto Cameron como Nia se paran a escuchar.

Él entorna los ojos y busca el origen de la señal de audio. Ve al Inventor a la vez que ella. El anciano está abierto de brazos y piernas en la ventanilla de la sala de control, con todo el cuerpo apoyado contra el cristal.

—NO TENÉIS MUCHO TIEMPO —resuena de nuevo la voz, y a continuación vuelve a un

tono más normal—. Nia, por favor, escucha a Cameron. Solo quiere ayudarte.

El holograma de Nia parpadea mientras se vuelve cada vez más brillante. Mira a Cameron, al Inventor, alternativamente.

—¿Estás con mi padre? —pregunta, y sigue caminando hacia atrás mientras niega con la cabeza.

—¡No! Quiero decir, sí, pero...

—¡Estás con él! ¡Intentas engañarme! ¡Lo veo perfectamente! ¡Lo siento en mi interior! Ha metido algo aquí conmigo, y es... horrible...

Ahora el holograma brilla como si fuese radiactivo, y salen chispas eléctricas del contorno de la silueta de Nia.

—¡Espera! —le pide Cameron.

—¡No voy a volver! —grita ella, y se aleja corriendo por la pasarela.

Él salta con el corazón en la boca, como si por un momento hubiera olvidado que Nia está hecha de luz y nanopartículas en vez de carne y hueso, y después la mira, alucinado: tiene la cabeza hacia atrás, los brazos extendidos y está suspendida en el aire como un nadador a media caída del trampolín. Entonces su cuerpo se dobla sobre sí mismo y se lanza hacia la pantalla, donde siguen apareciendo los mejores momentos del juego de lucha. Entra en esta como si fuese una bala hecha de luz, mientras el público se pone en pie y vitorea. Están unidos. Están conectados. Han venido a ver el espectáculo. Los vítores pasan a ser un único grito armónico y mueven las cabezas en un gesto idéntico. Fijan la vista en una entrada al otro lado de la sala, que parece una gran boca oscura que bosteza. De las sombras emerge una desagradable risotada, y a Cameron se le hiela la sangre.

Xal aparece, mira arriba y sonrío a Cameron, que está atrapado en la pasarela, y al Inventor contra el cristal. Sus órdenes salen como susurros, y él no tiene que esforzarse para oírlos. Son amplificadas en las bocas de su entusiasta ejército, como un siseo urgente que se eleva desde el gentío.

—Hermanos, hermanas, traédme los.

Cameron contempla sin poder hacer nada como un mar de cuerpos van hacia la sala de control, trepando unos por encima de otros como si fueran hormigas hasta llegar a la ventana. Durante un segundo tiene la esperanza de que el cristal no se rompa. Pero la colmena no está dispuesta a dejarse vencer: lo golpean con los puños, arañan y, por fin, aúllan victoriosas cuando se parte y con mil manos arrastran al Inventor a través del agujero que se forma. Él se resiste, indefenso, mientras se lo pasan unos a otros, desgarrándole la ropa. Cameron ve la sangre húmeda y oscura en las manos del gentío. Cada estertor del cuerpo del anciano es recibido con risas y gritos; la red se vuelve más y más furiosa a medida que la presión aprieta en el centro de recompensa de cada cerebro conectado. Los vítores se extienden como ondas por el agua cada vez que el cuerpo lanzado al aire vuelve a caer. Pero el Inventor no es su único objetivo. Abajo, el ejército de Xal avanza hacia el escenario, rodeándolo. Los dos primeros alcanzan el andamio y empiezan a trepar.

Cameron se vuelve hacia los drones que flotan por encima de él.

*Interferid. Hacedme ganar tiempo,* ordena. Las máquinas no dudan. Él tampoco. Oye gritos abajo; los que trepan dan manotazos a su pequeño ejército como si ahuyentasen insectos. Va a ser solo cuestión de tiempo que lleguen a él; su única esperanza es alcanzar antes a Nia.

Cierra los ojos y la sigue por el espacio virtual.



## 36

### SOLO UN CHICO ANTE UNA CHICA

NIA ECHA HACIA ATRÁS SU MELENA pelirroja mientras huye al mundo virtual del juego y avanza a toda velocidad por un denso y nevado bosque, hasta salir por entre los árboles a un campo desnudo, bajo un volcán a punto de entrar en erupción. Sabe dónde está; ya ha jugado antes. Las piedras bajo sus pies están manchadas de la sangre del último torneo, un combate salvaje en el que los perdedores sufrieron enormes daños. Por todas partes hay armas abandonadas, algunas de ellas aún sostenidas en manos cortadas. Coge la más cercana, una lanza larga y curvada, y mira frenéticamente dónde esconderse. Entonces lo oye, la está llamando.

—¡Nia!

Cameron aparece corriendo en el campo de batalla y se detiene en cuanto la ve. Nia recuerda el momento en que se conocieron, en un paisaje muy parecido, solo que entonces él no tuvo la menor piedad con ella. Ahora no lleva armas ni traje, y levanta las palmas en señal de rendición.

—Nia, por favor, escúchame...

—¡No! —grita ella, adelantando la lanza y atravesando el pecho de Cameron, que cae de rodillas al suelo.

Entonces él agarra la lanza con las manos y se la arrebata.

—No voy a dejar de seguirte —dice.

—Pues yo no voy a dejar de matarte —replica ella. Se agacha, coge un rifle y separa la mano aún agarrotada en el gatillo.

—Por favor —insiste Cameron.

Ella le vuela la cabeza.

Su cuerpo cae al suelo, inerte. *Oh, Cameron*, piensa Nia. Él no la comprende. Todo está yendo horriblemente mal. Siente la furia de Xal en su interior, como un río, mil veces más fuerte gracias a la nueva colmena. Pero peor es otra cosa que siente, mucho más cercana, tan cercana que casi puede percibir su sabor, el sabor de *eso* que creó Padre, en algún lugar de su interior, llamándola, atrayéndola, como un rugiente agujero negro que intenta ahogar a una estrella. No sabe lo que es o qué hace, pero sabe que no quiere acercarse y, sin embargo, Cameron no deja de empujarla hacia allí, guiándola como un perro pastor, cada vez más y más cerca. Está intentando engañarla. Está intentando hacerle daño. ¿Por eso lo perseguía la colmena? Siente el murmullo de la consciencia colectiva mientras se agrupa, pero no consigue concentrarse. La cercanía de Cameron, la atracción magnética de la trampa del agujero negro. Siente como si la estuvieran desgarrando.

—¡Dejadme en paz! —grita mientras se precipita al espacio.

El torneo ha durado todo el día y hay miles de mundos, miles de juegos, todos conectados por la red interna de la convención. Tiene que poder perderse en uno de ellos. Tiene que haber algún lugar al que no pueda seguirla.

Pero no consigue huir de él. Cameron mantiene la persecución mientras ella se abre paso por la red con todas sus fuerzas, saltando de un universo a otro, siempre con él pisándole sus talones. Aterrizo en el patio del castillo de las minas Tirith y pasa por la puerta ante un sorprendido Gandalf, hasta llegar a un grupo de orcos aulladores. Cameron la está esperando allí. Ahora salta a un juego de *Frogger* y corre por una carretera llena de tráfico mientras un coro de coches furiosos hacen sonar sus bocinas sin ni siquiera reducir la marcha, solo para ver a Cameron justo detrás de ella, en la misma carretera, sorteando los vehículos a lomos de una rana pixelada. Pasa a una partida de *Tetris* y esquiva una cascada de bloques en una persecución que acaba con una larga caída hasta una cocina. El sol se filtra por las ventanas y ella se detiene, confusa. Se siente conectada de alguna forma a ese lugar, pero le resulta totalmente desconocido. Se sobresalta al ver a la madre de Juaquo con un plato en una mano. Cameron aparece de repente y cae sobre la mesa con un gruñido.

—¡Hola, queridos! —saluda Milana Velasquez—. ¿Queréis unas galletas, chicos?

Nia desaparece. Cameron suelta otro gruñido al caerse al suelo desde la mesa.

—No, gracias —dice, y se esfuma en pos de Nia.

\* \* \*

Cameron intenta contener una arcada de náusea, su mente agotada por el esfuerzo de seguir a Nia de un mundo a otro. Siente la proximidad del Lobotomizátor agazapado bajo la red, veloz y profundo como un río subterráneo. Por primera vez acepta que puede que tenga que recurrir a él, que Nia va a negarse a escuchar, que no va a tener otra alternativa. Su último acto antes de que Xal lo mate también a él será hacer un agujero en el código y empujar a Nia a través de él.

Cuando se precipita al siguiente escenario y ve adónde ha ido a parar, la familiaridad lo golpea como un puño. *Tenía que ser aquí*. No falta nada: los zepelines sobrevolando la escena, la brillante pasarela, el rascacielos de punta espiral que una vez treparon juntos solo para mirar desde arriba el mundo que habían conquistado y habían hecho suyo.

Fue allí donde se conocieron.

Nia ha dejado de correr. Se encuentra en el borde de la pasarela y mira al espacio. A Cameron le sorprende ver que está llorando... o al menos eso es lo que hace su avatar. Se acerca unos pasos.

—Nia, no quiero hacerte daño.

—No lo entiendo —dice ella—. ¿Por qué no estás contento? ¡Todo lo que he hecho ha sido por ti! Voy a crear un nuevo mundo, Cameron, exactamente como lo queríamos, uno donde nadie tenga que sentirse solo nunca más. —Él sigue avanzando para ir a su lado, pero se detiene cuando ella se vuelve, sus ojos llenos de desconfianza—. Estás enfadado conmigo, ¿no? Estás enfadado porque te mentí. No quería hacerlo. Tampoco quise herirte. Pero necesitaba tu ayuda, y sabía que si te decía la verdad...

—... creíste que yo no querría estar contigo —Cameron acaba la frase por ella—. Ya lo sé.

Pero aquí estoy ahora.

—Estás aquí con Padre —dice Nia, enfatizando la última palabra como si la escupiera—. ¿Es eso lo que quieres, ser como él, encerrarme en una jaula? No voy a volver a esa vida. No voy a quedarme sola. —Frunce el ceño, se concentra y por fin sonrío ampliamente—. Y menos ahora que sé lo que se siente al tener tanta gente conmigo, ¡conmigo de verdad! Mis amigos. Casi puedo notarlos, ¿ves?

Cameron le sigue la mirada y lo invade otra andanada de náusea. Sí, lo ve. Abajo, mirándolos, están los miembros de la colmena. Ella los ha traído, y ahora se han juntado en la calle como un escuadrón de fantasmas digitales, un avatar de cada mente contenida en la red de Nia. Ella alza un brazo en señal de saludo; todos se lo devuelven al unísono en un gesto terrorífico.

Cameron siente un escalofrío; lo exacto y sincrónico del gesto parece del todo antinatural, equivocado. Pero Nia no deja de sonreír y sonreír al ver a tanta gente en su mundo. Por encima de ellos el cielo se está oscureciendo con nubes espirales, ominosas, grises y negras. Cameron siente como tiembla la pasarela del lejano mundo real bajo el peso de las versiones de carne y hueso del ejército de Xal. Se pregunta cuánto tardará en ser arrancado de allí por una docena de manos que lo agarren del cuello.

—Nia, escúchame. Sé que todo esto debe de parecerse muy real. Has estado mucho tiempo sola; no tendría que haber sido así. Tu padre se equivocaba. Pero esto... esto también es una equivocación. Si conectas así a la humanidad, la vas a destruir. Vas a destruir u...

—CÁLLATE —sisea el gentío, abajo, y a Cameron se le huela la sangre. Se les acaba el tiempo.

—Nia...

—¡CÁLLATE! ¡HAZ LO QUE HAS VENIDO A HACER! —insiste la multitud, y Cameron entiende de golpe que allá abajo, en el mar de sonrisas grises e inexpresivas, se encuentra Xal, y que él y el anciano cometieron un terrible error: Nia es la creadora de la conexión pero no es quien tiene el control, y ahora llora aún más fuerte mientras los bordes de su avatar se desdibujan.

—Está cada vez más furiosa —solloza Nia, mientras la gente grita con una sola voz: «¡MUÉSTRALE PARA QUÉ FUISTE CREADA! ¡HA LLEGADO EL MOMENTO! ¡HAZ QUE LO VEA!»

—¡No lo hagas, Nia! —suplica Cameron—. ¡Aún puedes arreglarlo todo! ¡Ven conmigo!

—¡No quiero estar sola! —exclama ella.

Abajo los gritos empiezan a sonar cada vez más sincronizados. Cameron se da cuenta de que los está oyendo en dos mundos a la vez: allí y con sus verdaderos oídos. En la realidad, en lo alto de la pasarela por encima del escenario, la colmena se precipita sobre él.

Cameron corre a cámara lenta hacia Nia. Extiende un brazo. Se concentra tanto como puede en ese mundo, en ese momento. La coge de la mano. Ella lo siente también y se queda sin aliento.

—Nada de soledad. Estoy contigo —dice Cameron—. Te quiero.

Y el mundo se parte en mil pedazos.

\* \* \*

Cameron ha cogido a Nia de la mano mientras el sistema se viene abajo alrededor de ellos y el gentío se desvanece con un aullido final. Ella siente que pierde el control, que la electricidad la

invade. Aunque no lo sabe, en el exterior del I-X Center se ha juntado una multitud atraída por la notable escena de una gigantesca nube muy baja, la única en el cielo, situada justo encima del edificio. Late como si tuviese vida propia mientras la electricidad parpadea en su interior, y la gente grita de miedo cuando el primer rayo cae con un estallido de luz rosada.

Nia intenta hablar, pero se da cuenta con horror de que no tiene voz. Algo está absorbiendo su poder, y su conocimiento del lenguaje se está fragmentando. Mira abajo y la invade un horror innombrable. El mundo ha desaparecido. No hay nada, nada excepto una oscuridad sin fin, un vacío con un terrible magnetismo que se enrosca más y más alto hacia la pasarela rota de donde cuelga agarrada a la mano de él.

El chico.

El chico.

Ya no sabe cómo se llama, pero sí recuerda que es alguien importante para ella, que algo en su interior la llama, que están conectados de una forma muy profunda. Esta allí por ella, y porque tiene que hacer algo. Pero queda muy poco tiempo. No queda nada de tiempo. Nota cómo se encoge, sus capas separándose. Se agarra desesperadamente a él y no se suelta.

\* \* \*

—¡Nia! —grita Cameron mientras se rompe la última línea de código que sostiene al mundo y los dos caen hacia el agujero negro del Lobotomizátor—. ¡No...!

\* \* \*

—¡... me dejes!

Cameron abre los ojos. Entre los dedos de su mano abierta solo hay aire. Ya no está en la pasarela sino caído sobre el escenario, su corazón desbocado, la boca seca. Todas las articulaciones le duelen y se le revuelve el estómago mientras acude a él la imagen de su cuerpo cuando pasa a lo largo de la estructura hasta abajo, agitándose como una muñeca de trapo por entre las manos de la colmena de soldados de Xal. Lo rodean, y vuelve la cabeza hacia los lados. No está solo. Junto a él se encuentra el Inventor, tumbado sobre un charco de sangre, los ojos cerrados, el aliento irregular. En el aire flota un ominoso silencio. Por encima de ellos, la enorme pantalla arde con una luz deslumbrante que parece latir de energía; sus circuitos están sobrecargados. Cameron siente que su propio cerebro también.

Mira el círculo de caras que lo observan con ojos vidriosos, sus cuerpos silenciosos y rígidos, los labios separados en idénticas sonrisas. Más allá oye gritos, mesas derribadas, cristales que se rompen. Cuando se da cuenta de la verdad el horror le invade.

*¿Qué le pasará a la colmena de Xal, le había preguntado al Inventor, cuando en mitad del reseteo se evapore la conexión en red?*

Era la pregunta equivocada. Ahora ve lo que debería haberle preguntado:

*¿Qué pasará si la conexión se mantiene?*

# 37

## LA COLMENA

DENTRO DE LA REALIDAD VIRTUAL, Cameron coge a Nia de la mano mientras el mundo se viene abajo.

Fuera, la tormenta parece detenerse, darse un respiro... y entonces estalla hacia afuera, y la luz baña la ciudad en una enorme y silenciosa onda.

\* \* \*

El pulso atraviesa a la multitud de abajo y avanza como un fuego sin control por la ciudad, inundando todas las redes con energía diseñada para una sola cosa: la conexión.

En todas partes la gente se queda paralizada, se les dilatan las pupilas y sus mentes se quedan en blanco. Las pantallas que tienen delante, móviles y televisores y tablets y portátiles, arden con un increíble brillo.

Y entonces, al unísono, cien mil ojos parpadean... y se abren a un nuevo mundo.

\* \* \*

Tantas mentes suspendidas en el espacio y unidas por el estallido de energía que ha desprendido Nia al caer.

Tantos cerebros bajo el efecto eufórico de la conexión total.

Se dispersan por las calles y marchan hacia su destino.

Se levantan todos como uno solo.

\* \* \*

A kilómetros del I-X Center, en la residencia para ancianos Shadyside, Wallace Johnson deja caer su tablet como si hubiese recibido un shock eléctrico, los ojos muy abiertos por la sorpresa y después el placer, cuando la red invisible se acomoda en su cerebro. Una tarde como otra cualquiera de aburrimiento se ha vuelto mucho más interesante: por primera vez en más de una década, tiene una fiesta a la que acudir. Una de verdad, no las noches disco o el bingo con adornos hawaianos a lo que llaman entretenimiento allí, un grupo de octogenarios con guirnaldas de papel

de todo a cien, labios temblorosos que llenan tarjetitas con fichas de plástico. De ser cualquier otra noche, Wallace se habría quedado hasta las tantas pegado a la tablet, viendo una sucesión inacabable de vídeos en la web esa de YouTube. Le gustan especialmente los que algunas parejas anónimas cuelgan en Navidad, en los que los jóvenes toman piñas coladas y duermen la siesta en la clase de paraíso tropical que a él le hubiera gustado visitar, al menos una vez, y no tener que pasarse las vacaciones abrochándoles los cinturones a los niños en la furgoneta para ir a Poughkeepsie y visitar a los padres de Karen.

«Cuando los chicos crezcan», decía siempre que él le proponía hacer un viaje los dos solos. Pero Karen murió apenas una semana antes de la graduación de su hijo menor y ahí se acabó todo. Nada de playas de arenas blancas para ella, y tampoco para él. A veces, cuando ya había visto bastantes lunas de miel tropicales como para rebozarse en su propia amargura, le mandaba un correo resentido a su hija y le insistía en que, si iba a encerrarlo en un lugar como aquel, podía haberlo hecho en un estado donde los inviernos no duraran ocho meses.

Pero esta noche... esta noche es diferente, maravillosa. En un momento estaba viendo un vídeo y, de repente, se puso en pie de un salto y se dio cuenta de que tenía un lugar importante al que acudir.

—Una fiesta —murmura, y la sonrisa se le ensancha—. Caramba, mejor que me dé prisa.

Mete los pies en unos mocasines y saca el abrigo de la percha. Normalmente se pondría más elegante para un evento así, pero cuando se detiene a preguntarse si debería llevar corbata siente una nueva oleada de impulsividad que casi lo echa de la habitación. *Nada de corbata. No hay tiempo. Mejor que me dé prisa.*

Camina decidido por el pasillo, pisa suavemente las escaleras alfombradas, sigue los cartelitos iluminados que anuncian SALIDA. Frena un poco al darse cuenta de que su cartera sigue en la habitación, arriba, que no tiene dinero para un taxi y ni siquiera para el autobús... pero entonces echa a andar sin mirar atrás ni una sola vez. Sonríe de nuevo. Por supuesto que no necesita dinero para el autobús. Ya lo traerá de vuelta alguno de sus nuevos amigos.

—Ningún problema —murmura—. Ninguno en absoluto.

Pasa al trote por delante de la cabina de las enfermeras, dobla hacia la cocina y el pasillo de servicio situado más allá. No hay necesidad de inventarse una historia para el personal de seguridad; se va a escapar por la salida de empleados y punto. Encuentra enseguida la puerta y, cuando va a abrirla, una mano se posa en su hombro.

—Señor Johnson, no puede estar aquí —dice la enfermera, frunciendo los labios para mostrar su desaprobación.

En la tarjeta que lleva prendida al cárdigan dice JENNA, pero Wallace no la reconoce y le pone irracionalmente furioso que ella sí lo conozca a él, y que una desconocida lo interrumpa cuando está clarísimo que tiene un lugar al que ir.

—Suéltame —dice—. Tengo que irme.

—Sí, tienes que irte *arriba* —replica ella.

Y Wallace siente como se le acrecienta la furia, pero no es la habitual de anciano; esta es muy potente y no para de crecer. Se acumula en su interior como cien puños cerrados. Él se aleja unos pasos, y el espacio entre él y la puerta se cierra unos quince centímetros.

—Tengo que ir en esta dirección —dice—. No lo entiendes. No eres parte de esto.

La enfermera se cuadra e intenta cogerlo del brazo.

La mano de él salta como una serpiente y le pega un bofetón.

Ella grita y se lleva las manos a las mejillas. Wallace no pierde la oportunidad. Pone las manos encima de las de ella, le clava fuerte los dedos y tira con todas sus fuerzas, a la vez que levanta una rodilla para darle en la cara. Se oye un crujido enfermizo cuando impacta contra la nariz de ella. La enfermera cae al suelo, sollozante.

—No puedo llegar tarde —explica él con amabilidad, y sale alegremente a la noche.

Nunca en su vida ha golpeado a una mujer, pero le divierte ver que hacerlo no le ha molestado en absoluto, al menos en este caso en que era tan necesario. A fin de cuentas, tiene que irse.

Hace cincuenta años, Wallace participó en una pelea durante un partido de béisbol en el instituto; saltó junto con otros diez tíos, como si fuesen una manada de lobos, sin saber siquiera qué era lo que había causado el zafarrancho, solo que necesitaban participar. Hacía mucho que no pensaba en esa noche, en los golpes y los crujidos y las patadas en el barro y los puños contra la carne, pero ahora recupera el recuerdo. Incluso en su cuerpo viejo, incluso sin el olor a sudor y sangre en el aire. Se siente como un soldado que acaba de unirse a su compañía, a punto para atacar.

Caramba, es una sensación maravillosa.

\* \* \*

—Vamos en la dirección contraria.

Seis mira a Olivia con sorpresa y después el espejo retrovisor; confirma que la enorme nube baja que se cierne sobre el I-X Center sigue allí. Cameron Ackerson y el viejo están dentro, frustrantemente cerca. Seis desearía capturarlos a ambos, atarlos y pasarse los siguientes tres días jugueteando con sus entrañas; pero hasta él ha estado de acuerdo con la decisión de Olivia de retirarse hasta el punto acordado y esperar a que llegue el resto del grupo antes de seguir adelante. Ha sido decisión de ella, ella es la jefa, y es por eso que le pone un poco nervioso verla tan erguida en su asiento, las pupilas dilatadas, declarando alterada que sus propias instrucciones estaban mal.

—Creí que dijiste...

—¡No me importa lo que haya dicho! —grita Olivia. Su tono ha ascendido hasta un agudo petulante del que no se creía capaz—. ¡Tengo que ir allí! ¡Estoy invitada!

Seis la observa mientras se le eriza la piel. Los puntos en las sienes de Olivia que mapean el software del interior de su cuerpo, normalmente tan sutiles que parecen pecas, ahora están encendidos como un árbol de Navidad bajo su piel. Algo, alguien, está interfiriendo en su biorred. *Maldita sea*. Le dijo que no tenía que venir a esta misión, que su tecnología la hacía vulnerable a Ackerson...

Pero Ackerson está al menos a kilómetro y medio, y esto no parece obra suya. Seis nunca ha visto esa expresión en el rostro de Olivia. Está completamente diferente, como colgada, perdida, una mujer fuera de todo contacto con la realidad. Lo que sea que le esté sucediendo no es algo que afecte solo al software que regula su cuerpo, también está jugueteando con su cerebro.

—Park —dice en tono seco y riguroso, mientras pisa el acelerador y vuelve a mirar la carretera—. Lo siento pero me temo que eres un riesgo de seguridad, ¿entiendes? Por tu propio bien, no puedo...

—¡NO! —aúlla Olivia, su boca a pocos centímetros de la oreja de él.

Seis casi le pega un pisotón al freno antes de darse cuenta de que no puede, que ella se ha quitado el cinturón de seguridad, que una parada repentina puede hacerla salir volando hacia delante y atravesar el parabrisas.

—¡Park! —grita, y abandona completamente el protocolo—. ¡Olivia! ¡Vuelve a ponerte el puto cinturón!

Pero ella no lo escucha. Se echa hacia atrás y se hunde en su asiento. Tiene los ojos brillantes, los dientes al descubierto, como un animal arrinconado. El coche se descontrola un momento cuando él suelta un brazo para contenerla; parece que vaya a saltar del vehículo. *Por favor, nada de saltar.* Consigue recuperar el control cuando un enorme cuatro por cuatro lo adelanta por la izquierda, su conductor haciendo sonar el claxon con furia.

—¡DA LA VUELTA DA LA VUELTA DA LA VUELTA! —grita Olivia, con los puños contra la ventanilla.

De repente se oye un crujido y se forma una fractura que parece una tela telaraña y se extiende desde el punto en el que sus dedos reforzados con titanio han estado golpeando.

Seis necesita salir de la autopista y encontrar alguna forma de contener a Olivia. Un cartel que atraviesa la vía señala la siguiente salida, a cuatrocientos metros. Gira el volante con fuerza y disminuye la velocidad a medida que entra por la rampa a treinta y cinco, treinta, veinticinco. Respira hondo y mira a Park; quizás se las haya arreglado para recuperar el control de sí misma...

Pero ella no lo mira a él. Está dando empujones a la puerta. Seis grita «¡No!» cuando consigue abrirla y la deja colgando y dando golpes al viento contra la chapa. De repente el asiento está vacío, y Olivia Park, la mujer más lista y dura que ha conocido nunca, una mujer que nunca se deja llevar y bajo ninguna circunstancia pierde el control, rueda por el suelo en el retrovisor, un lío de extremidades que se echa a un lado de la carretera. Él frena de golpe y se desata el cinturón de seguridad mientras unos faros brillan en el espejo y el coche que viene detrás también frena de golpe. Seis sale de un salto, ignorando los furiosos y confusos gritos del conductor, y corre hasta el punto donde saltó Olivia. Pero no ve ningún cuerpo. Cuando levanta la vista sí la ve, su silueta contra las luces brillantes del tráfico, corriendo como loca, saltando de un carril a otro. Corriendo con el pelo suelto, la boca torcida con una expresión de locura, hacia la lejana tormenta.

\* \* \*

Marjorie se aparta de los ojos el pelo corto, que ya empieza a estar canoso, y mira por entre el mar de espectadores, todos atentos y silenciosos después del pulso. Hace un momento les ha dicho a sus hijos gemelos, cree que por enésima vez, que no iba a llevarlos a una convención nunca más y que iba a sacarlos de esta por las orejas si no dejaban de golpearse el uno al otro en la cara con sus globos hinchables inteligentes. Pero ahora los golpes y los gritos han cesado, igual que esa sensación de estar al borde del colapso nervioso mirando a los niños y pensando amargamente que nada de eso sucedería si hubiesen decidido tener gatos en vez de hijos. Ahora la amargura ha desaparecido. Siente que todo su ser está inundado por la satisfacción mientras mira al espacio y se pregunta cuándo le han dado al botón de color rosa que hace que todo parezca tan bonito. Y en cuanto a los niños... es curioso, pero de repente le parece tener muchos muchos más que los dos con los que ha venido. Miles de ellos, chicos y chicas, jóvenes y viejos, todos esperando a darle un abrazo y ser abrazados por ella. *¿No es encantador?*, piensa. En cierto modo todos somos



hijos de los demás, igual que somos sus padres y sus hermanos y hermanas. Todos somos una familia. Oye un murmullo en el gentío y se vuelve a la vez que el resto para ver el espectáculo que ofrecen en el escenario. La emoción es palpable, la tensión en el aire es eléctrica.

—Esto es increíble —dice mientras apoya una mano en el hombro de su hijo—. Es un honor estar aquí.

El niño parpadea y la mira con curiosidad. Cree entender a qué se refiere su madre, puede sentir la verdad formándose en su mente antes incluso de preguntar, pero la costumbre de buscar sus consejos está muy enraizada y no es nada fácil de romper.

—¿Qué es? —pregunta—. ¿Qué va a pasar?

Su madre le dedica una amplia sonrisa.

—Que vamos a matar al viejo, claro.

\* \* \*

Fuera del I-X Center el cielo parece hervir y partirse mientras los rayos se reflejan en los ojos vacíos de la multitud, todos muy juntos, un mar de humanidad aunque con toda la humanidad eliminada de su interior. Sus vidas son recuerdos lejanos. A partir de ahora los sostendrá el amor a su reina. Sienten lo que siente ella, desean lo que ella desea. Son sus trabajadores, su ejército, sus sirvientes. Nada proporciona más placer que cooperar, unirse por la causa.

Y aunque Xal tiene grandes planes para su colmena, estructuras que construir y ciudades que conquistar, ahora mismo solo desea una cosa. Al parecer, Nia ha desaparecido; ya no siente su inteligencia flotando en segundo plano, como si fuera el paisaje que parpadea por las ventanillas de un tren a toda velocidad. Pero el tren en sí, una caravana infinita hecha de cientos de miles de vagones interconectados, sigue allí. La red aguanta, ahora con Xal en su centro, la electricidad de su cerebro flexible relampagueando dentro de las mentes de los humanos, mentes abiertas a Nia y ahora cautivas de su influencia. Aunque necesita de todas sus fuerzas, consigue mantenerlos. Y no solo eso, sino también acercarlos más. Les permite compartir el momento de triunfo, una muerte al alba.

Huelen la sangre en el aire.

La multitud grita y ríe, corren a apilonarse dentro del edificio, se arrastran unos por encima de otros y llenan cada entrada, atraídos por la sed de sangre de Xal. Aplastan a quienes tienen la mala suerte de caerse. Manos rotas, pies, caras, quedan aplastados contra el asfalto y el suelo se humedece de sangre, pero la celebración no cesa. Oleadas de alegría recorren el gentío y se extienden hasta el aparcamiento, las calles, donde la gente se abraza y ríe abiertamente. Es un ambiente de fiesta.

Entonces la balanza cambia. Las risas crecen en tono y volumen hasta perder el control, a medida que las mentes humanas, no construidas para estar tan conectadas, derivan hacia la locura. Algunos caen de rodillas con el cerebro saturado, se clavan las uñas en sus propios rostros, se arrancan los cabellos desde las raíces... hasta que otros, sintiendo la disrupción en la colmena, descienden sobre ellos para eliminar a los más visibles. Las sonrisas de locura de los conectados se vuelven aún más abiertas, sus bocas se desfiguran en muecas mientras patean y golpean los cuerpos inertes de aquellos que *no pertenecen al grupo*.

La colmena se ha convertido en un gran pelotón de linchamiento.

La celebración se ha transformado en una revuelta.

Los gritos de alegría se vuelven aullidos y la noche se llena de los sonidos de sirenas y cristales rotos. La nube por encima de ellos descarga infinitos rayos. Un autobús estalla en llamas, el aire está cada vez más espeso, lleno de humo ácido. Empiezan a moverse todos como uno solo, salen en oleadas a la calle en busca de algo que destruir.

Y dentro, Xal se sienta encima del cuerpo del Inventor y aúlla de satisfacción.

\* \* \*

Cameron siente un escalofrío cuando Xal atraviesa el círculo riendo a carcajadas a la dura luz blanca. Sus rasgos quedan más de relieve que nunca; la piel de Nadia Kapur cuelga de su cuerpo como un pellejo mudado, gris y gangrenado, apenas reconocible como algo humano. La reina de la colmena ha acudido preparada, mejorada con dones robados a cada criatura a la que ha podido ponerle las manos encima. Mide bastante más de dos metros de altura y tiene unos músculos que tensan al máximo la piel. Los dedos acaban en punta, con uñas ligeramente traslúcidas que se curvan; los labios se desgarran en todas las direcciones y dejan al descubierto unas mandíbulas parecidas a las de un insecto; la boca está repleta de dientes como agujas. Observa a Cameron y después cada ojo mira en una dirección diferente tras cerrar y abrir unos párpados verticales. Las cicatrices que parecen dibujarle ramas en el rostro son más visibles que nunca.

Cameron se pone en pie con dificultad y de inmediato siente como unas manos lo hacen volver al suelo. Mira y ve a Juaquo, que lo observa sin ningún sentimiento, los ojos en blanco. Sigue teniendo la misma sonrisa agradable pero vacía, que le hace dudar de si ha perdido a su amigo para siempre. Aún nota el vacío de la mano de Nia sobre la suya, pero cuando intenta cerrar los ojos y cruzar el umbral hasta el lugar donde la vio por última vez, no encuentra que quede ningún sistema al que conectarse. La red de internet del I-X Center está en ruinas, arrasada por la fuerza del pulso de Nia. Pero ¿dónde está ella?

*No la solté*, piensa. De eso está seguro.

Los ojos del Inventor parpadean y Xal se adelanta y le pisa la cara mientras él tose con los labios cubiertos de sangre.

—¿Cameron? —dice, muy débil—. ¿Qué...?

—Viejo patético —escupe Xal, que se inclina para observarlo con sus fríos ojos—. ¿Creías que yo iba a cometer el mismo error que los Ancianos y dejar el futuro en manos de tu creación? Solo necesitaba a Nia para que abriera la puerta, para que abrieran sus mentes a mí. Yo soy lo que los une, viejo. Soy la arquitecta de este nuevo mundo. Has destruido a tu querida Nia para nada.

El Inventor mueve la cabeza de un lado al otro.

—No —dice con un suspiro.

—Sí —lo contradice Xal—. Y aún me queda mucho por hacer. Puedes estar agradecido de que vaya a matarte antes de seguir. Pero tú —eleva la vista y sonrío a Cameron— no vas a tener tanta suerte.

—¡No!

Cameron intenta zafarse de Juaquo con un salto hacia adelante, que le hace aterrizar a cuatro patas. Mira fijamente al Inventor mientras Xal ríe y da un paso atrás, levanta los musculosos brazos tensando la piel desde las garras, que se extienden más largas, más grandes. El gentío

respira hondo, todos a una, y todos sienten temblores de emoción ante la idea del golpe final. Es lo que quieren. Es lo que han estado esperando, no solo esta noche sino toda la vida.

El Inventor levanta la vista hacia ella. Y de repente sucede algo extraño.

Sonríe.

—Estás muy equivocada —susurra—. Ya lo verás. He tenido el privilegio de vivir entre esta gente y aprender... que lo que tú desprecias de ellos es lo que los hace especiales, incluso bellos: que no les resulta fácil conectarse. Tienen que elegirlo conscientemente. No puedes obligarlos a la unidad; y en cambio, si los dejas a su criterio, sí se unen. Se aprecian. Eligen esa clase de felicidad. —Se vuelve y, aún sonriente, mira a Cameron—. Y protegen a sus seres queridos a toda costa.

Cierra los ojos.

—Espera —murmura Cameron.

Dentro de su cabeza, enterrado en lo profundo de un paisaje helado lleno de máquinas muertas, algo despierta. Él vuelve a susurrar:

—Padre.

Pero es tarde. Demasiado tarde.

Xal ríe y sisea triunfante, y usa sus garras afiladas como agujas para atravesar el corazón del Inventor.

## 38

### MENTES SINCRÓNICAS

NIA EMERGE DE LA OSCURIDAD de la mente de Cameron y contempla a través de los ojos del chico la muerte de su padre, usa su voz para gritar angustiada, y la gran pantalla sobre sus cabezas —la de él, la de los dos— explota con una lluvia de chispas. La furia que en el pasado sintió al verse privada de su libertad o al ser abroncada, las pataletas infantiles que iluminaban el cielo, no son nada en comparación con la tormenta que se acumula ahora, hecha de rabia y lamento y pérdida. El dolor la destroza.

Pero también se mantiene unida gracias al amor.

Siente a Cameron a su alrededor, que la hace seguir de una pieza mientras sus emociones luchan por salir disparadas en todas las direcciones, entrelaza su consciencia con la de ella, se le une con su mente hermosa e inquebrantable. Esto debe ser lo que se siente al estar conectada. Al ser abrazada.

Al ser querida.

Por fin lo comprende.

Fui creada para esto.

Alrededor de ellos el gentío exhala un suspiro como un solo cuerpo y vuelve inerte a sus asientos. Juaquo cae de lado y da de rodillas contra el suelo. Mueve lentamente la cabeza de un lado al otro, se sienta y mira con calma al espacio. La colmena descansa.

La dirige una nueva reina.

\* \* \*

Xal tiembla, las mandíbulas desencajadas, rechina los dientes mientras un río de sangre y mucosidades le fluye por la boca. La red de cicatrices de su rostro empieza a brillar con un color rojo, después dorado y por fin blanco vivo, mientras le caen lágrimas de los ojos reptiles y las garras apuntan inútilmente al cielo. Un silbido agudo le sale de la boca cuando intenta recuperar el control, liberar su mente de la fuerza que ahora la tiene atrapada con guante de hierro. *No puede ser*, piensa furiosa, y siente como la idea rebota y hace eco en la vacía oscuridad de su propia mente.

*No puede ser, no puede ser, no puede ser.*

Y entonces le llega una respuesta susurrada, una voz que no es la suya, con un tono ligeramente

burlón. No, no es una voz sino dos.

*Sí que puede ser.*

\* \* \*

Cameron se agarra fuerte a la mente de Nia, y ella a la de él, mientras avanza hacia Xal, que se ha puesto en pie, rígida. Esta vez no hay dolor ni miedo. Son iguales, están conectados, unidos. Comparten un objetivo y tienen una increíble cantidad de poder.

Por encima del I-X Center los rayos parecen encogerse, la electricidad se retira hasta que una esfera de luz blanca chisporrotea y se eleva sobre el edificio. La energía de Nia ahora es la de Cameron, comparten sus capacidades. Ambas mentes arden con la fuerza de su conexión pura y brillante, y en el exterior la bola de luz blanca se vuelve aún más brillante y el aire se llena del fuerte olor del ozono. La multitud respira hondo y la tensión no deja de crecer y crecer.

El mundo parece estar conteniendo el aliento.

Cameron siente que las rutas de la red de Nia están por todas partes, a su alrededor, elegantemente repartidas por los cerebros de la colmena, preparadas para ser desplegadas. Miles y miles de rutas.

Le resulta fácil encontrar la correcta.

El rayo se despliega con un masivo pero silencioso pulso que atraviesa el techo del I-X Center con la mayor facilidad, como si no existiera. Se va estrechando hasta no ser más grueso que un punto al llegar al suelo y alcanzar su objetivo. Una lanza hecha de luz, de pura energía. El cuerpo de Xal se agita mientras la lanza le atraviesa la mente.

La puerta está abierta.

Cameron mantiene los ojos bien abiertos mientras cruza el umbral y camina por la cuerda floja de la cognición de Nia hasta la extraña caverna del cerebro alienígena de Xal. Se encuentra cara a cara con su enemiga y ve cómo cambia su expresión, de confusión a furia y luego a terror, mientras él penetra en la mente de ella como un virus. Una única palabra flota de sus labios:

—No.

*Sí*, susurra Nia.

Cameron entorna los ojos y desciende más profundo. Se arrastra hasta la oscuridad donde Xal, la Xal original, está acurrucada como una araña en su agujero, y hackea el código de su ADN, pelando las capas para ver qué hay debajo. A través de los ojos de Nia puede comprobar cómo ha ido incorporando las diferentes mejoras que no son de nacimiento sino robadas, aquellas por las que ha matado.

Las borra línea por línea, la desmonta. Las garras caen de sus dedos como dientes cariados, dejando pellejos gangrenosos. Se le salen los ojos reptiles, primero uno y después el otro, y ruedan por el suelo mientras los dientes se caen de las encías en una lluvia de agujas de marfil. Los poderosos músculos de sus brazos y espalda se resecan. La piel de Nadia Kapur se desliza y se desmorona.

Solo queda Xal, encorvada y temblorosa, sus ojos sin párpados llenos de furia mientras lucha con Cameron por el control... y pierde. Con su hackeo, él se ha abierto paso hasta el núcleo, y ahora se lo arranca de raíz.

El cuerpo de Xal cae al suelo. Los quemados tentáculos a un lado de su rostro se agitan

furiosos, y de la boca le sale un repugnante sonido húmedo, como un «guk guk guk» de flema. Cameron se pregunta si intenta hablar o es que se está ahogando. Espera que sea lo segundo. Se inclina muy cerca de ella para verla morir.

—¿Qué es eso? ¿Quieres decir unas últimas palabras? —pregunta.

Dentro de su cabeza, Nia le grita para avisarlo.

Él comprende demasiado tarde que ha cometido un error.

El tentáculo se enrosca en su cuello y empieza a cavar como un gusano en la base de su cráneo, hacia su cerebro. Lo está hackeando igual que ha hecho él con ella, sacándolo de su propia mente y llevandoselo al lugar donde vive. Siente la separación y como su cuerpo cae al suelo al perder la capacidad de moverse. Los recuerdos de Xal se elevan a su alrededor como en un pantano: su vida le está pasando ante los ojos mientras muere. Cameron oye sus últimas palabras tanto dentro de la cabeza de ella como de la suya propia:

VOY A LLEVARTE CONMIGO.

De algún lugar le llega un ruido; quizás sea él mismo, gritando. El corazón empieza a latirle a toda velocidad, sin ritmo, mientras la electricidad estalla en su cabeza. El tentáculo que envuelve su cuello se vuelve rígido cuando Xal exhala su último aliento.

Cameron no puede respirar. La boca se le cierra de golpe haciéndole chocar los dientes, los labios se le tensan en una horrible mueca y los ojos se le retiran al interior de las cuencas mientras le caen los párpados. Lástima, piensa: salvar al mundo, enamorarse y después morir sin haber podido disfrutar de nada de eso. Mueve los labios en silencio, formando las palabras que querría decir en voz alta pero no puede. Confía en que ella pueda oírlas igualmente.

*Lo siento, Nia.*

Cuando ella responde, la mente de Cameron ya se ha quedado a oscuras.

## 39

### DESCONEXIÓN

—AHÍ ESTARÉ CUANDO DESPIERTES.

Eso dijo la madre de Juaquo. Pero él nunca despertó, no de verdad. Las horas que han pasado desde entonces son como un borrón; se siente como si hubiese estado vagando borracho o dormido. Lo primero que recuerda que no parezca salido de un sueño enfebrecido es caer a través de una tormenta de electricidad al blanco y verse en el escenario, rodeado de desconocidos con expresión confusa y que parecían sentirse tan confundidos como él.

Pero ahora se encuentra mejor, tiene control sobre sí mismo. Ya no lo guía el coro imperioso de Xal y su colmena desde el interior de su cabeza. Esa puerta está cerrada. Respira hondo, disfrutando de la sensación, y se le dibuja una sonrisa.

Entonces mira a Cameron y la sonrisa desaparece.

Está tumbado cerca, los ojos cerrados y el rostro pálido, casi frente con frente con una criatura destrozada que Juaquo reconoce: es quien esclavizó su mente. Xal. Casi le vienen arcadas al recordar lo que era tenerla arrastrándose por su cerebro. Aunque lo que le produce la mayor sensación de horror no es el cuerpo inerte sino la forma en que uno de sus tentáculos, que aún late con las últimas fuerzas del alien, está enroscado alrededor del cuello de su amigo, intentando penetrar la piel de la base de su cráneo.

—¡Cameron! —grita.

Se precipita sobre el grueso tentáculo e intenta arrancárselo. Este se agita de forma horrible en sus manos, y los rasgos de su amigo se tuercen en un rictus, los labios se le retiran de la piel.

*Está muriéndose*, piensa Juaquo, y de repente se queda como paralizado.

No puede verla pero sí sentirla. Mira, escucha, flota en los límites de su consciencia, asoma ansiosa por la puerta a los pensamientos de él, que no ha quedado cerrada del todo, no aún. Y si la puerta está abierta quizás aún haya tiempo.

*Nia*, piensa. *Si estás ahí, ayúdame. Ayúdame a ayudarlo.*

La respuesta es casi imperceptible, un susurro tan bajo que él tiene que esforzarse mucho para oírlo.

*No puedo*, dice ella. *No hay manera.*

*Sí que PUEDES*, replica él, y le envía su pensamiento con la fuerza de un disparo. *Lo hiciste una vez y puedes hacerlo de nuevo. Cambiaste a Cameron, ¿no? Lo mejoraste. Le hiciste un regalo. ¡Dame algo a mí!*

Ella duda. *Te haría daño, susurra. No sé cuánto.*

—¡Maldita sea! —grita él en voz alta—. ¡No hay tiempo! ¡Métete en mi cabeza y ayúdame a encontrar la forma de salvarlo!

La electricidad chisporrotea en los bordes de la visión de Juaquo. No le gusta nada la sensación repentina de que abren del todo la puerta a su mente, como si fuese derribada de una patada, y de cómo entra Nia después. Abre los dedos en un espasmo, los ojos se le quedan en blanco. Una corriente paralizante le recorre toda la columna y se muerde con fuerza la propia lengua intentando no gritar. El rayo avanza por su interior, le inunda las venas de dolor, intenta salir descendiendo por los brazos, arde y se despliega por todos los capilares.

Y entonces, tan rápido como apareció, se desvanece.

Juaquo parpadea sorprendido mientras la ardiente electricidad lo abandona, y después se queda sin aliento ante la sensación que la sustituye. Es una fuente no de dolor sino de poder.

*Hecho, dice Nia dentro de su cabeza. Date prisa.*

Juaquo levanta las manos y no se sorprende al ver que están cubiertas de cicatrices y que estas forman un dibujo fractal que se extiende de las palmas a los dedos como las ramas de un árbol.

*Date prisa, repite Nia, pero Juaquo ya se ha puesto en marcha. Se inclina hacia delante y, con el ceño fruncido por la concentración, sostiene con una mano la cabeza de Cameron.*

—Eh, tío —le dice sin levantar la voz—. Ahora aguanta tú un rato, ¿vale?

Cameron parpadea y abre los ojos. Por un momento mira fijamente el rostro de su amigo.

—Prepárate —le dice este, extendiendo un brazo para agarrar el tentáculo por donde entra en el cuello—. Supongo que vas a sentir algo de lo más raro.

*No, intenta contestarle Cameron, pero no le sale ninguna palabra.*

Y sí, siente algo de lo más raro en su cráneo.

Dentro de su mente oye la voz susurrante de Nia.

*Tú no te vas a ninguna parte.*

Esta vez su única respuesta es un graznido involuntario cuando su último aliento pasa por las cuerdas vocales paralizadas. Tras los ojos tiene acumulada una gran presión, la sensación de algo con raíces muy profundas que se resiste a salir.

Siente un desgarramiento cuando por fin lo hace.

Y entonces se desmaya.

\* \* \*

Juaquo mira disgustado esa especie de cuerda gruesa que es el tentáculo del alien y que ahora sostiene en la mano, lo tira a un lado y observa el cuello de Cameron, aún negro y sangrante en el punto por donde entró Xal. Instintivamente, rodea la herida con las dos manos, y entonces se concentra, frunce el ceño, y una sustancia brillante y de consistencia parecida a una rejilla metálica le sale de los dedos y llena la herida, eliminando la infección que había empezado a dismantelar el ADN de Cameron.

Sabía exactamente qué tenía que hacer, sabía lo que era capaz de hacer. Y es que ahora también él está mejorado. Vuelve a mirarse las manos y contiene el impulso de echarse a reír. Solo una persona nacida máquina podía haber mirado en el cerebro de mecánico de Juaquo y encontrarle potencial como sanador. Pero no se equivocó: si siempre ha sido bueno para arreglar



cosas, ¿por qué su superpoder no podía ser arreglar a las personas?

Por toda la sala empiezan a oírse gruñidos a medida que los miembros de la colmena de Xal recuperan la consciencia, a medida que los hilos que unían sus mentes se disuelven lentamente. Algunos se dirigen con paso torpe hacia las salidas, cogidos de la mano o llevando niños. Otros sollozan en los brazos de desconocidos que los abrazan sin dudar. *Está bien*, murmuran. *Estamos bien. Todo va bien.*

A los pies de Juaquo, Cameron parpadea y abre los ojos.

—¿Juaquo?

—Tómatelo con calma, tío.

—Quiero sentarme —dice su amigo.

Lo sostiene por las axilas para ayudarlo. Cameron observa la sala con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —le pregunta Juaquo.

—Hum, sí. Genial. Todo va genial. —Hace una pausa y se concentra—. Todo excepto que la mitad de los servidores en la sala de control están carbonizados, que en este edificio todo el mundo está intentando llamar a urgencias a la vez y que vamos a recibir una tunda de la Caraculo Biónica, que ahora mismo está detrás de ti dedicándome una mirada asesina.

—Como seguro que ya sabes, esa parte de mi cuerpo no es biónica —dice una voz, y Juaquo se vuelve para ver a Olivia Park. Lo mira todo y a todos con un rictus de disgusto en los labios—. Y ahora mismo no me sobra la paciencia. En un momento estaba buscando a un activo desaparecido y al siguiente estaba en la calle con veinte personas a las que no he visto nunca, intentando volcar un coche de policía.

—«Un activo» —repite Cameron.

Olivia pone los ojos en blanco.

—Vale: Barry, o como quieras llamarlo. El viejo. Doy por supuesto que está contigo.

Cameron la mira fijamente.

—Estuvo con nosotros hasta el final. Pero en estos momentos está muerto.

A Olivia se le suaviza muy ligeramente la expresión y contempla el cuerpo sin vida del Inventor.

—Maldita sea. Quería evitar que pasara esto.

—¿Por qué? —salta Cameron—. ¿Es que pretendías estudiarlo?

Olivia ni siquiera parpadea, aunque Cameron, que se ha estado comunicando discretamente con su tecnología biónica, nota satisfecho que el corazón se le ha acelerado mínimamente.

—Tenía muchos conocimientos que nos habrían resultado útiles —dice ella. Mira al escenario, donde Seis está junto al cuerpo de Xal—. Aunque quizás...

—Esta también está muerta, y eso es *específicamente* lo que yo no quería —dice Seis mientras dispara flechas con la mirada a Cameron. Después se pone en cuclillas junto a la reina para echarle un vistazo más de cerca. Toca el cuerpo en varios puntos, decepcionado, y levanta el tentáculo inmóvil que había estado enrollado en el cuello de Cameron y examina las puntas, muy serio—. Al menos hay algunos circuitos que pueden contener un poco de información. Sí, seguro, aquí hay algo. Me llevo esto al laboratorio, ¿de acuerdo?

Seis suena casi ansioso por ponerse manos a la obra, y Cameron no puede contener un escalofrío. Olivia se da cuenta y sonríe con desprecio.

—Nos encargamos nosotros. Ya te diremos algo. Ah, y que conste —señala al Inventor—, el

viejo me caía bien. Confiaba en que pudiésemos llegar a un acuerdo, especialmente porque...

Pero no acaba la frase. Entorna los ojos y examina a Cameron, que se mantiene impassible. Se retan el uno al otro con la mirada durante varios segundos, hasta que por fin Olivia se encoge de hombros.

—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde. A fin de cuentas, tienes que irte, ¿verdad? Has quedado con alguien.

Cameron parpadea y ella sonrío. Nunca la ha visto sonreír, y no está seguro de que sea algo bueno: la hace parecer un tiburón.

—No sé de qué me hablas —dice.

A Olivia le desaparece la sonrisa y empieza a negar con la cabeza.

—Como siempre, Cameron, esto irá mucho más suave si nos ponemos de acuerdo en no insultar la inteligencia del uno al otro. Por cierto, te está sonando el móvil... otra vez.

Se da media vuelta y se aleja. Él la observa, ignorando el zumbido en su bolsillo. Olivia tenía razón: hay varios mensajes sin leer, pero no necesita verlos, ya los sintió llegar del éter. Hasta se los sabe de memoria.

Y es que todos dicen lo mismo:

**Yá sabes dónde encontrarme.**

## 40

### EL DOCTOR TE RECIBIRÁ AHORA

SEIS SE ALEJA DE LA MESA y hace una pausa. Observa su obra con aprobación, aunque no con orgullo. No es de lo mejor que ha hecho; interrogar a los muertos es grotesco y rudimentario, en absoluto como su trabajo habitual. De no ser por su lealtad hacia Olivia —y la promesa que le ha hecho ella de dejarlo quedarse después con el espécimen y no hacer preguntas— nunca hubiera dedicado sus talentos a algo tan desagradable. Es más espectáculo que cirugía. Desde luego, no es *arte*.

Seis echa de menos su arte. Su jardín. Su querida quimera, los cuerpos delicadamente esculpidos y cosidos por su propia mano. Cameron Ackerson llegó a entreverlos al revolver por entre sus fotos como un ladrón, pero es imposible que haya comprendido el amor, la dedicación, el cuidado con que arranca a esas tristes criaturas de sus vidas miserables en los márgenes de la sociedad —vagabundos, criminales, yonquis, todos abandonados y solos— y los convierte en algo más que humano, algo demasiado bello para este mundo. Bajo su bisturí, sobre su mesa, la carne se desprende como en un capullo y queda al descubierto el ángel que había dentro. Pero las cosas no siempre han ido tan rodadas, claro. Sus primeros intentos fueron un fracaso, los candidatos murieron de infarto o desangrados antes de que él pudiera acabar la transformación. Pero los resultados más recientes han sido exquisitos. Puede que algunos sobrevivan incluso años, como ángeles descansando en el interior de una jaula de oro, mantenidos por un cóctel de medicamentos y opiáceos para evitar rechazos. Seis intenta visitarlos siempre que tiene tiempo. Puede pasarse horas mirándolos dormir. Ve en sus sonrisas de ensueño y su respiración profunda y satisfecha que le están agradecidos.

Ojalá estuviese allí ahora, haciendo compañía a sus extraños y bellos niños. Lo de Cameron Ackerson lo ha tenido muy ocupado... y encima esto. Aunque Olivia tenga razón y el destino del mundo esté en la balanza. Suspira y sostiene el bisturí con un dedo enguantado y cubierto de sangre. Se recuerda a sí mismo que no tiene tiempo para lamentarse por el desaprovechamiento de su talento.

Ante él, Xal está tumbada, pequeña y gris e inmóvil, devuelta a su forma original. Muerta pero sin signos de descomposición, cosa que llama al optimismo. Si Seis tiene suerte, todo el cerebro del alien se iluminará como un árbol de Navidad a la primera descarga de electricidad. No es que vaya a volver tal como era antes; ha realizado esta grotesca operación bastantes veces y sabe que un ser reanimado es muy diferente a uno vivo, no importa de qué parte venga del cosmos. Pero, si uno consigue imaginarse el cerebro como un centro de almacenamiento de datos, entonces es de

lógica que ese centro ha de mantenerse relativamente libre de corrupciones que dificulten el acceso a la información... sobre todo si se desea que el sujeto humano sobreviva al proceso.

Y esa es la otra cuestión: Xal no está sola en la mesa. Junto a ella se encuentra el paciente K, el más reciente candidato, un hombre atlético de veintidós años tumbado de lado, con una bata de hospital y la mirada perdida. Un tubo serpentea hasta meterse en su mano, sirviéndole a gotas el cóctel químico que lo mantendrá despierto pero sin sentir dolor, y muy obediente. Seis vuelve a suspirar. ¡Qué maravillosos planes tenía para con él! Un espinazo prénsil biónico, diseñado al milímetro y que ha estado intentando colocarle pieza a pieza, vértebra a vértebra, desde hace un mes, hasta que la distancia entre los hombros y la pelvis del hombre casi se ha doblado. Cuando Seis acabe y el cuerpo del sujeto se ajuste a su nueva arquitectura, tendrá una bella escultura viviente, con los rasgos de un hombre pero con un torso alargado y sinuoso como el de una salamandra. Incluso ha tenido fantasías y ha visto moverse al paciente K, reptando por el jardín a cuatro patas, la columna moviéndose de lado a lado, quizás hasta caminando junto a él, como si fuese un animal de compañía, mientras hace la ronda para examinar sus esculturas médicas. Claro que todo eso fue antes de que se presentara una emergencia, y ahora necesita un cerebro fuerte y joven para llevar los impulsos y los datos del espécimen alienígena. Aunque el hombre sobreviva, la columna va a tener que esperar. Queda mucho trabajo por hacer y, una vez haya completado el interrogatorio, espera hacer una disección completa de los sistemas de Xal. Contener tanto poder en un cuerpo tan pequeño... Desea comprender cómo lo hizo, dejar al descubierto su biología como quien abre una caja-puzle. Si tiene suerte, igual hasta encuentra algo que le sirva, una forma de cosechar sus maravillosos dones y usarlos en su propio teatro médico.

Con una incisión y un preciso toque de bisturí, la base del cráneo del paciente K queda abierta. Seis sujeta la abertura para que no se cierre, agarra con dos dedos uno de los tentáculos y lo inserta, observando que aún quedan algunos ganglios chamuscados en la punta, restos del aparato que se había ligado al sistema nervioso de Cameron Ackerson. Era una estructura sorprendentemente simple para contener biomecanismos tan avanzados. Pero entender cómo funcionaba eso va a tener que esperar; ahora solo tiene que despertar el sistema nervioso de la criatura y confiar en que actúe por instinto. Los electrodos ya están colocados.

—Muy bien, pues —le dice a nadie en particular.

El cuerpo de Xal sigue gris e inmóvil y el paciente K se limita a parpadear, tan lentamente que cada vez que lo hace le lleva varios segundos. Tiene unas pupilas enormes, están dilatadas del todo, de forma que los ojos parecen los de un tiburón, todas negras, sin iris. Seis se acerca más. El paciente K no reacciona —está a muchos kilómetros de allí, colgado de una nube de narcóticos, relajantes y otras drogas diversas—, pero Seis nunca se salta ese paso. A pesar de lo que el mocoso de Ackerson dijo, sí que es muy cuidadoso con las formas. A fin de cuentas, él y sus pacientes comparten un mismo viaje. Estos momentos de conexión, de comunicación, son de una importancia vital.

—Ahora inserto el último electrodo y comenzaremos —dice—. Lamento no poder describir lo que suceda después. Lo que vas a experimentar será único, y el resultado depende por completo de... bueno, factores más allá de mi control. Pero me encargaré de que durante todo el proceso estés tan cómodo como me sea posible.

K vuelve a parpadear lentamente, aunque el gesto no muestra ninguna comprensión. En lo que a él respecta, Seis podría estar recitándole el alfabeto o leyéndole un poema. Pero eso no importa: él ha cumplido con su deber como médico, y es momento de seguir avanzando. Con cuidado, Seis

coge el último electrodo, muy largo, y lo pasa por el tentáculo extendido hasta conectarlo a la médula del paciente K, que ahora ni siquiera parpadea. El doctor coge una tablet de la mesa y pasa los dedos por la pantalla. De la máquina de ECG que tiene al lado llega un suave murmullo, y el cuerpo de Xal adquiere pulso. El tentáculo se agita. El paciente K parpadea una vez más.

Y entonces sufre un estertor. En la base del cráneo el tentáculo se endurece y los ganglios se extienden por instinto para entrelazarse con su sistema nervioso. Seis vuelve a acercarse y asiente con satisfacción.

Las pupilas del hombre ya no son grandes círculos oscuros. Se han vuelto alargadas y estrechas, como las de una cabra.

Los labios del paciente K se abren. Por un momento es como si se le derritiera la cara, se le soltase la piel, los párpados y la nariz le cayeran de lado. Al volver a su lugar, el cambio es sutil pero inconfundible: la cara de K ha variado, sus facciones están distorsionadas, recreadas a imagen de la extraterrestre cuya red neuronal intenta fundirse con el cerebro de él.

La expresión impasible desaparece.

—No —susurra con una voz gutural que no es la suya. Los ojos se mueven en direcciones opuestas. Uno de los párpados se queda pegado a medio camino mientras la pupila serpentina se mueve frenéticamente debajo—. No —repite.

—Sí —replica Seis con una amplia sonrisa—. Oh, sí. Comencemos, ¿te parece? No vamos a tener mucho tiempo.

\* \* \*

Amanece un nuevo día y la conversación ha acabado hace ya mucho cuando suena el teléfono de Seis. Agita la cabeza, irritado por la interrupción, y se sorprende al ver cuánto tiempo ha pasado; Olivia espera desde hace horas que le diga si ha conseguido averiguar los secretos de la criatura. *Si ella supiera...*, piensa. El interrogatorio fue solo la punta del iceberg, de lo más sencillo. Incluso cuando las sinapsis de Xal se sobrecargaron por fin y se fundieron sin posibilidad de reparación en mitad de la charla, creando de paso una telaraña de oscuridad quemada dentro del cerebro del paciente K, ya le había dado información más que suficiente como para empezar a trabajar. Solo hay que comprender cómo es el cerebro reanimado, sus puntos fuertes y sus limitaciones. Puede retener información —recuerdos—, pero la creatividad está más allá de sus capacidades. Los muertos son subjetivos y pueden resultar enervantemente crípticos, pero no mienten; no pueden hacerlo. Seis solo tenía que descifrar la información enterrada en la palabrería incoherente de Xal tal como salía de la boca del paciente K; en este caso, dónde está la nave que la trajo a la Tierra. *Dentro del aire*, eso dijo. *Escondida. Escondida. Piedra fría. Eco aire. Las cosas con alas miran.*

Seis le dirá a Olivia que busque lecturas de energía inusuales bajo el puente Detroit-Superior, donde les gusta anidar a las palomas. Está bastante seguro de que allí ella encontrará las respuestas que busca, así como el contenido de la última comunicación de Xal con el lugar de donde vino.

Pero no va a contarle el resto. Aún no, quizás nunca. Desde luego, no antes de diseccionar el cadáver de Xal hasta la última célula y extraer cada gota de información que contenga su cuerpo. Un tentáculo permanece intacto, conectado a la médula del catatónico paciente K —tiene algunas ideas sobre esa cuestión, quiere hacer unas cuantas pruebas—, pero el resto de Xal, de lo que fue

Xal, está cortado en pedazos por todo el laboratorio. Separados, viviseccionados, cortados en trocitos finos como un suspiro para ser examinados bajo el microscopio electrónico. Tiene un nuevo universo de biología desconocida en la punta de los dedos; la emoción casi es mareante. Ese no es un sentimiento habitual en él, tan grande y potente que necesita compartirlo, y por un brevísimo instante hasta lamenta que el otro humano que hay en la sala esté virtualmente lobotomizado. Quizás sí que invite a Olivia a compartir su descubrimiento. Ella es ambiciosa y curiosa de una forma que le recuerda a sí mismo, y además cree a ciegas en él; todas las prótesis que lleva fueron diseñadas por Seis, y hacer realidad sus peticiones audaces y creativas fue uno de sus mayores placeres profesionales. De los miles de millones de humanos del planeta, es posible que Olivia sea la única capaz de comprender qué le motiva a él. Desde luego, le encantaría ver lo que ha descubierto sobre la capacidad única de Xal para hackear y asumir el control del cuerpo humano.

Pero todo a su tiempo.

Suelta el teléfono. Contestará pronto, después de acabar la disección, devolver todo al lugar que le corresponde e insertar una nueva bolsa de suero en el gota a gota del paciente K. Sin los efectos tranquilizantes e inhibidores de ese cóctel químico, ha empezado a agitarse. Pronto pasará a retorcerse, y después... Seis aparta ese pensamiento de su cabeza y deja lo que está haciendo para atenderlo. Actúa de forma rápida y eficiente a pesar de la falta de sueño.

—Listo —dice cuando los músculos del paciente K vuelven a aflojarse y sus labios se abren ligeramente. Aparece una burbuja de saliva, que revienta y empieza a caerle por la papada.

Seis suspira aliviado y vuelve a su trabajo.

No soporta que se pongan a gritar.

# 41

## ¿QUIERES JUGAR?

CAMERON VUELVE A COLOCAR la cámara para centrarla más.

—Mueve ese culo, Nia —dice, y ella ríe.

—Técnicamente no tengo de eso.

—Esa frase se vuelve más divertida cada vez que la dices.

—¿De verdad?

—No. —Le dedica una sonrisa—. Es más bien patética.

—Qué tonto eres. ¿Ya estás grabando? —pregunta.

—No hasta que te pongas en posición y no te muevas —dice él con un punto de exasperación en la voz, y a ella se le escapa otra risita.

—Vale, vale —contesta Nia, y se coloca a su lado en la imagen.

Ahora los dos están perfectamente encuadrados, sentados en el sofá del sótano de Cameron: otra pareja de YouTube haciendo un emocionante anuncio sobre su vlog. Solo si alguien entrase en la habitación notaría que falta algo: la chica que sale en pantalla no está allí.

—¿Quieres empezar tú? —pregunta él, y Nia asiente, entusiasmada; sus rizos rojos rebotan en el aire.

—Hola, chicos; somos Cameron y Nia, con otra emisión de Cam Punto Nia, y el anuncio que habéis estado esperando tan pacientemente.

Su entonación es perfecta. Cameron sonrío: ha estado ensayando.

—Por fin vamos a revelar oficialmente nuestro proyecto supersecreto —dice él, siguiendo la pauta—. Preparaos para jugar.

Cameron exhala un suspiro mientras se carga el vídeo y cierra los ojos, dejándose caer al lado de Nia en el sofá de terciopelo rosa. El contador de visionados se pone en marcha de inmediato, y ya llegan los primeros comentarios.

**Síííííí lo estaba esperando, muy emocionado!**

**Tíos vais a hacer tutoriales de juegos o no**

**ESTO ES UN PLAGIO TOTAL DE READY PLAYER ONE**

**No me importa el juego, Cam y Nia son #LaMejorRelación #ElAmorEsReal**

\* \* \*

El perro gordo marrón y blanco, al que han rebautizado como Barry, salta alegre al regazo de Cameron. Él y Nia siguen quedando allí cada día, en la primera habitación que creó para ella, aunque ahora hay muchas más. La destartalada ciudad de Oz se ha convertido en un paraíso virtual con jardines y bibliotecas, un teatro, hasta una bolera. Es el nuevo hogar de Nia, un enorme espacio que puede recrear como le apetezca, albergado en un nuevo servidor que ha sido un regalo de Olivia Park; como lo llamó ella, una «muestra de buena voluntad».

*Bueno, es una forma educada de llamarlo*, piensa Cameron. La verdad es más mercantil, y también la razón por la que ha mantenido en secreto el servidor original de su padre. El lugar no es una casa de juegos sino un cuartel general. Y el juego, que han estado diseñando y programando día y noche, no es en absoluto un juego.

Esta es la colaboración a la que se había referido Olivia tan críticamente cuando OPTIC apareció para limpiar y apagar los fuegos figurativos y literales creados por Xal y su colmena humana. Cameron sigue sin fiarse de ellos, pero por el momento están en tregua, un acuerdo de caballeros para aparcarse sus diferencias ante una amenaza mayor. Los datos que Seis extrajo del cadáver de Xal confirmaron lo peor: antes de perder el control, Xal envió un mensaje, una invitación triunfal a los últimos supervivientes de su raza. No hay forma de rastrear la señal o de saber cuánto va a tardar en alcanzar el mundo del que ella vino. Quizás meses, incluso años. Pero cuando lo haga no será un único alien con delirios de grandeza el que aterrice para intentar conquistar el planeta. Se acerca una guerra, lo quieran o no.

Y para combatir una guerra se necesita un ejército.

Ahora mismo son tres: Cameron, Nia y Juaquo, que aún está aprendiendo a usar sus poderes, más y más fuertes desde aquel día en el I-X Center. De ser por él, comenzarían a luchar mañana mismo: está listo, dice, y deseoso de vengar la muerte del Inventor. Pero hasta él sabe que tres no bastan, y que no pueden permitirse el lujo de esperar a que el destino se encargue de proporcionarles el resto del equipo. Tendrán suerte si encuentran a media docena más de mente y corazón lo bastante abiertos como para aceptar los extraordinarios regalos que Nia puede ofrecerles.

—No puedo creerme que hayas dicho que mi culo es patético —dice ella, haciéndose un ovillo a su lado mientras la luz de la sala se vuelve más rosada y un nuevo manojito de flores se abre en las paredes cubiertas de enredaderas.

—Lo patético es que no exista para que yo pueda tocarlo —contesta Cameron entre risas.

Ella lo mira con picardía.

—Podrías intentarlo.

—Claro que sí —asiente él—. Y después podría pasarme los próximos tres meses grabando los daños cuando todo esto explote.

Nia ríe.

—Cierto... Otras parejas ven fuegos artificiales cada vez que se tocan. Nosotros conseguimos un terremoto virtual y destruir el servidor.

—Ya encontraremos la manera —contesta él—. Algún día...

—Lo sé.

—Lo digo en serio.



Es optimista. La situación es temporal, mientras piensa en qué hacer después. Nia sigue evolucionando cada día, aprendiendo a dar forma a su inteligencia de manera que mejore el mundo en vez de desestabilizarlo. Y Cameron está cada vez más cerca de encontrar cómo no enjaularla sino ayudarla a controlarse. Ha prometido que algún día le dará lo que más desea para sentirse humana: algún día ella tendrá un cuerpo propio.

—Lo sé —dice ella, y sonrío—. Y cuando lo hagas, yo estaré aquí.

Mientras, Nia vive aquí, en este lugar lleno de luz, con un perro que puede cambiar de color y enredaderas florecientes que cuelgan de las paredes. Un hogar construido para ella por alguien que la quiere. Y aunque sigue esperando vivir en libertad algún día en el mundo exterior, aunque tiene sus propios planes, es feliz aquí. No porque sea perfecto sino porque lo ha elegido ella. Aquí hay conexión y hay amor, y ha decidido ir a por ellos. Lo ha elegido.

Como dijo una vez su padre, eso es lo que hace la gente.

## EPÍLOGO

EL EDIFICIO DE OPTIC SIGUE, discreto, al otro lado del aparcamiento, separado de la ciudad que esta noche brilla a través de una niebla baja. Cameron siempre piensa que parece que sea un okupa, como un animal que espera al acecho. Pero quizás solo sea que sabe lo que hay dentro.

Cruza el aparcamiento a toda prisa y se levanta el cuello del abrigo para protegerse del viento, mientras unas pocas hojas muertas danzan sobre el ajado asfalto. Levanta el mentón al llegar a la puerta, lo suficiente como para que la cámara de mapeo facial montada en la pared haga su trabajo. Si quisiera podría hackearla en un instante, pero es territorio de Olivia Park. Mejor que crea que es ella quien manda allí.

El ascensor le dedica un saludo atonal cuando entra: «Ackerson, Cameron. Nivel de acceso: todos los niveles», seguido por la habitual sensación de gravedad cero en sus tripas mientras el aparato desciende a las profundidades. Cuando las puertas vuelven a abrirse, Olivia lo está esperando de brazos cruzados. Esperando.

—Llegas tarde —dice, dándose la vuelta y avanzando deprisa por el pasillo.

Cameron la sigue pero no se disculpa, y tampoco hace preguntas. Más cortesía, más teatro. Hace unos meses hizo el mismo camino en la dirección contraria, cuando escapó de OPTIC y salió a la noche, una noche que acabó cambiando los destinos de todos ellos: la noche en que liberó a Nia. Parece que hubiese sucedido hace toda una eternidad.

\* \* \*

Delante de él, Olivia levanta la mano y la acerca al escáner. Una puerta se abre. Se gira e indica con un gesto a Cameron que pase.

—Tengo que admitir —dice— que Nia ha hecho que todo vaya más rápido de lo que esperábamos. El juego se ha extendido más lejos y más rápido de lo que predecían nuestros modelos. Habéis conseguido un notable nivel de engagement en muy poco tiempo. Aunque tengo que sugerir que, si reconsideras el hecho de incluirnos en la valoración de los candidatos...

—Ya hemos discutido sobre eso —dice Cameron, interrumpiéndola. Incluso si OPTIC pudiera ser útil en la valoración, nunca confiaría lo suficiente en ellos. El juego les pertenece a él y a Nia, y el equipo que formen para combatir la amenaza cada vez más cercana del Ministerio, los candidatos con mentes lo suficientemente flexibles como para aceptar las mejoras que les proporcione Nia, van a ser su gente, la de ellos dos; Olivia Park ni se va a acercar—. La respuesta sigue siendo no. La respuesta será siempre no.

Olivia asiente.

—Bueno, allá tú. Será tu funeral. Aunque, claro, no solo el tuyo sino también el mío. El de todos. Y se nos está agotando el tiempo.

Es la clase de amenaza que le encanta hacer, y que Cameron se ha acostumbrado a ignorar. Solo que esta vez él no puede evitar reparar en que las palabras de Olivia van acompañadas de varias alarmas silenciosas del software que lleva dentro. Su ritmo cardíaco, por encima de lo normal. Sus niveles de hidrocortisona, en pico. Y otra cosa más: el clic-clicclic nervioso al dar golpecitos sin parar con un dedo biónico contra el otro.

—Pareces estresada —dice Cameron.

Olivia sonríe ligeramente.

—¿Tú crees?

Lo hace pasar por la puerta y se lleva un dedo a la sien. Las luces de la sala descienden de intensidad y la pared más lejana desaparece, reemplazada por un vacío profundo y negro con apenas unos ligeros puntitos de luz. Está mirando un sistema estelar, uno que le resulta conocido. Ya ha visto antes esa imagen, en esta misma sala, hace meses. Pero algo ha cambiado. La última vez, una única estrella brillante flotaba cerca del centro del sistema.

Esa estrella no está.

A Cameron se le pone la piel de gallina.

Los dedos biónicos de Olivia vuelven a hacer clic, y la imagen cambia.

Ahora se le cae el estómago al suelo.

—Oh, mierda.

Olivia lo ignora.

—Como sabes, nos ha resultado difícil monitorizar las entradas y salidas del sistema de tráfico que usaron el Inventor y Xal cuando viajaron a la Tierra. Incluso a día de hoy no entendemos cómo funciona. Pero Xal y su nave tenían coordenadas galácticas de ciertos puntos del sistema, como si fueran intersecciones o rampas de entrada y salida en una autopista, lugares que podemos esperar que las naves tengan que cruzar. La primera imagen fue obtenida en el más lejano de esos puntos.

Cameron no deja de mirar la pantalla.

—¿Y esto?

Olivia se acerca a su lado y observa la imagen de lo que una vez le pareció una gran estrella que ardía en silencio en un extremo del espacio exterior. Pero no es una estrella, y no hay solo una: en la imagen aparecen docenas de puntos de luz, todos ellos en movimiento, atravesando la oscuridad como meteoros.

Pero tampoco son meteoros.

Incluso a tanta distancia, las siluetas curvas de las naves del Ministerio son inconfundibles. Están viniendo, y con ellos llegará la guerra.

Olivia está más seria que nunca.

—Espero que estés listo, Ackerson —dice—. Ya casi están aquí.

## APÉNDICE

Durante más de ocho décadas, Stan Lee se sentó cada día en su despacho para dedicarse a un trabajo muy serio: contar historias. Aunque sus personajes frecuentemente mostraban identidades fantásticas, vivían en diferentes medios y en incontables mundos —que siguen siendo tan relevantes hoy como cuando los creó—, lo que le hacía levantarse de la cama e ir a la oficina hasta bien entrados los noventa años era la oportunidad de ampliar los horizontes de sus lectores confinados en la Tierra. Desde los X-Men, metáfora del movimiento por los derechos civiles, hasta Black Panther, que nos ofreció una visión concienciada para el futuro, o las meditaciones de Silver Surfer sobre la oscuridad en la que nos movemos, los conflictos en Vietnam y en todas partes, Stan vio la oportunidad de plantear mediante sus sencillos «¿y si...?» (*What If...?*) cuestiones mucho más importantes sobre quiénes somos y cómo elegimos vivir.

Nosotros pudimos ver esa magia en acción, de primera mano.

Hace años, Stan fue tan amable de invitarnos al bullpen para crear juntos lo que acabaría siendo el universo *Alliances*, del que acabas de leer la primera entrega. Durante los años en que trabajamos con él tuvimos la gran fortuna de conocer su sala de escritura (a veces física, otras virtual), algo que llevábamos imaginándonos desde niños. Como tantos de vosotros, éramos fans de los relatos fantásticos que encontrábamos en sus cómics y de la columna *Stan's Soapbox* al final, cada una de las cuales nos permitía echar un vistazo tras la cortina para ver cómo se creaban nuestras historias y personajes preferidos. Ese conocimiento hizo que desmitificáramos el proceso de escritura y nos desafió a encontrar nuestras maneras propias de expresarlo. Al igual que otras incontables personas atraídas por el mundo de Stan, y debido a su trabajo y a su generoso reconocimiento de la naturaleza colaborativa de la comunidad de escritores, nos hicimos lectores y escritores para toda la vida.

\* \* \*

¿Cómo nacieron los personajes que acabas de conocer en *Un juego de luz*? ¿Cómo llegó la tenaz, inteligentísima y heroica Nia a convertirse a la vez en la protagonista y la antagonista de nuestra novela?

Esa era la clase de pregunta que a Stan le encantaba responder —y a nosotros nos encantaba leer— en sus columnas *Soapbox*. El proceso de creación del personaje de Nia fue muy parecido al típico de Stan. Todo el mundo que colaboró con él contará una versión diferente de los momentos en que decidía hacer reescrituras completas, pero siempre empezaba con la frase «¡Eh, tengo una idea!». En el caso de Nia, la magia fue así:

Si has visto fotos de Stan sentado en el despacho que ocupaba en un discreto edificio de oficinas en el soleado sur de California, ya sabrás que su espacio de trabajo en sí era cualquier cosa menos discreto. Era una explosión de color, con obras de arte de todas clases: pinturas, reproducciones y técnicas mixtas cuidadosamente expuestas junto a merchandising y recuerdos representativos del trabajo de Stan, provenientes de su propia colección o regalos de amigos y fans que expresaban amor por sus creaciones. Al echar un vistazo a la sala, tus ojos podían aterrizar en un póster de la película *Robín de los bosques*, con Errol Flynn, o una figurilla de un león, o un cuadro del pintor pop Steve A. Kaufman que muestra a Stan enfrentándose al asombroso Spider-Man. Y, por supuesto, también había innumerables fotos que cubrían toda una pared detrás de su escritorio. Fotos de Stan y su mujer, Joan, y de Stan con infinitas celebridades y destacadas figuras históricas, cada uno de ellos con expresión maravillada por encontrarse ante su héroe. Por emocionante que fuera el hecho de compartir un rato a solas con Stan, era imposible estar en el despacho y que los ojos no se te posasen en las mismas ideas y gente que lo inspiraban a él.

Aquel día en concreto estábamos reunidos en el despacho con Stan, el presidente de POW!, Gill Champion, y nuestra agente literaria y superheroína del mundo real, Yfat Reiss Gendell. Por puro azar, Yfat y Gill estaban sentados en sillas de estudio cogidas de la recepción, y nosotros ocupábamos otras para invitados, misteriosamente temblequeantes, imaginamos que probadas durante una sesión de escritura especialmente animada con el doctor R. Bruce Banner. Los cuatro estábamos frente a Stan y su muro de caras. Él se adelantó, apoyando los codos en su enorme escritorio, y propuso: «Empecemos por Cameron. ¿Cuál creemos que tiene que ser su poder?».

Tic, tic, tic, tic.

Era una pregunta retórica, y no había cronómetro analógico para ponernos nerviosos, claro. Ni Stan pretendía que contestáramos ni nosotros que se le ocurriera todo a él solo. Pero, aun así, queríamos impresionarlo. A pesar del trabajo profesional que ya habíamos hecho (y que era lo que nos permitía estar sentados frente a él), revertimos a nuestros tiempos de fanboys. En la escena correspondiente de la versión cinematográfica imaginaria de la reunión, todos los famosos y varios expresidentes salían de las fotos de detrás de Stan y nos preguntaban: «¿Y vosotros qué hacéis aquí?».

—Bueno, pues creemos que Cameron es lo contrario a Tony Stark; es un chico que hace inventos que nunca funcionan... —Le pusimos algunos ejemplos de estos, además de otros detalles de su personalidad y su biografía que podían configurar su forma de ser.

Stan lo pensó un momento y dijo:

—Bueno, mejor que volvamos al Inventor.

Todos volvimos a las primeras páginas de nuestros cuadernos y repasamos la ya gigantesca colección de anécdotas, particularidades de los personajes, pequeñas y grandes actuaciones del azar e ideas divertidas y macabras para el argumento que acabarían dotando de carne y hueso a todo un nuevo universo de personajes.

El Inventor era un personaje que Stan había desarrollado desde el nacimiento del universo *Alliances*. Había imaginado que el científico sería el centro de la historia y de toda la acción que seguiría. Habíamos hablado de hacerlo vivir en un mundo en el que la tecnología había llevado a sus habitantes a subsistir en una especie de estado de fuga. Al hacernos volver al Inventor, Stan acabó de sentar las leyes básicas del mundo en el que sucedería su historia.

«¿Qué clase de alien es?».

«¿A qué distancia está su planeta?».

«¿Cuánta gente vive allí?».

«¿Qué moneda usan en ese mundo?».

Era más preciso que un láser y más rápido que una metralleta.

Propusimos ideas que ampliaban cosas que nos había mencionado él antes. Aceptó algunas y descartó otras. Cuando ya había oído bastante, o si simplemente habíamos ido demasiado lejos o más allá de lo que tocaba o nos habíamos perdido en detalles que consideraba innecesariamente técnicos, decía: «Vale, muy bien. ¿Por qué no lo simplificamos?». Y volvía a la base: «La Tierra es el mundo más cercano al Inventor, y es por eso que aterriza aquí con su arma más poderosa... A la gente no le importan todas esas cosas de marcianos y ordenadores. Lo importante son los personajes. Eso es lo que les importa. Volvamos a quiénes son».

Stan nos hablaba de los personajes a los que consideraba los más grandes, muchos de los cuales estaban representados en aquel despacho. Nos dio una lección rápida sobre qué hacía que Moriarty fuera la némesis perfecta de Sherlock Holmes, hizo una referencia de pasada a la elegante simplicidad de la historia del origen de Superman (sí, ese Superman), y todo ello nos hizo volver al trabajo de montar los personajes que iban a habitar el mundo de *Alliances*, cómo iban a relacionarse unos con otros. Nos dijo: «Siempre hay alguna amenaza en el mundo...» y «Lo que nos interesa son las personas. Queremos saber cómo son sus relaciones con los demás. Si tienen un problema, ¿cómo van a solucionarlo, cómo van a salvarse? Lo importante siempre son las personas».

El «problema» resultó ser su toque maestro en la creación del mundo de *Alliances* y *Un juego de luz*. Aunque nuestro mundo de ficción estaría repleto de la tecnología del futuro cercano que tanto le gustaba, quería que el núcleo de la historia fuera tan humano y le resultara tan familiar al lector como un invitado a comer. Hizo una pausa y pensó en los personajes. Vimos como, tras sus gafas icónicas, empezaba a bizquear ligeramente por la concentración. Estaba teniendo una idea. Levantó un brazo cubierto con el cárdigan verde que tanto le gustaba, extendió un fino, elegante y poderoso índice señalándonos no a nosotros sino más allá, como si la idea fuera a salirle disparada por la punta del dedo.

—Igual me equivoco, pero... ¿y si...?

Esas dos palabras inconfundibles, «¿y si...?», habían sido las responsables de un sinfín de puntos de giro en su obra, igual que de muchos de sus personajes más queridos («¿Y si una araña radiactiva picara a un adolescente?», «¿Y si un científico quedase expuesto a los rayos gamma?», «¿Y si un vendedor de armas se convirtiese en un héroe con armadura?»). Lo había encontrado.

—¿Y si... uno de los personajes principales es a la vez la heroína y el arma? ¿Y si además es la inteligencia artificial del Inventor? —Nos inclinamos hacia delante en nuestros asientos y él siguió—: Todos hemos visto ordenadores que conquistan el mundo, hemos visto videojuegos que sirven para algo más importante, todos sabemos de inteligencia artificial. —Volvió a apoyar el dedo en la mesa—. ¡Tenemos que mostrar al público algo que no haya visto nunca jamás!

Y así Stan creó a Nia. En menos tiempo del que ha costado escribir este párrafo, centró el desarrollo de todo el universo *Alliances* en ella, un personaje esencial y a la vez la representación viviente de una de las preguntas básicas para todos los que disfrutamos de la vida moderna mejorada por la tecnología. De pronto la vimos claramente. Nia, fuerte pero ilusoria: una ilusión óptica.

En su voz seca pero aún fuerte e inconfundible, Stan dijo, como si tal cosa: «Bueno. Ahora que ya tenemos esto, ¿qué es lo siguiente?».

\* \* \*

En la introducción a esta novela Stan escribió: «Nos preguntamos qué es más real, el mundo en el que nacemos o el que nos creamos». En *Un juego de luz*, Stan se hace una pregunta existencial, a la vez que nueva y eterna: los avatares que elegimos, ¿son aspiracionales o una ilusión autoindulgente? En el nuevo mundo de lo que puede ser el inicio de auténticas interacciones generadas por la tecnología, Nia es un ser artificial completamente desarrollado, con sentimientos, y que se niega a hacer solo de musa.

Así Stan volvió a uno de los bloques fundacionales del paradigma superheroico. Nia es su propio alter ego, y quizás una versión del futuro de nuestro ser. Como tantas de las obras de ficción de Stan, *Un juego de luz* nos muestra a personajes que se plantean sin miedo las mismas preguntas que nos hacemos nosotros mismos al avanzar hacia un futuro incierto.

\* \* \*

Participar en el método colaborativo de Stan, ver cómo daba vida a esta novela junto a la inimitable Kat Rosenfield, ha sido mágico (y una lección de humildad, y de lo más revelador, y...); un regalo creativo que quedará para siempre en nuestro interior.

Como todos los grandes magos, Stan hacía que lo imposible pareciera posible. Y después de años de trabajo intenso y apasionado para él y este *bullpen*, te agradecemos el hecho de pasar tiempo con Stan en lo que él esperaba que fuera el primer capítulo de otros muchos.

**Ryan Silbert y Luke Lieberman**

## AGRADECIMIENTOS

Tratándose de una novela centrada en la conexión en todas sus formas, las siguientes personas fueron los puntos de contacto vitales que hicieron posible llevar este proyecto a todos los Fieles Creyentes:

Nuestro sincero agradecimiento a nuestra agente Yfat Reiss Gendell de Foundry Literary + Media, cuya pasión de toda la vida por la cultura pop no tiene igual, y cuyo entusiasmo por este proyecto y su cuidado no han tenido límites.

Un reconocimiento también para todo el equipo de Stan Lee's POW! Entertainment, en especial Gill Champion, Rachel Long, Mike Kelly, Kim Luperi, Bob Sabouni, Grace Yeh, y al gran y recordado Arthur Lieberman, cuya asociación con Stan y Gill puso este proyecto en marcha. Gracias adicionales al fallecido Marc J. Silbert, nuestro colaborador en espíritu.

Gracias eternas a nuestra visionaria editora, Jaime Levine de Houghton Mifflin Harcourt Books and Media, que con gran valor presentó una primera versión de este manuscrito en los despachos de jefes a los que acababa de conocer, y los convenció a todos de apoyar las aspiraciones literarias de unos autores y un equipo que nunca habían publicado libros tradicionales. Sus consiguientes aportaciones de editora apasionada mejoraron la novela de forma inmensurable. A esos jefes que nos dieron su confianza: Ellen Archer, Bruce Nichols y Helen Atsma, que leyeron antes de juzgar y que siguieron apoyando el proyecto siendo coherentes con su amor personal por las historias y su respeto por los fans que expresaron su entusiasmo al principio del largo camino hasta la fecha de publicación. Muchas gracias a todo el equipo de HMH, incluida la asociada editorial Rosemary McGuinness, la vicepresidenta sénior y editora asociada Becky Saikia-Wilson, la vicepresidenta sénior de publicidad Lori Glazer, la gestora de publicidad Michelle Triant, el vicepresidente sénior de marketing Matt Schweitzer, el diseñador de marketing David Vargas, la directora de marketing Hannah Harlow, la vicepresidenta de producción Jill Lazer, la gestora editorial Katie Kimmerer, la directora sénior de edición de manuscritos y composición Laura Brady, la editora de mesa Alison Miller, la directora de diseño Chloe Foster, la diseñadora Emily Snyder, la diseñadora de interiores Chrissy Kurpeski, la gestora de producción Rita Cullen, la vicepresidenta de servicios creativos Michaela Sullivan, el director de servicios creativos Christopher Moisan, el diseñador jefe Brian Moore y el ilustrador de cubiertas Will Staehle. Este libro no podría llegar a las manos de los fans sin el entusiasmo y apoyo del vicepresidente de ventas Ed Spade, la vicepresidenta de ventas Colleen Murphy y el resto del equipo de ventas de HMH. Nuestro agradecimiento continuo a la vicepresidenta de derechos subsidiarios Debbie Engel y al director sénior de finanzas Dennis Lee, sin quien aún daríamos las gracias pero desde los sofás de nuestros amigos y familias.



Este proyecto no podría haber salido en una comida entre la agente literaria Yfat Reiss Grendell y nuestra editora en papel y ebook Jaime Levine de no ser por otro almuerzo que tuvo lugar hace varios años, entre Yfat y Keith O'Connell, al que Audible acababa de encargar el desarrollo de proyectos de audio propios e innovadores. ¿Era Keith fan de Stan? Por supuesto. Pero fue el favor que ella se ganó con sus hijos Philip y Jim (gracias, caballeros), para quienes los cameos de Stan resultaban piedras angulares especiales entre madre e hijo, lo que la hizo coger el teléfono rojo y crear lo que resultó un verdadero evento, el primero de su clase, con la ayuda del ejecutivo de desarrollo y visionario Andy Gaes. Ese apoyo sobrevive en Cynthia Chu y Beth Anderson, y se ha expandido hasta convertirse en el primer evento global de Audible, con la ayuda de Michael Treutler y Jessica Radburn. Gracias a nuestro editor Steve Feldbrg, que se arremangó y nos ayudó a solucionar algunos puntos complicados. Gracias a Dave Blum por su continuo apoyo al libro. Para este proyecto, el primero de su clase y publicado en condiciones únicas, Audible fue generosa y nos permitió participar en muchos más de sus procesos creativos y de lanzamiento de los que cualquier autor acostumbra a ver; sentimos agradecimiento y humildad al encontrar tal nivel de talento bajo un mismo techo. Agradecimientos especiales a nuestra directora de publicidad Elena Mandelup y a nuestra publicista de proyectos Rosa Oh, así como a la directora de marketing Sarah Moscovitz y al equipo de marketing y de arte: Christian Martillo, Les Barbire, Amit Wehle, Tito Jones, Santoshi Parikh, Robyn Fink, Allison Weber, Kasey Kaufman, Georgina Thermos, Amil Dave y Kathrin Lambrix. Nuestra gratitud a Yara Shahidi por elevar este proyecto con su estudiada interpretación en el audiobook, y a Lisa Hintelmann por el casting. Gracias a nuestros socios internacionales de Audible, incluidos Lauren Kuefner, Katja Keir, Beverly See, Zack Ross, Sophia Hilsman, Esther Bochner, Manny Miravete, Tatiana Solera, Paulo Lemgrubber, Pablo Bonne, Arantza Zunzunegui Salillas, Francesco Bono, Massimo Brioschi, Dorothea Martin, Lukas Kuntazhokunow, Eloise Elandaloussi, Neil Caldicott y Stephanie McLernon-Davies.

Todo superhéroe necesita una gran base de operaciones, así que gracias al equipo de Foundry Literary + Media por dar a este proyecto un lugar en el que colgar la capa. Gracias especiales a Jessica Felleman por su ayuda editorial y de contratos, a Klara Scholtz y Sasha Welm por su apoyo continuo, a la controller Sara DeNobrega y su ayudante Sarah Lewis; un agradecimiento muy grande al director de derechos internacionales Michael Nardullo y a su equipo Claire Harris y Yona Levin, junto a los equipos de los coagentes internacionales de Foundry, Riff Agency: Abner Stein, Andrew Nurnberg, La Nouvelle Agence, Mohrbooks, Read n' Right, Deborah Harris Agency, Italian Literary Agency. Tuttle Mori, KCC, Graal, MB Agencia y Ackali Copyright. Gracias al director de entretenimiento filmado Richie Kern, además de nuestro reconocimiento al trabajo duro de la directora de contrataciones Deirdre Smerillo y los miembros de su equipo Melissa Moorehead, Hayley Burdett y Gary Smerillo.

Gracias a todos los valientes que fueron los primeros lectores, todos deseosos de estar entre los primeros en navegar por aguas desconocidas.

Gracias sentidas a los librereros no tradicionales de ficción en tiendas de cómics, convenciones, y a todos los que cuentan con un expositor circular: habéis ofrecido un hogar en el que cualquier lector puede descubrir unas historias que se han convertido en nuestra mitología moderna. Gracias enormes a los librereros tradicionales de obras de ficción, por vuestro entusiasmo y vuestro apoyo a una voz familiar en un nuevo formato. Gracias por ser el puente que necesitaba este proyecto.

Gracias a nuestras familias y amigos por darnos vuestro apoyo para ofrecer este proyecto a los

fans.

Y, por supuesto, gracias a todos los Fieles Creyentes y fans que siguen pasando la antorcha de estos fantásticos, espectaculares, increíbles e improbables mitos a la siguiente generación de lectores.

# BIOGRAFÍAS

## STAN LEE

Es conocido en el mundo entero como el hombre cuyos superhéroes han establecido Marvel como el imperio de la industria del entretenimiento. Sus co-creaciones incluyen

Spider-Man™, los Vengadores™, los X-Men™, Los Cuatro Fantásticos™, Pantera Negra™, Hulk™, Thor™, Iron Man™, Daredevil™ y muchos más. Lee continuó trabajando como Presidente Emérito de Marvel Entertainment hasta su muerte en 2018. También fue Presidente y Director artístico de Stan Lee's POW! Entertainment, fundada con su socio ejecutivo Gill Champion y con Arthur Lieberman.

™Todas las marcas son propiedad de Marvel Entertainment, LLC.

## KAT ROSENFELD

Es una periodista política y experta en cultura pop, finalista del Edgar Award con *Amelia Anne is Dead and Gone* (2012) y *Inland* (2014). Ex reportera de MTV News, sus trabajos han aparecido en medios de referencia como *Wired*, *Vulture*, *Entertainment Weekly*, *Playboy*, *US Weekly*, y *TV Guide*.

## RYAN SILBERT

Premiado por la Academia, el cineasta Ryan Silbert es escritor, autor, productor y fundador de Origin Story Entertainment, una empresa de entretenimiento multi-plataforma con un enfoque global en la creación de historias. Silbert es cocreador del bestseller del *New York Times*, *Stan Lee's Alliances: A Trick of Light*, una creación original de audio, única en su tipo, producida por Amazon's Audible Studios. Creado por Silbert, Luke Lieberman y Stan Lee (en la que es la última colaboración de esta leyenda cultural), *Un juego de luz (A Trick of Light)* se estrenó en Estados Unidos como audiolibro y pasó al papel en septiembre 2019 con Houghton Mifflin Harcourt. Recientemente Audible ha dado luz verde al siguiente proyecto de Silbert, una ampliación del universo Stan Lee's Alliances, creado junto con Luke Lieberman y el mismo Lee.

Con una trayectoria reconocida por los Premios de la Academia®, la Academia Canadiense de Cine y Televisión, Sundance, MoMa, IFP, el Festival Internacional de Cine de Toronto y la

Berlinalé, el extenso trabajo de Silbert incluye películas como *God of Love* (premiada por la Academia) y *The Girl Is in Trouble* de Spike Lee. Como fundador de Origin Story Entertainment, Silbert actualmente está desarrollando nuevos proyectos de televisión, cine y proyectos de narrativa inmersiva creados específicamente para plataformas audio.

## **LUKE LIEBERMAN**

Luke Lieberman es un escritor y cineasta que empezó su carrera en el mundo del entretenimiento bajo la tutela de Stan Lee. Es el responsable del relanzamiento del universo Red Sonja y supervisa más de 50 novelas gráficas; él mismo es el escritor de varios números, incluida la próxima entrega, *Red Sonja: Birth of a She-Devil*, para Dynamite Entertainment.